This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

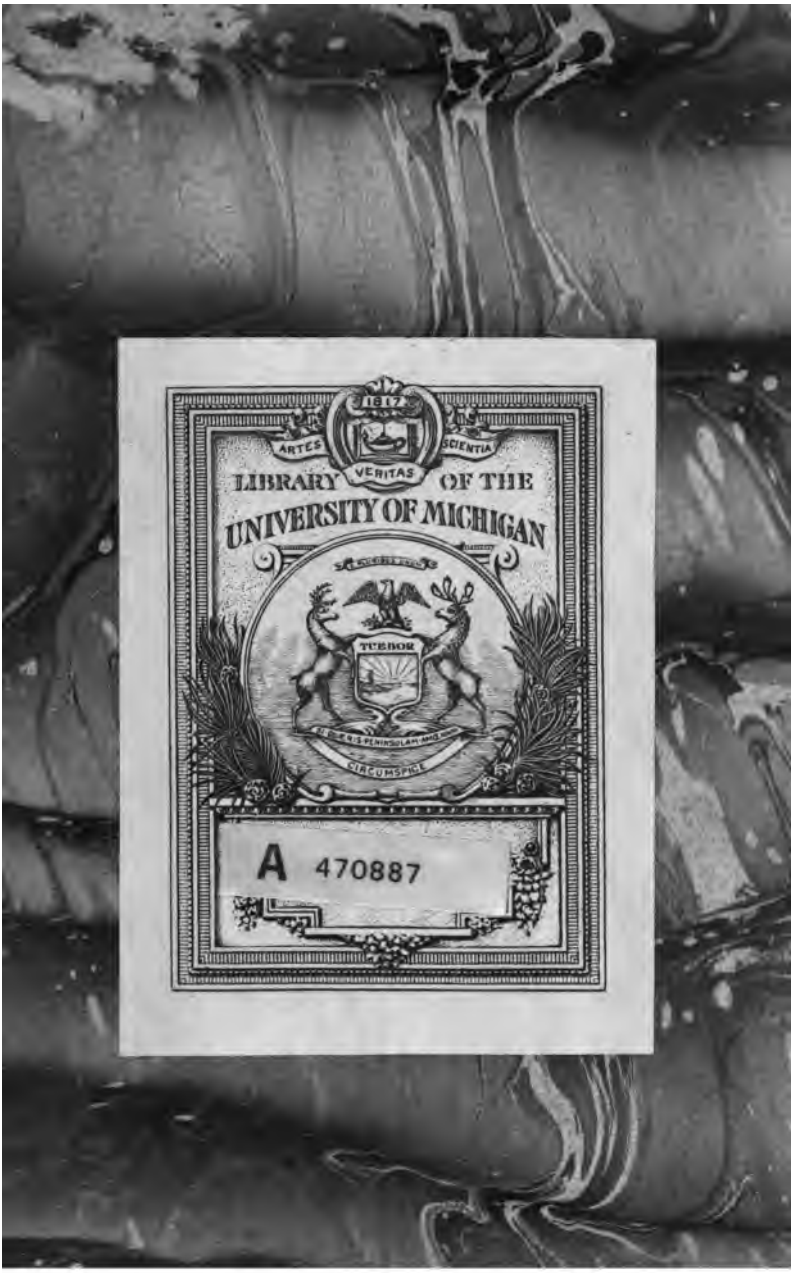
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

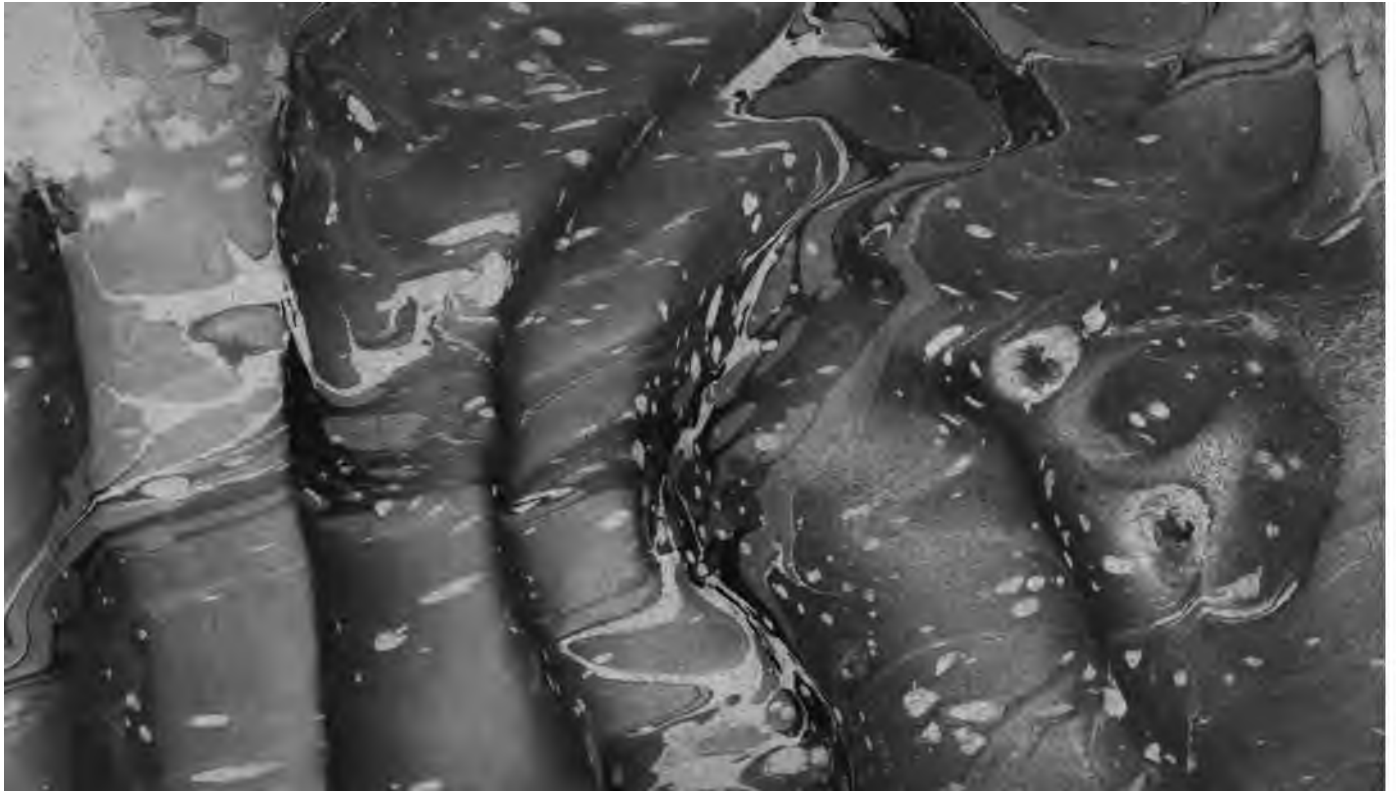
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

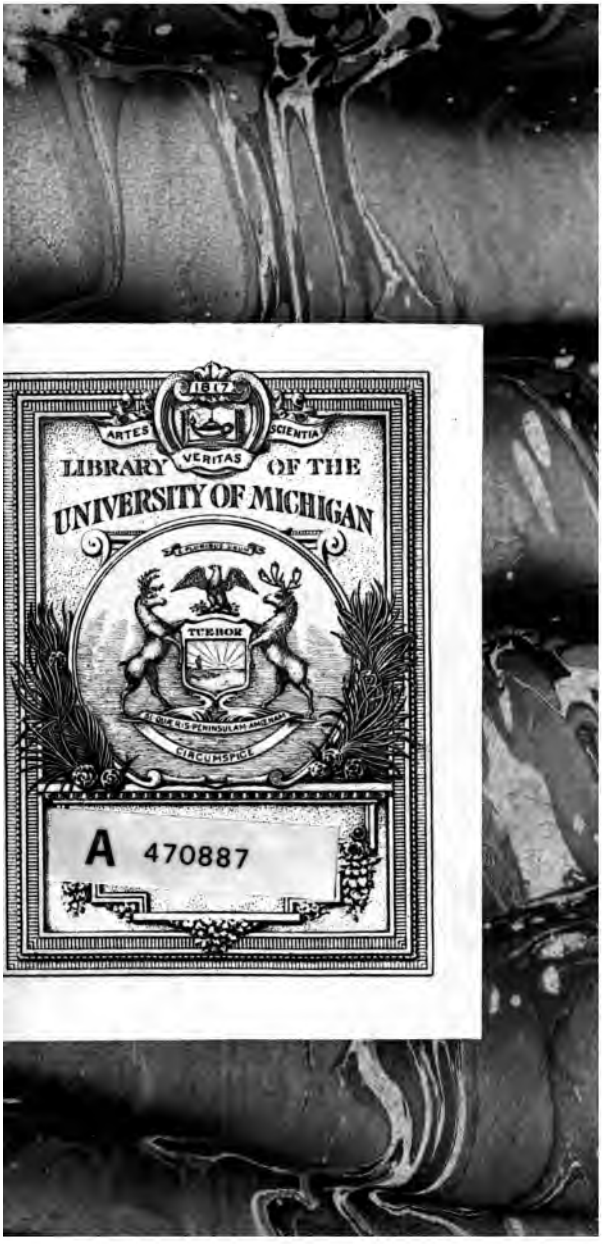
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE
A 470887




1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE
A 470887

EUSEBIO

PARTE QUARTA

SACADA DE LAS MEMORIAS

QUE DEXÓ EL MISMO,

POR DON PEDRO MONTENGÓN.

CON LICENCIA EN MADRID.

Por Don Antonio de Sancha.

Año de MDCCLXXXVIII.

Se hallará en su Imprenta y Libreria Aduana Vieja.

868
M774 en
v. 4

EUSEBIO

PARTE QUARTA,

LIBRO PRIMERO.

LA grande impresion que hizo en el ánimo de Eusebio la muerte de su amado y respetable Hardyl, hubiera sido mucho mayor, por las circunstancias que concurrieron en ella, si la memoria de sus exemplos y virtud singular no hubiese contribuido para fortalecer su ánimo en las máxîmas en que desde niño lo habia adoctrinado. Parecia haber quedado su alma embebida en los sublimes sentimientos de aquel venerable difunto.

Aunque nos afligimos en la pérdida de un hombre de conocida virtud, que respetabamos en vida, parece, sin embargo, que nuestra tristeza participa de la veneracion que nos infundió el concepto que teniamos de sus virtudes, antes que del sentimiento que nos causa el perderlo para siempre de vista. Tal vez, á pesar de nuestras lágrimas, nos consuela la memoria de su inculpable vi-

da, envidiandole aquella misma, que en cierta manera sentimos. Deseáramos que fuese semejante la nuestra.

Todos los esmeros de Don Juan Sauz, que hospedó á Eusebio en su casa, mientras se acababa de alhajar la que habia tomado en alquiler, de nada aprovechaban para agotar sus lágrimas. Ellas eran dia y noche el alimento de la tierna sensibilidad que las producia, fomentada de la memória de su estrecho parentesco, que solo le habia descubierto en su dichoso trance. Sirvió de alguna compensacion á su pérdida el retrato del mismo Hardyl que mandó hacer á un excelente pintor antes que enterrasen el cadáver, á quien la muerte violenta en nada habia desfigurado. Pudo asi el pintor animar sus enteras facciones y fisonomía, representandolo de cuerpo entero en la casilla del labrador, sentado sobre la paja en que murió, conversando con el mismo Eusebio.

Esta viva imagen le renovaba de contínuo la memória de sus singulares virtudes, de los ultimos consejos que le dió sobre la religion santa en que lo habia educado. Fomentabale al mismo tiempo los deseos de imitar su virtuosa conducta, y el tierno agradecimiento que le debia por tantos esmeros y

cuidados, y por el singular cariño con que atendió siempre á su educacion desde sus mas tiernos años. Serviale á mas de esto de norma el recuerdo de su conducta para todo lo que hacia ó habia de emprender, obrando á tenor de los exemplos de Hardyl, ó de lo que hubiera hecho él mismo en los lances que se le presentaban, teniendo siempre delante su admirable moderacion y prudencia.

Su entierro fue solemne, y concurrido de toda la ciudad, habiendose esparcido en ella el descubrimiento del difunto por tio de Eusebio, y por hermano de su madre, apellido que era muy conocido en S... y que entonces se hacia famoso, por el peso que daba á las justas pretensiones de Eusebio sobre la herencia de sus naufragados padres; que su tio paterno le contrastaba con pleito. Este se habia ya hecho célebre por su entidad, prestando nueva materia á los discursos de los ciudadanos la llegada del mismo Eusebio, á quien llamaban el Americano; y sobre todo, las circunstancias del descubrimiento, muerte, y entierro de su difunto tio que con él venia.

Por lo mismo, quanto mayores eran las demostraciones de interés y de afecto que manifestaban todos por la verdad de la causa del

joven Eusebio, otro tanto mayor era el resentimiento de su tio Don Gerónimo, y el empeño que tomaba para desmentir el descubrimiento del difunto; pues no habia motivo en lo humano para que se encubriese por tanto tiempo un tio á su sobrino, si de hecho lo hubiera sido. Crecieron las quexas de Don Gerónimo luego que Eusebio comunicó á sus Abogados el testamento de Hardyl, que mandó no lo abriese hasta despues de su muerte, como lo hizo algunos dias despues que depositaron el cadáver en una arca de plomo, mientras se acababa de construir el lucilo de marmol, con que quiso Eusebio conservar la memoria de las singulares virtudes de tan respetable difunto.

Se abrió el testamento con todas las formalidades. En él se declaraba Hardyl por tio materno de Eusebio con evidentes razones. Prevenia, que hacia el testamento en París, y no antes ni despues, porque allí tuvo la primera noticia del injusto pleito que Don Gerónimo habia puesto á su sobrino Eusebio sobre su paterna herencia. Haber sido testigo el mismo Hardyl de la llegada de Eusebio á Filadelfia despues del naufragio, y de la adopcion que hicieron del niño naufrago Henrique y Susana Myden. Que por lo mismo,

como tio materno que le era, lo declaraba heredero de la casa y huerto que Hardyl poseía en Filadelfia.

A éstas añadia Hardyl en el testamento otras razones y particularidades que ponian en claro la verdad de la causa de Eusebio; pero que sin embargo dexaban presa á las razones de los Abogados contrarios para llevar el pleito adelante, y á Don Gerónimo daban motivo para desmentirlas. Ni queria reconocer á Eusebio por su sobrino, por ninguna vía, negandole la entrada en su casa la vez que fue Eusebio á visitarlo, para proponerle que deseára tratar el pleito amigablemente. Hizole saber esto mismo por tercera persona, no pudiendo hacerlo por sí, hasta ofrecersele á partir las diferencias con un ajuste desinteresado. Sordo Don Gerónimo á toda proposicion, codicioso de la entera herencia, creía hacer mas justas sus pretensiones, con el declarado rencor con que procedia con su sobrino, y con los denuestos con que lo cubria.

Eusebio, ageno de toda sombra de interes y de codicia, lejos de resentirse por todas las demostraciones y pasos de su tio, miraba al contrario con suma moderacion todas sus oposiciones, remitiendo su defensa á los

Abogados sin disimularles, que por lo que á él tocaba, cederia de su derecho, si éste no hubiese de pasar á sus hijos, en caso que los tuviese, á quienes la herencia pertenecia. Como estas mismas expresiones de la moderacion de Eusebio parecian ser señal de flaqueza y de falta de derecho, antes que de desinterés para con los contrarios, se cerraron estos á todo ajuste, y el pleito se llevó adelante sin que alterase la tranquilidad del ánimo de Eusebio; pues ni su pérdida le habia de acarrear pesadumbre, ni gran gozo su adquisicion, preparandose con la reflexîon de las máxîmas de la sabiduría para el éxîto, qualquiera que fuese.

Bien sí, como lo lisonjearon sus Abogados que podia quedar decidido el pleito dentro de aquel año, determinó pasarlo en S... hasta su liquidacion. Pasó á habitar la casa que tomó en alquiler luego que estuvo decentemente alhajada, suministrandole Don Juan Sauz todo el dinero que necesitaba, segun el órden que habia recibido para ello del padre de Leocadia, como se lo previno Henrique Myden á Eusebio en la carta que recibió en París.

Su casa era comoda y aseada, y deliciosa la vista que le presentaba el rio Guadalqui-

vir, lo largo de su ribera, freqüentada de barcos de contratacion, y la hermosa vega que fertilizaba. Aunque esto contribuía en parte para divagar los pensamientos de Eusebio en las circunstancias de un estado, que en cierto modo era nuevo para él, echaba menos, sin embargo, en todos los objetos la presencia y compañia de su adorable Hardyl. Pareciale hallarse como un niño expuesto en un mundo nuevo. Arrancabale freqüentemente su memoria tiernas lágrimas, especialmente su retrato, todas las veces que fixaba en él sus ojos, llamandolo su buen padre, su consolador, su consejero, su amigo, que todo esto habia perdido con él, sin poder encontrar compensacion á aquella afectuosa y suave confianza que le hacia hasta de sus mas íntimos sentimientos.

Con él habia vivido siempre; en él descansaba; él mismo regulaba por lo comun todas sus operaciones. Ahora debia vivir solo, pasar todo por sus manos, sin gana, sin voluntad de atender á cosa alguna, remitiendolo todo á la lealtad de Gil Altano y de Taydor, para entregarse todo entero á su inconsolable tristeza, hasta que la imagen del mismo Hardyl en sueños, revestida de celestial esplendor, acordandole las máxîmas y conse-

jos de la virtud, confortó su animo, consoló su corazon, y avivó los sentimientos de su virtud abatida, para que á tenor de ella prosiguiese la carrera de su vida mortal, formandose un plan y reglamento en su nuevo estado.

Formóselo desde entonces Eusebio en su trato, en sus estudios y familia. Esta se reducia á Gil Altano, á Taydor, y á los dos cocheros, que quiso retener consigo el tiempo que quedase en S... por la fidelidad con que lo habian servido, aunque no necesitaba sino de uno de los dos, no queriendo mantener mas caballos que los tres que le quedaban, despues que murió el otro de la fatal cornada, causa de la funesta muerte de Hardyl. Todos sus criados tenian su particular inspeccion para que no estuviesen ociosos, antes que para hacer servir su número de fomento de vanidad y ostentacion á Eusebio, que los amaba, y que exercitaba en ellos su compasion. En todo lo que podia servirse por sí mismo, lo hacia, especialmente en su persona, que en su trage sencillo no necesitaba de agenas manos para vestirse, ni para ataviarse, no llevando mas que un vestido en invierno y otro en verano, y el cabello natural sin rizos y sin peynado.

Continuó en guardar la máxîma de Hardyl en no poner librea á sus criados, compadeciendo sobrado la humilde y penosa condicion á que los sujetaba la suerte, para que los quisiera envilecer con un distintivo, inventado de la refinada vanidad de los hombres que pretenden honrarse con la agena humillacion. Por el contrario, ningunos criados habia mas bien tratados, ningunos iban mas bien vestidos, ni mas generosamente pagados, ni habia por consiguiente amo mas amado, ni mas fielmente servido que Eusebio, ni á quien menos á cargo estuviese su servicio. Sin desplegar sus labios, su misma modesta compostura, la tranquilidad suave de su conducta, la afable moderacion que animaba á su porte, y á todas sus acciones, servian de norma á sus criados para regular las suyas, y para respetar, como á cosa sagrada, la dulce quietud y paz de su amo incomparable.

Desde que Eusebio llegó á S... su mayor deseo era el salir de la incertidumbre en que lo habia dexado el descubrimiento de Hardyl, sobre los motivos que pudo tener para dexar su patria, y para ir á establecerse á la América, á mas del que le habia insinuado él mismo antes de morir, y sobre las

868
M774 en
v. 4

EUSEBIO

PARTE QUARTA,

LIBRO PRIMERO.

LA grande impresion que hizo en el ánimo de Eusebio la muerte de su amado y respetable Hardyl, hubiera sido mucho mayor, por las circunstancias que concurrieron en ella, si la memoria de sus exemplos y virtud singular no hubiese contribuido para fortalecer su ánimo en las máxîmas en que desde niño lo habia adoctrinado. Parecia haber quedado su alma embebida en los sublimes sentimientos de aquel venerable difunto.

Aunque nos afligimos en la pérdida de un hombre de conocida virtud, que respetabamos en vida, parece, sin embargo, que nuestra tristeza participa de la veneracion que nos infundió el concepto que teniamos de sus virtudes, antes que del sentimiento que nos causa el perderlo para siempre de vista. Tal vez, á pesar de nuestras lágrimas, nos consuela la memoria de su inculpable vi-

da, envidiandole aquella misma, que en cierta manera sentimos. Deseáramos que fuese semejante la nuestra.

Todos los esmeros de Don Juan Sauz, que hospedó á Eusebio en su casa, mientras se acababa de alhajar la que habia tomado en alquiler, de nada aprovechaban para agotar sus lágrimas. Ellas eran dia y noche el alimento de la tierna sensibilidad que las producia, fomentada de la memória de su estrecho parentesco, que solo le habia descubierto en su dichoso trance. Sirvió de alguna compensacion á su pérdida el retrato del mismo Hardyl que mandó hacer á un excelente pintor antes que enterrasen el cadáver, á quien la muerte violenta en nada habia desfigurado. Pudo asi el pintor animar sus enteras facciones y fisonomía, representandolo de cuerpo entero en la casilla del labrador, sentado sobre la paja en que murió, conversando con el mismo Eusebio.

Esta viva imagen le renovaba de contínuo la memoria de sus singulares virtudes, de los ultimos consejos que le dió sobre la religion santa en que lo habia educado. Fomentabale al mismo tiempo los deseos de imitar su virtuosa conducta, y el tierno agradecimiento que le debia por tantos esmeros y

cuidados, y por el singular cariño con que atendió siempre á su educacion desde sus mas tiernos años. Serviale á mas de esto de norma el recuerdo de su conducta para todo lo que hacia ó habia de emprender, obrando á tenor de los exemplos de Hardyl, ó de lo que hubiera hecho él mismo en los lances que se le presentaban, teniendo siempre delante su admirable moderacion y prudencia.

Su entierro fue solemne, y concurrido de toda la ciudad, habiendose esparcido en ella el descubrimiento del difunto por tio de Eusebio, y por hermano de su madre, apellido que era muy conocido en S... y que entonces se hacia famoso, por el peso que daba á las justas pretensiones de Eusebio sobre la herencia de sus naufragados padres; que su tio paterno le contrastaba con pleito. Este se habia ya hecho célebre por su entidad, prestando nueva materia á los discursos de los ciudadanos la llegada del mismo Eusebio, á quien llamaban el Americano; y sobre todo, las circunstancias del descubrimiento, muerte, y entierro de su difunto tio que con él venia.

Por lo mismo, quanto mayores eran las demostraciones de interés y de afecto que manifestaban todos por la verdad de la causa del

joven Eusebio, otro tanto mayor era el resentimiento de su tio Don Gerónimo, y el empeño que tomaba para desmentir el descubrimiento del difunto; pues no habia motivo en lo humano para que se encubriese por tanto tiempo un tio á su sobrino, si de hecho lo hubiera sido. Crecieron las quexas de Don Gerónimo luego que Eusebio comunicó á sus Abogados el testamento de Hardyl, que mandó no lo abriese hasta despues de su muerte, como lo hizo algunos dias despues que depositaron el cadáver en una arca de plomo, mientras se acababa de construir el lucilo de marmol, con que quiso Eusebio conservar la memoria de las singulares virtudes de tan respetable difunto.

Se abrió el testamento con todas las formalidades. En él se declaraba Hardyl por tio materno de Eusebio con evidentes razones. Prevenia, que hacia el testamento en París, y no antes ni despues, porque allí tuvo la primera noticia del injusto pleito que Don Gerónimo habia puesto á su sobrino Eusebio sobre su paterna herencia. Haber sido testigo el mismo Hardyl de la llegada de Eusebio á Filadelfia despues del naufragio, y de la adopcion que hicieron del niño naufrago Henrique y Susana Myden. Que por lo mismo,

como tio materno que le era, lo declaraba heredero de la casa y huerto que Hardyl poseía en Filadelfia.

A éstas añadia Hardyl en el testamento otras razones y particularidades que ponian en claro la verdad de la causa de Eusebio; pero que sin embargo dexaban presa á las razones de los Abogados contrarios para llevar el pleito adelante, y á Don Gerónimo daban motivo para desmentirlas. Ni queria reconocer á Eusebio por su sobrino, por ninguna vía, negandole la entrada en su casa la vez que fue Eusebio á visitarlo, para proponerle que deseára tratar el pleito amigablemente. Hizole saber esto mismo por tercera persona, no pudiendo hacerlo por sí, hasta ofrecersele á partir las diferencias con un ajuste desinteresado. Sordo Don Gerónimo á toda proposicion, codicioso de la entera herencia, creía hacer mas justas sus pretensiones, con el declarado rencor con que procedia con su sobrino, y con los denuestos con que lo cubria.

Eusebio, ageno de toda sombra de interes y de codicia, lejos de resentirse por todas las demostraciones y pasos de su tio, miraba al contrario con suma moderacion todas sus oposiciones, remitiendo su defensa á los

Abogados sin disimularles, que por lo que á él tocaba, cederia de su derecho, si éste no hubiese de pasar á sus hijos, en caso que los tuviese, á quienes la herencia pertenecia. Como estas mismas expresiones de la moderacion de Eusebio parecian ser señal de flaqueza y de falta de derecho, antes que de desinterés para con los contrarios, se cerraron estos á todo ajuste, y el pleito se llevó adelante sin que alterase la tranquilidad del ánimo de Eusebio; pues ni su pérdida le habia de acarrear pesadumbre, ni gran gozo su adquisicion, preparandose con la reflexîon de las máxîmas de la sabiduría para el éxîto, qualquiera que fuese.

Bien sí, como lo lisonjearon sus Abogados que podia quedar decidido el pleito dentro de aquel año, determinó pasarlo en S... hasta su liquidacion. Pasó á habitar la casa que tomó en alquiler luego que estuvo decentemente alhajada, suministrandole Don Juan Sauz todo el dinero que necesitaba, segun el órden que habia recibido para ello del padre de Leocadia, como se lo previno Henrique Myden á Eusebio en la carta que recibió en París.

Su casa era comoda y aseada, y deliciosa la vista que le presentaba el rio Guadalqui-

vir, lo largo de su ribera, freqüentada de barcos de contratacion, y la hermosa vega que fertilizaba. Aunque esto contribuía en parte para divagar los pensamientos de Eusebio en las circunstancias de un estado, que en cierto modo era nuevo para él, echaba menos, sin embargo, en todos los objetos la presencia y compañia de su adorable Hardyl. Pareciale hallarse como un niño expuesto en un mundo nuevo. Arrancabale freqüentemente su memoria tiernas lágrimas, especialmente su retrato, todas las veces que fixaba en él sus ojos, llamandolo su buen padre, su consolador, su consejero, su amigo, que todo esto habia perdido con él, sin poder encontrar compensacion á aquella afectuosa y suave confianza que le hacia hasta de sus mas íntimos sentimientos.

Con él habia vivido siempre; en él descansaba; él mismo regulaba por lo comun todas sus operaciones. Ahora debia vivir solo, pasar todo por sus manos, sin gana, sin voluntad de atender á cosa alguna, remitiendolo todo á la lealtad de Gil Altano y de Taydor, para entregarse todo entero á su inconsolable tristeza, hasta que la imagen del mismo Hardyl en sueños, revestida de celestial esplendor, acordandole las máxîmas y conse-

jos de la virtud, confortó su animo, consoló su corazon, y avivó los sentimientos de su virtud abatida, para que á tenor de ella prosiguiese la carrera de su vida mortal, formandose un plan y reglamento en su nuevo estado.

Formóselo desde entonces Eusebio en su trato, en sus estudios y familia. Esta se reducia á Gil Altano, á Taydor, y á los dos cocheros, que quiso retener consigo el tiempo que quedase en S... por la fidelidad con que lo habian servido, aunque no necesitaba sino de uno de los dos, no queriendo mantener mas caballos que los tres que le quedaban, despues que murió el otro de la fatal cornada, causa de la funesta muerte de Hardyl. Todos sus criados tenian su particular inspeccion para que no estuviesen ociosos, antes que para hacer servir su número de fomento de vanidad y ostentacion á Eusebio, que los amaba, y que exercitaba en ellos su compasion. En todo lo que podia servirse por sí mismo, lo hacia, especialmente en su persona, que en su trage sencillo no necesitaba de agenas manos para vestirse, ni para ataviarse, no llevando mas que un vestido en invierno y otro en verano, y el cabello natural sin rizos y sin peynado.

Continuó en guardar la máxîma de Hardyl en no poner librea á sus criados, compadeciendo sobrado la humilde y penosa condicion á que los sujetaba la suerte, para que los quisiera envilecer con un distintivo, inventado de la refinada vanidad de los hombres que pretenden honrarse con la agena humillacion. Por el contrario, ningunos criados habia mas bien tratados, ningunos iban mas bien vestidos, ni mas generosamente pagados, ni habia por consiguiente amo mas amado, ni mas fielmente servido que Eusebio, ni á quien menos á cargo estuviese su servicio. Sin desplegar sus labios, su misma modesta compostura, la tranquilidad suave de su conducta, la afable moderacion que animaba á su porte, y á todas sus acciones, servian de norma á sus criados para regular las suyas, y para respetar, como á cosa sagrada, la dulce quietud y paz de su amo incomparable.

Desde que Eusebio llegó á S... su mayor deseo era el salir de la incertidumbre en que lo habia dexado el descubrimiento de Hardyl, sobre los motivos que pudo tener para dexar su patria, y para ir á establecerse á la América, á mas del que le habia insinuado él mismo antes de morir, y sobre las

noticias de su estado y familia antes de dexar á España. Luego pues que tuvo arregladas sus cosas, y que dió sistéma á su nuevo estado de vida, procuraba informarse de unos y de otros, sin perdonar á pasos ni á diligencias para conseguirlo. Haciasele sumamente estraño, no solo que hubiese dexado el nombre y apellido de su familia por el de Jorge Hardyl, sino tambien el habersele encubierto con tanta reserva por tantos años, y en tantas ocasiones en que parecia imposible que hubiese podido resistir al entrañable y tierno cariño que le profesaba.

A pesar de todas sus diligencias, no pudiendo tener las noticias que deseaba, y que lo dexasen enteramente satisfecho, se vió precisado á ir en persona á la villa, de donde era natural Hardyl, que no distaba mucho de S... y donde esperaba encontrar algun hombre ó muger que hubiese conocido á Hardyl en su infancia y juventud. Engañóse tambien en esto; pues solo allí tuvo noticias vagas que no lo satisfacian. La familia de Hardyl se habia estinguido con él, ni quedaba ninguno de sus parientes, ni habia estraños que lo conociesen, y que pudiesen darle las noticias individuales que deseaba.

Tanto hizo, tanto preguntó, que final-

mente dió con una vieja que lo remitió á un Cura de una vecina Aldea, á donde se encaminó inmediatamente Eusebio. Tampoco el Cura supo darle cabales noticias, pero lo aseguró que se las podria dar un viejo pastor que tenia en su parroquia, aunque en lugar algo distante, pues se acordaba, que él mismo habia sido dependiente de la familia que Eusebio le nombraba, habiendole oido contar algunas cosas de ella. Le añadió que el pastor se llamaba Eumeno, y que pasaba ya de los ochenta.

Abriósele á Eusebio el cielo con esta noticia; y aunque era ya algo tarde, no quiso diferir su partida para el dia siguiente, sino que tomando por guia á un labradorcillo, que le dió el mismo Cura, partió aquella misma tarde en busca del viejo Eumeno, en compañia de Taydor, que era el solo de sus criados que llevaba consigo. Deliciosisimo fue aquel camino para Eusebio, asi por el motivo porque lo emprendia, como por su frondosa amenidad. Recreaban á su vista y alma los amenos campos que privilegió la naturaleza sobre todos los de la tierra, dotando su terreno de inagotable fertilidad, cuyo vigor perpetúa los frutos y verdores en todas las sazones, sin que los alteren los rigores del

invierno á quien no conocen. Las flores, apenas despuntadas, admiran junto á sí á los frutos ya sazonados, pendientes de los mismos ramos de quienes se desprenden, para dar lugar á la nueva generacion con que enriquecen la descansada industria de sus felices cultivadores.

Crecia la complacencia de Eusebio, al paso que su guia lo iba internando en una deliciosa quebrada, formada de humildes montecillos, cubiertos de espeso bosque, cuyo suelo, sin maleza, ofrecia abundante pasto para el ganado, y las copas de los árboles asilo seguro y fresco á las aves que las poblaban, y que ya recobradas entonces en sus nidos, daban con sus ultimos cantos la despedida al dia que apartaba de la tierra sus resplandores. La noche que lo seguia, cubriendo al suelo de sus primeras tinieblas, convidabalas al descanso, al ruido de un manso arroyo que iba despeñandose lo largo de la quebrada entre espesas matas de juncia y de mastranzo, que se recreaban en sus cristalinas aguas. Resonaba de su dulce mormullo toda aquella deliciosa soledad que tenia encantados los sentidos de Eusebio, y enagenada su alma de suave complacencia y admiracion.

¡Qué envidiable sitio para el tierno y

recogido corazon de Eusebio ! ¡ Quántas veces llamaba dichoso al viejo Eumeno , representandoselo en aquel tranquilo y frondoso desierto , lejos de los engaños y fraudes de la ambicion y codicia de los hombres ! Lo distraxo de esta suave contemplacion el labradorcillo que lo acompañaba , diciendole : ¿ veis ese ganado que baxa por aquella cuesta ? es del viejo Eumeno , y se encamina á su majada. ¿De Eumeno es ese ganado ? pregunta Eusebio alborozado ; ¿ segun eso , poco distante debe de estar su habitacion ? Vais á descubrirla , le responde el muchacho , desde la cima de esa loma que nos falta por trasponer. Eusebio , al oir esto , aviva el paso , vence la cuesta , y descubre inmediatamente la casa de Eumeno en medio de un prado bastante espacioso , poblado de árboles que se estendian en ordenadas hileras hácia los oteros que á la redonda lo coronaban.

Acrecentó las delicias y hermosura de aquel frondoso sitio la enagenada opinion de Eusebio , mucho mas que su vista , admirandolo al esplendor de la salida luna que argentaba al ofuscado suelo , haciendo resaltar sus sombras , aunque alumbradas escasamente de los ultimos crepúsculos del escondido dia.

Azorado Eusebio de sus impacientes deseos, toma el camino de la casa entre dos hileras de árboles, y llega á ella finalmente. La puerta estaba abierta, y entra. No respondiendo ninguno á su llamamiento, no se atreve á internarse, respetando aquella envidiable seguridad. Preguntó bien sí al muchacho ¿si conocia á alguno de la casa? el muchacho le dice que sí, que habia estado dos veces con el señor Cura en ella, y que iria á avisar de su llegada. Eusebio lo dexa hacer, y entretanto se sienta con Taydor sobre un banquillo que allí habia entre algunos aperos de labranza.

Compareció luego el muchacho con una labradora anciana, seguida de una agraciada doncella, para ver lo que queria aquel caballero que les encomendaba el Cura por medio del labradorcillo, y viendo á Eusebio que se le presentaba con modesta afabilidad, le dice con reportado despejo: ¿qué se le ofrece á Vmd.? en qué podemos servirle? Bien venido sea: la casa, qual es, la tiene Vmd. á su disposicion. Deseamos servir á Vmd. y al señor Cura que nos dá ocasion para ello; la voluntad quisiera igualar al merito de Vmd. Eusebio hubo de interrumpir al oficioso cumplimiento que iba largo, diciendole: que so-

lo lo habian traido alli los deseos de hablar con el viejo Eumeno, sobre cosa que le interesaba mucho.

Venga pues Vmd. si tales son sus deseos, le dice la labradora; y lo lleva á una estancia donde dos pastores trasquilaban ovejas. Cerca de ellos estaba el viejo Eumeno sentado, escogiendo la lana que le iba dando un niño, repartiendola él entre dos canastos que tenia al lado de su asiento. La sorpresa de ver á aquel huesped y en aquella hora, no alteró la afabilidad del rostro venerable del viejo, á quien condecoraban espesas canas, blancas quanto la nieve, y que todavia conservaba en edad tan avanzada, sin necesitar de apoyo para caminar, y sin padecer notable menoscabo en sus sentidos. La labradora, que erá su nuera mas anciana, le presentó á Eusebio, diciendole: que alli tenia á un caballero que le encomendaba el señor Cura, y que deseaba hablarle sobre un negocio de mucha importancia.

Eumeno, oido esto, sin moverse de su asiento, se vuelve á Eusebio, y le pregunta ¿qué era lo que se le ofrecia? y dice á su nuera que le traxese asiento. Eusebio le responde, que sentia acarrearle aquella molestia en hora tan importuna, pero que las an-

sias que tenia de informarse de un tio suyo, de quien le habia dicho el Cura que él le daria cabal razon, lo habian traido impaciente á su casa. ¿De un tio vuestro? pregunta Eumeno: ¿cómo se llamaba ese vuestro tio? Eugenio Vall... responde Eusebio. El viejo Eumeno, al oir aquel nombre, se para un poco como suspenso y conmovido; luego exclama: ¡ó hijo mio! ¡Qué conmocion de afectos y de ideas causas en mi pecho! el cielo te ha traido: ¡oxalá sea para mi consuelo! mas dime primero,

EUM. ¿Cómo te llamas?

EUS. Eusebio M...

EUM. ¿Eusebio M..? hijo de Don Leandro M.. y de Doña Clara de Vall... de quienes se dixo que habian naufragado?

EUS. De esos mismos.

EUM. ¡O cielo! ¿conservasteis acaso mis dias para darme á probar tan grande gozo? Eusebio, hijo mio, ven acá, dexa que te abrace, que te bese, y que desahogue con estas tiernas lágrimas en tu seno el gran consuelo que me acarreas; dexa que te dé una prueba del grande amor y afecto que debí á tus padres.

Eusebio, conmovido del llanto, y de las exclamaciones del buen viejo que le tendia

los brazos, se levantó de su asiento para irlo á abrazar, mezclando sus lágrimas con las de Eumeno, que estrechandolo á su seno, le decia: ¡ó mi amado Eusebio, quán gran gozo es el mio! quán gran gozo es el mio! no puedo explicartelo sino con llanto. Pero ven acá; trae aqui tu silla, sientate junto á mí; mis ansias no son menores que las tuyas. Dime ahora; pues yo hace años que no puse los pies en S...

EUM. ¿Fue falsa segun eso la voz, aunque se dió por cierta, que tú, y tus buenos padres habiais naufragado? ¡O quánto me alegro de este hallazgo, y encuentro para mí tan precioso! ¿no naufragasteis, pues, como se decia?

EUS. La voz fue cierta; y naufragó de hecho el navio en que ibamos á la Florida. Pero la providencia quiso salvarme á mí solo de las olas por medio de un marinero que me sacó á la playa de la América, quedando sin duda anegados mis buenos padres de la borrasca, pues se rompió el navio, y nada mas pude saber de ellos desde entonces.

EUM. ¡Me consolaba pues sobrado presto por ellos! ¡Se desvaneció mi temprano gozo, despues que lloré tanto su desgracia, que tú ahora, hijo mio, con nuevo dolor me confir-

mas! Tengo á lo menos el consuelo de certificarme que saliste salvo de las olas. Pero dime: ¿has estado todos estos años en aquellos paises? Ahora solo llegas de aquellas partes? pues el trage en que te veo me parece forastero.

EUS. Hace pocos dias que llegué: y mi primer cuidado, apenas llegado, fue de informarme de ese mi amado tio por quien os pregunté. Mas no habiendo encontrado ninguno en S... que me supiese dar razon de él, hice tanto, que dí finalmente con el Cura que me encaminó á vuestra casa, donde pruebo al cabo el indecible contento que me dá, no solamente vuestra tierna acogida, sino tambien la esperanza que dexaréis satisfechos mis deseos.

EUM. ¡Ah! hijo mio: ojalá yo pudiese satisfacertelos. ¿Pero quién sabe lo que se hizo ese vuestro buen tio, para mí siempre respetable? Yo tambien deseára, quanto tú, saber el pais en donde mora. Aunque ¡quién podrá saber si vive todavia, ó si murió! ¡ah si yo pudiera reverlo y abrazarlo!

Eusebio, al oir esto, no se pudo contener, prorumpiendo en mas tierno llanto y sollozos. Eumeno, extrañando aquella novedad, le dixo:

EUM. ¿Qué es, hijo mio? por qué lloras? ¿Es acaso, porque no puedes conocerlo como deseabas? tanto te interesa saber de él?

EUS. ¡O Eumeno, sé sobrado, que ya no exîste en la tierra, pues lo acabo de perder para siempre!...

EUM. ¡O cielo! ¿qué dices?.. ¿Lo acabas de perder? mas cómo lo has conocido? en dónde? quándo? cuentámelo, hijo mio; pues estas lágrimas que me saca esa tu infausta noticia, son efecto del amor, y del eterno reconocimiento que debo á su dulce memoria; ni extraño ya que tú lo llores tanto, si lo llegaste á conocer en vida, como tuve yo la dicha de conocerlo.

EUS. ¡O si conocí á mi adorable Hardyl! ¡Ah! no sé darle otro nombre que ese, baxo el qual se me encubrió toda mi vida, habiendome solo descubierto en la hora de la muerte su verdadero nombre de Eugenio, y el ser mi tio.

EUM. ¡Cómo, cómo, hijo mio, quántas cosas me haces saber á un mismo tiempo! ¡O dia para mí muy dichoso y juntamente funesto! pues en el momento en que vas á satisfacer los deseos que por tantos años alimenté de saber nuevas de mi venerado Don Eugenio, en ese mismo me participas la de

su muerte: no te pese, hijo mio, de explicarme las muchas cosas que me insinúas. ¿Cómo es, que dixiste que lo has conocido toda tu vida? Antes que tú nacieras ya él se habia ausentado de su patria, poco despues que murió su muger, sin saber ninguno á donde se hubiese ido.

EUS. ¿Casado fue Hardyl?

EUM. Si, hijo; lo estuvo seis años. Pero dime primero: dónde, y cómo lo conociste, pues deseo con ansia el saberlo: yo te contaré despues todo lo que deseares.

EUS. Poco despues que el cielo me sacó de las olas, sirviendose para ello del marinero que os dixe, me llevaron á Filadelfia dos Quakeros que nos recobraron en su granja.

EUM. Perdona, Eusebio, si te interrumpo; ¿qué vienen á ser esos Quakeros que dices? no oí tal nombre en mi vida.

EUS. Llaman asi los Ingleses á una secta de hombres que se formó en Inglaterra, de los quales se fue gran parte á establecer en la Pensilvania, provincia de la América, asi llamada de Guillermo Pen, que la compró de los selvages, para que se estableciesen los Quakeros de quienes era cabeza. Dos de estos, son los que os dixe que nos dieron asilo en su granja, y nos llevaron á la ciudad

de Filadelfia, capital de aquella provincia. Alli, habiéndose ellos informado de la condicion de mis padres, y de su naufragio, quisieron tenerme por hijo, y de hecho me prohijaron; llamabanse Henrique, y Susana Myden. Estos mis nuevos padres, para mí siempre adorables, queriendo darme educacion, buscaban para ello maestro. Otro Quakero amigo suyo, sabiendo sus deseos, les dixo: que si querian un maestro cabal, y qual no pudieran encontrar en toda la tierra, que tomasen á un hombre que exercia el oficio de cestero en aquella ciudad, cuya virtud y luces él conocia muy bien, aunque no sabia de donde fuese.

Mis padres, fiados en el dicho de su amigo, lo enviaron á llamar, y le propusieron mi educacion: él, oído mi nombre, hizo un vivo ademan de enternecida sorpresa, que yo entonces no conocí, y que solo ahora echo de ver lo que significaba: en fuerza de haber sabido mi nombre y apellido, condescendió á darme educacion, con el pacto, que habia yo de estar en su casa, y de aprender su oficio. Mis padres desecharon al principio estas condiciones; pero vencidos finalmente de la fuerza de la virtud que reconocieron en él, y del desinterés de no querer nada por

mi educacion y mantenimiento, condescendieron en que me criase como mejor le pareciese. Siete años estuve con él en su casa, donde me enseñó el oficio de cestero, la virtud, y las ciencias; hasta que proporcionandose la ocasion y el tiempo de venir á España, para ver las haciendas que heredé de mis padres naufragados, quisieron los que me prohijaron que mi maestro Hardyl me acompañase en el viage.

Largo fuera deciros el amor, la ternura, los esmeros, y cuidados con que me educó, y con que me trató, antes como tierno padre, que como maestro, no solamente todo aquel tiempo que me tuvo en su casa, sino tambien el que duró el viage que hicimos; primero á Inglaterra, luego á Francia, y finalmente á España; hasta que estando para llegar á nuestra patria S..., y casi descubriendola con los ojos, dimos con una torada que venia de ella. Desgraciadamente uno de aquellos toros hirió á un caballo de los quatro que llevabamos en el coche, el qual enfurecido con la herida, y asombrando á los demas, fue causa de que arrebatasen al coche, y lo hiciesen volcar; y de que mi tio Hardyl recibiese una fuerte contusion en el pecho con la caida, de que murió de alli poco.... ¡Ah!

cómo puedo renovar tal memoria sin lágrimas!... Antes de espirar en mi seno, me declaró lo que hasta entonces tuvo fortaleza de ocultarme; que su verdadero nombre no era el de Jorge Hardyl, sino de Eugenio Vall... tio mio, y hermano de mi madre...

EUM. ¡O cielo! quién puede oir esto sin lágrimas! ¿Ese Jorge Hardyl era Don Eugenio, y hacia el oficio de cestero en esa ciudad de la América? ¿Ni pudiste saber jamas por qué quiso ocultarse baxo ese nombre?

EUS. No, Eumeno; no lo pude saber, como tampoco el motivo que tuvo para ausentarse de su patria, ni de las circunstancias de su vida anterior, si vos no me lo decis.

EUM. ¡Hombre verdaderamente admirable! No extraño, Eusebio, que lo llores tanto; pues yo lo lloré desde que lo perdí, y lo lloraré lo que me queda de vida, sabiendo de tí que murió. El cielo me ha privado del indecible gozo que hubiera tenido de reverlo, como lo hubiera visto, si hubiese llegado salvo á su patria, pues me amó siempre mucho. Yo le hice oficio de padre, desde que perdió al suyo en la edad de trece años. Su padre me lo dexó encargado en el testamento: pues aunque dexó por albacea á su yerno Don Leandro tu padre, con quien habia

casado poco antes su hija Doña Clara Vall. . . tu madre, declaró en manda que su hijo Don Eugenio quedase encargado á mi fidelidad, señalandome para esto un crecido salario.

Acepté de buena gana este empleo, no tanto por la crecida utilidad, quanto por el grande amor que me habia siempre merecido Don Eugenio, por sus amables calidades, y por el excelente corazon que prometia la singular virtud en que creció despues, unida á un grande talento, aunque este no se manifestase á su exterior afable y algo encogido. Dió bien sí pruebas de él en los estudios que hizo en Alcalá, á donde vuestro padre Don Leandro lo envió, dexando atrás á todos sus condiscípulos, asi en las artes liberales, como en las lenguas latina y griega que aprendió, empleando en sus estudios todos los nueve años que permaneció en Alcalá. Yo lo cuidé y serví en aquella ciudad todo este tiempo, y fui testigo de su incansable aplicacion, y de la vida exemplar que llevaba.

Restituyóse despues de acabados sus estudios á S. . . donde continué á servirlo antes como ayo, que como criado. Allí quiso tomar á su cuidado las haciendas, luego que se acabó el término del arrendamiento á que

las dió tu padre. Era muy aficionado á la labranza, é hizo particular estudio de ella; de modo, que á pocos años que las llevaba á su cuenta, le redituaban otro tanto de lo que le pagaban los arrendadores. Tu padre le instaba para que se casase, y le propuso de hecho dos partidos: mientras lo deliberaba, quiso hacer un viage á Cadiz. Allí, habiendo tenido proporcion de conocer á una Señorita Inglesa, que era un angel de costumbres y de hermosura, se casó con ella, y la traxo á S... donde quiso establecerse.

Tuvo de la misma dos hijos, que poco despues se le murieron; y aunque sintió sumamente sus muertes, tenia harto motivo de consuelo en las excelentes prendas de su muger, y en su cariño, pues se amaban tiernisimamente. Sin duda, el grande amor que la tenia Don Eugenio, fue la causa principal de su ruina, y de la pobreza á que se vieron expuestos de la noche á la mañana, á pesar de sus ricas haciendas; y motivo tal vez de que muriese su amada muger, y de que Don Eugenio, despues de su muerte, se ausentase para siempre de su patria, y de que yo lo perdiese.

EUS. ¡Misera condicion de los mortales! ¿Tan desgraciado fue Hardyl? nada me dixo

jamas de tales desgracias. No te pese, Eumeno, de contarmelas por entero: ellas pueden instruirme mucho; y servirán tambien para admirar mas la fortaleza, y virtud de aquella alma adorable.

EUM. Vas á oirlas, hijo mio; mas no puedo renovar sin llanto tales memorias. Quántas veces le oí decir, que el cielo le habia dado la muger mas amable y cumplida: que su vida era la mas envidiable, y que se reputaba muy dichoso. Eralo á la verdad por el sistéma de vida que se habia formado: era enemigo del mundo y de su trato; decia, que lo poco que habia estado en él, le bastó para conocer, que eran mayores los disgustos y pesares que se sacaban de conversar con los hombres, que la pasagera complacencia que se probaba en su solapada compañia. La que él se habia formado era de pocos amigos y conocidos, los demas solo lo eran de sombrero. Con aquellos empleaba las tardes que tenia dedicadas al paseo, ahora con uno, ahora con otro; ya á pie, ya en coche. Las mañanas y noches las empleaba en el estudio, que decia ser su mayor pasion.

Los veranos los pasaba en la villa de C... de donde era, donde daba relaxa á sus estudios con el cuidado del campo y de sus cose-

chas ; restituyendose á S... entrado ya el invierno. Pero quando menos lo pensaba Don Eugenio , echó á tierra la inconstante fortuna toda su felicidad , haciendolo de caballero y rico , que antes era , pobre artesano y cestero , como dices que lo hacia en esa ciudad de la América *Filafelia* , ó como se llame ; privandolo casi al mismo tiempo de su amable muger , que no resistió á la mortal pesadumbre y tristeza que le dió la desgracia de su buen marido , no tanto por el estado pobre á que se veía reducida , quanto porque de ella fue causa su mismo padre.

Era éste Inglés , y se habia establecido en Cadiz ; y aunque decian que era de linage noble , hacia el mercader en aquella ciudad. No contento de la ganancia que le daba el comercio , quiso tomar un asiento real : mas como para ello necesitase de fianza , acudió á su yerno Don Eugenio. Este hizosela de contado por el buen concepto que tenia de su suegro , mereciendolo su notoria honradez , como tambien su nombrada dita : ¿mas qué cosa puede haber segura en la tierra ? El naufragio de un navio que iba ricamente fletado al Perú á cuenta de su suegro, hizo naufragar tambien la dicha de Don Eugenio : porque en fuerza de la quiebra que

hizo su suegro, no pudiendo satisfacer á la deuda contraída por el Rey, los ministros de justicia se echaron sobre las haciendas del fiador, y sin atencion ni compasion por la antigua nobleza de aquella familia, las haciendas fueron confiscadas, y luego vendidas.

Don Eugenio se vió entonces pobre de repente, y necesitado á que tu buen padre lo recogiese en su casa. Si mal no me acuerdo, tú, hijo mio, naciste en aquel año; te conocí entonces en la casa de tus padres, á donde pasé con tu tio Don Eugenio y con su muger, mientras se liquidaban las cuentas, del producto de la venta de las haciendas. Resultando de ellas, quedar Don Eugenio acreedor al Rey de quatro mil pesos, se le entregaron, quando ya su afligidisima muger, angustiada de la desgracia, y oprimida de la misma, murió, dexando á Don Eugenio, qual te puedes figurar, con su pérdida; pues casi me atrevo á decir, que le fue mas sensible que la de sus haciendas.

Desde entonces ya no amaneció dia sereno para él, evitando hasta la vista y trato de sus amigos, viviendo siempre en su retiro, las mas veces sobre los libros; los quales decia, que solo podian aliviar de algun modo su acerbo dolor y desconsuelo. Teniame á mí

solo por confidente de sus penas, y de las lágrimas que freqüentemente derramaba. Un dia, llamandome en secreto, me dixo: (¡ah! pudiese yo acordarme de sus mismas palabras!) en fin, me dixo en substancia: que queria aprovecharse de aquella desgracia, que le habia hecho abrir los ojos para conocer al mundo y á sus vanidades: que para ello habia determinado ausentarse para siempre de su patria, é irse á otras tierras donde pudiese llevar sin testigos de su condicion y estado la vida felíz que se proponia.

Me dixo, que me hacia á mí solo esta confianza, porque con ella queria darme prueba, no solo del amor que me tenia, sino tambien del agradecimiento que debia á mi amorosa fidelidad en tantos años de servicio: que para esto me entregaba en sus escasas circunstancias quinientos pesos, con los quales, y con mis ahorros, podia yo hacerme un honrado establecimiento en el campo, y acrecentarlo con mi industria. Que á él le quedaba sobrado para poner en execucion sus designios, y el sistéma de vida que se habia propuesto llevar en el estado en que lo habia colocado su desgracia.

Puedes figurarte, hijo mio, quál fue mi sentimiento, quando oí esta su resolucion.

No pude contener el llanto en que prorrumpí, uniendo mis ruegos para desaconsejarla. Rehusé los quinientos pesos que me ofrecia, y que te aseguro, Eusebio, que hubiera perdido de buena gana, á trueque de hacerlo mudar de determinacion: el mismo sentimiento que sentia de perderlo para siempre, me incitaba á que hiciese traicion á la confianza que me hizo, comunicando á tu padre los intentos que llevaba de irse á vivir á otras tierras para que se lo impidiese. Pero considerando sus fatales circunstancias, que tu padre no podia aliviar enteramente, atendida su familia, le guardé el secreto; lo callé con dolor. El firme en su resolucion, la puso por obra, con el pretexto de ir á servir en Francia.

Sin duda fue allá á aprender el oficio de cestero, pues antes no lo sabia, y pasó despues á exercitarlo á la América, donde la providencia te llevó á su casa por tan extraños caminos. Nada mas supimos de él desde que partió; la primera noticia que recibo es la que tú me has dado, hijo mio, aunque junta con la funesta de su muerte, que es para mí muy sensible. A él, y á su padre debo estos bienes que todavia gozo, y que me hacen muy llevadera mi vejez en el seno de mi

familia. ¡ O ! si lo hubiese podido ver aqui, como te veo á tí, hijo mio ! Temo que hubiera muerto de gozo. Yo no cesaria de hablar de él ; pero su muerte desgraciada me trae á la memoria lo que me insinuaste sobre el pleito que te puso tu tio Don Gerónimo. ¿ Pues qué, se halla éste en S. . ?

EUS. Vino del Perú para ponerme pleito.

EUM. Sabia que estaba allá en las Indias : partió un año antes que tus buenos padres fuesen á la Florida para perecer tan desgraciadamente como perecieron. ¿ Pero qué pretende tu tio Don Gerónimo , si es el ultimo de los hermanos ? ¿ murió por ventura Don Isidoro ? De los siete hermanos que fueron quedaban esos dos solos.

EUS. Estas son las primeras noticias que tengo de mi familia ; ni sabia que tuviese otro tio fuera de Don Gerónimo : por lo mismo no sé deciros si vive, ó si murió Don Isidoro. ¿ Vivia por ventura en S. . ?

EUM. Hace muchos años que se ausentó de esa ciudad por casarse con una labradora de quien se habia enamorado. Lo que habiendo penetrado su padre y hermanos , trataban de hacerlo poner en un castillo para que no pudiese efectuar el casamiento. Sabido esto por Don Isidoro , mostró deseos de ir á ser-

vir á Nápoles. Todos creyeron que lo dixese de veras, y lo proveyeron con gran contento para el viage. Pusose de hecho en camino; pero se supo despues, que en vez de seguirlo, torció para la villa de C... donde vivia la labradora, y se casó con ella. No se pudo saber despues á dónde fuese á vivir con la misma; pero tampoco se tuvo noticia de su muerte.

EUS. ¡Qué ideas me renovais, Eumeno, con ese casamiento! ¿Tio mio era ese Don Isidoro?

EUM. ¿Pues qué, lo has conocido tambien en la América, como conociste á tu buen tio Don Eugenio?

EUS. No es eso lo que me causa tan tierna sorpresa, sino el reconocer ahora á ese mi tio Don Isidoro en otro Isidoro, de quien me hizo Hardyl, siendo yo muchacho, la mismisima relacion que vos acabais de hacerme, y que no pude olvidar jamas. No me queda la menor duda que es el mismo; pues con los mismos pelos y señales me contó Hardyl su casamiento, los estorvos de sus parientes, y la traza que le dió él mismo de fingir querer ir á Nápoles para que pudiese efectuarlo mejor. Aún me acuerdo de la ciudad á donde me dixo que se fue á vivir con su muger, y

la dichosa vida que llevaba con ella. El es, él es, no hay duda; aunque el buen Hardyl me ocultó que fuese ese Isidoro tio mio, llamandolo su amigo. Me bastan las luces que me habeis dado para certificarme sobre ello, pues se me acuerda muy bien que fue M... la ciudad á donde me dixo que se fue á vivir con su muger, y que alli cerca compró algunos campos, donde pasaba sus dias en envidiable tranquilidad. ¡O, Eumeno, quán preciosas noticias me habies dado! mi alma rebosa de gratitud y de consuelo.

EUM. No te lo debo menos, hijo mio, por las que tú me acabas de dar tambien. Pero es ya hora que vayamos á cenar; y aunque todos los objetos respiren pobreza, creeme, Eusebio, que es muy rica la voluntad de hacerte dueño de estos mis cortos bienes.

Esto decia el viejo Eumeno, levantado ya de su asiento, teniendo asido de la mano á Eusebio. Asi se encaminó con él hácia otro quarto, donde habia una larga mesa aparejada para doce personas, que poco á poco fueron llegando; eran todos hijos y nietos del viejo Eumeno, el qual iba dando razon de todos ellos á Eusebio de su edad, de sus casamientos, del modo como se habia establecido en aquel sitio, y como Dios habia bendeci-

do su industria y su familia, por haber seguido el consejo de Don Eugenio, en quien recayó otra vez la conversacion, deseando informarse el viejo de la casa que tenia en Filadelfia, y del oficio de cestero que alli hacia, y de otras particularidades que se llevaron todo el tiempo de la cena, hasta que avisados del movimiento de los que se levantaban de la mesa, que era tiempo de irse á descansar de sus fatigas, desistieron de sus discursos, y se dieron las buenas noches para ir á dormir.

Informado Eusebio de lo que tanto deseaba saber, y cansado del largo viage que habia hecho aquella tarde, durmió descansadamente en la cama mejor que le pudo dar el viejo Eumeno. Al dia siguiente, como lo dispertasen el canto de las aves, y los balidos de los corderos y ovejas que parecian salir de la majada para ir al pasto, se levanta inmediatamente, impelido del deseo de disfrutar la deliciosa vista que se prometia, segun la ventajosa idea que se habia formado la tarde antes de aquel ameno valle y sitio quando entraba en él al anochecer. Abierta apenas la ventana, su alma y sentidos quedan enagenados de la deliciosa vista de todos aquellos objetos que componian tan venturoso elisio.

El sol, que entonces despuntaba entre dos lejanos oteros, doraba con sus obliqüos resplandores toda aquella verdura. El blando zefiro, cargado de los perfumes de las flores y yerbas olorosas de aquellos pastos, embalsamaba al ambiente, dando suave movimiento á los árboles que poblaban aquel ancho prado, y que se levantaban sobre los oteros, con quienes hacian una frondosa corona entorno de la habitacion de Eumeno. Entre todos aquellos verdes montecillos, era el privilegiado de los caprichosos esmeros de la naturaleza, el que daba en frente de la ventana á que se habia asomado Eusèbio, y que estaba mas vecino á la casa. En su repecho tomaba origen el bullicioso arroyo, que la tarde antes habia enamorado los sentidos de Eusebio, mientras huían sus cristalinas aguas á saltos por lo largo de la quebrada entre las viciosas yerbas que fertilizaban.

Veía ahora alli en su origen la fuente, apenas salida de las entrañas del otero, precipitarse sobre las peñas para llegar al herboso prado, donde á corto trecho se divídian sus aguas en dos ramos entorno de la casa, á la sombra de los árboles del prado, entre los quales corrian con manso murmullo. Salia tambien entonces el ganado de la majada,

haciendo resonar aquel frondoso valle con sus balidos, que unidos al susurro de la fuente, y al vario canto de las aves que anidaban en las vecinas arboledas, formaban una hechicera armonía y vista á los ojos y oidos del encantado Eusebio. Acabólo de enagenar enteramente el eco suave del caramillo, que á pocos pasos comenzó á sonar un jóven pastor, nieto de Eumeno, que en compañia de una graciosa zagala, hermana suya, llevaba al pasto las ovejas.

A vista de todos aquellos deliciosos objetos, que conmovieron sumamente la tierna sensibilidad de su corazon, no pudo contenerse Eusebio sin proferir en voz alta desde la misma ventana:

¡O bona pastorum, si quis non pauperis usum
Mente prius docta fastidiat, et probet illis,
Omnia luxuriæ pretiis, incognita curis,
Quæ lacerant avidas inimico pectore mentes!

Dicho esto, se sale del quarto para ir á gozar mas abiertamente aquella hermosura. Estando ya abaxo, se encuentra con una de las nietas de Eumeno, á la qual preguntó por el viejo. Ella lo acompañó á la estancia donde trasquilaban la noche antes, y donde lo halló empleado en el mismo oficio. Hicieronse mutuamente sus cariñosos cumplidos.

Satisfechos estos, dixole Eusebio, que deseaba ir á gozar la vista del valle, que lo habia enamorado, lo que haria con su beneplacito antes de partir. ¿ Antes de partir ? dixo Eumeno : de aqui no se parte tan presto. Irémos á ver lo que deseas ; pero antes vamos á tomar nuestro desayuno, que ya nos espera.

Condescendió Eusebio con la oficiosa voluntad del viejo, que se levantó inmediatamente para ir con Eusebio á desayunarse, dispertandolo el robusto Eumeno las ganas de probar aquellos groseros manjares, á los quales Eusebio no estaba acostumbrado, especialmente tan de mañana. Acabado el desayuno, hizole ver el viejo toda su casa; acompañabalo él mismo, permitiendoselo la robustéz que conservaba en tan avanzada edad. Al paso que fue creciendo su familia, fue añadiendo habitacion á la primera, que hizo edificar él mismo quando se estableció en aquel sitio. Dilató al mismo tiempo las majadas al paso que iban acrecentandose sus ganados, compuestos entonces de quinientas cabezas.

Contabale el viejo haberse establecido allí por sugerimiento de Don Eugenio, antes que se ausentase de España, quando lo obligó á tomar los quinientos pesos que le ofrecia, diciendole, que con aquellos, y con

lo que habia ganado en el servicio de su casa, podria formarse un dichoso establecimiento, si limitaba sus pensamientos á los bienes del campo, donde seria rey de su familia, lejos de la vista de objetos que pudiesen deslumbrar á sus deseos. Esto iba contando el viejo á Eusebio, mientras se encaminaba con él hácia la fuente, junto á la qual se sentaron á la sombra de la mucha y espesa verdura que la cubria. Manaba ella de la hendedura de una peña viva, de cuya fertil cima caian pendientes las dilatadas ramas de los diversos arbustos, y floridas yervas que la humedad fecundaba, y que parecian servir á la peña de brutesca guirnalda. Precipitabanse las cristalinas aguas sobre el pardo repecho, á cuyo pie las recibia un remanso bastante espacioso, formado tambien en la roca. Contabanse en su somero y claro fondo las chinas que se desprendian con las aguas. Salian estas inmediatamente del lleno remanso, para ir á dar en el valle el tributo de su saludable fertilidad al rey Eumeno que las poseia.

El corazon de Eusebio rebosaba, á su vista y sombra, de delicioso consuelo, experimentando en todos aquellos amenos objetos los efectos venturosos de los sabios consejos de Hardyl, como Eumeno le decia. Inferia

al mismo tiempo, que ya entonces estaba formada su alma á los preceptos de la sabiduria, en que lo procuró educar despues; y que la desgracia de la pérdida de sus haciendas, fue para él la rotura de las cadenas que tenian sujeta su alma grande y sublime á la opinion y vanidades del mundo. Que exênta entonces de los estorvos, y respetos de la conveniencia, y de sus inevitables sujeciones á la sociedad, voló en pos de su libertad suspirada, despojandose hasta de su mismo nombre y apellido, para poder entregarse todo entero á las máxîmas y consejos de la filosofia, y gozar en su exercicio la dicha desconocida, que solo dexa probar la virtud á los que la profesan en el sagrario de la tranquilidad y paz del alma.

Sobre esto hablaba Eusebio con Eumeno, en fuerza de los afectos é ideas que le excitó él mismo quando le dixo haberse establecido en aquel sitio por sugerimiento de Hardyl. No entendia Eumeno la sublimidad del discurso de Eusebio. Tranquilidad, virtud, libertad, sabiduria, eran nombres, que para él, poco ó nada significaban. Probaba materialmente los efectos de su dichoso estado sin conocerlos ni saborearlos. Era sin embargo venturoso, porque no era desdichado; por-

que no experimentaba en aquellos puros bienes que poseía los disgustos, las desazones, las molestias, y el descontento, que huyen de las frondosas y amenas soledades para meterse en los poblados, donde agitan con sus estímulos á la vanidad, á la ambicion y codicia de los pechos humanos entre el bullicio y tumulto de la gente y de sus engaños.

Creció la complacencia de Eusebio despues que habiendo descansado á la sombra y murmullo de la fuente, lo llevó Eumeno á la cima de uno de aquellos oteros que señoreaba á todo aquel valle circular. Ni se saciaba de contemplar àquel gracioso teatro de la naturaleza, pareciendole que aquellos humildes collados que lo cerraban por todas partes, formasen las gradas; que los árboles que los cubrian con su sombra, fuesen los mirones; y la casa de Eumeno el objeto de la animada representacion, que les daba aquella venturosa familia de pastores. Avivó mas esta idea la vista de los tiernos corderos que habian quedado en la majada, y que salian entonces á pacer las yerbas y flores de aquel prado, capitañeados de un zagalillo, biznieto del viejo Eumeno, que lo llamó para hacerselo conocer á Eusebio.

Mas no respondiendo el avergonzado ni-

ño á las preguntas que Eusebio le hacia, para sacarlo de aquel embarazo, le entregó algunas monedas de plata que llevaba, y que apretandolas el muchachuelo en la mano, se fue corriendo á contarlas entre sus corderillos. No sabiendo desprenderse Eusebio de la vista de aquel variado y frondoso anfiteatro, ni del otero en que se hallaba, donde la espesura de las copas de los árboles impedian la entrada á los rayos del sol, avanzado en su carrera, rogó á Eumeno que se asentase alli sobre la olorosa yerba, para poder disfrutar á su satisfaccion de aquella vista encantadora. Convidabalo á mas de esto el fresco aliento del zéfiro que lo regalaba, y que excitaba una suave conmocion en sus sentidos.

Gustaba el buen viejo de la complacencia que manifestaba tener Eusebio en aquel sitio, y volvió á darle materia para estenderse en las alabanzas de Hardyl. Ensalzaba Eusebio sus heroycos sentimientos, y el sublime señorío que habia llegado á conseguir de sus pasiones; encarecia la excelsa serenidad de su grande alma en todos los siniestros accidentes de la tierra, en la qual vivia como una divinidad escondida, baxo el exterior y comun velo á los ojos de los hombres; que miraba la fortuna, las grandezas, y honores

con la misma indiferencia con que miraba, no solo á todas las otras cosas, sino tambien á la misma muerte, que ni ansiaba, ni temia.

Contabale la magnanimidad de su corazon en los diversos lances y desgracias que les acontecieron en el viage, asi de su prision en Londres, como del arresto de los Vivareses. Pintábale la serenidad que conservaba siempre su alma en los peligros mismos. Las vistas de su singular prudencia y discrecion, unidas á una bondad adorable, que alimentaba en su corazon los mas tiernos sentimientos de humanidad, de compasion, y de beneficencia. Que no habia visto jamas en él, en tantos años que lo trató, ningun transporte, ningun ademán, ni aun repentino de colera, habiendole dado el mismo Eusebio tantas ocasiones para ello. Que se mostró siempre él mismo á los ojos de los hombres, como á las paredes de su casa, siempre igual, siempre sereno en qualesquiera accidentes que le acontec iesen, pareciendo que su alma fuese en todos ellos insensible.

Que en todas las ocasiones lo habia visto dueño de sí mismo, y de todas sus acciones, sin que jamás reputase extraña ninguna cosa que le sucediese, como si previese que le habia de suceder. Que no manifestaba tampoco

á los que no lo conocian la sublimidad de sus sentimientos y de su virtud, hecho superior á la opinion y concepto que pudiesen formar de él los otros, mirando con los mismos ojos sus alabanzas, que sus vituperios. Que jamás dexaba asomar á su rostro señal alguna de dolor, de tristeza, ó de abatimiento. Echabase de ver en todo lo que hacia ó decia la suma moderacion que lo regulaba. Que usaba con la misma facilidad y sencilléz de las comodidades que se le presentaban, como de las cosas desabridas y desagradables; pudiendose decir de él lo que antiguamente se decia de Sócrates, que con el mismo ánimo gozaba, y dexaba de gozar las cosas, que la mayor parte de los hombres echaban menos con tristeza sino las tenian, ó que no sabian disfrutarlas sin vanidad, y sin exceso de pasion si llegaban á poseerlas.

No hubiera desistido Eusebio de decir, ni Eumeno de oir con admiracion los elogios de Hardyl á la sombra amena de aquel otero, sino los hubiese interumpido el mismo niño, á quien Eusebio habia regalado, diciendoles que lo enviaba su abuela para avisarles que los esperaba la comida. Encaminaronse entonces á la casa, y á la estancia en que estaba preparada la mesa, donde se ha-

llaba ya unida la numerosa familia de Eumeno. La comida fue abundante, y propia de un pastor rico, que trataba á un distinguido huesped. Pero Eusebio alimentaba mas su alma con la complacencia de ver la dichosa union, y paz qué reynaba en el seno de aquella familia, que de los sazonados manjares que le servian. Hardyl continuaba á ser el objeto de sus discursos, y su prision en Londres, y en el Vivarés, que habia insinuado Eusebio mientras hacia en el otero el elogio de las virtudes de Hardyl.

Satisfizo Eusebio á los deseos que habia manifestado el viejo Eumeno de oirlas, durando su relacion, con enternecimiento de todas aquellas buenas mugeres que la oían, hasta mucho despues de acabada la comida, sin saber desprenderse de sus labios. Mas Eusebio, haciendose ya tarde para volver á la villa de donde habia salido, comenzó á despedirse con sentimiento de Eumeno, que hubiera querido tener mas tiempo á Eusebio en su casa, haciendole enternecidas instancias para que se quedase á lo ménos aquella noche. Pero excusandose Eusebio con los quehaceres que tenia en S... hubo de ceder el buen viejo, que rénovó sus lágrimas en los abrazos de Eusebio, y éste con las suyas, el

agradecimiento que conservaria toda su vida á las preciosas noticias que le habia dado, y á la oficiosa voluntad con que lo habia recibido.

Rebosaba de complacencia y de consuelo el corazon de Eusebio, satisfecho de las luces que le acababa de dar el viejo, asi sobre Hardyl, como sobre su familia, encaminandose con Taydor, y con el labradorcillo que le habia servido de guia, á quien remuneró generosamente su servicio. Igual agradecimiento manifestó al Cura por el felíz indicio que le habia dado de Eumeno, y sin detenerse volvió á S... donde lo esperaba Altano impaciente por su tardanza, y no menos solícito por ella; por quanto Eusebio le previno que llegaria el dia antes, ageno del hallazgo del viejo que fue causa de su detencion. Luego que Altano lo vió comparecer, le dixo muy afanado:

ALT. A la verdad, mi señor Don Eusebio, que iba pensando ya en hacer decir una misa á las almas por el felíz retorno de Vmd. Jamás he tenido tantos temores por su vida, quantos despues que llegamos á S...

EUS. Bueno está eso: ¿y temores, de qué?

ALT. Que sé yo, señor. Ese pleito, ese tio de Vmd. que si no le fuese tio, ya le hu-

biera calzado un epiteto como para él : todo, en fin, me hacia temer de algun desastre.

EUS. Muy bendito eres, Altano. ¿ Qué desastre habia de suceder ?

ALT. Pues qué, ¿ fuera el primero que sucediera en pleitos semejantes ? Quien tan mal quiere á Vmd. ¿ no pudiera servirse de un carabinazo de tras mata, ó cosa tal ? A buena cuenta, yo voy siempre alerta y prevenido, y la barba caballera del hombro, desde que oí decir que vá mi nombre en letras mayusculas en boca de los Abogados.

EUS. Si esas letras mayusculas fueran del tamaño de guindas, harto que hacer les darian el llevarlas en la boca.

ALT. Sean del tamaño que quieran, las habrán de engullir los Abogados adversarios. ¡ Hay maldad como ella, mi señor Don Eusebio, tachar de impostura el naufragio, y á nosotros de impostores, como si fueramos unos arbolarios, ó trueca borricas !

EUS. Van consiguientes en ello ; porque si es impostura el naufragio, somos impostores los que lo fingimos.

ALT. ¿ Y con esa buena flema toma Vmd. el pleito ? ¡ A Dios pleito mio ! Hagase de miel, y verá como lo paran las avispas. ¿ Mas no le parece á Vmd. que el desmentirnos tan

descaradamente, es una maldad propia de gitanos?

EUS. No por cierto: esas son tretas que les sugiere su ingenio: toca á los nuestros rebatirlas.

ALT. Por vida mia que quisiera ser Abogado de Vmd. en ese pleito, ya que se usan tretas tales: á buen seguro, que acabára presto con él.

EUS. Veamos lo que te sugiriera el ingenio.

ALT. ¡Qué ingenio, Señor! Con los bellacos, que asi nos mienten en las barbas, la mas acertada razon, es el porrazo, dé donde diere.

EUS. Ya me temia que salieses con una de las tuyas.

ALT. No es una de las mias, sino ingeniosa treta de Nuño de Argena, que dice;

A quien te miente en bigotes,
Santigualo con un palo;
A razon de galeotes. . . .

¡Pesia tal! que á lo mejor se me voló de la memoria lo demas de ese lindo soneto.

EUS. ¡Lindo soneto es ese por cierto!

ALT. Si se me acordase todo, viera Vmd.

si es lindo ó no ; y quan pintado venia para el caso.

EUS. Acabemos, Altano, pues si no tienes mas gracias que esas, vale mas que calles.

ALT. ¿Pues qué, consiste solo el chiste en hacer reir, ensartando refranes de villanos? Si por mi dicha no hubiera estado ausente de Triana por tantos años, viera Vmd. que no anduvieron escasos en la sal en mi bautismo.

EUS. Vamos á lo que importa. ¿Estuvo Don Eugenio de Arq..?

ALT. Poco antes que Vmd. llegase estuvo por la segunda vez, y creo que llevase entre cejas la misma devocion que yo, ó cosa semejante á la de la misa de las almas.

EUS. Vé pues á darle aviso de mi llegada.

Era este Don Eugenio de Arq... un joven caballero de S... casi de la misma edad de Eusebio, de amables prendas y costumbres, y de ingenio aventajado, á quien Don Fernando el de Truxillo, marido de Gabriela, habia encomendado á Eusebio, poco despues de su arribo á S... Eusebio reconociendo en él semejanza de genio, y de bondad igual á la suya, travó con él estrecha amistad, que suplió en parte á la pérdida de Hardyl, y contribuyó para aliviarle el dolor, y des-

consuelo que por ella fomentaba. Un verdadero amigo es un tesoro. Eusebio lo encontró en el ánimo de Don Eugenio. Concurrian dichosamente en entrambos todas las calidades de igualdad de estado, de edad, de inclinacion y genio, sin las quales rara vez se forma una amistad firme y sincéra. El uno no podia estar sin el otro, sin que desahogasen la ternura y confianza de sus sentidos y afectos, comunicandose especialmente las producciones de su estudio, el qual era la mayor pasion de entrambos.

Habia ya formado Eusebio el sistéma de vida que habia de llevar en S... el tiempo que en ella se detuviese. Como no podia dedicarse al cuidado de sus haciendas, embargadas por el pleito, y amaba mas la tranquilidad del retiro que la disipacion del trato, á fin de evitar el ocio, insensible carcoma de los animos deshacendados, se entregó enteramente al estudio de las bellas letras. A ellas se inclinaba su genio mas que á ninguna otra ciencia, no habiendolo aficionado Hardyl á ninguna en particular. Ellas de hecho son el estudio mas facil, mas agradable, y ameno para el ingenio, y de mas universal estension. Ellas pulen y cultivan el entendimiento, y son las que mas lo recrean y amenizan. Sin

ellas todas las demas ciencias parecen estériles, duras, y desapacibles. Ellas forman el criterio, afinan el juicio, y apuran el buen gusto de un escritor, y son las que dan primor y armonía á su estilo. Sin ellas no hay saber, ni se puede escribir una llana que agrade, un periodo que llene enteramente, ó que apague la satisfaccion de un lector delicado. Sin ellas muchos grandes ingenios dexan perecer en la estrechez de sus retretes sus vastas ideas, y erudicion, por no saber producirlas; ó si las producen, hacenlo sin elegancia, ó con estilo ingrato. Ellas son el preludio de todas las demas ciencias, que reciben de ellas alma, vigor, y decoro.

Como Eusebio habia dexado en París los caxones de los libros que compró en Inglaterra y en Francia, de las mejores ediciones griegas y latinas, en que empleó bastante suma, se valió de la tardanza de su llegada para dedicarse al estudio de la lengua española, y purificarla de los resabios que hubiese podido contraer de las otras lenguas extrangeras, que hablaba, y que sabia. Estaba á mas de esto persuadido, que la lengua familiar, y de trato, no bastaba para formar el estílo de un escritor; pues por humilde que sea el estílo, necesita de cierta intrínseca sublimidad

que no se adquiere con la sola habla. Muchos hay que hablan excelentemente su lengua, y que sin embargo no saben escribirla. Parece que la pluma zabulle en el tintero todas las gracias y pureza de su elocucion.

Para esto, y para satisfacer tambien los deseos que tenia de leer los poetas españoles, que hasta entonces no habia leído, resolvió comenzar por ellos su estudio. Hizo en poco tiempo una numerosa coleccion de ellos, de que tuvo motivo de arrepentirse, luego que comenzó á leerlos, sin poder pasar adelante en la letura por estar llenos de pensamientos baxos, insulsos, y triviales, vaciados en estílo semejante, y que fuera del número de las silabas, nada tenia de poético, á pesar de la versificacion. Otros de estílo hinchado y extravagante, que se levantaba en vuelo de abutarda hasta los nublados, con que hacian los autores alarde de ingenio antes que de poesía. Romances, letrillas, silvas, xácaras, sonetos, todo hojarasca que destinó para el fuego.

Sin embargo, escogió lo que le pareció lo mas selecto. En él, dió el primer lugar en poesía á los dos Argensolas, asi por su cultura y sublimidad de estílo, como por la viveza y gracia de sus imagenes, y pinturas

poéticas. El segundo lugar lo mereció Garcilaso, el tercero Fray Luis de Leon, á quien hubiera antepuesto Herrera, si hubiese acabado de limar él mismo sus poesias; luego á Villegas en el estílo ameno; y asi de los demas poetas que merecian este nombre en su concepto. Hizo tambien lo mismo en las comedias, sirviendose para ello del parecer de su amigo Don Eugenio, de cuyo criterio y gusto se fiaba. No podia comprender Eusebio, como siendo la lengua española tan grave y magestuosa, y por consiguiente tan propia de la Tragedia, de la Epopeya, y de la Oratoria, no tuviesen los Españoles ni un solo modelo en ellas.

Don Eugenio, que estaba muy mal avenido con la filosofía aristotélica, decia haber sido ella la causa; porque habiendo corrompido el gusto y el criterio de los ingenios españoles, los habia hecho sofísticos, disputadores, y agudos, pero en agudezas insulsas y baxas, apartandolos insensiblemente de la noble y sublime magestad, que desdeña abatirse á formar los hicocervos, y sutiles blictirés de que se alimenta aquella bárbara filosofía. Igual separacion hicieron despues entre los dos de los escritores en prosa. Dieron el primer lugar en la elegancia y cultura de es-

tilo á la primera parte del Lazarillo de Tormes; la segunda quedaba á su gusto muy ofuscada con las ovaciones de los atunes. Las novelas de Cervantes merecieron en su concepto ser preferidas al Don Quixote, y la república literaria de Saavedra á todas sus demas obras. A estas anteponian las jocosas de Quevedo, y á todas las serias de Quevedo, el Guzman de Alfarache, de quien decia Don Eugenio, que ninguno habia escrito en su lengua con mayor ingeniosidad, prescindiendo de la invencion y texido de su romance.

Tambien tuvieron su lugar los escritores ascéticos, entre los quales sobresalian Fray Luis de Leon, Granada, Ribadeneyra, Santa Teresa, y algunos otros entre los infinitos, que no cesaban de cansar las prensas españolas con estilos indignos de la sublime materia de que trataban. Unos y otros, pues, de los escogidos servian de modelos á la aplicacion de Eusebio, y lo incitaban á exercitar el estílo para interpolar con mayor provecho su letura. Hacia algunas composiciones, ya en prosa, ya en verso, para que pudiesen empeñarlo con gusto en su retiro; pues sin este vivo empeño, no es posible que persevere el ánimo, mucho menos de un joven caballero sin ocupacion, apartado del trato y del bullicio del mundo.

Las tardes las empleaba para alivio de su aplicacion en el paseo, que unas veces lo hacia en coche, otras á pie, casi siempre en compañia de Don Eugenio de Arq... y con alguno de sus mas estimados conocidos, por serlo ellos de Don Eugenio. Estos se reducian á cinco; uno de ellos era otro joven caballero pobre, á quien Eusebio socorria por su grande ingenio y aplicacion. Era el otro un rico hidalgo amigo de letras, y tres Eclesiásticos, hombres muy eruditos y de gusto. A todos ellos les tenia Eusebio cubierto dispuesto en su mesa, dexandoles la libertad de venir á ella todos los dias que gustasen. Con ellos tenia tambien sus juntas amigables, y sus honestos divertimientos, con que fomentaban á un mismo tiempo su aplicacion al estudio, exercitaban su gusto y criterio en el estílo.

Uno de sus entretenimientos amigables era el sacrificio que hacian á las Musas un dia cada mes. Fue especie y sugerimiento de Don Eugenio de Arq... que todos aprobaron. Solemnizabanlo con banquete en casa de Eusebio. Tenian antes su junta general en el jardin de la misma casa á la sombra de dos altos cerezos. Leíanse allí las composiciones poéticas que cada qual traía trabajadas, al

asunto que cada uno eligía. Despues del banquete celebraban el sacrificio á las Musas de esta manera. Cada uno tomaba un hacecillo de sarmientos que estaban ya prevenidos á este fin, y con paso mesurado, y procesional, lo iban á poner debaxo de unas parrillas de hierro que habia hecho poner Don Eugenio en un rincon del jardin. El que hacia de cabeza de la junta en aquel dia, á quien llamaban el Corifeo, llevaba en vez del hacecillo un tomo aristotélico que iba á colocar sobre las parrillas. El mismo era á quien tocaba sacar fuego puro del pedernal, y con él encendia los hacecillos, entonando todos al son de dos vihuelas, punteadas de dos ciegos, las siguientes Estrofas.

CORO.

ESTROFA I.

Hallé á Febo propicio,
Y á vosotras, ó Diosas
Del Heliconio asiento,
Aqueste sacrificio.
Otros colmen de rosas,
De mirto, y de azahares
Vuestros sacros altares,

Y zahumen al viento
De estoraque sabeo:
Mas digna ofrenda os dá nuestro deseo.

ANTISTROFA I.

En vuestro honor purgamos,
De su esteril maleza,
El campo del Lyceo.
De sus torcidos ramos
Cederá la esperanza
A la apolinea planta,
Que en Cirra se levanta:
Purgará nuestro aseo
Al establo de Augía:
Vana, ó Diosas, no hagais nuestra porfia.

ESTROFA II.

Devóre el fuego sacro,
Que enciende nuestro culto,
Y cebe sus vellones
En ese simulacro,
Tronco deforme, é inculto,
Que asombró al Peripato.
¿Qué res del mejor hato,
Ni que mas gratos dones
Pueden con mano pura,

Presentaros el gusto, y la cultura?

ANTISTROFA II.

La enturbiada pureza
De la Parnasia fuente,
Que antes clara corria,
Recobre su limpieza,
Y vaya en su corriente
A regar nuevas flores,
Dignas de los honores
De febea armonía,
El desmontado suelo
Ayre puro respire á mejor cielo.

Acabado el sacrificio, volvian á sentarse todos á la sombra de los cerezos, donde cada uno entregaba al Corifeo la composicion que habia leído por la mañana. Era incumbencia suya exâminar, notar, y corregir los defectos que encontraba en las composiciones, dandosele para ello todo el tiempo que quedaba hasta la otra junta mensual, en la qual se mudaba por turno el Corifeo. Esto contribuía, asi para que todos se mirasen mas en lo que trabajaban, como tambien para que exercitasen su criterio y juicio. Ponia fin un decente refresco á esta util y gustosa academia.

Estos honestos solaces, no disipaban los sentimientos de la virtud y de la religion de Eusebio. Hicieron una impresion indeleble en su ánimo la enseñanza de Hardyl, sus exemplos, y consejos; especialmente los que le dió en su muerte sobre la religion en que lo habia instruido, y que le dexó tan encomendada. Esta ocupó desde entonces el primer lugar en el sistéma de vida que se habia formado. Tenia dedicados sus dias para el cumplimiento de sus sagradas obligaciones. A la letura de los filósofos substituyó la del Evangelio, como se lo habia insinuado Hardyl. Cada dia leía indefectiblemente un pedazo, y los consejos que encontraba eran el exercicio en aquel dia de su virtud y de sus sentimientos, que con ella se fortalecian.

El Cura de la parroquia, en que vivia, era su limosnero: rehusaba hacer limosna por sí á los pordioseros que se la pedian. Temia fomentar su ociosidad, y holgazanería. Algunas veces no podian resistir sus ojos y oidos á la laceria y lamentos de los miserables que lo importunaban; y aunque entonces los socorria, las mas veces los remitia al Cura, á quien tenia dado encargo para que le traxese la nota de los artesanos pobres que caían enfermos, y de los que se hallaban sin trabajo. El caso

de Pablo Robert en Filadelfia, y de la tierna conmocion que causó en su alma el reconocimiento de su muger Mally, hizo sobrada impresion en su memoria para que la olvidase, aunque despues de tantos años.

Los casamientos eran otro objeto de su piadosa y christiana beneficencia. Complacíase de hacer algunas veces de padrino á quien se lo pedia. Llevaba anexo este caritativo favor el otro del dote que hacia á la doncella pobre que se casaba. Por dos veces le aconteció poner tienda de planta á los desposados, abasteciendolos de todo el axuar y menage; mas esto lo hacia á título de generoso prestamo, y con la condicion que debian restituirle un tanto al mes de la ganancia que sacaban, hasta extinguir la deuda. Asi podia proporcionar los medios á la industria y trabajo de los pobres, para que se ganasen honradamente su sustento, y recobrar sin apremio de los mismos lo que les prestaba, para ayudar con aquel caudal á otros menesterosos, sin exceder los límites de su posibilidad, y de una juiciosa y humana beneficencia.

Muy ageno estaba el noble y superior corazon de Eusebio de hacer vano alarde, y ostentacion de estas cosas: no podian sin embargo quedar ocultos los efectos de su piedad

y humanidad generosa. Toda la ciudad hablaba de ellos. Sus prendas, su cultura, su moderacion, su afabilidad, eran con este motivo la materia de los discursos de la gente, asi pobre, como rica. Quanto menos lo veían comparecer en las visitas y públicos divertimientos, tanto mas se hacia de desear, y se complacian con su amable trato y presencia los pocos que lo disfrutaban.

Acrecentaba mucho mas á su concepto la fama que cundia de la cultura de su ingenio, de sus letras, de su erudicion, del conocimiento de las lenguas sabias, y de las europeas que poseía; sus muchas luces adquiridas en los viages, y que daban tan gran realce á su virtud y piedad que le grangeaban la universal estimacion. Mas como estas mismas prendas y sus alabanzas no podian ir esentas al mismo tiempo de envidia, procuraba ésta denigrarlas, y apagar por todas vias la luz que resplandecia, para no probar ella tanto menoscabo en su obscuridad y malicia. Ni paró la misma, hasta que no encontró medio para encarnizar sus dientes en el humano Eusebio, y para despedazarlo si pudiese.

¿Cómo podia ver con sosiego su tio Don Gerónimo este general aplauso y estimacion que se grangeaba un sobrino, á quien llama-

ba impostor y embustero ? y mucho menos, que la inclinacion del afecto y voz del pueblo le destinase , á pesar de sus dicterios , la herencia que él mismo le contrastaba ? Lamentabase de esto un dia con dos sugetos condecorados que freqüentaban su casa , ni perdonó á vituperio alguno contra Eusebio. Ellos despues de haber fomentado su maledicencia, se ofrecen á librarlo de todas aquellas inquietudes y desazones , y á darle el pleito ganado á pesar de toda la justicia que pudiese tener el Americano en la causa. Don Gerónimo acepta á dos manos sus ofertas , y desea saber el medio de que se valdrian para agradecerselo mucho mas.

Los dichos , queriendo encarecer su servicio , manifiestan no atreverse á comunicarlo por su entidad , y por el gran secreto que requeria. Atizadas las curiosas ansias de Don Gerónimo con esta reserva taimada , obliganlo á instar , á suplicar con solemnes protestas , jurando guardarselo inviolablemente. Usando ellos entonces de la confianza, que se merecia el afecto apasionado que les tenia , se lo descubren , diciendole : que asi ellos , como algunos otros , estaban escandalizados del Americano , por el impio sacrificio que hacia en su casa á las Musas ; pues á

mas de llevar resabios de idolatria, cometia con él el desacato de quemar los mas respetables autores aristotélicos.

Que ya llevaba quemados á Palanco, á Hurtado, á Goudin, y á otros; lo que solo bastaba para perderlo, y para hacerle perder el pleito sin apelacion si lo delataban. Don Gerónimo, apenas oido esto, se levanta para abrazar á los que le daban tan oportuno sugerimiento; les agradece sus piadosas intenciones, é insta para que quanto antes lo pusiesen en execucion. Pero pareció que el cielo, previendo esta funesta tempestad que amenazaba al honor y vida de Eusebio, quiso desviarla para premiar la fidelidad que su virtud y religion habia conservado á su amada Leocadia todo aquel tiempo. Para conseguirlo infundió en el corazon de ésta vivas ansias de rever á su Eusebio.

No contento con esto, dá á Henrique Myden un pesado sueño, en que le parecia ver á Eusebio devorado de un lobo que lo asaltó en una cueva. El buen viejo Henrique despierta azorado de la pesadilla; y no pudiendo sosegar ya dispierto, ni sacudir los temores que infundió en su ánimo la vision, escribe inmediatamente á Eusebio para que sin falta ni detencion se ponga en viage para

la América. Envia la carta á Salem á Leocadia, instandola que escribiese tambien á Eusebio, y le mandase que volviese. La carta y orden de Henrique Myden no podia llegar en mejores circunstancias, en que Leocadia, azorada tambien del amor, ardia en ansia de rever quanto antes al mismo Eusebio. Sin detenerse, pues, escribe la carta, en que incluye la de Myden, y la envia á España.

Llegó ésta oportunamente, quando ya la ruda y bárbara malicia soplaba con ahinco en tinieblas el fuego en que pensaba ablandar el hierro, y forjar con él las cadenas al honor y libertad del piadoso Eusebio. Presentóle Altano la carta, pidiendole albricias por ella, sabiendo de donde venia. Enviabala Don Juan Sauz que acababa de recibirla del Puerto de Santa Maria. Eusebio, al verla, no pudo disimular su alborozo. ¡Ella vive, cielo! ella vive! ¿Qué dirá? ¿Quáles serán sus sentimientos? veamos.

Leocadia V... á Don Eusebio M...

La mano omnipotente acaba de sacarme de los brazos de la muerte, y me devolvió á la vida que estuvo desauciada. ¿Será por ventura, porque quiere el cielo darme á probar el mayor, el mas sublime gozo, despues de

las mayores angustias y amargura? Asi será, si vuestra Leocadia llega á tocar al término de sus anhelos en la suspirada posesion de quien se la tiene prometida. Sombra alguna de duda no dexa apoderarse de mi ánimo desasosegado el concepto que vuestra virtud y entereza me tienen merecido. ¿Mas el contínuo sobresalto que enardece á mis temores en vuestra larga ausencia, de dónde puede proceder? Solo sé, que en nada os ofende, ni mi constante amor, ni mi crecido afecto. ¡Ah! Don Eusebio: ¿la caída en la mar, el lance de Darfort, la prision en el Vivarés, no me están suscitando á cada paso otras funestas especies semejantes en el progreso de vuestro viage? Porque, ¿cómo dexar de temer, quien ama, lo que puede suceder, habiendo otras veces sucedido?

Vuestro padre Henrique me asegura que pondreis fin á mis zozobras y á las suyas en fuerza de la carta que os envia. Quiera el cielo que asi sea; pues asi tendré menos temores que alimentar, y mas seguras esperanzas que concebir. ¿Mas por qué, pues, queda tanto mar que pasar para llegar á Filadelfia? Temo á ese mar; temo á todas las circunstancias que os pueden ser funestas. ¡Qué desvelos, qué desazones me tocan dia y noche que pa-

decer! Sola vuestra vuelta, sola vuestra presencia podrá asegurar á un corazon ansioso, que por lo mismo que padece, se promete de vuestro amor que lo colmaréis de consuelo. Lo espera tambien vuestro buen padre Henrique, que me encarga, que á los ruegos que os hace para ello, una los mios, y use de la autoridad que me concede vuestro virtuoso amor, para que os mande volver en el mismo bastimento que lleva las cartas, y que tiene asegurado el flete para Filadelfia.

Si os rendis á las ansias y ruegos de vuestro padre, antes que á los mios, le envidiaré esta gloria sin el mas minimo resentimiento. Sé lo que le debeis, y qual sea vuestro reconocimiento. Antes bien le daré las mas ardientes gracias, si recava antes su amor, lo que no merece el mio. Mis padres os saludan. Es superfluo deciros lo mucho que anhelan el momento de veros y de abrazaros. ¡Cielo santo! ¿esto será posible? ¡Ah! se halla sobrado inquieto mi afecto para que pueda prometerselo con seguridad en su amor ardiente

Vuestra Leocadia.

La grande complacencia y alborozo que iba sintiendo Eusebio con la letura de la carta, parecia que le dilatase el corazon á cada

periodo, extrañando el amor encendido que Leocadia le manifestaba. Llegó á sospechar que la carta no fuese suya, sino dictada, ó de su padre Don Alonso, ó de Henrique Myden; pues no sabia componer los sentimientos de un amor tan declarado, con la severa y recatada reserva con que lo trató siempre la misma. Mas á pesar de sus sospechas, gustaba de creer, de persuadirse que fuese suya la carta, y que tales sentimientos no podian nacer de otro corazon que del suyo. Lisonjeado de esto el amor de Eusebio, no resiste á la impresion que hizo en su amante pecho la declarada voluntad de su Leocadia, y resuelve partir de S... para embarcarse en el bastimento, que asi ella, como Henrique Myden le insinuaban en su carta.

Ni necesitaba de las vivas instancias que le hacia su padre Henrique para que lo desamparase todo, aunque con riesgo de perder el pleito, si no queria abreviar su vida, ó dexarla presa de las contínuas zozobras que padecia; pues eran sobrado funestos los presentimientos de su ánimo, engendrados del sueño que habia tenido, en que se le representó devorado de unos lobos hambrientos en una cueva de España, donde entró á descansar de la fatiga del largo camino que acaba-

ba de hacer. Rióse no poco Eusebio de tales presentimientos. Pero como le volviesen freqüentemente á la memoria, llegando casi á importunarlo, comenzó á filosofar sobre ello, no porque se inclinase á dar crédito á tales ocurrencias de la imaginacion, sino porque la especie de Enrique Myden le renovaba la memoria de los otros sueños que habia leído en las historias de la madre de los Gracos, de Spurina, de Calpurnia, de Artorio, de Astiage, y de otros, dandole motivo para sondar la materia.

Porque, aun prescindiendo de la verdad de tales sueños, contados por los historiadores, muy pocos hay que no hayan probado en sí mismos, ó á quienes no haya parecido haber probado los efectos de los accidentes prósperos ó adversos que presintieron de antemano sus animos; ó bien que no hayan presentido alguno, aunque sin haberlo visto verificado. ¿El alma es acaso adivina del mal ó de la prosperidad? ¿Quién es el que imprime en ella de antemano tales especies? ¿Qué correlacion fisica puede tener el ánimo con accidentes que no exîsten todavia, y que tardarán á exîstir? ¿Son por ventura semejantes estos presentimientos á los de las aves, que con su importuno canto predicen la llu-

via que ha de venir, ó la amagada tempestad?

Mas para explicar esto, hay razones sobrado palpables en los principios fisicos, y en las materiales impresiones que reciben los animales, de objetos, que aunque no obran en nuestros sentidos, se dexan sentir de los brutos, ó porque los tienen menos embotados que nosotros, ó porque por su posicion local estan mas inmediatos á sentir sus efectos. ¿Pero cómo puede hacer impresion fisica en la fantasia, desencadenada del sueño, un objeto, que no exîste todavia, qual es el mal, ó el bien por venir? ¿cómo pueden obrar tampoco estos mismos en la imaginacion, aunque desvelada y despierta, ahora sea con presentimiento que le suceda á ella misma, ahora á otros? No hay duda, que muchos lo experimentan, viendo en la idea, y muy desvelados, aquellas cosas que les suceden, y tal vez del modo como les suceden. Otros las vén en especies metafóricas, muy aplicables á la desgracia ó fortuna que les toca, y que presintieron mucho antes. Tal fue el sueño de Astiage sobre Mandane, tal el de Clitemnestra sobre Orestes.

Generalmente estan mas expuestas á concebir tales presentimientos las pasiones altera-

das, puestas en agitacion de los deseos, de las esperanzas y temores que las incitan. El amor, el odio, la vanidad, la ambicion, el miedo, llevando siempre ocupada y llena de los objetos que anhela la imaginacion de dia, no la dexan tal vez sosegar de noche: y como casi todos los hombres aman, odian, temen, y anhelan, casi todos tienen sueños relativos á lo que hizo impresion en sus animos desvelados. Por extravagantes y ridículas que sean las especies y fantasmas que formamos en sueños, casi todas tienen correlacion con las sensaciones que hicieron en la fantasia los objetos por medio de los sentidos. Jamas se sueña lo que jamas entró por ellos.

La mente formará soñando el mas espantoso hicocervo que no habrá visto jamas; pero lo compondrá de objetos que vió, ó que oyó nombrar. Edificará castillos y vergeles de felicidades, mas deliciosos que los de Armida, y de Alcinoo; se forjará toros de desgracias mas terribles que los de Falaris y Busiris; mas estos mismos servirán de modelos al delirio de la imaginacion en sueños. Si la felicidad, pues, ó la desgracia soñada se llega á verificar, damos entonces á tal sueño el nombre de presentimiento del alma, porque ésta

acertó prever en él lo que estaba por suceder, sin que todavia exîstiese. Las desgracias y felicidades exîsten siempre; de ellas se sirve, pues, la mente para apropiarselas, ó con el temor, ó con el deseo. De aquí es, que el tal sueño toma origen de objetos exîstentes, que engendran en nosotros las especies de que se sirven las pasiones para anunciarlas á la desarreglada fantasia.

No de otro modo presiente el alma, casi con sensible certidumbre, que la bola con que apuntamos á la otra, la tocará de lleno luego que escapa de la mano; pareciendonos que la postura, la medida, el ademan, y el tino que tomamos, y el asegurado impulso con que el brazo la dispara, nos acierten de ello, antes que la bola arrojada llegue á tocar á la otra, ó la flecha al blanco, previendo el alma, que dará en él antes que llegue á tocarlo. Muchas veces nos engañamos en este presentimiento, como se engaña tambien la fantasia en muchos de los sueños que forma. Esto no quita que forme presentimiento quando acierta, como quando el sueño ó la especie que tuvimos desvelados se verifica.

Muchos dan sumo crédito á estas especies de adivinacion; y generalmente es grande la

fé que les dan casi todas las mugeres; las quales por la mayor elasticidad de sus fibras son mas susceptibles de estas impresiones, y estan por lo mismo mas sujetas á padecerlas. Esto les acarrea no pocas solicitudes y desazones, anticipandose muchos males que tal vez jamas les han de suceder. Apenas hay madre que tenga un hijo ausente, y á quien ame mucho, que no lo vea en sueños asaltado de ladrones, ó anegado en la mar, ó caído en un derrumbadero. Esto basta para que el sobresalto que la dispierta, conmueva su corazon sin dexarla ver dia de consuelo, hasta que la noticia ó la llegada del hijo desmiente ó verifica á su presentimiento, y sosiega su fantasia.

Ninguno sacará de la cabeza á muchas mugeres que ven verificarse los sueños que padecieron. ¿Cómo dexará de compadecerlas el que vé en la Iliada, que Aquiles dice en sonoro verso al grande Agamemnon, y á Menelao:

El gran Jove es autor de todo sueño?

Las amenazas del difunto marido, ó el ceño taciturno con que se les presenta á la fantasia, lo creen ver cumplido en el mal genio y disgustos que les dá el segundo. El cadáver amortajado, los espectros que aparecen á su

imaginacion, mil otras especies semejantes, todas hallan interpretacion en su concepto, para comprobar que se verifican. No fue solo Parmenides á quien se pudiera aplicar el dicho de Aristóteles, que adivinaba, interpretando los sucesos despues de sucedidos.

Casi todos los hombres moririan desgraciados si se hubiesen de verificar sus sueños. Entre tantos, ¿ cómo es posible que dexe de verificarse alguno? No es pues cierta la adivinacion del presentimiento, aunque alguna vez se cumpla, saliendo las mas veces falso; sino que es solo un sentimiento del ánimo, suscitado del miedo, ó del deseo, ó del amor, ó de la esperanza, ó de los otros afectos, como se lo hizo decir Accio á un adivino en la tragedia de Bruto, hablando con Tarquinio.

Rex, quæ in vita usurpant homines, cogitant, curant, vident,
Quæque agunt vigilantes, agitantque, ea si cui in somno accidunt,
Minus mirum est.

¿ Quántos habria tambien mas ricos que Creso, si se cumpliesen los delirios de sus deseos en sueños? Pero alguna vez los ven algunos verificados, entonces pueden decir con razon que los presintieron. Mas no les

sucede porque los presintieron ; sino porque entre los infinitos accidentes que pone en movimiento la mano de la fortuna , alguno debe tocar á alguno de los muchos que los anhelan. Uno , dos , tres , son los que deben ganar en la lotería , entre los millares que sueñan que ganan.

De este jaez son muchas de las profecias, y adivinaciones que vemos cumplidas ; pues no todas proceden de divina revelacion ó inspiracion. Todas las naciones antiguas tenian sus adivinos , sus agoreros , sus intérpretes de sueños , sus profetas. Esto era profesion entre ellos , y ciencia que aprendian desde niños en las escuelas , en las quales exercitaban sus talentos , afinaban su astucia , sus vistas , su eloqüencia , su entusiasmo ; muchos de ellos daban en verso las respuestas de los oráculos. ¿ Qué mucho que acertasen en algunas , ó en las mas , atendida la preocupacion de la ignorancia , ó del respeto religioso de los que las recibian ? No en valde eran tenidos en tan grande veneracion , y acudian á ellos los Grandes y los Reyes , que aquejados de sus sueños , ó de sus presentimientos temerosos, deseaban saber lo que les anunciaban. ¿ Mas era por ventura cierta aquella ciencia , porque acertaban en algunas interpretaciones , ó profecias ?

A fuerza de exercitarse los adivinos en combinar circunstancias, en tomar tino á los sucesos, en estudiar el interés, el gusto, la flaqueza de los suplicantes; en afinar los términos de las respuestas que les daban; en sutilizar expresiones obscuras, ambiguas, é ininteligibles; en estudiar los tiempos, las fuerzas de los estados, las situaciones y climas de los paises, pues todo entraba en los conocimientos de la ciencia adivinativa, no podian dexar de acertar, aun quando muchas veces errasen. Porque el concepto que tenian del oráculo los que lo consultaban, y la veneracion y el sagrado terror, les sugerian artas interpretaciones en la rudeza é ilusion de sus ánimos, para hacerles ver cumplido, aun en cosas extravagantes, lo que no soñaron jamas predecirles los adivinos.

¿A quántos no hacen enarcar las cejas, y encorvar los hombros las respuestas de los oráculos, dadas por los adivinos, y referidas de los historiadores? El decir que estos mienten, ó que se dexaron engañar porque los oráculos y sus profecias eran de deidades embusteras, es razon pueril; pues muchos de aquellos adivinos podian acertar, ó acaso, ó por ciencia natural. Como tampoco se infiere, que algunas de las profecias de

nuestros tiempos sean de divina inspiracion, porque las vemos cumplidas; pues muchas de ellas pueden ser efecto de entusiasmo, conmovido accidentalmente ó de noticias y conocimientos previos en aquellos mismos que parece imposible que la puedan tener. Pero el dia, la hora, las circunstancias pronosticadas de antemano de la muerte de éste, de aquel Príncipe, que no caben en humano entendimiento, y que con todo se verificaron al pie de la letra, ¿cómo es posible que procedan de ciencia y de noticia natural? Muy bien.

O quando no, fuera prueba, ó pudiera serlo, de que hay tambien verdaderas profecias nacidas de divina inspiracion; mas tampoco se deben reputar tales porque se ven cumplidas, pudiendo haber infinitos resortes y manos invisibles que hagan juguete de su secreto, nuestra asombrada credulidad, que se pasma de ver cumplido lo que mucho antes oyó pronosticado. Mucho mas ciertos y mas faciles de cumplirse son los presentimientos interiores del alma, especialmente en las desgracias, siendo mas obvio que acierte en ellas el que las tome, que en las felicidades que desea. Estas son raras; aquellas comunes, y pan de cada dia; y por lo mismo

mo que aquestas hacen mas viva y profunda impresion en los ánimos desvelados que las recelan, deben por consiguiente agitar mas en sueños sus fantasias.

Filosofando Eusebio sobre esto, creyó ver ya cumplido el presentimiento del sueño de Henrique Myden, de la cueva, y de los lobos en su prision en el Vivarés. ¿Qué hombres mas parecidos á lobos que aquellos feroces montañeses? ¿La cueva del profeta Jurieu no venia tambien pintada para el caso? Con el tiempo probó Eusebio que aquel presentimiento podia aplicarse á la terrible desgracia que le sucedió. Entretanto sin hacer mas hincapie sobre ello, como no debe hacerlo ningun hombre de luces, que ofrece con fortaleza su pecho á los accidentes inevitables de la tierra, se disponia para la partida. No teniendo otros negocios ni intereses que el pleito, lo encomendó con su acostumbrada moderacion á los Abogados. La casa quedó por suya habiendo debido pagar el alquiler para tres años.

¿Cómo podia partir Eusebio, sin decir á Dios á las cenizas de su venerado Hardyl? La pérdida de su dulce compañia, de su amor, de sus cuidados, renovandosele con el motivo de su viage, le renovó tambien

el dolor y la ternura, que le sacaron ardientes lágrimas, con las quales hubiera deseado animar sus cenizas, y esculpir el amor y concepto que le merecieron sus heroycos sentimientos y virtudes. Su amigo Don Eugenio quiso acompañarlo hasta cerca del Puerto de Santa Maria, á donde iba Eusebio á embarcarse, supliendo con su amistad y compañia á la de Hardyl en aquel viage. Debió quedar Don Eugenio en B... donde se hallaba su padre enfermo. Dieronse allí en la despedida las tiernas y sincéras pruebas del indeleble afecto y confianza que sus corazones fomentaban.

Prosiguió Eusebio solo su viage, cuyo corto término tocó felizmente. Altano no cabia en la piel de contento y júbilo á vista de su amada patria, donde esperaba llegar á ver vivos sus padres, aunque viejos y pobres, como lo habia sabido en S... por un marinero natural de aquel mismo puerto. Rebosaba su alma de gozo al paso que iba reconociendo aquellos antiguos lugares que le renovaban la memoria de su infancia, sin dexar cosa ni nombre que no dixese á Eusebio, si se le acordaba. Y sin esperar á llegar al meson, habiendole pedido su beneplacito para ir á ver á sus padres, salta del coche y echa á

correr á su casa, dexando á Taydor la incumbencia de servir á Eusebio en su llegada al meson. Despues de haber descansado en él, mientras se disponia la comida, quiso ir Eusebio al Puerto para informarse del Capitan del dia que podria partir.

Antes de llegar, viendo atropada mucha gente en una callejuela, como si la hubiera alli juntado una gran novedad, sintió Eusebio vivos impulsos de informarse de lo que era. Prosiguió sin embargo su camino; llegó á bordo; habló con el Capitan. De vuelta á la ciudad, como viese crecida la gente en aquel mismo callejon, preguntó ¿qué venia ser aquello? Dicenle que acababa de llegar uno de la América, despues de muchos años que estaba ausente, y á quien creían anegado; el qual, al descubrirse á su viejo padre, lo vió caer muerto de repente en sus brazos.

Conmovido Eusebio al oir esto, no dudó que fuese Altano á quien le sucedía, quadrandole las circunstancias. Informado que era el mismo, trepa entre las mugeres apiñadas á la puerta de la casa, y entra. Estaba Altano en pie dando las espaldas á la puerta, y llorando sobre su padre tendido sobre la cama. Habia alli tambien otros conocidos y vecinos, atraidos de aquella novedad que lloraban con él.

Eusebio se paró apenas entrado, contemplando aquel triste espectáculo, y oyendo á Altano que se lamentaba á su modo, diciendo: ¡ quién habia de pensar que á los ochenta y seis años hubiese de morir de gozo! Si no me hubiera descubierto tan tontamente, tal vez hubiera llegado á los ciento! Morir de gozo no le hubiera ocurrido á Pero Grullo; no lo oí decir jamas de ningun otro! Ahora lo creeré á costa de mi sentimiento! A lo menos he tenido el consuelo de llegar á verlo vivo, y de verlo caminar de por sí; y él tendrá la satisfaccion de verse enterrado con alguna decencia!

Echando de ver Eusebio por las palabras de Altano, que estaba persuadido de la muerte de su padre por verlo yerto y privado de sentidos, se acerca á la cama, sin que Altano lo hubiese visto entrar, y le dice: ¿ qué extraña novedad es esta, Altano? qué viene á ser esto? Altano, sorprendido de ver allí á su señor Don Eusebio, prorrumpe en mayor llanto, diciendo: qué ha de ser, mi señor, nada menos que la muerte de mi padre ochenton que acaba de fenecer de gozo, si acaso no fue de susto, creyendo que fuese el fantasma, ó el alma de su Gil que le aparecia, pues me creian todos naufragado. = ¿ Mas

quién os asegura que vuestro padre feneció enteramente ? = Tóquelo Vmd. y lo verá. Se le aplicó á la boca la cerilla sin que bambolease la llama. = Todo eso vá bien ; puede sin embargo no estar muerto. ¿ Habeis llamado al médico ? = Vino el médico ; pulsó al cadáver , aplicóle la cerilla á la boca , y se despidió , diciendo que lo podian enterrar.

Eusebio dixo entonces á Altano : sigueme ; pues tal vez habrá remedio para vuestro padre. = ¿ Qué dice Vmd. mi señor ? ¿ qué remedio ? lo puede haber para los muertos ? = A lo menos probaré á resucitar un muerto = ¡ Ah señor ! dixo entonces Rita la hermana de Altano ; ¿ si el glorioso San Vicente no hace un milagro , en qué remedio podemos confiar ? = En el mio , dixo Eusebio encaminandose con Altano hácia la puerta. Luego que estuvieron en la calle , preguntóle el impaciente Altano , ¿ qué remedio era el que le queria dar ? Eusebio le dice , que era un licor que compró en París de un célebre alquimista , que se lo dió por muy eficáz para los parasismos , y que por el concepto que tenia de su ciencia y honradéz , no reparó en darle el precio que le pedia por seis botellas que le tomó.

Entró Altano entonces en esperanzas , y

ansiaba el momento de hacer la experiencia en su padre de aquel milagroso licor. Llegados al meson, le entrega Eusebio una redomita, encargandole que frotase repetidas veces con aquel licor las sienes, las narices, y el pecho de su padre, y que destilando algunas gotas en una cucharada de agua se la hiciese pasar por la boca; que repitiese á intervalos esta operacion, con la qual, antes de media hora, veria tal vez resucitar á su padre.

Altano, manifestando su gozo, vase á saltos apretando en las manos aquella preciosa botellita. Eusebio quedó en el meson, confiado en el buen efecto del licor, por otros casos semejantes que habia oido de otros, que caídos en deliquio, y reputados muertos, fueron enterrados por tales, volviendo despues á la vida para acabarla de rabia y desesperacion en las horribles tinieblas de la sepultura, á que los condenó la ignorancia ó el descuido de los que antes de tiempo los enterraron. Tenia tambien algunos exemplos de otros, que tenidos por muertos, ó por creerlos anegados, ó por hallarse en entera privacion de sentidos, renacieron á la vida, devueltos á ella por la benefica mano de la experiencia instruida que los salvó.

Confirmólo el caso del padre de Altano.

Apenas habia acabado de comer Eusebio, oyó las voces que éste daba entrando en el meson, diciendo que su padre habia resucitado; y sin detenerse fue á dar las gracias con transportes de alborozo á Eusebio, á quien contó menudamente las circunstancias de la resurreccion; las friegas que le habian hecho con el licor; á quantas de ellas comenzó á dar señales de vida el muerto; la sorpresa y admiracion de todos los presentes, y la benditéz de su hermana Rita en querer defender, que no era milagro del licor, sino de su glorioso San Vicente; finalmente, le rogó le permitiese ir á estar con sus padres el tiempo que se detendria en el puerto. Eusebio se lo concedió, no menos alborozado por la eficáz prueba de su licor.

Al dia siguiente, como habia de ir á comer á bordo, convidado del Capitan del paquebot, y tenia al paso la casa de los padres de Altano, quiso ir á ver al muerto resucitado. Llegó á la puerta al tiempo que sacaban el ataud que habian mandado hacer para el viejo. Altano, al ver á su señor Don Eusebio, hizóselo conocer á su padre, diciendole que aquel era su amo á quien debia la vida. Respondió por el viejo Rita que se hallaba presente, diciendo á Eusebio con lágrimas de

gozo. ¿Cómo podremos manifestar á Vmd. el sumo agradecimiento en que le estamos, por el singular favor que debemos primero á la intercesion de San Vicente, y luego al licor de Vmd.? Mucho debemos tambien al amor y bondad con que se digna Vmd. tratar á mi hermano Gil: él se hace lenguas de Vmd. Dios nuestro Señor dé á Vmd. el gozo y bienes que le deseo: no pasará ningun dia sin que lo encomiende muy de veras al glorioso San Vicente.

Me complazco, dixo Eusebio, de tener tan buena intercesora, y os agradezco vuestra piadosa voluntad. Sabed, que yo tambien debo la vida á vuestro hermano Gil por haberme sacado en sus brazos de las olas: y asi, nada hago con él que no se lo tenga merecido. A mas de esto, es hombre de bien y muy honrado, y acreedor por lo mismo á todo mi cariño. Altano, al oir esto, pusose á llorar, diciendo: todo es sobra de bondad en Vmd. mi señor Don Eusebio, que quiere acordarse de una accion natural á todo hombre que hubiera hecho lo mismo, no digo con un niño, sino con una cabra, si se la hubieran puesto las olas en los brazos como me pusieron á Vmd. A buen seguro, que fueran pocos los que se acordasen de ello, y me

lo agradeciesen como Vmd. me lo agradece. No te manifesté todavia mi entero reconocimiento, le dixo Eusebio; pero voy pensando en ello Quedaos con Dios, y recibid mis parabienes por la recobrada salud de vuestro padre.

Altano y Rita lo acompañaron hasta la calle, renovandole las afectuosas expresiones de su albcrozado reconocimiento, y Eusebio se encaminó á bordo. Solemnizó Altano aquel dia á sus costas con abundante comida, á que convidó sus mas cerçanos parientes, con que quiso celebrar su llegada, y la resurreccion de su padre. Llevó en la mesa la taravilla, teniendo hartas cosas que çontar en los lances que le habian pasado en tantos años de ausencia, comenzando por su naufragio, y dexando harta materia para muchos dias á la curiosidad de los que lo oían.

Pero al siguiente, informado Eusebio del Capitan que anticiparia la partida, envió á llamar á Altano, para poderle declarar con tiempo su voluntad, y las intenciones que tenia de premiar su fidelidad y servicios, especialmente el singular beneficio de haberlo salvado del naufragio. Llegado Altano á la presencia de Eusebio, le dixo éste:

EUS. La combinacion de venir á embarcaros á este puerto, y de ver á vuestros pa-

dres vivos, no sé si os habrá infundido deseos de quedaros aquí para asistir á quienes debeis el ser.

ALT. ¿Qué me quiere decir Vmd. mi señor Don Eusebio?

EUS. No sé, digo, si os querreis quedar aqui con vuestros padres para descansar de tantos años de servicio, y acabar en holgada vejez los dias que os quedasen de vida.

ALT. Breve, mi señor, mis deseos son solo de estar con Vmd. todos los dias de mi vida, de servirlo, y de morir en sus brazos, y no hablemos mas de esto.

EUS. ¿Mas os sufrirá el corazon desamparar á vuestros padres ya viejos que necesitan de vuestra asistencia? ¿Querreis exponeros de nuevo á los trabajos y peligros del viage, y á las molestias del servicio, antes que quedar en vuestra casa, y gozar en ella el sosiego y libertad con lo que habeis ganado con vuestros sudores, y con lo que tengo determinado daros para satisfacer á la deuda en que os estoy de la vida?

ALT. ¿Cómo, me quiere despedir Vmd.? ¡O pecador de mí! ¿en qué lo tengo merecido?

EUS. No, Altano, lejos estoy de llevar tales intenciones. Antes bien mis mayores de-

seos son el teneros conmigo; pero debiendo atender á vuestra edad avanzada, y á vuestro descanso, os hago con sentimiento la proposicion que dista de ser despedimiento; pues es sacrificio de la complacencia que tuviera, no de veros morir en mis brazos, sino de teneros siempre en mi casa.

ALT. Por Dios, mi señor Don Eusebio, no quiera Vmd. hacer enternecer mi corazon. Mi voluntad es de seguir á Vmd. al cabo del mundo, si allá fuere; y le ruego, no toque ese punto, sino quiere verme prorrumpir en amargo llanto.

EUS. ¿Pero y vuestros padres?

ALT. Mis padres vivieron hasta hoy dia sin mí, creyendome de asiento en la otra vida, y no necesitan de mis brazos. Rita, y mi hermano Domingo que hace el pescador, y su muger Cecilia con sus hijos quedan aquí para asistirlos. Lo que á mí me toca, como á buen hijo que les soy, es partir con ellos de lo que tengo ganado en todo el tiempo que tengo la fortuna de servir á Vmd.; que siendo algo mas de quinientos pesos, hago cuenta de dexarles la mitad para sus asistencias.

EUS. Mucho mas es lo que teneis ganado.

ALT. No, mi señor Don Eusebio, creame Vmd. que esto es, poco mas ó menos lo que tengo ahorrado.

EUS. Con todo eso, yo sé que es mucho mas.

ALT. No es mas, mi señor, pudiera jurarlo por las lágrimas de San Pedro.

EUS. ¿Y no contais lo que os tengo prometido?

ALT. No quiera el cielo que me ocurra tal pretension. Quedo sobradamente recompensado con el favor que Vmd. me hace de tenerme consigo, y de sufrirme con tanta bondad.

EUS. Eso no es recompensa, Altano; la fidelidad es acreedora á eso, y á mucho mas; y asi contad con mil pesos que os daré si os determinais á quedar con vuestros padres.

ALT. ¡Santos del paraiso! ¿mil pesos? esto cabe en humano pensamiento? sino conociera á Vmd. lo tuviera por burla.

EUS. Qué hallais que extrañar en ello. Qualquiera creo que diera de buena gana algo mas de mil pesos por no morir anegado. Contad pues con ellos desde ahora.

ALT. ¡O mi adorable señor Don Eusebio! Qué beneficencia igualará á la de su generoso corazon! ¿Cómo es posible que yo lo

desampare; yo que lo saqué de las olas en estos brazos; que lo miré siempre con ojos de padre tierno, aunque indigno y humilde; que lo he servido por tantos años; que experimenté su bondad? Con Vmd. quiero estar, vivir, y morir. Quiero ver su casamiento con mi señora Doña Leocadia, y llorar de contento en su celebracion.

Eusebio enternecido de las expresiones de Altano, no quiso insistir mas sobre su quedada. Igualmente generoso se mostró con los cocheros, dandoles los tres caballos, y veinte pesos á cada uno para que pudiesen ganarse con ellos la vida si querian quedar en aquella ciudad, ó embarcarse para Inglaterra: el coche lo llevó consigo. Estando ya todo dispuesto para el embarco, poco antes de efectuarlo, pareciendole haber quedado corto con los cocheros que se mostraban muy afligidos por perder tan buen amo, les entregó otros cincuenta pesos que pudiesen servirles de algun consuelo. Satisfecha asi de algun modo su bondad y beneficencia, se embarcó, acompañado del dolor y lágrimas de los mismos hasta el puerto, envidiando ellos la suerte del gozoso Altano y de Taydor que seguian á su amo.

LIBRO SEGUNDO.

Creyendo Eusebio haber ganado mucho camino, la noche que zarpó el navio, y hallarse lejos de la costa, se vió al siguiente dia á la vista del mismo puerto; á cuya capa estuvieron por haberse vuelto el viento enteramente contrario. Estas mudanzas en la mar son comunes; mas entonces pareció que la fortuna llevase en mira servirse de aquella repentina variacion de viento, para dar tiempo á un faluon que á toda boga salia del puerto, y se encaminaba hácia el navio. Luego que abordó, uno de los que venian en él pidió hablar al Capitan. Lo recibió éste á bordo, y despues de haber estado con él como una media hora, salió para dar mano á una muger muy linda y joven, que consigo traía un niño de dos ó tres años. La persona que los acompañaba, y que entró en el navio para hablar con el Capitan, se volvió á embarcar en la falua, dexando sola con el niño á la madre.

El viento que pareció interesarse por aquellos dos pasageros, se mudó otra vez de

repente en favor, apenas estuvieron embarcados. Se le dieron todas las velas, que hinchadas de su soplo propicio, robaron en poco tiempo á los ojos de Eusebio la vista de las costas. No sabia comprehender él mismo aquel misterioso arribo de la muger y del niño, especialmente viendo que quedaban solos en la embarcacion sin hombre que los acompañase. Empeñaba mucho mas su curiosidad la hermosura de aquella muger, que manifestaba no pasar los veinte años de edad, realzando á su juventud la ternura y gracia de su talle, y facciones. El niño estaba siempre asido de la misma, notando Eusebio que sus inocentes caricias sacaban lágrimas á la madre que lo miraba con enternecimiento adolorido.

El triste silencio, y la inapetencia que mostraba en la mesa del Capitan, en que se hallaba tambien Eusebio, sin prestarse ella á sus discursos, indicaban bastante, que era juguete infelíz de alguna gran desgracia. Movido Eusebio á compasion por ella, fomentaba deseos de aliviar su tristeza, aunque ignoraba la causa despues de algunos dias que se hallaba en el bastimento, y que navegaban prosperamente. El Capitan sabia solo que se llamaba Ana Govea, y que iba encomen

dada á un mercader de Filadelfia. Nada pudieron sacar de ella, aunque repetidas veces la importunase el Capitan para que insinuase el motivo del dolor de que la veían penetrada. Un dia en que insistia el Capitan sobre ello, viendo empañarse sus ojos de lágrimas, le dixo en tono de quererla consolar, y de hacerla comer: ea, buen ánimo Mistris Ana, que hallaréis sano á vuestro marido.

No pudo herirla mas en lo vivo. Arroja un doloroso suspiro; el color de su rostro desfallece, y cae desmayada en el asiento. El Capitan, Eusebio, Altano, y Taydor, que los servian en la mesa, acuden para socorrerla. Sus diligencias son vanas; Ana no daba señal de vida. Fue preciso que Eusebio echase mano de su milagroso licor, con el qual pudieron restituirle la vida que parecia haber perdido. Apenas recobró el conocimiento, comenzó á decir con rostro consternado; ¿dónde está mi infelíz marido? ¡Ah, quien podrá devolvermelo! Dicho esto, prorrumpe en tales sollozos, que ni las exhortaciones del Capitan, ni el compasivo empeño y consejos de Eusebio, podian acallarla, echando de ver por sus lamentos, que la funesta muerte de su marido era la causa de su inconsolable sentimiento.

Esto fue motivo para que el Capitan se le mostrase mas humano y oficioso, y para que ella, cediendo á la confianza que le merecieron las ofertas y atenciones del compasivo Eusebio, les descubriese toda la funesta historia, despues de algunas preguntas que le hizo el Capitan sobre su patria, padres, y apellido; pues éste era portugués, y extrañaban que saliese ella de un puerto de España sin saber la lengua española ni la portuguesa, hablando solo la inglesa. A esto le dixo ella, que habia nacido en el Maryland, á donde iba, y en donde se establecieron sus padres que eran portugueses, como lo era tambien su infelíz marido, con el qual habia ido de Oporto, donde la dexó en casa de un pariente suyo, mientras él iba á Lisboa por intereses de su comercio, bien que oculto, á causa de una muerte que habia dado á uno que le agravió en el honor, por lo que se habia ausentado de su patria.

Que habiendo llegado enfermo á aquella ciudad, hizo llamar á el mercader á quien iba recomendado; pero que por desgracia habia otro del mismo nombre y apellido en Lisbo, á quien llevaron el recado de su marido, y á quien éste se descubrió incautamente, oyendo se llamaba Lopez Pereyra como el

otro, sin poder sospechar que éste fuese pariente del difunto, el qual fue inmediatamente á delatarlo á la justicia, que procedió criminalmente contra su triste marido, y hecho el proceso, fue condenado á muerte, cuya sentencia se executó, dexandola viuda y con aquella criatura en tierra no conocida, y sin saber la lengua del pais.

Las lágrimas y sollozos en que prorrumpió la inconsolable Ana al contar la muerte de su marido, interrumpieron su narracion que no pudo proseguir en aquel dia. Dixo en otro el modo como ella habia salido de Oporto, luego que lo supo, con el pariente de su marido, en cuya casa estaba hospedada, y con la muger y una hija del mismo, á quienes sacó fuera de la raya de Portugal, refugiandose en un lugarcito de España, donde habiendose informado que habia en el Puerto de Santa Maria aquel navio que partia para la América, la llevó á aquella ciudad, y la acompañó á bordo con la lancha, en que se volvió él mismo, para llevar á lugar seguro á su muger é hija, á quienes dexó, para poder ponerla á ella en salvo.

Esta triste historia, animada de las vivas expresiones de la desdichada Ana, asi como era digna de la compasion de todo corazon

humano y piadoso, asi tambien dió motivo á Eusebio para hacer muchas reflexîones sobre aquel funesto caso que tanto interesó á su compasion, y que distraxo su ánimo y pensamientos del consuelo que probaba, al considerar que se acercaba á la América, y á su amada Leocadia, cuya memoria volvió poco á poco á ocupar toda su mente, substituyendo á las tristes ideas que habia suscitado la desgracia de Ana, los dulces y suaves sentimientos del amor que le representaba el recibimiento que le haria su amada esposa; los ojos con que lo miraria; los interiores vencimientos de su alborozo, contenidos de su recato; lo que le diria quando llegase; y las ardientes demostraciones que el mismo Eusebio le haria, valiendose del derecho que le daria el gozo en su llegada.

Otras veces solemnizaba en su imaginacion las bodas, despues de haberle jurado con tantas mayores veras eterna fidelidad, quanto mayores habian sido las pruebas en que lo habian puesto las ocasiones, que se le presentaron en el viage, y á que habia constantemente resistido. Luego su amor irritado de aquellos pensamientos consolaba los temores de la inocencia de Leocadia; precipitabase en sus brazos, y disfrutaba idealmente de los de-

liciosos transportes de sus mutuos afectos. Otras veces se regalaba su memoria con el indecible gozo y consuelo que tendria su buen padre Henrique quando lo viese llegar salvo á su casa. El sentimiento que tendria al mismo tiempo al verlo llegar sin su amado Hardyl. Lo suponia informado ya de su muerte, por la carta que le escribió el mismo Eusebio desde S. . . en la qual le participaba su llegada, y aquella fatal desgracia.

Ocupaba otras veces su imaginacion en el arreglo de su futura familia, en el método con que emprenderia sus estudios, comenzandolos desde los primeros rudimentos. El modo como se comportaria con su esposa; la educacion que daria á sus hijos en caso que los tuviese. Enagenado de todas estas ideas pasaba de unas á otras, y las repasaba en su imaginacion, siendo Leocadia, sus prendas, su amor, su casamiento, los principales objetos que mas empeñaban sus afectos y sentimientos. Los mismos eran causa de que á qualquiera alteracion y mudanza de la mar y vientos palpitase su corazon, temiendo que le robasen el cumplimiento de sus ardientes deseos, y de la dicha que se prometia.

Pareció, que la fortuna y el amor, interesados en los votos y súplicas, que se ima-

ginaba haria de contínuo Leocadia por su felíz arribo, tuviesen casi siempre encadenados á los contrarios vientos; pues fuera de un asomo de borrasca, que tuvo sumamente angustiado el corazon de Eusebio, y que se disipó en el mismo dia, le fue el tiempo siempre propicio; de modo que á los treinta y cinco dias que salió del puerto, llegó á embocar en el Delavare. Asemejabase á un sueño el gozo que sentia Eusebio al ver que llegaba al suspirado término. Se cree comunmente imposible que suceda lo que sumamente se anhela: el temor mismo es el que asi nos lo representa en el corazon y fantasia.

La mayor dicha, el mas puro contento es solo aquel que los deseos y esperanzas se forjan en la mente. La fortuna mayor, los mayores placeres, no son jamás, ni tan grandes, ni tan apetecibles, probados, quanto concebidos de antemano en la imaginacion. La fantasia se los representa entonces exêntos de todos los estorvos, de todas las molestias, y cuidados que los acompañan. Ella los pinta quales los espera, quales quisiera que fuesen, no como son en sí. Andamos desasosegados por conseguir lo que mas irrita nuestros deseos; pero al paso que se allanan los obstáculos, y se acortan las distancias, que

servian de pábulo á nuestras esperanzas, estas pierden su vigor, y se entibian en la posesion.

Hubiera acontecido esto á Eusebio, si los sentimientos de su amor no fueran de metal tan puro. Habialos acrisolado la virtud con sobrados sacrificios de fidelidad á su Leocadia, para que pudiera entibiarse su gozo en la adquisicion de su adorable esposa, ni disminuirse el sumo contento que concibió de antemano por su llegada al Delavare; cuya contraria corriente iba ganando el bastimento, dando lugar para que la fama divulgase en Salem su arribo, antes que aportase á Filadelfia. Súpolo luego el padre de Leocadia, como interesado en su cargazon, y en la venida de Eusebio, y quiso tener la complacencia de ir á dar á su hija tan agradable noticia, y de tener el gusto de ver cómo la recibia.

Hallabase ella ocupada en bordar un cobertor de seda para su casamiento. Su trabajo no era solo material; sabia dibuxar con la aguja. Habialo comenzado poco despues que Eusebio partió para la Inglaterra; hizoselo interrumpir la enfermedad; motivo por el qual no lo tenia acabado á su llegada, aunque trabajase sobre él de dia y de noche. Un

sencillo, pero delicado encadenado á la griega, cubria á lo largo los quatro bordes del cobertor. En medio se veía un gracioso paisage en que estaba representada la Diosa Venus en la mar sobre su carro, abrazada con Cupido, que con ella se sonreía con cariñoso gracejo.

No eran las palomas las que tiraban al carro, sino dos alados Genios, vueltas sus cabezas hácia la Diosa. El uno llevaba abrazada una áncora, símbolo de la esperanza; y el otro dos palomas sobre una mano que se acariciaban con sus picos, viva imagen de su futuro casamiento. Veíanse asomar en el fondo del paisage los dorados celages de la aurora. Acompañaban al carro diversas ninfas, cada una con las señales características de los afectos amorosos que representaban. Y acaso estaba acabando Leocadia una de estas ninfas, quando llegó su padre para darle la noticia de la llegada de Eusebio. Mas queriendo hacersela desear, para ver qué afectos producia en ella la incertidumbre; despues de haberse sentado junto á la hija con ayre indiferente y distraido, hallandose presente la madre, ocupada en su labor cerca de la hija, comenzó á decir:

EL PADRE. Vengo cansado. He caminado

mucho para certificarme de una noticia.

LA MADRE. ¿Qué noticia es esa?

EL PAD. Adivinalo.

LA MAD. ¡Bueno está eso! si fuera tema de alguna adivinalla, pudieramos hilarnos los sesos por acertarla; pero una noticia, entre infinitas que se pudieran combinar, no merece tomarse ese trabajo.

LEOCADIA. Diga Vmd. padre mio: es noticia que nos interesa.

EL PAD. Sí; nos interesa.

LEOC. ¿Y nos interesa á todos igualmente, ó á mí mas que á Vmd.?

EL PAD. Eso, ni yo, ni vos lo podemos decidir.

LA MAD. Que vas, hija mia, á cansarte en vano; tal vez nos saldrá con alguna fruslería.

EL PAD. ¿Fruslería? No por cierto.

LEOC. ¿Qué es, pues, padre mio? Diganoslo Vmd. que comienzo á entrar en cuidado.

EL PAD. Ea pues, lo diré: llegó de vuelta al Delavare el paquebot que llevó las cartas al Puerto de Santa Maria.

La mano de la doncella queda asida á la aguja que tenia medio metida en el telar; su corazon comienza á palpitar, sin atreverse á

preguntar si venia Eusebio en el paquebot. Temia en su afanosa incertidumbre salir de ella con engaño del dulce presentimiento de la llegada de Eusebio que su corazon le hacia. No pudiendo por otra parte, ni proseguir su trabajo, ni resistir á la penosa incerteza, exclamó:

LEOC. ¡Cielo! ¿si vendrá Don Eusebio? madre mia, si vendrá Don Eusebio?

LA MAD. ¡Quién lo sabe, hija mia! Vuestro padre enviará sin duda á Filadelfia para informarse.

LEOC. ¿No lo podemos saber antes que llegue á Filadelfia? ¿No pudieramos ir á recibirlo?

LA MAD. A la doncella, hija mia, toca refrenar esas ansias, y no mostrarse tan impaciente. Si vuestro padre dispone que vayamos, iremos, como manifestó desearlo Don Henrique. Sino, lo esperarémos aquí; pues esto nos está mejor.

Leocadia, oido esto, calló, suspirando en su interior, y dando motivo de complacencia á su padre que las dexaba decir. Pero viendo que su muger habia cortado el discurso, volvió á moverlo, diciendo:

EL PAD. Envié ya á la ribera para saber si viene Don Eusebio; porque en ese caso,

quiero ir á Filadelfia á recibirlo.

LEOC. ¿ Solo irá Vmd. padre mio ?

EL PAD. Iremos todos, pues espero que serémos bien recibidos, á no ser que quieras quedar tu sola en Salem.

LEOC. ¡ O ! no señor ; sola no quiero quedar : iré con Vmd. y con mi señora madre.

EL PAD. Pero veamos ; di la verdad ; ¿ sientes muchas ganas de ver á Don Eusebio ?

LEOC. Si señor, muchas : lo confieso.

EL PAD. Amo esa ingenuidad, y merece que te saque de dudas.

LEOC. ¿ Cómo ? viene Don Eusebio, padre mio, viene Don Eusebio ?

EL PAD. Sí ; viene.

¡ O Dios mio, exclamó Leocadia, quán gran gozo siento ! Manifestóse de hecho su gozo al rostro con sonrisa, teñida de tierno llanto, prosiguiendo á decir mientras se enxugaba las lágrimas ; me lo decia el corazon que D. Eusebio venía ; me lo decia el corazon. ¿ Hablais de veras ? preguntó la madre á su marido. Tan de veras, respondió él, que voy á dar el orden para que se disponga quanto antes la comida. Entretanto podeis ir tomando disposiciones para partir.

La noticia se esparce por la casa ; toda ella

rebosa de contento. Leocadia arrima su amado telar : la madre su labor. Una y otra no necesitaban de gran atavio , habiendo tomado el uso de vestir decente de las Quakeras. Sumo aseo y limpieza eran sus favoritas galas. No dexó, sin embargo , Leocadia de ataviarse en su decencia con palpitante esmero, animado del gozo de la noticia. Las viruelas apenas habian dexado señal perceptible en su terso y fino rostro. Aunque la despojaron enteramente de su hermosa cabellera , prestaba bastante el ya crecido cabello , para disimular el defecto de la cortedad en que quedaba, cubriendolo con una toca de ricos encaxes , que hacia comparecer su semblante mas amable y delicado.

Llamadas á la mesa , Leocadia no tiene ganas de comer. No importa , dice el padre, esfuerzate ; ¿ quieres hacer el viage sin tomar cosa alguna ? No temas , que no se escapará Don Eusebio. No es por eso , dice Leocadia , sino porque no me siento con ganas de comer. Mejor es esa razon , que esa otra , dice el padre : come ; las ganas vienen comiendo. No siempre es asi , especialmente quando un extraordinario gozo se llega á apoderar del esofago , engendrando en él una especie de desmayo que absorbe enteramente al ape-

tito. Leocadia se esforzaba con todo á probar de todo lo que el padre le ponia en el plato, donde quedaba el manjar apenas gustado. La memoria de sù amado Eusebio, y la impaciencia interior que sentia por llegar á verlo, borrabà en ella todos los demas objetos de la tierra, sino eran aquellos que habian de servir para abreviarle el plazo de tan larga ausencia.

No quisiera que llegase Eusebio á Filadelfia antes que ella, para poder tener el gozo de recibirlo. Quisiera verse ya en el coche; apresurar y detener al mismo tiempo el curso del bastimento; lo uno para que llegase quanto antes Eusebio, lo otro para poder llegar antes ella. Da finalmente orden el padre para que se pongan los caballos. Los criados van y vienen con los trastos. Leocadia, ya en pie, espera entre brasas á la madre que se entretenia en menudencias. El padre dá priesa; la madre comparece finalmente, dexando sus órdenes á las criadas, que les desean buen viage, y mil consuelos á Leocadia con afectuosas expresiones. Baxan: entran en el coche; éste arranca. ¿Qué gozo iguala al gozo que inunda al corazon de Leocadia? Quisiera poder descubrir al rio desde el camino: quisiera poder ver al bastimento en-

tre los espacios que dexaban á lo lejos las arboledas las veces que le parecia se acercaba á la ribera.

No era menor su complacencia, quando oía á sus padres que trataban sobre el casamiento, sobre el tiempo en que lo podian celebrar, sobre la fortuna, que asi á ellos, como á la hija les cabia. A esto añadian el padre y la madre algunos consejos á Leocadia con que emplearon el ocio del camino, hasta que llegaron á Filadelfia. Henrique Myden, que acababa de saber la llegada de Eusebio al Delavare, los recibió con particulares demostraciones de consuelo; pues los habia convidado, y deseaba que estuviesen en su casa para hacer mas solemne y gustoso el recibimiento de su amado y suspirado Eusebio, á quien esperaba al siguiente dia, segun el aviso que le habia enviado por tierra. Habia dado inmediatamente orden Henrique Myden para que le previniesen una barca con sus remeros, en donde se embarcarian todos para salirle al encuentro.

Sobre esto trataba Henrique Myden despues que los llevó á descansar al apartamento que les tenia aparejado, complaciendose en hacer mil preguntas á Leocadia. Era ya algo tarde quando ella y sus padres llegaron á Fi-

ladelfia. Entretenianse en suave y dulce conversacion haciendo tiempo para la cena, muy agenos de esperar á Eusebio en aquella hora, quando oyeron dar recios y repetidos golpes á la puerta de la casa. La hora extraordinaria, y el mas extraordinario llamamiento, dispiertan en todos las sospechas, si seria Eusebio que llegaba. Henrique Myden, á pesar de su edad avanzada, acude á la ventana presuroso para preguntar quien era el que asi tocaba. Oyóse entonces la voz de Gil Altano, que decia gritando: abra Vmd. mi señor Don Henrique, que llega mi señor Don Eusebio en cuerpo y alma, y llego yo tambien con él. Henrique Myden fuera de sí, entra diciendo: aqui está Eusebio; aqui está Eusebio. Apresuraba el paso hácia la escalera diciendo esto.

Leocadia y sus padres, llenos todos de inesprimible alborozo lo seguian, mientras Eusebio, hallando la puerta ya abierta, entró en la casa subiendo precipitadamente la escalera. Alli, encontrandose con su buen padre Henrique, se abraza con él, transportados entrambos del gozo, en fuerza del qual se estrechaban mutuamente en sus abrazos, besandose, y dandose los tiernos y dulces nombres de padre y de hijo, y bañandose de sus deliciosas lágrimas. No advirtió Eusebio,

enagenado del gozo que probaba abrazando á Henrique Myden, que estuviesen allí presentes los padres de Leocadia, y ésta tambien, que con lágrimas en los ojos, envidiaba aquellos abrazos á Henrique Myden, de quien Eusebio no acababa de desprenderse. Don Alonso, padre de Leocadia, se acercó entonces, y asiendo á Eusebio de un brazo, le dixo: ¿pues qué, no ha de haber abrazos para todos, Don Eusebio?

Eusebio reconociendolo con sorpresa, dexa á Henrique Myden para darle un abrazo; mas viendo al mismo tiempo á su amada Leocadia, no sabia á quien atenderia primero. Llevado del ímpetu del primer ademan, se dexa arrebatar de él; da dos estrechos abrazos al padre de Leocadia, y se arroja luego á su Leocadia, á la qual abraza tambien con ardiente transporte, aunque contenido del respeto, y freno de la modestia, diciendole con encendido júbilo: ¡ó mi dulce Leocadia! ó precioso momento tanto tiempo suspirado, y finalmente conseguido! permitid, dulce amor mio, que manifiesten mi sumo júbilo los labios á la presencia de vuestros padres, y del mio. Dicho esto le besó la frente, continuando en decirle otras tiernas expresiones. Ella, enagenada del excesivo con-

suelo al verse en los brazos de su Eusebio, baxaba ahora los ojos, ahora los fixaba empañados del tierno llanto en el rostro de Eusebio, á quien decia, que no podia explicar el sumo gozo que sentia de verlo llegado salvo.

Pero llegando la madre á darle la bien venida, hubo de ceder Eusebio, y desistir de sus amorosas demostraciones, inclinandose á besar la mano de la madre sin soltar la de Leocadia, agradeciendole los parabienes que la madre le daba con apasionada ternura. Llegaron entonces Altano y Taydor para manifestar su consuelo á Henrique Myden. Altano no pudo contener sus lágrimas, especialmente quando llegó á manifestar su gozo á su señora Doña Leocadia, diciendole mil cosas con expresiones nacidas de su enternecido respeto, y de su afectuosa sencilléz. Henrique Myden hizo luego entrar á Eusebio para que descansase, antes que los llamasen á cena. Entrados en el apartamento, vuelven todos á los transportes de su alborozo, de su amor, y ternura. Eusebio no sabia desprender su mano de la de Leocadia, ni sus ojos de los de ella; la qual no acababa de volver en sí, viendo á su lado su suspirado Eusebio.

Henrique Myden quiso saber lo primero de todo, cómo era que llegaba en aquella ho-

ra, habiendolo avisado, que solo llegaria al otro dia; satisfecho de la respuesta de Eusebio, pasó á preguntarle sobre su viage. Comenzó luego á encarecerle el dolor que probó, y las lágrimas que le costó la carta que le envió desde S... en que le participaba la desgraciada muerte de su buen Hardyl, y especialmente el descubrimiento de ser su tio. Todos á una desearon oir de su boca aquel funesto accidente: Eusebio se lo contó por entero, no sin lágrimas, y sin que las dexasen de derramar todos los oyentes, especialmente Leocadia, tan interesada por su respetable libertador, acordandosele las misteriosas palabras que Hardyl le dixo, quando despues que la libró de Orme, la hizo sentar en el ribazo del camino mientras iba en busca del jumento; que tal vez llegaria á saber algun dia que era poco menos que padre de Eusebio.

Acordóse tambien Henrique del extraordinario movimiento de sorpresa que hizo el mismo Hardyl, quando le dixo Eusebio su nombre y apellido la primera vez que vino á su casa con los cestos, asomandosele las lágrimas á los ojos, y haciendo un vivo ademan de sorpresa que pareció contener él mismo; y que aunque entonces le hizo alguna

especie, solo ahora comprendia lo que significaba. Comenzó á alabar con admiracion la fortaleza de los sentimientos de Hardyl; su admirable desinterés, no queriendo admitir ningun emolumento por el trabajo de la educacion de Eusebio, ni por su sustento; pues aunque le era tio, pudiera haber vivido mas holgadamente con los socorros de Henrique Myden, que no quiso jamas admitir, fuera de las guineas que le pidió para socorrer á John Bridge. Mostró tambien extrañar Henrique Myden los motivos que pudo tener Hardyl, para ir á establecerse á Filadelfia, y para hacer en ella el oficio de cestero, mudado su verdadero nombre en el de Hardyl. Esto dió motivo á Eusebio para contar lo que habia sabido del viejo Eumeno, poco despues de la muerte de su tio.

La cena interrumpió estos tiernos discursos y memorias. Sobre ella deseó Henrique Myden que lo informase del estado en que dexaba el pleito con su tio Don Gerónimo. No bastando tampoco el tiempo que duró la cena, y despues de acabada, para satisfacer á otras preguntas, que asi Henrique Myden, como el padre de Leocadia le hacian, hubo de remitir las respuestas al otro dia por ser ya tarde, y por hallarse muy cansado y fal-

to de sueño. Volvieron con este motivo á renovarse los parabienes y demostraciones de su alborozo por la feliz llegada de Eusebio; separandose con apasionado afecto, en especial los dos amantes, cuyos corazones parecia que se les salian del pecho en la separacion.

Eusebio, rendido al cansancio de aquel dia, que pasó en una barquilla de pescadores para poder llegar mas presto á Filadelfia, y satisfecho su corazon de la vista de su amada Leocadia, durmió placidamente hasta bien entrado el dia. No asi Leocadia; pues su alborozo y consuelo, contenido de su mismo recato y modestia, quedó reconcentrado en su corazon, desahogandolo solo con los dulces pensamientos que la tuvieron desvelada casi toda aquella noche, ansiando que llegase el venturoso dia, para volver á complacerse con la vista y presencia de su devuelto amante, y para dexarse ver ataviada y compuesta como deseaba. Tuvo tiempo para ello antes que Eusebio compareciese, habiendose dexado apoderar del sueño.

Queria Henrique Myden que Leocadia y sus padres se desayunasen; mas ellos quisieron esperar á Eusebio para tomar el thé en su compañia. Dexóse ver finalmente, compareciendo á los ojos de Leocadia, como

suelen pintar á Apolo, lleno de amable magestad, y de varonil belleza quando aparece á la hermosa Coronida. Eusebio, despues de haber cumplido con los padres de Leocadia y con Henrique Myden, fue con ellos á tomar el thé. Tenia á su lado á Leocadia, en cuyo rostro fixaba al descuido sus curiosos ojos, para ver si descubria en él, á la luz del dia, alguna señal de las pasadas viruelas. Pero viendolo tan terso y delicado, quanto lo estaba antes, tuvo motivo de alborozarse, huyendo enteramente de su ánimo las sospechas que concibió en París, de que pudiese quedar afeada de aquella enfermedad.

Ni dexó de manifestar á Leocadia el contento y gozo que probaba por ello, dandole á hurto de sus padres una mirada tan viva, acompañada de un ademan de labios tan afectuoso, que encendió no poco á la risueña modestia con que ella los recibia. Acabado de tomar el thé, deseó Henrique Myden que Eusebio les hiciese una succinta relacion de todo su viage, pues les quedaba toda la mañana por suya. El satisfizo inmediatamente á sus deseos, comenzando de su salida del Delavare, hasta su llegada á Inglaterra, su caída en la mar, su llegada á Douvres, la pérdida de su coche, y caballos en Darfort,

y los afanes con que entró en Londres, viendose precisados á recobrarse en la pobre casa del viejo Bridway, cuya triste historia contó tambien de paso. El modo como pusieron tienda de cestos en la plaza de Spittle-Fields por sugerimiento de Felipe Blund, y el robo que éste les imputó, motivo porque los prendieron y llevaron á Newgate, donde reconoció á Orme.

Al oir nombrar á Orme la madre de Leocadia, interrumpió la narracion de Eusebio, deseando certificarse de lo que contaba; él la satisfizo, y dixo como se halló presente á su suplicio en Tiburn, donde los llevó, sin haberlos antes prevenido, John Bridge, aquel mismo, para quien Hardyl pidió á Henrique Myden las treinta guineas; el qual habiendolos reconocido quando eran llevados á la carcel, fue á ella para certificarse de su sospecha, y para salir fiador por ellos, á fin de librarlos de la prision y llevarlos á su casa, donde los hospedó magnificamente en reconocimiento del favor que habia recibido de Hardyl en Filadelfia. Contó tambien el modo como el mismo Bridge pudo restituirse á su patria, ni pasó por el alto la pública demostracion que hizo el pueblo de Londres quando salian de la carcel, llevandolos por

fuerza en hombros hasta la plaza, en que los prendieron para dar testimonio de su inocencia.

Siguió inmediatamente su viage á Francia, dexandose en Inglaterra el caso de la hija de Howen, y los amores que sintió por ella, aunque despues hizo esta confianza á Leocadia. No hizo mencion tampoco de la cena de Armanda y de Hernestina en París, donde lo llevó el Lord Som... Contó bien si su muerte, su generosa manda, que dexó Eusebio toda entera á Sir Carlos Towsend, y á sus dos hijas; como estas vinieron con su padre á darle las gracias, postrandosele de rodillas. Al oir la relacion de este caso, no pudieron contener las lágrimas los padres de Leocadia, la hija, y Henrique Myden; la madre y la hija prorrumpieron en tales sollozos que hicieron tambien llorar á Eusebio, y cortaron la relacion.

Volvió á tomar el hilo al cabo de rato, diciendo, como les llegó entonces á París la carta de Henrique Myden, en que les participaba el pleito de su tio Don Gerónimo, y la enfermedad de Leocadia; en fuerza de la qual apresuraron su viage á España. Refirió, como los prendieron los Vivanses, y los llevaron al general David, el qual los re-

mitió al Profeta Jurieu. El alma de Leocadia, pegada á los labios de Eusebio, hacia la mudar de color, temiendo que su vida quedase victima de aquellos soldados montaraces, como si de hecho lo viese en el peligro, y no presente y salvo como lo tenia, dando por bien hecho el regalo del relox que compró en Londres para ella, y que envió al general David. Contó luego su felíz llegada á España, y la tragedia del padre de Gabriela, y de Don Fernando en Toledo, y la que le aconteció á él y Hardyl con el encuentro de los toros, funestisima causa de su muerte, cuya triste memoria no pudo renovar Eusebio sin lágrimas, con las quales dió fin á su narracion, sacandolas á sus oyentes.

Apenas las habian enxudado, quando llegó Guillermo Smith; el qual, acabando de saber la llegada de Eusebio, quiso ir inmediatamente á abrazarlo, y á renovarle el tierno cariño que le profesó siempre; pues él fue el que propuso á Henrique Myden que tomase á Hardyl por maestro de Eusebio. Era el mismo Smith padre de aquella Henriqueta por quien Eusebio comenzó á sentir los primeros asomos del amor. Fue por lo mismo muy tierno el abrazo que se dieron, acompañandolo con llanto que participaba del con-

suelo que probaba Smith en el felíz arribo de Eusebio, y del dolor de verlo llegar sin su amigo Hardyl, cuya muerte habia sabido por medio de Henrique Myden, tomando pie de esto para estenderse en alabanzas de la virtud y carácter de aquel hombre incomparable.

A Smith siguieron otros amigos y conocidos de Henrique Myden que venian á darle el parabien por la llegada de Eusebio. Pasóse asi todo aquel dia y el siguiente en recibir visitas, sin poder tener Eusebio la satisfaccion de disfrutar á solas, como lo deseaba, la dulcisima conversacion de su amada Leocadia, fuera de dos cortos momentos que pudieron lograr, facilitandoles el tiempo y lugar la madre que sabia lo que podia prometerse de la honestidad de su hija, y de Eusebio, concediendo aquel desahogo á los ansiosos corazones de los amantes, despues de tanto tiempo de ausencia, y en las inmediaciones del casamiento.

Esta fue la materia de sus discursos las dos veces que pudieron estar á solas, diciendole, la fidelidad que le habia guardado en el viage, á pesar de la pasion que le atizaron los atractivos y gracias de la hija de Howen, cuya historia no se recató de contar

entonces á Leocadia. No dexó la misma de manifestar alguna duda, nacida de los zelos de su amor, y de algunos reproches que cedieron á la sinceridad con que le protestaba Eusebio haber combatido con la pasion. Lo que excitó en el ánimo de Leocadia un sentimiento tan tierno y reconocido, que la impelió á manifestarselo con un cariñoso ademan, que aunque contenido en parte de su recato, puso harto cebo en sus ojos, y continente, para que hiciese Eusebio lo que ella no se atrevia: apoderase de su tersa mano, en que transportado del amor, imprimió sus labios.

¿Quál fue entonces la dulce sorpresa de Eusebio, quando Leocadia en vez de retirar la mano como lo hacia antes, usando de su modesta severidad, apretó al contrario la de Eusebio? Enagenado éste de tan cariñosa demostracion, quando menos la esperaba, se dexa arrebatar del incendio que suscitó de repente en su pecho, y doblandole una rodilla, prorrumpió en ardientes suspiros, dandole mil dulces nombres, teniendola asida de la mano en que renovaba sus amorosas adoraciones, al tiempo que entraba la madre; la qual lo sorprende en aquel ademan y postura de afectuosa confianza, sin advertirlo Eusebio por estarle de espaldas. Leocadia vió bien sí

entrar á su madre, y aunque manifestó alguna turbacion, se resentia mas ésta de la comocion amorosa que le causó la demostracion de Eusebio, que de la repentina aparicion de la madre, en cuyo rostro y expresiones habia leído de antemano la tácita condescendencia para tales cariñosas confianzas con quien le era esposo prometido.

Por esto, aunque se compuso un poco en su asiento, no por eso hizo ningun esfuerzo para desasir su mano de las de Eusebio, ni para que éste se levantase del suelo en que le tenia doblada la rodilla, dexandolo en aquella postura, hasta que llegando á él la madre, le tocó el hombro, diciendole con sonrisa:

LA MADRE. Muy devoto venis de vuestro viage, Don Eusebio.

EUSEBIO. Tan devoto me fuí, Señora; no hay otra diferencia, sino que ahora la deidad me permite darle las adoraciones que antes desechaba, á lo menos en apariencia.

LA MAD. Entonces habia motivo para dudar de las intenciones del culto, y el ara no estaba trazada todavia. Pero ahora las intenciones son puras, el ara está levantada, y la deidad pronta para dexarse adorar en ella.

EUS. ¡Ah! si llego de hecho á ese altar,

quanto mas ardientes serán entonces mis adoraciones!

LA MAD. Temo, á la verdad, que la diosa necesite de armarse de su amoroso imperio para que no os propaseis en su culto.

EUS. ¡Cruel sugerimiento de que se burlará tal vez el amor! El de Leocadia no necesitará tal vez de tales precauciones.

LEOCADIA. Nada de eso entiendo, Don Eusebio, ¿qué precauciones son esas?

EUS. No lo dudeis; vuestra madre tendrá el cuidado de explicaroslas antes de tiempo.

LA MAD. Las explicaré, quando esté concluido el tapete que ha de servir para ese misterioso altar.

EUS. Eso sí que yo no entiendo; ¿qué tapete es ese?

LA MAD. El cobertor nupcial que está bordando Leocadia, y que no tiene todavia concluido.

EUS. ¡Ah, Señora! Que el mas puro y ardiente amor no necesita de recamados cobertores. ¿No es así, dulce amor mio? ¿no os parece bien, Leocadia, lo que digo?

Entró entonces Henrique Myden, diciendo:

HENR. MYD. Pues, hijos, de qué se trataba.

EUS. Del dia en que habiamos de celebrar nuestro casamiento: y Doña Cecilia nos queria dar sugerimientos.

LA MAD. Eso se me antoja lo de la copla que aprendí de niña.

Señor, es vuestro criado
Como el mal encantador,
Que quier con agena mano
Sacar la culebra viva,
De dó estaba en el forado.

MYD. No importa, no importa: dí, Eusebio, ¿quándo quieres que se celebre?

EUS. Decidalo Leocadia. Gustaré de oir su determinacion.

LEOC. Quando quiera mi señora madre.

EUS. Ya habeis oido, que vuestra madre no quiere ser como el mal encantador; y gustará tambien que lo determineis.

LA MAD. Tienes nueva prueba, hija mia, que Don Eusebio que quier con agena mano sacar la culebra viva; y asi no cuentes con migo para nada: dí lo que sientes.

LEOC. Quando quiera Don Henrique.

MYD. Lo entiendo, lo entiendo; comencemos á tomar desde ahora providencias, y se celebrará quanto antes. ¿No es así, Leo-

cadia, hija mia? ¿no lo deseas asi Eusebio?

EUS. Asi sea, padre mio, asi sea.

Confirmó Eusebio su voluntad abrazando á Henrique Myden, que lo abrazó tambien á él, diciendose mutuamente tiernas expresiones, nacidas del paterno afecto, y del filial reconocimiento á tan buen padre. Interrumpió estas dulces demostraciones Taydor, que traía del bastimento la caxita de los regalos para Leocadia. Consistian en algunas joyas engastadas con sumo primor, y en otros preciosas buxerias de gusto, de las quales no sabe pasarse la generosidad de un amor tierno y puro, qual era el de Eusebio. En ellas no ponia otro aprecio que el que solo se merecian, por el fin para que las compró. Asi se lo manifestó á Leocadia al entregarle la caxita, diciendole:

EUS. Aqui teneis, Leocadia, esta prueba de mi memoria, mas no de mi afecto; pues solo es señal que tuve dinero para emplearlo en esos lucientes diges: espero que los recibireis como demostracion igual, á la que hace un pobre labrador á su amada, con las flores que solo le cuestan el cogerlas.

LEOC. Asi las recibo, Don Eusebio; estad seguro, que la mas preciosa joya para mí es vuestro corazon; vuestro solo amor pudie-

ra suplir en mi aprecio á todas las joyas de la tierra.

EUS. Y vos sola, divina Leocadia, y vuestros virtuosos sentimientos suplirán en mi estimacion á todos los bienes de este suelo. ¿ Qué son para mí todas las riquezas de la tierra, en cotejo de vuestras gracias y hermosura, y de la virtud que las realza.

LA MAD. ¡ Lindas preseas son ! ¿ dónde las habeis comprado, Don Eusebio ?

EUS. En Londres las compré. Vuestra pregunta ha enfriado el encendido transporte con que iba á besarlas, no porque son joyas, sino porque son de Leocadia.

LEOC. Las besaré pues yo, no por lo que valen, sino por quien me las regala.

EUS. Provocado de tan amable exemplo, lo imito segun mi intencion ardiente.

LA MAD. Quien os viera y oyera, tacharia de sobrado pueril ese vuestro cariñoso entretenimiento.

EUS. No lo dudo, Doña Cecilia, si los ojos que nos vieran fueran ávidos, secos, y endurecidos del interés y de la vanidad, que sufocan en el corazon los mas tiernos y dulces sentimientos del amor; ni le dexan probar sino los afectos vanos de la codicia y de la ambicion, que forman el débil cimien-

to de sus sórdidos casamientos.

LA MAD. ¿Y al vuestro qué cimiento le quereis dar?

EUS. La educacion que habeis dado á Leocadia; y los adorables sentimientos de la misma, me hacen esperar que el solo cimiento de nuestra union será la virtud, exênta de ambicion y de vanidad, y superior á todos los objetos exteriores que absorben y enfrian los afectos de la mutua correspondencia de dos amables genios. La virtud hace que estos se ocupen solo de sí mismos; la misma los estrecha con fuerza poderosa para resistir á la de los trabajos y desgracias, si con ellos quiere combatirlos la fortuna. La misma consume todos los leves disgustos, si por ventura los hace nacer algun desarreglado sentimiento de contragenio, ó de desmandada voluntad, como consume el sol las nubes y manchas de que no anda exênto á nuestros ojos, sin menoscabarse su esplendor en su carrera luminosa.

LA MAD. Aunque en elevado estilo me dais motivo, Don Eusebio, para complacerme mucho mas en la fortuna de Leocadia y mia, siento que llegue gente, segun parece, á interrumpir vuestro discurso, y mi complacencia.

Entró de hecho Altano para avisar que llegaban la muger, é hija de Guillermo Smith: venian á visitar á Doña Cecilia, y á Leocadia en atencion de Henrique Myden, y del casamiento de Eusebio. Leocadia no ignoraba que Henriqueta Smith fue la primera llama de Eusebio, como se lo acababa de decir él mismo. Fue grande á la verdad la conmocion que produxo la vista de Henriqueta en su pecho, renovando en él aquellos tiernos y suaves movimientos que le causó en otro tiempo su presencia. Habianse perfeccionado las gracias y hermosura de Henriqueta; y aunque no era tan hermosa como Leocadia, era no menos linda y agraciada, y tenia tal vez mas vivos alicientes en su persona.

Todo esto induxo insensiblemente á Eusebio á cortejarla con el despejo y afabilidad mayor que habia contraido en el viage; usando con ella de demostraciones, que aunque no nacian de pasion amorosa, no iban exêntas de liga, de inclinacion, y genio, que hacian su discurso y trato mas amable. Fueron mas animadas aquellas demostraciones en la despedida, acompañandola hasta el zaguan, ageno de imaginarse que pudiese resentirse por ello Leocadia, ni causarle los zelos que le causó. Fueron estos tanto mas fuertes, quan-

to mas ignoraba ella el trato, y sus corteses demostraciones, por haberla criado su madre con algun rigor y alejada de visitas.

Eusebio, despues de haber cumplido con Henriqueta y con su madre, volvió á verse con Doña Cecilia y Leocadia, en cuyo rostro, aunque echó de ver alguna especie de serio desvio, no le dió atencion, distraido de Gil Altano que llegó para preguntarle, donde queria que pusiese los caxones de libros que llegaban del bastimento. Despues de haber estado con Altano, volvió á la estancia, donde encontró á Henrique Myden y á Don Alonso que lo distraxeron de aquel reparo; hasta que llegada la hora de ir á comer, asió de la mano á Leocadia para acompañarla. Ella no rehusó darsela; mas lo hizo con tan seria frialdad, y sus ojos persistieron en tan serio enagenamiento, que Eusebio no pudo dexar de preguntarle en presencia de sus padres; ¿qué era lo que sentia, pues estaba tan desganada?

El padre, advertido de la pregunta de Eusebio, reparó en el desabrimiento de la hija, y le hizo la misma pregunta, temiendo que tuviese alguna cosa. Mas ella, á quien bastaba haber hecho conocer á Eusebio su resentimiento, supo distraerlos á todos de tal

cuidado, reponiendose en su modesto y afable sosiego, y diciendo con risa estraviada, que nada tenia. No quedaba sin embargo satisfecho Eusebio, ni de su respuesta, ni de su continente, no pudiendo encontrar sus miradas, aunque freqüentemente se las buscaba. Veíala solo atenta á sosegar las sospechas de los demas, y á dexarlo á él en las suyas. Crecieron estas tanto con su afectado estravio, que ansiaba Eusebio el momento que la mesa se acabase, para saber de la misma la causa de aquella repentina mudanza, sin ocurrirle, que pudiesen ser los zelos que habia suscitado en ella el manifestado afecto á Henriqueta Smith.

Luego que la madre é hija se encaminaron á su aposento, siguiólas inmediatamente Eusebio, y en presencia de la madre le volvió á preguntar la causa de la afliccion que manifestaba. Habia ella vuelto á recobrar su seriedad; y aunque persistia en decir que nada tenia, decialo con ayre y tono tan modestamente despegado, que dió motivo á la madre para conocer, que embarazaba su presencia á la confesion de la hija, y la dexó sola con Eusebio. Ansiaba él este momento, no menos que Leocadia para explicarse; aunque ella queria que Eusebio conociese la cau-

sa de su triste estravio sin declararlo. Viendose pues solo con ella, y penetrado su tierno corazon de la tristeza que le manifestaba, le dixo con enardecido afecto, y con llanto asomado á los ojos:

EUS. ¿Qué extraña mutacion es esta, dulcisima Leocadia? ¿No noto por ventura en vuestros ojos una desdeñosa sequedad, que no sé porque me trastorna? ¿No podré saber de donde procede? ¿Quál puede ser la causa que ajó de repente vuestra suave afabilidad, y aquella dulce confianza que inundaba á mi corazon de celestial alborozo? Decidlo, prenda de mi dicha, solo, y eterno amor mio.

LEOC. ¿Solo, y eterno? no lo sé.

EUS. ¿Cómo? Qué me quereis significar? ¡cielo! ¿qué escucho? ¡O crueles tirános del mas puro y sincero afecto! Leocadia, ¿es posible que hayan podido anublar los zelos la serena dicha de vuestro corazon? ¿Qué es lo que dió motivo á un sentimiento tan ageno de vuestro amor y del mio? Pronto estoy para borrarlo con mi llanto, con mi juramento, quan sacrosanto lo querais.

LEOC. ¿Juramento? no por cierto; no pido juramentos. Puede ser muy bien que vuestro llanto y protestas sean sinceras, y ser-

lo tanto, quanto vuestras demostraciones y justa aficion, para con quien es tal vez mas acreedora á ellas que Leocadia.

EUS. Y qual, ¿quál puede ser el objeto de esas injustas sospechas? ¿Qué otra hermosura puede haber en la tierra, que mas que vos empeñe mi amor ardiente? ¡Esto me tocaba que probar, antes de la dicha que yo me prometia enteramente pura! Leocadia, no merezco este cruel tormento. Acabad; explicaos: ¿es acaso Henriqueta Smith la que dió ese temor injusto?

LEOC. Pudiera ser tal vez injusto, si vos mismo, conociendo que es ella, no la nombrarais; y si sola su hermosura me lo hubiese causado. ¿Mas las afectuosas demostraciones que le hicisteis, no me confirman sobrado en mi temor? ¿No sirve de prueba á éste mismo la confesion que me hiciste is de la pasion, que encendieron en vuestro pecho las gracias de Henriqueta antes que conocierais á la desdichada Leocadia? ¡Ah! conozco ahora ser verdad, que la primera impresion del amor es, como dicen, la mas fuerte y duradera!

EUS. ¡Dios inmortal! ¿Es sueño lo que me pasa, ó devaneo de mi imaginacion? ¿La mayor prueba de mi amor para con vos ha

de ser cabalmente la mas contraria ? Aunque un dicho del vulgo llevára el sello de la verdad , no lo debiera desmentir á vuestros ojos el mas sublime y puro afecto , qual me glorío que lo es el mio , y qual lo fue siempre para con vos ? Mi misma confesion sincéra no os debiera confirmar en la entereza de mis sentimientos ? Si mi corazon hubiera querido reservarse algun oculto seno para el afecto de esa Henriqueta , creeis que hubiera sido tan facil y tan inocente en descubriroslo ?

LEOC. ¿ Eso mismo no pudiera ser prueba de la inconsideracion de un arrepentido afecto ?

EUS. ¿ Lo podeis creer del mio ? Os persuadis que el inconsiderado Eusebio , por sobrado sincéro , se arrepienta ahora de amaros y de adoraros , como os ama y adora , á pesar de todos vuestros injustos recelos , y de quien los causó ? Si soy tan desgraciado que no merezcan ser creídos , ni este mi llanto , ni mi juramento , decid : qué quereis que haga para destruir esos temores , y devolver á vuestro corazon la perdida tranquilidad.

LEOC. ¿ Todas las pruebas que me pudierais dar , llegarian por ventura á destruir vuestra amorosa inclinacion ?

EUS. ¿ Mi inclinacion ? Y aunque hiciera

prueba de mi entereza en confesaros que la tengo ; ¿ la inclinacion es por ventura amor ? Está en nuestra mano el impedir que nazca en nuestro genio el agrado de un objeto que lo excita ? Creeis que no habrá otras Henriquetas , que , á pesar de mi mayor amor para con vos , produzcan en mi pecho aprecio de su hermosura ? Podreis dexar de creer tambien , que habrá otros mil mas apuestos que vuestro amante Eusebio , y tal vez menos , que se grangearán vuestra inclinacion ?

LEOC. No : no habrá ninguno.

EUS. ¡ O expresion tanto mas dulce , quanto mas inocente , á pesar de los zelos que os la sacan para endulzar en parte la amargura que ocasionan ! Mas , Leocadia , padeceis un amable engaño. Solo el tiempo y la experiencia lo harán desvanecer con la vista y trato del mundo. Padeciera yo tambien otro engaño semejante , si me lisonjeára poder destruir con razones vuestras zelosas sospechas que no las sufren. Mas como sintiera dexaros clavado en el corazon su agudo dardo , asi os ruego querais indagar conmigo el origen del mal ; pues si no se llega á conocer , costará mucho mas eludir sus funestos efectos. Sufrid pues por un momento que tiente la herida ; y supongamos que me agrade esa

Henriqueta; que sienta yo por ella alguna propension; y aunque sea en daño de la verdad, que esta propension sea amor verdadero.

¿Todo esto qué quiere significar? Que Henriqueta tiene calidades que engendran esta propension en mi genio, y que éste es susceptible de sentirla. Mas esta propiedad no es de sola Henriqueta; pues sabeis que me han agradado otros objetos mucho mas, y qualquier hombre está sujeto á semejante sensibilidad. Tal es el aliciente, que infundió á lo bello la naturaleza; tales son los sentimientos inevitables que nacen en el corazon, aun respecto de objetos irracionales, é insensibles. Y si supierais las fábulas, os traxera el exemplo de Pigmalion, que se enamoró de la belleza de la estatua que hizo él mismo.

Quiero, sin embargo, que extrañeis, y que sintais esta mi inclinacion á Henriqueta, porque supongo que no habreis reflexîonado que ella nace de la naturaleza y no de la voluntad. Esta es la que hace solo culpables los afectos que desdicen de la entereza del corazon que los fomenta. ¿Mas podeis persuadiros, que mi voluntad tome parte en una inclinacion, que solo merece ser comparada á la que produxera en mi una excelente pintura, o una estatua semejante á la que

dixe que enamoró á su artifice? Podeis temer que Eusebio, renunciando á sus honrados sentimientos, se dexe llevar del afecto que pudo infundirle un objeto extraño para él, á costa de desmentir los principios de su integridad, y de la pureza de su palabra? Si lo temeis, no hay para que nos fomentemos un injusto tormento, que puede acibarar la dicha, y la tranquilidad, que me prometia de nuestro himeneo. Pero quedamos libres todavia, para determinarnos mutuamente á mas dichosa eleccion.

LEOC. ¡O amarga de mí! ¿Qué escucho?.. Son estas las protestas que debia sellar vuestra sangre? Este el remate de vuestra constancia, para destruir unos zelos que no sin razon os importunan? ¡Ah! lo veo. Teneis pronta á Henriqueta para hacer mas dichosa eleccion: mas yo, ¡infelíz de mí! ¿á quién? á quién? ¡O desventurada Leocadia! ¿Esperabais acaso los ultimos momentos para hacerme mas cruel la declaracion? En qué lo merecí? ¡cielos! en qué lo merecí?

Un rio de lágrimas brota de sus ojos, acompañado de altos sollozos que dexan á Eusebio mudo y consternado, y lo hacen arrepentir de la proposicion, que á pesar suyo

le hizo, para destruir la zelosa pasion de Leocadia. No pudiendo resistir finalmente á la compasion y ternura que le causaba, arrójase á sus pies, y tomandola la mano, la besó diciendo:

EUS. No despedaceis, dulce amor mio, á un corazon que os adora, que es, y será solo vuestro. Ved, Leocadia, los estremos disgustos á que los zelos nos arrastran. Ellos, es verdad, nacen del amor, y le son inseparables compañeros; mas la razon y la virtud los deben tener en freno, y mirarlos con menosprecio. Ellos no osan bullir quando conocen que han de ser mal mirados. ¿Mas qué pierdo tiempo en persuadir con la razon, lo que con ella no se recava? Breve, Leocadia, sugeridme vos misma lo que deseais que haga, para dexaros enteramente sosegada. ¿Quereis que no vea mas, ni me presente mas á Henriqueta?

LEOC. ¡Ah, no me amais mas Don Eusebio!

EUS. ¡Santo Dios! ¿Es esto lo que deducis de todas mis protestas, y de mis amorosas demostraciones? Tan bien os hallais con esa injusta y tormentosa desconfianza? No, dulcisimo y eterno amor mio; ante el cielo, ante Dios, os juro en esta mano que adoro,

que ha de recibir la promesa de mi fidelidad, que no habrá, ni hermosura, ni gracia, que tenga poder para rendir ni avasallar á un honrado y ardiente corazon, que os quedará para siempre consagrado.

Dicho esto, le cruza el brazo por la cintura llorando tiernamente, teniendo aplicados los labios al hombro de Leocadia, en que resonaban sus suspiros, mezclados de tiernas expresiones. Demostracion que ella consintió recibir, llorando tambien en silencio, como prueba de que quedaban sosegadas con ella sus zelosas sospechas. Aunque Eusebio echó de ver que esta pasion de Leocadia procedia del amor propio del sexô, de la inocencia de la misma, y del grande amor que le tenia, antes que de la persuasion de lo que sentia; quiso, sin embargo, combatirla de recio en sus principios para desarraigarla de su ánimo; pues es pasion que como las demas cobra fuerza, dexandola á su valía; especialmente en ciertos genios mas susceptibles de sus molestas impresiones. Estas son á las veces el acibar de los mejores casamientos, y que tal vez los hacen desgraciados.

En todas las amorosas demostraciones que hasta entonces habia hecho Eusebio á Leocadia, no sintió jamas tan vivos incentivos de

amor, quanto en el estrecho abrazo que le acababa de dar. Pareció que el pasado contraste le hiciese reconcentrar todo el fuego de su afecto, para hacerlo abrasar en mas ardiente ternura. Mas si pudo contenerse sin ofenderá la modestia de Leocadia, se desprendió de ella, determinando á no dexar pasar el dia siguiente, sin probar por entero la dicha que le hizo concebir el amor en aquel tierno abrazo. Se encaminó en derechura á decirselo á Henrique Myden, que aunque se excusó al principio por falta de preparativos, condescendió á la instancia de Eusebio, remitiendolo á la determinacion de los padres de Leocadia.

Halló en estos mayor dificultad, no llevando á bien Don Alonso que se celebrase el casamiento, sin tener su hija el competente vestido y axuar. Se allanaron sobre mesa todas estas pequeñas dificultades que ponian los padres de Leocadia, diciendo Eusebio, que despues del casamiento podian hacer, ó no hacer quantos vestidos quisiesen á Leocadia. Que entretanto, no la tenian en andrajos, sino en vestido qual pudiera llevar la mas rica Quakera. Que le serian tanto mas agradables los desposorios, quanto menos estorvos llevasen de exteriores vanidades, que disipa-

sen al puro consuelo y satisfaccion que queria sacar de su solo amor, y de la íntima complacencia de su mutuo afecto.

Cedieron los padres á las razones de Eusebio, y á los deseos que manifestaba de celebrar al otro dia su casamiento. Henrique Myden dió entretanto parte á sus amigos, é hizo disponer convite, sin declarar á Eusebio su intencion. Don Alonso se aprovechó del corto plazo para prevenir en cédulas la cantidad del dote que prometió dar á su hija, y formó las capitulaciones del contrato. Eusebio nada quiso saber de ellas, remitiendose á Henrique Myden. Sin aliciente de interés estaba sobrado persuadido, que la capitulacion mas esencial eran las prendas y calidades de Leocadia; pues todas las demas, sin estas, están expuestas á ser quebrantadas de la voluntad de los maridos, ó de la desgracia.

Dexó pues ocupados en el contrato á Henrique Myden, y á Don Alonso, y él se fue á ver con Leocadia, que quedaba enteramente serenada con la ultima demostracion de Eusebio, especialmente con la resolucion que tomó de anticipar el casamiento. Halló la trabajando en compañia de la madre. Eusebio se sentó á su lado, y cruzando su bra-

zo sobre el de la silla de su amada, comenzó á decirle, mirandolo ella tiernamente de soslayo, sin dexar de las manos la labor:

EUS. Acabo de dexar á nuestros padres empleados en formar las obligaciones que debemos guardar en nuestro casamiento, ó que debo guardar yo. Parecióme hacer agravio á la pureza de mi amor, si asistia á la junta. Como si necesitase de capitulaciones para no faltar á lo que de mí exîxen vuestro amor y el mio. ¿Os lo parece, Leocadia?

LEOC. No entiendo de eso, Don Eusebio.

LA MAD. Haceis, sin embargo mal, Don Eusebio; pues tal capitulacion pudiera haber que os pudiera ser sensible.

EUS. Si es así, será culpa de la confianza que puse en la discrecion y honradéz de Don Alonso. Fuera de esto, no sé que justa capitulacion pudiera haber que pudiese serme sensible. Mas dado el caso que asi lo sea, ¿no puedo lisonjearme que el amor de Leocadia le quitará todo el desagrado que pudiera causarme? Dadme, no obstante, una norma de esa capitulacion sensible.

LA MAD. No sé que pretensiones pudiera llevar Don Alonso; pero me acuerdo de un caso, semejante al vuestro, que sucedió en España, en que tuvo motivo de arrepen-

tirse el marido de su facil condescendencia.

EUS. No creo que haya acontecido ese solo caso en España. Antes bien diré mas: que apenas encontraréis marido que no tenga motivo de saberle mal alguna capitulacion, á que vino bien á sabiendas antes de cerrar el contrato. A mas de esto, ¿ creeis que por ser obligacion impuesta, sea inviolable á los maridos? No permita el cielo que os haga esta objecion, porque llevé yo intenciones de imitarlos. Serán para mí sacrosantas las que se me impusieren, á que desde ahora me someto. Lo digo solamente, para que conozcais que procedo por otros principios, y que mi amor es de otro temple que el de los otros.

LA MAD. Todos los amantes hablan así.

EUS. ¿ Y hablan asi tambien las amantes? Decidlo, Leocadia; pues vine tambien á oir vuestra voz: deseára que me manifestarais los quilates de vuestro afecto. ¿ Es por ventura el toque de los zelos...?

LEOC. ¿ Zelos? quién tiene zelos?

EUS. Cielos, quise decir: perdonad la equivocacion; seguiré la metáfora, aunque un poco sobrado alta: ¿ porque quién hizo jamás á los cielos, toque, para quilatar en ellos al amor? Sin embargo, ¿ qué semejanza mas cabal que la de un puro y ardiente amor

con los cielos? ¡Qué serenidad, qué tranquilidad y brillantéz reyna siempre en ellos! Las nubes pueden cubrirlo á nuestros ojos, mas no llegan á él. ¡Qué dulce paz la de los astros en su placido curso! Qué resplandor el del sol, que todo lo vivifica en su carrera magestuosa! Ah! ¿Si fuera tal vuestro amor y el mio, no perdonariais á los zelos el habernos sugerido esta deliciosa imagen?

LEOC. Pero estamos en la tierra, Don Eusebio; el amor está sujeto en ella á nubes, y á contrariedades que le pueden robar la paz, y la serenidad que á lo lejos se promete.

EUS. ¡Ah! Leocadia, si vuestro amor llegase á fomentar los fuertes y ardientes sentimientos que alimenta el mio, pudiera prometerme llevarlo á un templo, donde tomase alas para levantarse en ellas sobre la tierra, sobre esas nubes, y contrariedades que decis.

LEOC. ¿Quál es ese templo?

LA MAD. ¿Dónde teneis, Don Eusebio, ese templo? Sin duda debe estar lejos de la Pensilvania, y un poco mas allá de nuestras tierras.

EUS. No está tal vez tan lejos, quanto pensais.

LA MAD. ¿No será semejante al que hizo

nacer el refran, *quadrelo Vmd.*?

LEOC. Decid, Don Eusebio, ¿qué templo es ese?

EUS. Os viene todavia curiosidad de saberlo, despues que vuestra madre lo quiso destruir con una quadratura semejante á la del círculo.

LA MAD. ¿Qué, sé yo que no querais usar de otra metáfora como la de los cielos? Y como pintan con alas al amor, no sé si las toma en ese templo para levantarse tan alto.

EUS. En el templo que digo no se concede la entrada al amor profano, sino solo al amor santo que nace de la virtud, cuyo es el templo, en que convierte la misma al corazon que le dá la entrada. La moderacion, la mansedumbre, la templanza, hacen en él de Vestales, que conservan su fuego inestinguible. En él renace el afecto como el fenix, y toma como él las alas, que yo decia, para levantarse sobre las tempestades de la tierra, y sobre los disgustos y contrariedades que en ella encuentra.

LA MAD. ¿Quién os ha de seguir en vuestros vuelos, Don Eusebio?

EUS. Me basta que me siga Leocadia.

LEOC. De buena gana si pudiera.

EUS. Basta que lo querais. Viene vuestro padre á llamarme.

Entró Don Alonso para avisar á Eusebio que habian llegado el escribano y los testigos. Eusebio le dixo, que siendo tambien interesados Doña Cecilia, y Leocadia, podian ir todos juntos. Le respondió Don Alonso, que irian tambien, despues que hubiese él leído las capitulaciones; mas replicando Eusebio, que para eso no iria solo, instó entonces Don Alonso á su muger, é hija para que fuesen, como lo executaron. Estando ya todos juntos, despues que el escribano leyó las capitulaciones aprobadas de Henrique Myden, tomó la palabra Don Alonso, diciendo:

Señores: como en el convenio del contrato, supongo, que á mas de los veinte mil pesos que destino de dote á mi hija Leocadia, queda tambien heredera de mis bienes, y sus hijos si los tuviere, debo hacerles una confesion, por lo mismo que no me pareció bien hacerla entrar en la escritura. Para descargo pues de mi conciencia, sepan Vmds. que tuve un hijo varon, que dí á criar á una ama fuera de mi casa, á quien se lo robaron unos gitanos, segun se creía. A pesar de todas mis diligencias, y de las de la justicia, no me fue posible tener el consuelo de encontrarlo. A esta desgracia sucedió inmediatamente la otra, que me obligó á dexar para siempre mi pa-

tria, y establecerme en la América. Esto hizo mas dificiles mis diligencias y pesquisas que encargué á otras personas en fuerza de mi ausencia.

Solo dos años despues que me hallaba establecido en Salem, recibí una noticia incierta, que mi hijo murió en Flandes: mas las circunstancias de tener mudado el nombre, aunque de una sola letra, y de la de tres años mas de edad que tenia el mozo difunto que suponian ser mi hijo, me pareció que desmentian á la noticia, y no me dexan ahora entera seguridad para prometer á Vmds., y á mi amada hija Leocadia lo que no puedo, en caso que viva y exîsta aquel hijo que me fue robado; pues pudiera comparecer algun dia, y pretender de Don Eusebio lo que le seria sensible ceder, si lo recibia con mala fé y engaño del dador. Mas en caso que mi hijo haya muerto, ó que el cielo permita que permanezca en la oscuridad del estado en que cayó, ratifico amplamente mi promesa.

Esta declaracion hizo alguna especie en el ánimo de Henrique Myden: de suerte, que despues que acabó de hacerla Don Alonso, no supo él que decir, fixando sus ojos en Eusebio. Este esperaba tambien que su pa-

dre Henrique dixese sobre ella su sentir, y callaba por lo mismo; lo que dió no poca pena á Don Alonso, á la madre, y á Leocadia, temiendo todos que aquella declaracion fuese invencible impedimento para el casamiento. Vióse precisado Don Alonso á preguntar á Henrique Myden si quedaba enterado de lo que acababa de decir. Myden dixo entonces, que no era él el que se habia de casar, sino Eusebio. Pues yo, dixo entonces Eusebio, me caso con Leocadia, y no con su herencia; levantóse de su asiento, y fue á firmar el ya establecido contrato. Esta generosidad de Eusebio penetró al alma de Leocadia, y de su padre Don Alonso, y echó el sello á la ternura y afecto que las prendas y virtud de Eusebio les habian siempre merecido.

Idos ya los testigos y el escribano, dieronse mutuamente los parabienes, en que Don Alonso no pudo contenerse sin abrazar á Eusebio en presencia de su muger, é hija, y de Henrique Myden, diciendole con apasionada ternura: me disteis á probar, Don Eusebio, la mayor dicha de mi vida; quiera el cielo bendeciros, y daros gozo y consuelo igual en vuestro casamiento, al que mi alma experimenta. Eusebio, conmovido de las expresiones y enternecimiento de D. Alonso,

que lo apretaba entre sus brazos, abrazólo tambien, diciendole: por grande que sea la dicha que me deseais, de vos la reconoceré toda entera, como autor de esa prenda inestimable que me la acarrea, y que adoro y amo con el mas puro afecto.

Dicho esto, se desprende de Don Alonso para ir á besar la mano de Leocadia, que enternecida tambien de la demostracion de su padre, lloraba de consuelo; Eusebio besandole la mano le decia: vos sois, adorable Leocadia, la prenda de mi dicha, la mas preciosa joya que poseo, que puedo ya llamar mia. Quiera la virtud presidir á nuestro casamiento, y hacer uno de dos corazones que le quedan consagrados, y que esperan de ella el colmo de su bienaventuranza en el suelo. No fueron menos afectuosas las demostraciones que se dieron Eusebio, y su padre Henrique, participando el corazon del buen viejo del alborozo y consuelo de su amado Eusebio.

En estos y otros semejantes transportes de gozo pasaron lo restante de aquella tarde, precedente al dia de su dichoso casamiento. Concebia de antemano el enagenado corazon de Eusebio la pureza de las delicias que habia de probar, teniendolo desvelado casi toda

aquella noche su imaginacion, alimentandola de las especies é ideas que su amor ardiente le sugeria. Todo le venia de nuevo á la entereza de su honestidad, no á las luces de sus conocimientos. Cebabase por lo mismo su fantasia en las prendas y perfecciones de su esposa, en su amabilidad, en la dulzura de su genio, en su inocencia, que suscitaban en su corazon mil deliciosos afectos, los quales participaban antes de la pureza de la correspondencia y confianza de su mutua estimacion, que del deleyte inferior para el amor mas tierno y puro.

El dia tanto tiempo suspirado llegó finalmente á dar alma con sus claros resplandores al gozo de todos los interesados, participando hasta los criados del contento y complacencia que acarreaba la solemnidad de aquel casamiento. Altano era el que mayor alborozo manifestaba entre ellos, como quien mas se creía autorizado declararlo á su buen amo, á quien fue á darle los parabienes, diciendole:

ALTANO. Mi señor Don Eusebio, si hoy no me vuelvo loco, no espere Vmd. verme morir encerrado en una jaula. El contento me lleva al alma por esos cerros como una peonza. Tantas vueltas la hace dar el gozo,

que temo perder el seso. Vea Vmd. como no hay plazo que no llegue. Quien me lo habia de decir, quando saqué á Vmd. rapazuelo del naufragio, que lo habia de llegar á ver hombre hecho y derecho, y casado con una beldad sin par. Creame Vmd., que pruebo mayor consuelo por ello; que si á mí mismo me tocára, aunque no naciese para mis bigotes.

EUSEBIO. Por lo mismo sois acreedor, Altano, á toda mi dicha, y al agradecimiento que quisiera hoy manifestaros en lo que mas desearais si me lo significais.

ALT. Señor, lo que mas deseo es el cumplimiento de la dicha de Vmd., otra cosa no deseo, ni tengo porque desear. Vista ésta, mueranse mis ojos, como decia Simeon por boca del Cura de la Parroquia de S...

EUS. Podian tambien venirte ganas de casarte, y morirse en paz tus ojos en el seno de tu familia.

ALT. ¡Para pitos está por cierto el alcacer! ¿Hay cosa mas risible que un viejo que sube al tálamo con babador?

EUS. Medimos los agenos deseos por los nuestros, el que tengo de manifestarte mi agradecimiento, me sugirió esa especie: no tienes porque extrañarla, despues que prue-

bas en tí que el gozo te saca al alma de sus quicios.

ALT. ¡ Y cómo que me la saca ! que si no fuera por el deseo que siento de ver las bodas de Vmd. que me hace atiesar las piernas, y estar firme en ellas, ya hubiera dado conmigo por esas paredes, desatinado como un moscardon que vá de aqui para allá dando golpes y zumbidos sin saber lo que se pesca.

EUS. ¿ De dónde sacas, Altano, tan lindas comparaciones ?

ALT. Ya previne á Vmd. que estoy poco menos que loco de contento : vale mas que lo manifieste en seso con esas expresiones, que con los hechos sin él.

EUS. Te confieso, que no sé comprehender la causa del exceso de esa tu alegria por mi casamiento : ¿ qué es lo que te incita á tales estremos de contento ?

ALT. ¿ No oyó decir Vmd. que en dias tales se suele echar la casa por la ventana ? Eso es lo que yo quiero significar é imitar.

EUS. ¿ Y viste jamás echar la casa por la ventana ?

ALT. No señor ; pero se dice, como digo yo tambi. , que estoy fuera de mí de gozo, y vé Vmd. que estoy muy quedo, y muy sobre mí.

EUS. Echaba ya de ver que habia alguna exâgeracion en tus expresiones: por eso me vino deseo de saber la causa particular que te movia á tal exceso de gozo en mi casamiento.

ALT. La causa particular no es otra que la de alegrarse todo hombre en tales dias.

EUS. Esa cabalmente es causa muy general, y que manifiesta que te alegras, porque los otros se alegran y nada mas.

ALT. No señor; porque aunque todos los demas lloráran, yo solo saltára de gozo como una cabra en el casamiento de Vmd.

EUS. ¿Qué es pues lo que á tí solo te incitára á saltar como una cabra, ya que estás tan fecundo en semejanzas?

ALT. Porque me está diciendo el corazon que ha de llegar Vmd. al colmo de su dicha en su casamiento.

EUS. Eso será porque crees que el estado del matrimonio es el mas dichoso.

ALT. Lo debiera ser, no hay duda, y lo fuera, tal vez, si todos los casados fueran como Vmd.

EUS. ¿Si todavia no lo soy, cómo lo puedes inferir?

ALT. Lo infiero de los sentimientos, y de la bondad de Vmd.

EUS. ¿Pues qué no habrá otros muchos mas buenos que yo?

ALT. Si señor; pero ellos serán buenos como las brevas, y Vmd. como fruta en real cercado.

EUS. A la verdad estás hoy de semejanzas; y algunas tales, que no sé alcanzarlas como esta de las brevas.

ALT. Me explicaré pues: las brevas quando maduras, ó caen de buenas, ó las pican los páxaros: amen de esto, ellas crecen en las higueras á Dios y á la ventura. La fruta del real jardin es respetada en su bondad, y toma mejora del cultivo. A mas de esto, Vmd. es bueno como la paloma con asomos de cordura de serpiente, y finalmente Vmd. es bueno como Guzman el bueno, y no como el buen Guzman, de quien se dixo: que lindos pintores que lleva el buen Guzman.

EUS. Ya estaba temiendo que llegases á profanar tus comparaciones. No sabes llevar adelante un discurso sin ensartar alguno de tus ridículos estrivillos.

ALT. Mi señor Don Eusebio, esto no es mentar la soga en cás del ahorcado; pues Vmd. está por casar todavia, y su casamiento es excepcion de regla; quiero decir, lo será. Si todos los hombres fueran como Vmd.

me echaba á misionero de casamientos.

EUS. No dexarias de hacer lindos sermones ; y en algunas partes pudieras sacar gran fruto.

ALT. Eso se lo aseguro yo á Vmd., y no hayga miedo que subsistiera entonces el refran : mal me quieren las comadres , porque les digo las verdades ; que todas ellas vendrian desaladas á oir al predicador de casamientos. ¿ Pues qué si me oyeran en una rejita de parlatorio ? no digo mas , porque solo de pensarlo se me derrite el gusto en el buche.

EUS. Estás hoy de extrañas ocurrencias· ¿ Quándo oiste jamas ningun predicador de casamientos ?

ALT. ¡ Guarte ! De todos los otros Sacramentos si ; pero de ese no : ¿ cómo quiere Vmd. que prediquen el matrimonio los que le dieron de pie , mirando como á vivoras á las pobres hijas de Adan ? Fortuna que la naturaleza predica callandito por otra parte ; porque sino , ¡ á Dios noble raza de los Godos !

EUS. Tambien pudieran decirte á tí : ¿ por qué no nos diste exemplo de lo que predicas ?

ALT. ¿ Y sabe Vmd. lo que les respon-

diera? hijos mios, por eso no lo predico; porque mi mala ventura hizome errar la vocacion.

EUS. Vale mas que acortemos, porque sino estás en trotes de decir muchos disparates. Ve á ver si vino el Clerigo Irlandés.

ALT. Voy á servir á Vmd. mi señor D. Eusebio; pero á lo mejor me rompió Vmd. el discurso.

Altano fue á cumplir con lo que Eusebio le mandaba. Entretanto Leocadia, sin haber cerrado los ojos al sueño en toda la noche, se dexaba ataviar de su cariñosa madre, para salir á desposarse con toda la decente gala que las circunstancias le permitian. La mayor parte de los convidados de Henrique Myden hallabanse ya en casa. Eusebio salió á agradecerles su atencion, y recibia de ellos los parabienes, quando se dexó ver Leocadia acompañada de sus padres. ¡Cielo, quien hará de ella una cabal pintura! Su donoso talle y agraciada presencia, ataviada de la mano del primor y del gusto; la brillantéz de sus ojos templada de su suave modestia; la tersa candidéz de su semblante, y su blando colorido, avivado de su virginal rubor, que encendia sus mexillas; el casto y amable temor que agitaba á su relevado seno, y el pudor ver-

gonzoso que revestia á su magestuoso continente de la suavidad y ternura de la inocencia, hacianla parecer semejante á la esposa de Titon, quando se dexa ver á la tierra admirada desde el puro horizonte, ceñida del suave resplandor que arrebata y enagena á la vista de los que la contemplan amanecida, infundiendo nueva vida á la naturaleza, y recibiendo el omenage de las aves, que con alegres trinos y gorgeos celebran su venida.

Tal pareció Leocadia á los ojos de los convidados de quienes ella recibia los parabienes. Ni menos bella y agraciada pareció á Eusebio, que arrebatado de su vista fue á saludarla, y á presentarse á ella, sintiendo excitarse en su corazon mil suaves y deliciosos afectos y sentimientos, que le avivaron la idea de su felicidad en la posesion inmediata de un objeto tan bello y digno de sus adoraciones. Henrique Myden fue el primero en mover la comitiva á la capilla que habia hecho aderezar Eusebio en un aposentillo de la casa, cuyos adornos y alhajas habia traido consigo de S... para poder cumplir en ella las obligaciones de su religion, cuyo culto no era público todavia en Filadelfia.

Alli desposó á los novios el Clerigo Irlandés que se hallaba establecido en Filadel-

fia, estando presentes los Quakeros, amigos de Henrique Myden á las ceremonias de la Iglesia. Las que ellos usan en sus casamientos son meramente civiles, pues se reducen á ir los padres de los esposos con ellos al Templo, á cuyas puertas hacen entrega de sus hijos, llamando por testigos de su casamiento á Dios, y á los presentes que dicen serlo, y les dan el parabien. Eusebio quiso atenerse á la ceremonia de su religion, para que su gozo fuese mas templado; ni pudo tomar sin tierno llanto la mano de la palpitante Leocadia, jurandose mutuamente eterna fidelidad y amor, no sin envidia enternecida de los circunstantes que conocian los virtuosos sentimientos de Eusebio, y las amables prendas de Leocadia.

Renovaronse despues de la celebracion de los desposorios todas las demostraciones de gozo y de consuelo, asi los convidados, como los padres de Leocadia, y Henrique Myden, cuyos corazones rebosaban de la dulce satisfaccion de ver cumplidos sus deseos, y de la tierna confianza que manifestaban los esposos en su mutua posesion, prenda del virtuoso amor, y de la eterna fidelidad que acababan de jurarse. Eusebio, cuya encendida llama se alimentaba de la ternura de sus

afectos, antes que de los incentivos de la concupiscencia, sentia la dulce satisfaccion que le daban á probar sus virtuosos sentimientos, y ansiaba desahogarlos en compañia de su amada esposa, haciendole un virtuoso discurso. Impediaselo la política debida á los convidados, á quienes Henrique Myden hizo servir un largo refresco, reservando el solemne convite para sus mas allegados.

Pero Leocadia y su madre, poco acostumbradas al concurso, y que se hallaban desayradas con gentes, á quienes no conocian, encontraron pretexto para ausentarse, y para ir á poner sus ánimos en libertad de la sujecion que padecian. Con este motivo la madre, viendose sola con la hija, la hizo un tierno y patético razonamiento, sobre las obligaciones de su nuevo estado, y sobre el modo como debia comportarse en él. Pasó de aqui á tirar el velo de los ojos de su inocencia, descubriendola los mysteriosos secretos del amor, acallando con su honesta explicacion los sustos que daba á su sonrosado pudor, é ignorancia virginal. Hizole tras esto un tierno despido, cediendo la autoridad que sobre ella habia tenido hasta entonces, y acordandole los cuidados y esmeros que habia empleado en educarla, para ofrecerla á la pa-

tria, y hacer de ella una digna madre de familia.

A las afectuosas expresiones de su buena madre, no pudo Leocadia contener el llanto, abrazandose con ella, y diciendole, que no queria apartarse de su compañia. Quanto mas se esforzaba la madre en acallarla, tanto mas prorrumpia Leocadia en sollozos, y en tiernas expresiones. En ellas la sorprendió Eusebio, que no pudiendo estar mas tiempo á la flema de los convidados, se ausentó para ir á confirmar á su amada esposa el inesprimible júbilo de sus impacientes afectos y sentimientos. La madre al verlo entrar, se desprende de la hija, y le dice: os quiero ahorrar, Don Eusebio, el enfado de nuevas enhorabuenas; en vez de ellas, os traslado la autoridad de madre: aqui teneis á vuestra esposa; vos la sabreis acallar mejor que yo. Dicho esto se ausenta, y dexa solos á los esposos.

La repentina llegada de Eusebio cortó los transportes de ternura con que desahogaba Leocadia el cariño para con su madre. Eusebio conmovido tambien del llanto de su esposa, y de la pronta salida de la madre, no supo que responderle á lo que esta le decia. Turbaronse todos sus sentimientos al ver que

Doña Cecilia lo dexaba de industria solo con la hija, con que le confirmaba los derechos que acababa de darle sobre ella el sagrado himeneo, y los que le concedia la tímida modestia de Leocadia, en cuyos ojos consternados y llorosos veía tambien el triunfo que le daba su amorosa condescendencia, libre de las ataduras que acababa de romper la bendicion del cielo.

Todo esto enardeció sumamente al amor de Eusebio; mas las tímidas y vergonzosas miradas, empañadas del llanto con que Leocadia lo recibia, contuvieron á su pasion, y la convirtieron en afectuoso enternecimiento, infundiendole al mismo tiempo sospechas, si la madre la dexaba instruida en los secretos del himeneo. No pudo, sin embargo, dexar de exhalar su ternura amorosa, dandole un estrecho abrazo: sentóse luego á su lado, y asiendola la mano con cariñoso respeto, la dixo:

EUS. ¿Qué es lo que veo, eterno y dulce amor mio? ¿En este felicisimo momento en que esperaba disfrutar con vos la sublime satisfaccion de reconocerme vuestro, de ofreceros alma, corazon, voluntad, todo yo, todo entero, veo el llanto asomado á vuestros hermosos ojos? de dónde procede ese llanto?

LEOC. Nada os toca este llanto, Don Eusebio; me lo sacó una expresion de mi madre.

EUS. ¿No podré saber, prenda de mi dicha, esa expresion, motivo de un llanto tan amable?

LEOC. Me dixo, que yo en nada le pertenecia ya, que era toda vuestra.

EUS. ¿Y llorabais por que sois mia?

LEOC. ¡Ah! no es eso lo que me enterneció, sino el decirme ella, del modo como me lo dixo, que ya no le pertenecia. Veis, que una hija cariñosa, aunque conozca el significado de la expresion, y los derechos que os dá el amor, siente desprenderse para siempre de la dulce compañia de una madre, y de su íntima y afectuosa confianza.

EUS. Teneis sobrada razon, Leocadia; y en vez de oponerme á tan justo y tan tierno llanto, ved aqui que mis ojos os presentan el mio para unirlo al vuestro. ¡O que cosa tan dulce llorar de ternura! Si supierais qué colmo de celestial suavidad inunda á mi alma, participando de vuestra inocente aflicion, unida al suave placer de la correspondencia de vuestro afecto! Mas qué es, amor mio, toda la confianza que podeis tener en el seno de vuestra madre, respecto de la que os dá en su corazon el amor ardiente de un

esposo, que os adora, que os posee. ¡ O hechizo de la vida! felicidad suprema de la tierra!.. ¿Necesita por ventura nuestro amor de apurar la copa del deleyte que nos tiene prevenida el himeneo, para probar la mayor, la mas pura delicia del alma?

LEOC. Si, Don Eusebio, os amo.

EUS. ¿ Me amais, Leocadia? me amais? ¡ O naturaleza, dame otro corazon, otro pecho, que abarque al torrente de dulzura que arrebata mi espíritu y mis sentidos á un abysmo de bienaventuranza que hasta ahora no conocia! cielo! ¿ Me amais, divina Leocadia?

LEOC. ¿ Pues qué, no os debo amar?

EUS. ¿ Me amais porque lo debeis? ¡ Ah! ¿ Temiais que pereciese en ese torrente de dulzura? Me amais por sola obligacion?

LEOC. ¿ No os contenta que os ame, por que debo amaros? Esta obligacion no añade precio al amor?

EUS. ¡ O Leocadia! El verdadero, el ardiente amor, desdeña toda obligacion. Esta es un yugo á que solo la fuerza lo somete, y que llega á romper facilmente, resintiendose de tal servidumbre. Quiere amar libremente, y ama solo, porque á ello lo impelen sus propios estímulos, mas no en fuerza

de ninguna ley, á que su cerviz libre no se somete.

LEOC. ¿Y amandoos por que debo amaros, no durará mi amor? No lo creais, Don Eusebio: os amaré siempre.

EUS. ¿Siempre me amaréis, dulcisimo amor mio, siempre? Esa adorable confianza con que lo decis, desmiente vuestra obligacion, ó le presupone otro principio sin que vos lo echeis de ver.

LEOC. ¿Qué otro principio quereis decir? Qué otro motivo mas fuerte puede haber para amar, que la obligacion de amar?

EUS. Mas decidme, Leocadia, ¿de quando acá os reconoceis en obligacion de amarme?

LEOC. Despues que soy vuestra, y que vos sois mio con el casamiento.

EUS. ¿Antes, pues, de ser vuestro no me amabais?

LEOC. Os amaba, mas no con la libertad con que ahora os amo, despues que me la concedió el cielo, aunque por otra parte unió nuestros corazones con un lazo indisoluble.

EUS. ¿Y en fuerza de ese lazo que os precisa, os lisonjeais amarme siempre, Leocadia? Creeis que no pueda padecer quiebra nuestro amor, ni desunirse nuestros sentimientos?

LEOC. ¿Y vos, Don Eusebio, temeis lo que yo no temo?

EUS. ¡O confianza adorable y lisonjera! confunde, aniquila mis recelos, y haz que triunfe de ellos la constancia de nuestro amor inalterable.

LEOC. ¿Esa exclamacion no lleva visos de un temor injusto?

EUS. Fuera injusto, Leocadia, si tan fragil no fuera nuestra naturaleza. Esta queda expuesta á mil accidentes, circunstancias y momentos que la sorprenden y combaten. El amor está sujeto como las demas pasiones á perder con el tiempo su ardor y su violencia. Puede verse sujeto á trabajos, á desgracias, y dexarse arrebatar de otros objetos que lo corrompan, á pesar de las mas sagradas obligaciones. Entonces no presta fuerza bastante el amor para resistir á los extraños alicientes, sino se abroquela de antemano con la virtud. Sin esta, no esperemos, Leocadia, probar entera felicidad en nuestro casamiento. La alegria, el contento podrá durar dos, tres años si quereis; mas luego sentirémos las agudas puntas del disgusto, de la desazon, del empalagamiento, y de mil pesares que reproducirán nuestros afectos mismos, ó que nos vendrán de allende, si la virtud no fortalece

nuestros sentimientos, ó si no amolda á sus sabios consejos é inspiraciones nuestra interior naturaleza. Ella sola quebrantará la dureza y altivéz de nuestros siniestros afectos, y dispondrá insensiblemente nuestros ánimos para recibir las impresiones de la moderacion, de la modestia, de la constancia, de la fortaleza y de la templanza.

Coronadas estas en el templo del corazon por mano del amor, y animadas de su puro fuego, desdeñan avasallarse á la vanidad, á la ambicion, al liviano contento que presto se disipa, que no conoce las mas apuradas delicias del afecto de los humanos corazones. Suple tal vez á la falta de la virtud un dulce genio, qual es el vuestro, y qual procuraré que lo sea el mio; mas aquel mismo, no sostenido ni fortalecido de la virtud, cede á los pesos y disgustos que le sobrevienen, á las desgracias y trabajos impensados con que tan freqüentemente acomete á los hombres la suerte, y á las flaquezas mismas á que está mas sujeta la bondad de un genio blando y suave, que sin exercicio de los consejos y maxîmas de la divina sabiduria que lo sostengan, se dexa oprimir de la afliccion y tristeza que lo combaten. ¿Quereis, pues, dulce amor mio, que hagamos estudio de la virtud,

y que nuestro amor le forme un templo de nuestros corazones?

LEOC. Sí, Don Eusebio; haré lo que querais. Mi madre procuró siempre instruirme en la devocion y piedad.

EUS. No quisiera, Leocadia, que padecierais el engaño de muchas otras, que creen ser virtuosas por ser devotas y piadosas. Si la piedad y la devocion, tan conformes al genio del sexô, son virtudes en él, son dos solas virtudes que se pueden hermanar muy bien con muchas pasiones desordenadas. Tal madre mientras instruye en la devocion á su hija, le está fomentando la vanidad, y le dá exemplos de galanteo, y de cortesanía; le ceba todas sus malas inclinaciones, la dexa inclinar á la holgazaneria y pasatiempo, y con vanos adornos del tocado, le infunde sentimientos de ambicion y de altaneria. Finalmente, alienta todas sus pasiones que se hallan muy bien con los actos piadosos y devotos á que facilmente inclinan, y que mas facilmente acallan los remordimientos de su interior, creyendo tener con ellos propicia á la deidad, y hacerla familiar y amiga.

¿Quántas mugeres piadosas y devotas vereis, que descuidando enteramente de los siniestros de sus malos genios, parecen esta-

tuas de santificacion en los templos, y demonios en sus casas? ó si á tanto no llegan, hacense importunas é intolerables á sus familias, ó por la tenacidad de sus caprichos y pareceres extravagantes á que quisieran que todo se plegase, ó por sus desvanecidos antojos que quieren satisfacer, aunque sea á costa de los sudores y trabajos de sus maridos, y del hambre de sus hijos mismos; ó por mil otras sinrazones y extravagancias, que sin el estudio y exercicio de la virtud, no es posible desarraigar de sus ánimos, que por otra parte se muestran muy devotos y piadosos. ¿Pues qué, si á todo esto sobreviene algun contratiempo ó desgracia? el matrimonio que ya de sí era pesado é infelíz, hacese una carga intolerable que abruma á sus ánimos, y los reduce á una rabiosa afliccion.

La virtud, al contrario, ó dulce Leocadia, enfrena insensiblemente con las reflexîones, y con el exercicio de la moderacion los ímpetus de un mal genio, sofoca sus siniestras inclinaciones, y reprime con los consejos de la templanza todo desmandado afecto de vanidad, de ambicion, y de altaneria. De este modo fortalece los sentimientos del corazon, y los dispone y arma para que se sobrepongan, no solo á los caseros y familiares

disgustos que son inevitables, sino tambien á los pesares mas graves y sensibles de la desgracia, y de la ignominia misma si á ellas la contraria fortuna los sujeta. Asi no ven dos dichosos casados alterarse la paz y tranquilidad de su amor puro y constante, en que estriva la dicha de su union, y que enteramente no desmedra en las desgracias y trabajos. Antes bien les hace sacar de ellos la virtud un sublime consuelo, ininteligible á los que no la conocen, y que aunque lleva visos de modesta afliccion, es mil veces mas precioso que la ufana jovialidad y satisfaccion de los que fomentan en los vicios su enagenada altaneria.

No sé si vuestra madre os habrá hecho leer el Evangelio.

LEOC. ¿No es el libro en que dicen misa los Clerigos?

EUS. No, hija mia, ese libro se llama misal; y aunque contiene parte del Evangelio, no es el libro del Evangelio. Este es el libro de la divina sabiduria, en que el hombre Dios, nuestro adorable Redemptor, nos enseña la ciencia principal del alma que nos vino á revelar, y que consiste en purgarla de los vicios y siniestros de las pasiones, y en perfeccionarla con las virtudes, de que nos

dexó tan sublimes exemplos y consejos. Si no queremos ser Christianos de solo nombre; conviene que exercitemos las máxîmas y consejos de Jesu-Christo. Ni pensemos, como aquellos que dicen: solo nos obligan sus preceptos: los consejos evangelicos son para los que aspiran en los claustros á la perfeccion. Contentos con esto, cumplen con la sola ley, y se quedan con todos los siniestros de sus pasiones.

Ni esto se me hace extraño; porque desde niños se les presenta una imagen de la virtud tan austéra, tan penitente, y tan rustica, que apenas hay quien quiera abrazarla. Les pintan la santidad en trage de anacoreta, ceñida de cilicio, cubierta de ceniza, silenciosa, cabizbaxa, reñida con el mundo; dura y severa para consigo, y para con los demas; ignorando, que las exterioridades poca ó ninguna fuerza tienen para domar los interiores afectos del alma, que es lo que principalmente nos enseñó nuestro divino Salvador, y en lo que consiste la práctica de la virtud. Esta es toda interior, y solo se manifiesta exteriormente en asomos de decencia y de afabilidad suave, que arrebata los corazones de los que la descubren. Tal se manifestó á los hombres Jesu-Christo, el mas huma-

no y afable en ellos, ahora solemnizáse las bodas de los esposos cananeos, ahora presidiese á las cenas pobres de sus discípulos; ni nos dió jamas austéra y aspera idea de la virtud. La pobreza misma, á quien tanto exâlta, la limíta por lo comun á la interior voluntad para desapegar del alma el aprecio de las riquezas, y sofocar en ella los afectos de la codicia, de la avaricia, y de la ambicion.

Dulce Leocadia, ahora veo que el discurso me alejó insensiblemente del amor. Si alguno me oyera, diria ciertamente: estos se disponen para ir á encerrar su libertad en los claustros, y no para recibir las preciosas coronas de mano del amor, y del himeneo; como si un santo discurso fuera preparativo extraño para un santo amor. ¿Mas vos que lo habeis oido, suave prenda de mi dicha, lo reputais acaso ageno del mas solemne y alegre dia que amaneció para mí?

LEOC. No, Eusebio; antes bien siento que se avivó en mi pecho la ternura y estimacion para con vos, y que al mismo tiempo asegurais la confianza de que vuestro amor será eterno para conmigo.

EUS. ¡O cielo! Lo será, Leocadia; y lo será tambien el vuestro, si...

Henrique Myden que echaba menos la

presencia de sus amados hijos, y de Doña Cecilia, entró entonces en el quarto, é interrumpió el santo y tierno entretenimiento de los esposos, á quienes halló solos sin Doña Cecilia. Eusebio estaba sentado junto á su esposa, á quien la tenia cruzado el brazo por la cintura. Vamos hijos, les dice Henrique Myden, que vuestra ausencia se hace notable entre los convidados; luego pregunta por Doña Cecilia. Eusebio, cuya tierna sensibilidad se hallaba ya conmovida de la ultima expresion de Leocadia, no habiendola podido desahogar con la demostracion que iva á hacerle por habersela impedido la entrada de Henrique Myden, la convierte en tierno y amoroso agradecimiento á su buen padre, acordandole su presencia que él era el autor de aquella su cumplida dicha.

Impelido de esta idea, se levanta de la silla, y echa los brazos al cuello á Henrique Myden, á quien decia con lágrimas: ¡O amado padre mio, á quién sino á vos solo debo el colmo de la felicidad que pruebo, que disfruto, al reconocerme hijo de vuestro entrañable amor, y esposo de mi adorada Leocadia! Quiera el cielo, padre mio, que os podamos dar este dulce nombre por largos años, y que dandonos vos los cariñosos nombres de

hijos, podamos al mismo tiempo merecerlos! Henrique Myden, no menos enternecido de la demostracion y de las palabras de Eusebio, con aquel repentino transporte, lo abrazó tambien, diciendole: quiera el cielo, hijo mio, que se cumplan vuestros deseos y los mios; y que pruebe yo el consuelo sumo que siento en reconocerme padre de tan buen hijo, qual lo probais vos en tenerme por padre, y en reconoceros esposo de vuestra dulce Leocadia. Y tú, hija mia, pues ya por tal te tengo, reconoce en mí un padre tierno y amoroso, que no te dexará echar menos el cariño de los que te engendraron, y que contribuirá en todo á tu mayor contento y felicidad.

Decia esto Henrique Myden á Leocadia, teniendola abrazada en pie con el otro brazo, que apartó á este fin de los hombros de Eusebio, para tenerlos á los dos entre sus brazos. Caíanle al buen viejo las lágrimas de gozo de sus ojos, entre las tiernas expresiones que proseguia en decirles, quando compareció Doña Cecilia. Enternecida tambien ésta al ver aquel afectuoso ademan y postura de Henrique Myden, llegó diciendo: vengo á unir mis lágrimas á las vuestras, Don Henrique; jamás supe hasta ahora lo que fuese llorar de gozo en un casamiento. Me lo dió á

probar Don Eusebio: pero esta vez toca vivamente á mi corazon, viendo en los brazos de tan buen padre á un hijo tan digno, y á esta hija mia, que pierdo.... No, madre mia, no me perdeis, dixo entonces prorrumpiendo en llanto Leocadia; os amaré siempre, como siempre os amé. En vez de perder á una hija, dixo luego Eusebio, ganais al contrario un nuevo hijo, que reconoce de vos su felicidad.

El cielo nos la conserve á todos, dixo Henrique Myden, y vamos á donde nos echan menos los convidados. Tan larga ausencia no parece bien, hijos mios. Debieron todos enxugarse las lágrimas para dexarse ver. El llanto, que no nace de dolor, cede luego á la mas pura alegria que le está inmediata, y que regala al alma, bañandola de la mas sublime y suave satisfaccion. El rostro de Leocadia parecia haber tomado mas encendida y viva amabilidad, como la rosa del rocio, sacudido del blando soplo del zefiro por la mañana, compareciendo en compañia de Eusebio ante los convidados, con quienes pasaron el tiempo hasta que llegó la hora del solemne convite. El adorno, gusto, y magnificencia de la mesa y de los manjares, manifestaban la generosidad del rico dueño, que so-

lemnizaba el dia del mayor gozo y complacencia de su vida.

La modesta jovialidad y alegria de los convidados, y sus festivos discursos, adaptados á las circunstancias de los esposos, daban alma al banquete, sin frizarse con alusiones que pudiesen ofender los oidos modestos y delicados. Fuera mas enfadoso describir la sumptuosidad de la comida, de lo que lo fue para Eusebio su prolixa duracion: pero aunque tarde, dió lugar finalmente á la visita y nuevo refresco, con que el generoso consuelo de Henrique Myden quiso acabar de llenar el dia hasta bien entrada la noche.

LIBRO TERCERO.

VOSOTRAS, luxuria, codicia, ambicion, pestes violentas de la humana sociedad, corrompisteis el mas sagrado y dulce estado, á que induce y obliga á los hombres la primitiva ley de la naturaleza, atrayendolos con sus mas fuertes é irresistibles atractivos. ¿La razon, prerrogativa de que vá el hombre tan ufano y desvanecido, la razon, será por ventura la que le enseñó á eludir, y dexar bur-

lados por todas vias los incentivos y alicientes con que la naturaleza lo impele á la propagacion de su ser ?

No : la razon, destello de la luz de la sabiduria divina con que condecoró y elevó al hombre sobre los brutos su criador , no puede ser causa de su depravacion : lo es bien sí la malicia de las sujestiones del vicio. Es este el que ofusca y empaña al terso candor y pureza del racional entendimiento , rendido á los estímulos de la concupiscencia , á los anhelos de la ambicion , y de la codicia. El es el que abate y degrada el superior carácter que grabó en la elevada frente de los mortales la mano omnipotente del eterno artifice. El es el que ceba con nuevo pábulo á la desenfrenada imaginacion para que alimente á la luxuria , aunque destituida de fomento y de voluntad. El es , finalmente , el que hace odiosa y aborrecible al hombre la legítima union de la naturaleza , manantial de las familias y naciones , y el cimiento de la humana sociedad que reconoce su principio del fuego del amor , que todo lo reproduce y señorea.

¡ O amor ! tú que inflamas los corazones de los mas feroces brutos , que los impeles por asperezas quebradas, y por impenetrables

bosques para unirse á sus semejantes : tú que les haces romper el curso de impetuosos torrentes para reproducirse en los cachorros que hacen temblar á la solitaria selva con sus primeros rugidos : tú que enardeces el vuelo de las aves ; que las haces baxar con ímpetu de rayo , desde las mas elevadas cumbres , á los mas profundos valles , llevadas del ardor de la generacion ; que fomentas sus incansables desvelos ; que alivias al tiempo mismo sus esmeros y fatigas , para apagar al hambre de sus piantes polluelos. Tú que infundes rapido movimiento á la torpeza de los mas tardos insectos ; que á par del viento haces trepar por las irritadas olas á las monstruosas máquinas de las marinas fieras , arrebatadas del fuego que tu tea enciende en sus elados miembros ; tú , que todo lo vivificas , que todo lo avasallas á tu supremo poder , destruye , abrasa , y consume con ese mismo fuego los viciosos sentimientos de los mortales , que les hicieron quebrantar el yugo del sagrado himeneo , mirando su culto como peso de su ser , mientras ostentan sus frentes coronadas por mano de un vicioso celibato. Entre los tálamos de la disolucion , destruidos y hollados de tus plantas , abre camino con esa tu ardiente tea á la virtud , y al resplandor de

tu llama, muestrala á los hombres coronada de tus preciosos dones, para que les sea mas amable, y para que exîxa de ellos las adoraciones que la deben.

¿Mas esto, cómo es posible si el mismo amor se vé hecho esclavo de la ambicion y de la codicia de los hombres? La riqueza, la noble alianza, son preferidas al recato y á la honestidad. La hermosura misma queda tal vez sacrificada por mano del interés en el altar del himeneo. La pobreza virtuosa no se atreve á presentar en él sus votos, desechados de la vanidad, ministra de la codicia, la qual prefiere la disoluta barragania al honesto casamiento; y la prostitucion á los sentimientos de la honradez y de la modestia; ni ve sino el cadahalso de su honor y de su holganza en el tálamo del himeneo, despues que las leyes Julia y Papia destruidas los dispensan de tal obligacion. En el estrago de las costumbres corrompidas, á falta de la santidad del amor, solo puede servir de estímulo á los casamientos la codicia.

Si los amantes son ricos, llaman todos á una voz felíz, y envidiable su matrimonio. Tal es la decision, que á primera vista forma el general concepto. Pero el genio importuno, altivo, temático, y extravagante; pero

los siniestros de las pasiones y de los vicios, arrancan luego de los ojos de los esposos el dorado y aparente velo de su concebida felicidad, y le manifiestan las riquezas detestables á tal precio, pues les amargan el contento de la vida, disfrutandolas solamente á costa de contínuos pesares y desazones. ¿ Quién es el que reflexîona á las infinitas particularidades y menudencias, que hacen comunmente desgraciada sin la virtud á la eleccion la mas rica? ¿ Quién cree, que la virtud sola, aunque pobre, puede hacer felíz un casamiento, y que sin ella no es posible, ó muy dificil que lo sea?

Ria quanto quiera el ufano y desvanecido con su amontonado tesoro, el que ciego y amartelado de su ardiente amor, reputa asegurada su felicidad en la posesion de una superior hermosura. Pero los siniestros afectos é inclinaciones no se mejoran con el oro; pero el mas ardiente amor se apaga y consume; y á las veces al leve soplo de una voz desmandada, de un ademan descompuesto, de una mirada desdeñosa. La union de los corazones que antes parecia indisoluble, se rompe, y su quiebra raras veces se suelda perfectamente. La confianza antigua pierde su efusion sincéra; camina desde entonces re-

servada sobre vidrio. La restablecida paz es turbia y sombría. La misma llama, si vuelve á encenderla el amor, es como fuego fátuo, privado de afecto, de ternura, de sentimiento; ni tarda á buscar otros objetos, que como el primero lo empalagan, lo cansan, y desazonan.

Las desarregladas costumbres convierten los desórdenes y disensiones de los matrimonios en moda y gala, y en necesaria conveniencia de la sociedad. Reprenderlos es falta de decoro, defecto de rusticidad, y delito de urbana delicadeza. De aqui la disolucion, y el libertinage, que caminan á cara descubierta sobre los estragos del honor, del recato, de la honestidad, y de la inocencia. La pompa, la opulencia, el divertimiento, no alivian las quexas y justos resentimientos de los casados, ni los remedia el luxo ni la riqueza. El mal está reconcentrado en el ánimo, pervertido de los consejos, exemplos, y máximas de los vicios, y de la ostentacion. ¿Cómo es posible que persevére el amor en su pureza, con tantos alicientes de disipacion? ¿Qué los ánimos y genios, deslumbrados del vano esplendor de la grandeza, se ciñan á los límites de un honesto estado? Ni que la concordia sea duradera, ó sincéra su reconciliacion.

¿Qué son al contrario las galas, la pompa, las riquezas para los corazones de dos tiernos esposos que une y corona la virtud en el altar del himeneo? ¿Qué son el mundo, los honores, los tronos mismos para dos almas, penetradas del fuego del santo amor, que ella fortaleció con sus sublimes máximas y sentimientos? A su vista se anonadan todas las cosas. Absortas ellas en sus miradas se adoran mutuamente en el transporte de su ardiente afecto, con que identifican hasta sus voluntades mismas. Los dos quieren lo qué uno quiere, porque no quieren ni pueden querer sino lo honesto. Su dulce confianza, su entrañable familiaridad, en vez de cansar á sus amores, los aguza al contrario, y los afina en el crisol de la moderacion, de la modestia, y de la templanza que regulan sus sentimientos.

La virtud les enseña á sacrificar los arrebatos de las pasiones, y de los opuestos deseos á la constancia de su puro afecto. La misma les promete la dicha de la paz, y de la tranquilidad en la riqueza si la poseen, ó en la pobreza si en ella nacen, ó si á ella los condena su contraria suerte. La misma arma sus corazones de fortaleza contra la desgracia, y contra la ignominia. Con los des-

tellos de su sabiduria disipa los horrores y confusion con que pudiera intentar el oprobrio cubrir su inocencia. Ella con su divino velo enxuga los respetables sudores de la materna frente, y endulza los trabajos que la crianza de los hijos exîge de sus brazos, tal vez delicados, tal vez agenos de los usos que la virtud sola les ennoblece. Ella condecora á su honestidad, aunque arropada de andrajos, y hácela caminar sin baxeza y sin triste humillacion, entre las sobras y profusiones del luxo, y entre los desperdicios de la soberbia y de la pomposa abundancia.

La misma aparta de su techo las asechanzas de la holgazaneria, é infunde esfuerzo á su pecho para ocuparse en la labor, y en los trabajos caseros que les pide su familia y su sustento. Verdad es, que son pocos los ánimos en quienes arde esta sublime fortaleza, porque son pocos los que disponen sus corazones para recibir los sentimientos de la virtud. ¿Mas quién hay que en ello se emplee? ¿Quién hay tampoco que lo enseñe, si los padres, destituidos de los principios y máxîmas de la virtud, y agoviados del peso del sustento de sus hijos, los inducen á exîmirse de la ignomia de la pobreza, exhortandolos á que la enoblezcan y condecoren con votos,

antes que les sea la misma de desdoro en el mundo en un honesto casamiento ?

Santo , y respetable himeneo. ¿ Por qué la luz de tu tea , con que enciendes la llama del honesto amor , no es bastante para disipar el engaño de las preocupaciones del entendimiento de los hombres ? Dala acá ; sufre que la empuñe mi mano , para que pueda mostrar á su resplandor ardiente la hermosura de la virtud que no conocen los mortales , porque sus ojos no la ven sino con el velo que la cubre. Mas á la luz de tu tea echarán de ver á lo menos la imagen de su belleza en el Eusebio que les presento ; y por él formarán mas alta idea , por lo mismo que mal trazado de una tinta descolorida.

No tardó Don Alonso á enturbiar al interior consuelo y contento de Leocadia , comenzando á disponer su ánimo para la despedida , pues queria partir al dia siguiente , y restituirse á Salem donde lo llamaban sus negocios. Leocadia, que hubiera deseado disfrutar mas tiempo la compañia de su amada madre , imploró su mediacion para que hiciese diferir á su padre la partida. Mas no lo pudo recavar. Fue por lo mismo mas sensible para ella su separacion, haciendose la despedida, no sin mutuas lágrimas que en los padres

participaban del consuelo de ver á su hija esposa del mas cumplido y perfecto marido que pudiera desear.

Eusebio al verse solo con ella, sintió de nuevo la dulce complacencia de la posesion de tan amable esposa; y su corazon lleno de gozo inesprimible, parecia que le dixese no quedaria objeto ninguno en la tierra digno de su mayor estimacion y deseos. Todas sus pasiones parecian quedar dormidas en eterno sueño, y su alma nadar en un golfo de suave tranquilidad y complacencia. Los honores, las pompas, las riquezas, eran á sus ojos ídolos de barro, y plateados mamotretos á quienes miraba con menosprecio. Parecia que su amor descansase en lecho de flores alimentado de ambrosía, como en el trono de la mas pura felicidad. Representósele entonces la virtud adornada del manto celestial, y respirando divina modestia que le decia cariñosamente: „ Te dí á probar, Euse„ bio, toda la dicha que puede abarcar el co„ razon mortal. La hermosura y gracias de „ Leocadia no hubieran podido hacer esa tu „ dicha tan cumplida, si no hubieran dis„ puesto de antemano tu corazon mis conse„ jos é inspiraciones para recibirla. "

„ Yo purifiqué tus afectos y sentimien-

„ tos, y les dí el temple y consistencia nece-
„ saria para que pudiesen resistir al contínuo
„ choque de las circunstancias y accidentes
„ de la vida, con que agita con tanta violen-
„ cia la suerte los ánimos de los mortales. Yo
„ perfeccioné á ese tu mismo amor, arman-
„ dolo de honestidad para que resistiera á los
„ alicientes de los amores ilicitos, y á los de-
„ sordenados incentivos de la concupiscencia.
„ El sublime consuelo que sacaste de tus
„ vencimientos, no es el solo premio que
„ consiguió tu alma. A ese consuelo celes-
„ tial añadí mayores quilates á la pureza de
„ tu amor, é infundí mayor aprecio al de tu
„ Leocadia, disponiendola insensiblemente
„ para que fuese digna, y se conformase en-
„ teramente con la sublimidad que adquirie-
„ ron tus sentimientos. "

„ Asentaste ya las plantas fuera del as-
„ pero camino que conduce al delicioso asi-
„ lo, donde me refugié de las turbulentas
„ pasiones de los hombres, y en donde co-
„ roné con los destellos de la sabiduria á tu
„ amado Hardyl. El forzó tu infancia á que
„ hollase las primeras asperezas del camino;
„ hasta conducirte á las dulcisimas sombras
„ que forman mi delicioso templo, donde
„ acaba de gustar tu alma las mas puras de-

„ licias de la tierra. Tus pasiones quedan co-
„ mo enagenadas ; infundí vigor á tus afec-
„ tos para que pudiesen resistir á los traba-
„ jos y desgracias del mundo. Tu entendi-
„ miento alumbrado conoce ya los quilates,
„ y la esencia de los terrenos objetos que
„ pueden conservar ó destruir tu mas pura
„ felicidad ; pues de esta es solo parte la que
„ acabas de sentir y disfrutar en tu himeneo,
„ y en la posesion de tu amada Leocadia. "

„ ¿ Pero si aparece de repente la enferme-
„ dad , y ceba su saña en su hermosura y la
„ devora ? Si la fortuna contraria combate á
„ tu corazon , y lo hiere en lo mas vivo y
„ sensible ? ¿ Toda esa tu gran dicha á qué
„ se reducirá ? Gústala enhorabuena , Euse-
„ bio ; mas no dexes enagenar de la misma
„ tus sentimientos. Acuerdate , que el mas
„ puro y sólido consuelo , es aquel que doy
„ á probar al alma en el exercicio de mis
„ consejos. Con ellos podrás prevenir y for-
„ talecer tu pecho contra la saña de la enfer-
„ medad , en caso que se cebe en la hermo-
„ sura de tu esposa , de modo , que se te ha-
„ ga su pérdida mucho menos sensible ; ó
„ contra el poder de la suerte , si por ventu-
„ ra llega á envidiar tu dicha , é intenta des-
„ truirla con no previstos trabajos y desgra-
„ cias. "

„ Estas memorias, en vèz de enturbiar „ el gozo y júbilo que ahora gozas, lo harán „ al contrario mucho mas puro y delicioso „ sin que pueda serte nocivo. Ellas dexarán „ en tu alma los resabios de una dulce tris- „ teza; pero será mas preciosa que la desen- „ frenada risa y la loca jovialidad, de los que „ desechando mis inspiraciones, se entregan „ enteramente á los placeres que el mundo „ les presenta. Mas su alegria destituida de „ la fortaleza de mis sentimientos, se con- „ vierte luego en mas amarga tristeza, y en „ mas sensible y rabiosa humillacion. Yo, en „ vez de estas, fomentaré en tu ánimo con „ mis máxîmas la moderacion, la modestia, „ la prudencia, la fortaleza, la humanidad, „ la honestidad y constancia que Hardyl te „ dexó tan encomendadas. "

Esto parecia á Eusebio que le dixese la virtud en las reflexîones, á que entregó á su ánimo, despues que partidos los padres de Leocadia, comenzó á gozar la quietud en su retiro. De estas reflexîones mismas se aprovechaba para acrisolar la dicha que sentia en la posesion de su adorable esposa. Las mismas le servian para regularse mas acertadamente en lo que habia de hacer en su nuevo estado, que exîgia otro tenor de vida y otras mi-

ras, que debia combinar con su amor y con sus obligaciones. Hasta su casamiento habia sido como vago, y estraño á su casa, á sí mismo, á sus intereses y haciendas. Era como peregrino que caminaba al fin, que ahora tocaba ya; y como de asiento en él debia formar un estable sistéma de vida, que le trazaron de antemano en su mente, su genio mismo, y las instrucciones y luces que habia adquirido, y que ahora iba poniendo en execucion, segun se lo iban requiriendo las cosas mismas.

Como llevó siempre en vista Henrique Myden, desde antes que Eusebio dexase la tienda de Hardyl, entregarle el manejo de su casa, luego que estuviese en edad para ello, lo executó pocos dias despues de su casamiento, llamandolo á parte para darle este cargo. Eusebio le agradeció esta demostracion de paterna confianza y de entrañable afecto; mas le dixo, que por lo que tocaba al manejo interior y á la economía, podria desempeñarlo mucho mejor que ellos, Leocadia, como inspeccion propia de su sexô, dotado por la naturaleza de mas menudas vistas y perspicacia interesal; que segun era mayor ó menor en las mugeres, formaba en ellas su mayor ó menor economía. Que él

de muy buena gana se encargaria del cuidado de las haciendas, y de su cultivo, y que este seria el empleo que daria á su vida dividiendolo con el estudio.

Habia tambien puesto finiquito á sus contrataciones Henrique Myden, mientras Eusebio viajaba. Quedabanle algunos cortos ramos que dexaba desecar de por sí, sin ponerlos en cuenta de la liquidacion de sus negocios, de los quales hizole ver á Eusebio la ganancia que le habia resultado. Le propuso Eusebio, que seria bien emplease parte de ella en algunas tierras vecinas á Filadelfia. Lo executó Henrique Myden, comprando algunos terrenos baldios y eriales que la industria de Eusebio convirtió luego en tierra de promision. Con este motivo le dixo tambien Eusebio la promesa de los mil pesos que habia hecho á Gil Altano, en reconocimiento al haberlo librado del naufragio. Henrique Myden, no solo se la aprobó, sino que tambien le añadió otros mil para que Altano pudiese emplearlos en algun pedazo de terreno que le diese una honesta subsistencia, en caso que quisiese dexar el servicio.

Aceptólos Altano, dando mil bendiciones á tan generosos amos; mas no quiso desampararlos de ningun modo. Asentadas es-

tas cosas, atendió tambien Eusebio á dar mayor aseo y comodidades á la casa. Fabricó dos primorosos retretes, á quienes daban mayor alma el gusto que la riqueza. El uno era para Leocadia, donde ella colocó su bordador, y donde se empleaba en sus labores. El otro servia de estudio á Eusebio, haciendo de él su libreria, donde colocó los escogidos libros que habia comprado en Europa. En la pared de enfrente de la mesa, en donde estudiaba, colgó el retrato de Hardyl que mandó hacer en S... y que era su mas preciosa alhaja.

Dió luego principio al sistéma de vida que se propuso en su nuevo estado, para conservar en él la dicha en el seno de su deseada tranquilidad. Su amable Leocadia habia cargado con todos los ramos de la economía interior, que le servia de alguna ocupacion, y de distraccion en sus labores. Eusebio dedicaba todas las mañanas al estudio, que comenzó desde los primeros rudimentos, asi griegos como latinos, para saberlos con entera reflexîon y juicio. Repasaba asi mismo todos los autores, poëtas, y prosaicos, notando sus defectos y bellezas, como si de ellos hubiese de formar extractos críticos. Este estudio llevaba tambien consigo el de las ciencias que habia aprendido. Exercitaba al mismo tiempo su es-

tilo, cuyos primeros ensayos fueron las memorias que dexó de su educacion y viages, que sirvieron de materiales para recopilar este trabajo, á quien se dió el título del nombre mismo de Eusebio, que no tenia en el manuscrito.

Las tardes, en que la mente no sufre aplicacion, ó la sufre tal vez con daño de la salud, las dedicaba Eusebio al trabajo del terreno que compró Henrique Myden no lejos de Filadelfia, á cuya labranza presidia. Encaminabase á él comunmente á pie, otras en ruedas en compañia de Leocadia, que gustaba tambien del campo y de sus labores; haciendosele mucho mas agradables tales paseos en compañia de Eusebio, de quien no sabia desprenderse. Otras veces iba tambien con ellos Henrique Myden que se mantenia robusto y sano á los ochenta y mas años de edad. Las veces que las lluvias, ó los malos tiempos impedian á Eusebio y á Leocadia la salida al campo, para no estar ociosos, se ocupaban en el trabajo de manos; Leocadia en su bordado, Eusebio en hacer algun cesto ó azafate para el uso de la casa; pues ya de asiento en ella, no quiso olvidar ni desamparar esta ocupacion.

Otras veces se empleaba en enseñar la

Filosofía moral á su amada esposa; estudio de que no necesitan menos las mugeres que los hombres para no dexar arraigar en ellas muchos defectos y perjuicios que se creen propios y conaturales del sexô, siendo solo efectos de la educacion. La piedad y la religion son los solos objetos á que se atiende en la educacion y enseñanza moral de los hijos, para que se imprima en sus ánimos el amor y temor á su Criador, á fin que obren bien y eviten el mal. Pero el mal se limita á las obras pecaminosas, y el bien a las de la piedad, descuidando enteramente los padres y maestros, ó fomentandoles tal vez los mismos muchos malos siniestros, y muchas de las pasiones que no se reconocen pecaminosas, y con ellas muchas otras ridículas prevenciones, causa de los continuos disgustos y pesares que les agrazan la felicidad de la vida.

Leocadia conservaba muchos de estos malos efectos y flaquezas, que se reputan comunes á todas las mugeres, pero que solo proceden del comun sistéma de la educacion que les dan, ó del descuido y de la ignorancia en que las crian. Los consejos y exhortaciones de Eusebio no bastaban para desarraigarlas del ánimo de Leocadia, en que habian hecho presa desde la niñez, por mas que la misma

lo conociese. El mal pedia principios, luces, y máximas de estudio, y ciencia moral que á ella le faltaban; y que era necesario adquiriese para que pudiese convencer ella misma su ánimo preocupado. Sin esta convincion de la mente, la fuerza del habito contraido rechaza todos los consejos y exhortaciones, y se enseñorea de la voluntad, que queda esclava, á su pesar, del sentimiento que la predomina.

Conservaba Leocadia no pocos ridículos escrúpulos de conciencia que le habia pegado la ignorancia de la madre, que como muchas otras fomentaba el error de tener por acciones reas las que de ningun modo lo son, persuadida falsamente, que acrecentando el número de los pecados, se evita mas facilmente el caer en ellos. De donde procede que algunas conciencias delicadas vivan en contínua pena y zozobra; y las que no lo son, atropellen con todos los embarazos que encuentran en su obrar, y que les impiden caminar naturalmente en su proceder. Temia tambien las apariciones de los difuntos y de trasgos, porque se los habian hecho creer: fomentaba un terror pánico á los ratones, que le daban no pocas veces que sentir, aunque no los hubiese, formandoselos su imaginacion. Pre-

tendia excusar á este temor con el comun pretexto de asco que se le dá. Conservaba algunas vulgares supersticiones, y otros defectos y simplezas de que dexan avasallar sus ánimos las mugeres, ó á que desde niñas las avasalla la educacion.

Echando de ver Eusebio que no aprovechaban, ni sus consejos, ni los ruegos con que los acompañaba, huyo de recorrer al estudio de la Filosofía moral, comenzandolo por un tratado de excelentes máximas que encontró entre algunos manuscritos de Hardyl. Luego haciendo leer á Leocadia las obras de Plutarco, que tenia traducidas en Inglés, y otros libros que contribuyesen para darle algun genero de instruccion. De tan remotos principios era preciso tomar el remedio al mal, para que gota á gota penetrase en su ánimo y lo fortaleciese. La ternura del amor, y los deliciosos transportes de sus mutuos afectos, endulzaban y facilitaban por lo mismo tal estudio. Embebia insensiblemente Leocadia aquellas máximas é instrucciones, que sin echarlo ella de ver, le quedaban impresas en el ánimo, disponiendolo para el saludable efecto y provecho que le habian de acarrear con el tiempo y con la continuacion.

No tardó á conocer la misma, que todos

sus deseos, inclinaciones, y sentimientos, parecia que se reconcentrasen en el corazon, y que cobrasen en él nuevo vigor, al paso que la alumbraba la luz de la sabiduria, y de los conocimientos que disipaban imperceptiblemente las tinieblas de las preocupaciones, las quales tenian encogidos sus sentimientos. Su misma modestia, su recato, y su piedad, iban cobrando fuerza como varonil, disponiendo poco á poco su corazon con los nuevos conocimientos y máximas morales, para recibir los consejos mas fuertes de la divina sabiduria, y combatir con ellos los incentivos y alicientes de la vanidad, y de la ambicion, el amor y propension á las riquezas, á los honores, y á las superfluas galas, y en vez de aquellos, fomentar en su ánimo los sentimientos de la moderacion, y fortaleza contra los trabajos y desgracias, en caso que se los enviase la fortuna.

Ni era su interior solamente el que probaba los utiles efectos de tal estudio; redundaban tambien en su exterior y presencia, que parecian irse revistiendo de mas noble circunspeccion; y hasta su mismo rostro de mas respetable amabilidad y decoro. En fuerza de las mismas máximas, sentia mayor aficion á sus labores, y se ocupaba con propen-

sion mayor en ellas, tomandolas, no como mero entretenimiento y pasatiempo, sino mirandolas como medio que pudiera servirle para ganarse el sustento, en caso que la suerte llegase á privarla de los otros medios que le habia dado; como tambien de preservativo de su honestidad y decencia en la desgracia.

Lo que experimentaba mas dificil de desarraigar de su corazon eran los efectos de los temores ya ridículos, ya supersticiosos, que la habian hecho concebir en su niñez; pero llegaba á conocer que eran supersticiosos y ridículos; y probaba que el mas costoso vencimiento es el de los efectos de la opinion, aunque extravagante, luego que esta llega á apoderarse de la mente. Prometianse por lo mismo, asi ella como Eusebio, que los llegaria á vencer con el tiempo, y á fuerza de las opuestas persuasiones é instruccion, siendo el contraste principio de la victoria, y medio para alcanzarla el conocer la flaqueza del enemigo. Contribuían tambien para ello las freqüentes conversaciones que tenia sobre tales materias con Eusebio, el qual las combatia de recio, valiendose de las armas del amor, que son tambien las mas fuertes aun para tales asuntos.

¿ Y quál mejor, y mas eficáz medio para perfeccionarse los esposos, que el amor ardiente que se profesan ? Quál mas seguro para corregir los defectos de sus genios y personas ? Quál mas firme para conservar la paz y tranquilidad en su casamiento ? Un dia llevado Eusebio del transporte de su ternura, propuso á Leocadia si queria que se notasen los defectos, asi de la persona, como del ánimo para corregirlos. ¿ Cómo podia negarse á tal proposicion la amante Leocadia ? Desde entonces, formado el pacto, lo observaban rigurosamente sin resentirse Leocadia por no encontrar defectos que notar en su adorable marido, quando éste tenia que combatir en ella tantos ridículos sentimientos, efectos de la educacion que la dieron. La efusion de su mutua ternura servia para fortalecer los corregidos sentimientos, y para consolidar los virtuosos, á prueba de los reveses de la fortuna que no perdian jamas de vista en medio de las comodidades y abundancia en que se hallaban.

Tal es siempre la mira de la virtud que no dexa enagenar el ánimo de la prosperidad, mas lo lleva siempre alerta de los accidentes de la vida á que puede exponerlo la suerte, sin engendrar esta prudente cautela la triste-

za que experimentan los que la forman con ojos torpes y desvanecidos. Tal tristeza es solo efecto del temor con que miran la adversa mudanza de su suerte. Mas el que estudia en prepararse contra ella, en vez de contemplarla con tristeza, hácelo con acrecentamiento de constancia, prometiendole la virtud recompensarlo del daño si no puede evitarlo. No de otra suerte disponian sus ánimos Eusebio y Leocadia con el estudio de la virtud, para llevar con fortaleza las adversidades que les podian suceder, como les sucedieron con el motivo del pleito sobre la herencia que les contrastaba su tio Don Gerónimo.

Habia determinado Eusebio, con parecer de Henrique Myden, remitir la decision á la suerte, sin afanarse, ni dar mas pasos por ella, en caso que su esposa Leocadia no diese prueba de fecundidad; pues no teniendo hijos, queria ceder los derechos que aquellos le obligaban á conservar en caso de tenerlos. Con esto miraba al pleito y á la herencia como cosa que no le pertenecia, mientras que no se manifestaba la preñez de su esposa. Mas ésta tardó poco á confiar á Eusebio las dudas de su preñez que salieron verdaderas, con gran consuelo y júbilo de la misma, de Euse-

bio, y de Henrique Myden, que no cabia de gozo por reconocerse abuelo de afecto y de amor, como se reconocia padre de su amado Eusebio.

Con no menor consuelo y gozo fue recibida esta noticia de los padres de Leocadia; mucho mas haciendoles saber Eusebio al mismo tiempo, que disponia el viage para la granja de Jersey, y que de paso estarian con ellos algunos dias en Salem. Executólo Eusebio en compañia de Leocadia, y de Henrique Myden, que resolvieron pasar todo el verano en la granja para atender mejor á su cultivo y cosechas, queriendo ser Eusebio el administrador de sus haciendas. Fueron grandes las demostraciones de amor y de ternura que dieron los padres de Leocadia á su hija y á Eusebio quando llegaron á Salem, donde se detuvieron algunos dias por complacer á Doña Cecilia. Continuaron desde allí su viage á la granja, donde llegaron felizmente.

Iba renovando Eusebio las memorias, en parte alegres, en parte tristes y sublimes que la granja le conservaba; asi por ser aquel suelo donde salió salvo de las olas, como por estar en él depositadas las cenizas de su respetable madre Susana. Henrique Myden le

habia hecho construir un sepulcro de marmol junto á la casa, haciendo plantar al rededor algunos texos, que cubriendolo ya con su magestuosa sombra, formaban un respetable asilo á la contemplacion y tierno afecto que exîgia de Eusebio y de Henrique Myden aquel venerable depósito, que visitaban freqüentemente en obsequio de la difunta. Varias veces hizo servir Eusebio aquel mismo sitio de escuela á su amada Leocadia, para hacerle perder el horror que engendran naturalmente las ideas y memorias de la muerte, á quien con ellas no se familiariza.

Este era tambien uno de los temores que trabajaban al corazon de Leocadia, y que suelén infundir los padres y maestros á sus hijos y discípulos en la enseñanza que les dan, sin reparar en los daños que tal temor les acarrea, por no advertir en los que padecen los mismos, reputando esencial é inevitable al hombre el miedo que infunde al ánimo la propia muerte y la agena. En este engaño permanecen todos los que desde niños no se acostumbran á la memoria de la necesidad del morir, á que todas las cosas criadas estan sujetas: ni hay razon que pueda persuadirlas de lo contrario, si los mismos no llegan á convencerse con la propia reflexîon que

puede el hombre sobreponerse, ó disminuir en gran parte este temor que enflaquece y abate al corazon, que atropella sus sentimientos y los sojuzga; que les impide frequentemente honestas y utiles operaciones; que á qualquier asomo de mal los envilece, y les hace amarga la vida con su memoria, y que á muchos se las abrevia. ¿Quántos son los que mueren por el temor exâltado de morir?

A estos y otros daños exponen los padres, amas, y maestros á los niños, que en vez de fortalecer sus tiernas mentes contra el temor de la muerte, se lo agravan al contrario con consejas y con hechos, y dichos falsos y ridículos. A esto se añade la mas ridícula preocupacion, de que hace mejores á los niños, ó les impide el ser malos el miedo de morir. El sexô especialmente, por naturaleza mas flaco, hacese mas susceptible de la impresion de tal miedo, y por consiguiente de los daños que le acarrea. En Leocadia era tan fuerte este temor, que la primera vez que la quiso conducir Eusebio al sepulcro de Susana, aunque el sitio y vista era apacible, huyó, sin poderla persuadir Eusebio á que fuese á sentarse con él allí á la sombra de los texos.

No quiso violentar Eusebio por entonces

el ánimo de su esposa ; pero comenzó bien sí á reprocharle amorosamente aquel miedo ; luego á convencerla de los daños que le causaba, y de los bienes que se le seguirian en sacudirlo de su corazon ; finalmente á proponerle los exemplos sacados de las historias de muchas ilustres mugeres, cuyas heroycas muertes eran prueba de la fuerza de la persuasion para dexar de temer el trance inevitable, ó para disminuir en gran parte su temor. Asi recavó Eusebio sin apremio que Leocadia se presentase con el tiempo, no solo á tales recuerdos, sino que tambien obtuvo que se los renovase á la sombra del lucilo de Susana, que antes miraba con horror, y despues con afectuoso respeto y ternura.

La playa era el otro sitio que freqüentemente visitaba Eusebio en compañia de Leocadia, asi para disfrutar de mas cerca la vista del mar con que se complacia, como tambien para renovar los sentimientos de gratitud á la providencia, que lo sacó alli mismo con vida de tan terrible peligro, y lo puso en los brazos de Susana y de Henrique Myden, que lo prohijaron con tan entrañable cariño, y lo hicieron heredero de iguales ó mayores bienes, que aquellos que habia heredado de sus mayores, y que la suer-

te por medio de su tio le contrastaba.

Las reflexiones que le suministraba esta inconstancia de la fortuna, que hacia tan inciertos los mas seguros bienes de la tierra, le servian de freno para no dexar entregar su corazon al gozo y confianza que le infundia la hermosa vista de aquellos dilatados campos y frondosas arboledas, que reconocia como propias, y que le renovaban la memoria de Hardyl, que contribuyó á su mejor orden y cultivo; dando arreglo y nueva vida el mismo á todo aquel cuerpo antes informe, y como dexado á beneficio de la naturaleza. Hardyl dividió todo aquel vasto terreno en seis caserios, donde se establecieron otras tantas familias de labradores. Dió á cada una de ellas diez yugadas de tierra, y pastos correspondientes para los animales de labranza, y para el ganado, cuyo esquilmo abasteciese á las necesidades de las mismas, y contribuyese á la mayor utilidad del dueño.

Procuró hacer él mismo varios planteles para que pudiesen suplir á los árboles que fuesen faltando, despues que dividió los campos con hileras de árboles de diversas especies para que conservasen con sus sombras la humedad de la tierra, defendiendola de los ardores del sol, y para que abasteciesen al

mismo tiempo los hogares con la monda de sus ramas, y las despensas con sus frutos. Puso tambien terminos á las yugadas y caserios; circundó de fosos á los campos para el desague de las lluvias, á fin de que no quedasen aguazados de las redundantes aguas, y no se podreciesen las semillas. Hizo que Henrique Myden proveyese de todos los necesarios utensilios, y aperos á los labradores, asi para la labranza, como para el esquilmo del ganado, que cada caserío podia mantener en su recinto.

La linda casa de campo de Henrique Myden hacia cuerpo á parte de las yugadas, con el vasto huerto y jardin, que al pie del otero blando, sobre el qual se levantaba la casa, se estendian por largo trecho, y remataban con un delicioso bosque no menos que magestuoso, cuyos enormes troncos y copas encumbradas, infundian con su sombra un sagrado horror que lo hacian parecer antiguo templo de los faunos selvages, que eran adorados de las naciones bárbaras que poblaban aquel suelo. Todas aquellas soberanas plantas parecian sembradas de la mano del Criador. La segur europea habialas respetado. Ellas presentaban una vista muy amena á la granja, que parecia dominarlas desde el otero,

con el huerto y jardin intermedios, que hacian la vista mas varia y apacible.

Echó de ver Eusebio, que de todas aquellas disposiciones que habia dado Hardyl antes de dexar la América, algunas quedaban por hacer, otras en embrion, y las mas dexadas á cargo del tiempo y de la naturaleza. Requerian por lo mismo todos sus cuidados, y los conocimientos que habia adquirido en el viage sobre el cultivo del campo en los diversos climas y paises en que habia estado. Este fue pues el empleo y ocupacion á que se dedicó todo el tiempo que estuvo en la granja, reservando para el estudio los dias que los malos tiempos le impedian la salida de casa, y las horas de noche que le dexaba libres la conveniencia que debia á Henrique Myden y á Leocadia.

Esta habia traido consigo á la granja el bordador que le mandó hacer Eusebio á norma de otro que vió en Inglaterra, y cuyo modelo llevó á la América. Estaba hecho á corte declive, á manera de Atril vacío ó de facistol, colocado sobre dos pies, de facil manejo y conduccion, y mucho mas cómodo para la labor. Lo era tambien el punzoncillo de que se servia en vez de la comun aguja de bordar, aunque tan sutil como esta; pero te-

nia en la punta una muesca con que se prendia la seda por el mismo haz de la tela por donde se introducia, sin que la mano fuese á buscar la aguja, como se hace para volverla á pasar á tientas por el embés. La tela por bordar quedaba envuelta en el rodillo que atravesaba los opuestos cabos del bordador, quedando solo tendida y tirada de los lados la parte que se bordaba, y que se iba rollando en el otro rodillo inferior luego que se acababa lo bordado.

Este instrumento hacia mas gustosa y facil la ocupacion de Leocadia, en las horas que la dexaban de ocio los quehaceres domésticos, que eran para ella su primera y principal ocupacion. Gustaba tambien de ir freqüentemente á visitar los trabajos de los campos, y las familias de los labradores que habia hecho establecer Henrique Myden en los caseríos, á fin de enterarse de los medios que tenian para subsistir, del estado de su salud, y de las condiciones á que prestaban sus fatigas y sudores. Asi ella como Eusebio deseaban mejorarles su estado, para hacerselo mas llevadero, y para que atendiesen con mayor empeño al cultivo.

Tuvo, con este motivo, su humanidad una ocasion oportuna en que emplear las pia-

dosas miras de su beneficencia con una familia de negros que habitaba uno de aquellos caseríos. Los compró Henrique Myden en tiempo en que Eusebio se hallaba ausente de la América, no presentandosele labradores de la tierra para el cultivo de aquel terreno. Como tales compras de esclavos son comunes en aquellos paises, nada habia dicho Henrique Myden á Eusebio de aquellos negros, aun despues que se hallaban en la granja, como cosa que no merecia comemoracion. Fue por lo mismo mayor la sorpresa de Eusebio, quando se encontró con aquella gente la primera vez que fue á visitar el caserío que habitaban, viendolos sentados en el suelo en que devoraban una grande hogaza de maiz, y algunas frutas secas.

Componiase aquella familia de los padres de edad algo avanzada; de dos hijos varones, mozos ya crecidos; de una doncella de doce á catorce años; y de un niño que alli con ellos comia. Aunque los negros no habian visto antes á Eusebio ni á Leocadia, que iba con él, echaron bien de ver que eran sus amos recien llegados, luego que los vieron entrar con gran sorpresa suya en su pobre habitacion. Como estaban acostumbrados al imperio del dueño que los vendió á Henrique

Myden, y al abatimiento y respeto que se les exîgia, postraronse todos de rodillas ante Eusebio y Leocadia, cruzando sus brazos sobre el pecho, é inclinando con reverencia sus cabezas como si adorasen á dos deidades aparecidas.

Admirado Eusebio á primera vista de aquella gente, y enternecido de la humilde y reverente postura con que lo acataban, se inclinó para hacer levantar del suelo al que parecia padre de aquella familia, haciendole fuerza con los brazos y con la voz para que obedeciese. Cedió el viejo á las instancias de Eusebio, quedando aturdido de aquella humanisima demostracion de bondad de su amo, y del orden que dió á los demas para que se levantasen. Obedecieron tambien ellos. Mas como quedase de rodillas el niño con las manos juntas, causó tal enternecimiento á Eusebio y á Leocadia, que acercandose hácia él, le asió Eusebio de la mano para levantarlo, y se lo presentó á Leocadia, diciendo: he aqui, Leocadia, la imagen del Dios amor, segun lo pintan los egipcios; somos bien injustos los europeos, que tratamos como á bestias á racionales, que solo se diferencian de nosotros en el color. Leocadia hizo algunas caricias al niño, dexando penetrados de admira-

cion y tierno respeto los corazones de aquellos negros, mientras Eusebio, dirigiendo la palabra al viejo, le preguntó:

EUS. ¿Cómo os llamais?

EL NEGRO. Alil Tagúl, señor mio.

EUS. ¿Y sois libres, ó bien esclavos?

ALIL. Esclavos de V. S. y de mi Señor Henrique Myden.

EUS. ¿Dónde aprendisteis la labranza?

ALIL. En la Jamaica, señor mio: alli serví á Daniel Linvels por espacio de diez años. Muerto éste, fuimos vendidos á un bastimento que nos traxo á Filadelfia, donde nos compró mi señor Henrique Myden, que el hacedor del sol y de la luna bendiga para siempre, y lo sustente como á la mas añeja planta, á cuya sombra encontramos nuestra dicha.

EUS. ¿Segun eso, os hallais bien al servicio de mi padre Henrique?

ALIL. ¡O señor mio! él es el autor de nuestra felicidad.

Eusebio al oir esto, volviendose hácia Leocadia, le dice en español:

EUS. ¿Qué os parece, Leocadia, de esta felicidad? ¿Habrá ya ninguno descontento de su suerte, que no desmienta con sus quejas la desdicha de su estado libre, y rico

tal vez, en cotejo de estos miserables que se llaman felices en el suyo?

LEOC. No sé que deciros, Eusebio; es una felicidad que me arranca el corazon.

EUS. ¡Pobre gente! Dexemoslos que coman con libertad, y vamos á tratar de darsela con nuestro padre. A Dios Tugúl. A Dios hijos.

LEOC. Quedaos con Dios, buena gente.

Dicho esto, entrega algunas monedas al niño. Tugúl y sus hijos, al ver aquella dignacion de sus amos, pusieronse de nuevo de rodillas, y tomaron la misma reverente postura, llorando de enternecimiento. ¡Sus almas, aunque reputadas, estúpidas, é insensibles, cómo podian dexar de conmoverse, y de sentir la fuerza de tan grande humanidad y compasion que sus buenos amos les manifestaban!

El infelíz estado de aquellos negros dió materia de discurso á Eusebio y á Leocadia mientras volvian á la granja. Llegados á ella, cuentan á Henrique Myden la sorpresa que les habia causado la vista de los negros en el caserío, y mucho mas el saber que eran esclavos. Tomó ocasion de esto Eusebio para hacer ver á Henrique Myden el abuso del poder del hombre sobre el hombre su seme-

jante, adquirido solamente al precio del metal contra todos los derechos de la humanidad; que ésta le obligaba á declararle los sentimientos de compasion que habia excitado, asi en su pecho, como en el de Leocadia, la condicion de aquella pobre gente, reducida á la de los brutos que se compran y venden al antojo del dueño que los adquirió. Que por lo tanto le rogaba quisiese dar carta de horro á aquellos infelices.

Henrique Myden, oida la proposicion de Eusebio, acompañada de sus ruegos, le respondió, que no veía en qué violaban tales compras los derechos de la humanidad, sino era quando los dueños trataban con crueldad á los esclavos; ó quando adquiridos con injusto derecho de las armas, se vendian al pregon. Haber sido este uso antiquisimo entre los hombres, contra el qual solo podia reclamar la conmiseracion de un ánimo benéfico y compasivo. Que los negros eran vendidos tal vez de sus mismos padres á los Europeos, y comprados por estos, no con violencia, sino por via de amigable contrato. Que esto no lo decia por negarse á su peticion, pues estaba dispuesto á otorgarsela, sino porque no veía la injusticia tan grande, quanta se la representaba. Que por lo demas lo habia ya he-

cho dueño de todo y por todo; y que asi dispusiese de los negros como mejor le pareciese.

Eusebio, regocijado por el beneplacito de Henrique Myden, sin querer contradecirle á lo que de hecho aprobaba, le dió las gracias por ello, y determinó hacer solemne la manumision de aquellos negros. Para esto quiso que se juntasen todas las familias de los labradores de los otros caserios en el antiguo bosque, vecino á la granja, á cuya magestuosa sombra hizo formar un círculo de tablas que sirviese de asiento para la junta, en un ancho espacio que dexaban aquellas antiquisimas plantas.

Llegado el dia, que señaló para la solemnidad, acudieron todas las familias de los caserios, y la de los mismos negros. Estaba tambien convocada toda la de Henrique Myden, criados y criadas, ignorando todos el fin de aquella junta extraordinaria, que quiso tener oculto Eusebio para hacerla mas solemne y gozosa, y mas tierna la funcion. Hallabase tambien presente Henrique Myden y Leocadia, sin distincion de asiento y de lugar. El círculo de tablas servia para todos igualmente. Juntos ya, comenzó Eusebio una tierna y patética arenga sobre la paz y union,

que eran el cimiento de la felicidad de los hombres y de las familias, como la disension y discordia entre ellos era el principio de su desdicha y causa de su ruina.

Luego pasó á proponer los medios para conservar la primera por bien de los mismos, acordandoles, que todos los hombres eran hechuras de un mismo padre celestial, y que como tales debian reconocerse por hermanos. Dixoles que los habia juntado, no para hacerles esta exhortacion solamente de palabra, sino para confirmarles la verdad de lo que les decia, poniendolo por obra: que á todos los llamaba á este fin por testigos de la carta de horro que daba en nombre de su padre Henrique Myden á Alil Tugúl y á sus hijos, á quienes reponia en su natural libertad, declarandolos libres desde entonces para siempre.

Alil Tugúl, aunque se hallaba presente, pero distraido del concurso de aquella gente en una junta que hacia mas respetable la presencia de sus amos, á la sombria magestad de aquel sitio, en que los negros se veian igualados á los demas y á sus mismos amos, lo habia enagenado tanto, que no comprehendió la singular gracia que su señor le hacia á él y á toda su familia. No dió tampoco por

lo mismo muestra alguna de haberlo comprehendido ; de modo , que se vió precisado Eusebio á dirigirle otra vez la palabra , llamandolo por su nombre , y diciendole : ¿ quedais enterado Tugúl de la gracia que os hace mi padre Henrique de poneros en libertad á vos y á toda vuestra familia?

¿ La libertad se nos concede ? preguntó Tugúl despues de haberse puesto en pie: Perdonad , señor mio ; pues aun ahora que lo vuelvo á oir claramente de vuestra boca respetable me parece un sueño. No es pues sueño , dixo Eusebio, sino realidad ; y asi venid acá con vuestros hijos á recibir la prenda de la confirmacion. Todos los labradores , hombres y mugeres , y los criados de Henrique Myden , que ignoraban antes el fin de aquella junta , sabiendolo ahora con sorpresa mayor , estaban atentos y silenciosos para ver la demostracion que haria Eusebio con los negros ; los quales unos tras otros , precedidos de Tugúl , se encaminaban , como timidos y encogidos de respeto , hácia Eusebio que los habia llamado.

Estando ya cerca de él el viejo Tugúl , se levantó Eusebio , y le abrió los brazos para recibirlo en ellos , queriendo borrar con esta demostracion el agravio cometido en él

contra la humanidad. Abismado Tugúl de aquel piadoso ademan de su señor, se precipitó á sus pies besandoselos, y bañandoselos con sus lágrimas. Los hijos, vista la postura del padre, pusieronse todos de rodillas, é inclinando sus cabezas prorrumpieron en tierno llanto, como todos los presentes, sin exceptuarse Henrique Myden y Leocadia; especialmente despues que Eusebio, venciendo la humilde porfia de Tugúl, lo hizo levantar y lo abrazó, haciendo lo mismo con sus hijos, hasta con el niño que tambien se hallaba allí presente. Parecieron mostrarse sensibles aquellas mismas añejas plantas á la benéfica humanidad de Eusebio, y á los sentimientos de los testigos de la misma, devolviendo el eco de sus enternecidos sollozos y parabienes.

Aun no se habia sosegado el júbilo de los corazones con los abrazos que todos dieron á los negros ya libres, á exemplo de Eusebio y de Henrique Myden, que fueron los primeros en abrazarlos, quando Eusebio, antes de despedir aquella junta que representaba las de los primitivos hombres en la tierra, volvió á pedir á todos silencio y atencion. Obtenida ya, propuso á las familias de los labradores un premio de doce guineas para

quien hiciese mas abundante cosecha en aquel año. Causó esto nuevo alborozo en los ánimos de toda aquella gente, y avivó en ellos nuevo aliento para emplear sus sudores y trabajos en servicio de tan generoso dueño, á quien daban mil bendiciones.

Quiso el mismo que lo siguiese á la granja toda la familia de los negros, para poner el colmo al gozo de su obtenida libertad, dandoles el mismo salario que daba á los otros labradores. Se abandonaron Tugúl y sus hijos entonces á mil transportes de agradecida humildad y respeto, acompañado de llanto que todos derramaban puestos de rodillas á sus pies, recibiendo asi el dinero que les entregaba, viendose precisado á despedirlos quanto antes para ir á desahogar el enternecimiento que le causaban. Leocadia que lo vió entrar en su quarto enxugandose las lágrimas con el pañuelo, aunque se conmovió á primera vista, echó de ver al instante de donde procedia aquel llanto, y lo recibió diciendole: ¿es ese, Eusebio, el regalo que os han dado los negros por haberlos ahorrado?

Eusebio sentandose junto á ella, exclamó con lágrimas: ¡O dulce Leocadia! si los hombres conociesen á la humanidad, y si llegasen á probar su tierna é inesprimible,

dulzura, todos fueran humanos, todos fueran virtuosos. Mi corazon no abarca el sumo consuelo que siente, especialmente en el seno del amor santo en donde lo desahogó. Dicho esto reclinó su frente bañada de lágrimas sobre el hombro de Leocadia, que no resistiendo entonces á la fuerza de la ternura que le excitó su esposo, lloró con él participando de la dulzura de los sentimientos de su mutuo afecto, que les renovó el acto de humanidad que acababa de exercitar con los negros.

Echó de ver el mismo Eusebio el efecto de su beneficencia, y del propuesto premio á los labradores, viendolos trabajar de alli adelante con tal ahínco y empeño, animado de alegria, que parecia que á cada golpe de hazadon habian de dar con un tesoro escondido. En una de aquellas mañanas en que salió á reconocer los trabajos de Hardyl y los suyos, en un terreno, en que ambos á dos se ocuparon en plantar una fila de árboles antes de dexar la América; como los viese ya crecidos, y vestidos de pomposo verdor, se complació sumamente en aquella hechura, que le renovaba la memoria de su amado Hardyl. Mas como encontrase dos que se habian secado, quiso reponerlos por sí mismo. Llama sobre la marcha dos labradores, y to-

mandole á uno su hazadon, comenzó á cavar tierra al rededor, para arrancarlos y poner otros en su lugar.

Como no estaba acostumbrado á aquella fatiga, se cansó luego. Resintiendose por lo mismo su ánimo de la delicadeza de su cuerpo, persistió en vencerla, continuando en la excavacion, hiriendolo de lleno el sol. Ni desistió de su empeño, hasta que vió su tarea concluida y puestos los nuevos árboles. Gozoso y satisfecho de su trabajo y de su vencimiento, se encaminó á la granja pasado ya el medio dia, reventado, y calado de sudor. Leocadia al verlo tan encendido y acalorado, lo exhortó á que se mudase y descansase antes de ponerse en la mesa para comer. Fue ella misma á darle una camisa limpia, exhortandolo de nuevo con cariño á que se mudase.

Aunque Eusebio no sabia negarse á ninguna cosa que Leocadia le rogaba, sin embargo en esta, en que él mismo llevaba empeño de querer vencer su delicadeza, la rogó, no quisiese sacarlo del proposito en que estaba de fortalecer sus miembros, y de endurecerlos al trabajo como los labradores; pues sentia interiormente contento de acostumbrarse al empleo que dió al hombre la

naturaleza, en el qual podia ganarse la vida, si por ventura la suerte lo ponia en necesidad de valerse de sus brazos. A estas añadió otras razones que hicieron desistir á Leocadia de su cariñosa porfia, conservando ella los recelos y temores que le causaban su encendimiento de rostro y su cansancio.

Sentados á la mesa, Eusebio comenzó á comer, aunque sin el apetito que se habia prometido de su fatiga; comió, no obstante, de todas las viandas. Mas aun no habian tocado á los postres, quando le sobrevinieron algunas vascas, sintiendose provocado á arrojar lo que no habia podido abrazar el estómago. Henrique Myden y Leocadia se alteran sobremanera, mucho mas quando se manifestó la recia calentura que lo postró en la cama, no sabiendo qué remedio dar á un mal que lo hacian mucho mayor sus temores, y el amor que á Eusebio profesaban. Propusole Henrique Myden enviar á llamar el Médico á Salem; y aunque Eusebio le rogó que no lo hiciese, persuadiendole que su mal no necesitaba de Médico, Henrique Myden no quiso atender á sus instancias, sino que envió inmediatamente el coche.

Conocia Eusebio que su enfermedad procedia solamente de alteracion de la sangre, y

que acostumbrado á tomar cada tres meses una pildorilla de aloe, (1) por consejo y á exemplo de Hardyl que lo solia tomar tambien, no podia tener su mal funestas consequencias como las solian tener los males, dimanados de la corrupcion de los humores del estómago. Se purgó sin embargo, y ciñó su cura al agua, y á rigurosa dieta; con lo qual no necesitó de las recetas del Médico, quando éste llegó á la granja, hallandolo casi enteramente restablecido. Y aunque antes que llegase se lo asegurase Eusebio á su afanada Leocadia; pero tuvo mayor fuerza en la opinion y recelo de la misma el oirlo de la boca del Médico, abriendo de par en par su corazon al consuelo que la sentencia del mismo le infundia.

Esta disipó tambien los afanes y congojas de Henrique Myden, y volvió á tomar cuerpo el consuelo y tranquilidad de toda la casa. Eusebio enteramente restablecido, sacó de aquel asomo de enfermedad el desengaño, que la naturaleza no sufre violencia, si no se la lleva por grados insensiblemen-

(1) El original dice, como medio grano de pimienta. Esta particularidad hará reir á algunos; otros la agradecerán.

te. Sirvióle al mismo tiempo de escarmiento para no exponerse á perder la salud, no tanto por temor servil de la muerte, quanto por no afanar el corazon de Henrique Myden y de Leocadia, mucho mas en cosas en que no habia necesidad que hiciese violentos ensayos. No por esto dexaba de ir con la misma freqüencia que antes á visitar los campos, y presenciar las labores que en ellos se hacian. Ellos eran su apasionado empleo y divertimiento.

Su alma sensible se complacia en todos los objetos que el campo le presentaba, los solos que no cansan, ni fatigan la vista del hombre, que antes bien renueva en ellos el puro contento que dán la vez primera, á quien desengañado de los anhelos de la codicia y de la ambicion, reconoce en la sencilla pompa de la naturaleza, y en la callada hermosura de sus crecientes verdores, el solo felíz empleo que ella destinó á las fuerzas del hombre, y á los sudores de su industria en que le promete su asegurada subsistencia. Pasabanséle á las veces horas enteras, enagenado del contento y complacencia que le infundia la variedad amena con que ostentaba la naturaleza su inagotable poder en las infinitas configuraciones de las plantas y hier-

vas de sus verdores, y olorosos perfumes de sus virtudes conocidas y no conocidas.

Todo esto prestaba harta materia á su contemplacion para adorar la omnipotente mano que produxo tantas maravillas. No echaba menos Eusebio en aquella deliciosa soledad el concurso de las ciudades, ni de la gente desasosegada; de sus importunas visitas, y del trato de los mundanos, que con él no buscan el fomento de la pura satisfaccion de la amistad, sino el sacudir de sí mismos el aburrimiento de su ociosidad, y de su pesada exîstencia, y el dar pasto á sus ruines pasiones; hora desahogando los incentivos de lá envidia; hora cebando su mordacidad en la agena desgracia ó pobreza; ó alimentando los otros baxos sentimientos de su malicia; ó maquinando con ellos el descrédito, ó la ruina de sus mismos inocentes amigos y conocidos.

Lejos de los exemplos de la codicia y de la ambicion, y exênto de las desazones é inquietudes que ellas acarrean, disfrutaba su alma la dulce tranquilidad del campo, que le hacia mucho mas preciosa y estimable la compañia de Leocadia. Esta habia entrado en el octavo mes de su preñado. Eusebio, queriendo satisfacer á los deseos que le habia

manifestado la misma de hallarse en Filadelfia para el tiempo del parto, hubo de anticipar su vuelta, difiriendola para despues de la trilla. Estando esta para acabarse en el caserío mas vecino, convidó Eusebio á Leocadia para ir á gozar el contento de los labradores en aquel trabajo. Vino ella bien en acompañarlo, encaminandose entrambos hácia el caserío, sin reparar en los asomos de la tempestad que se levantaba sobre la mar, estando brillando el sol en su mayor pureza.

Eusebio, á cuyo brazo iba asida Leocadia, la defendia con el quitasol de los ardores de sus vivos rayos. Ningun viento corria; antes bien admiraban la tranquilidad del ambiente, sin conocer que participaba de la triste calma que precede en la América á los huracanes que la trabajan. Llegados al caserío, fueron recibidos con rústico alborozo de los sudados y polvorosos labradores que estaban ocupados en la trilla, holgandose que los viesen sus buenos amos. Sentaronse estos sobre un grueso tronco que allí en el suelo yacía. Mas aun no habia pasado media hora que contemplaban aquella tarea, quando comienzan á rebolotear las aechadas pajas, envueltas entre el polvo arremolinado que levantaba el viento, precursor del furioso torbelli-

no, que caminando en terrible silencio, tendía su tenebroso manto sobre la atmósfera, robando luego el sol á los asombrados labradores, que interrumpiendo su trabajo, salieron á ver lo que les amenazaba aquella no esperada tenebrosidad.

Se manifestó luego el impetuoso uracan que despedia el trueno y el rayo de su rasgado seno. Las aves huían ante él con incierto y pávido vuelo. Desampararon la parva los labradores, y se refugiaron con sus amos en el humilde techo. No bastaba la presencia de Eusebio ni sus exhortaciones para sosegar al ánimo de Leocadia. El espanto que infundia la lobreguez que cubria al cielo y tierra, oprimian con angustia su palpitante corazon. Los sucesivos relampagos alumbraban las tinieblas de la cerrada habitacion, y acrecentaban el terror de Leocadia, que llevaba ó detenia por la casa á Eusebio, á quien estaba asida, segun eran los arrebatos del temor que la acometia; especialmente, quando comenzó la furiosa batida del granizo, que bibraban las nubes con tal fuerza, que parecia quisiesen derribar al techo; ó arrancarlo de quajo el soplo del uracan enfurecido.

Leocadia, arrebata entonces á Eusebio

hácia la estancia en que se habian recogido los labradores que lloraban amargamente, venciendo con sus sollozos y lamentos al ruido de la piedra; Leocadia comenzó á llorar con ellos, llevandose los silbos de los vientos y los golpes del granizo, los consejos y confortaciones de Eusebio, que prometia á los labradores satisfacerles el daño, y remediar la desgracia. Asi pasaron toda aquella tarde y noche, sin permitirles el obstinado uracan cerrar los ojos al sueño, alimentandose de solas lágrimas y afanes, los quales llegaron á abrir brecha en el corazon de Eusebio, temiendo por el fruto de su amor que Leocadia llevaba en su seno, y por su padre Henrique Myden, el qual se hallaba sumamente solícito por la ausencia de sus amados hijos.

Comenzó á ceder al otro dia la furia de la tempestad que poco á poco iba perdiendo sus fuerzas. Eusebio, cuyo benéfico y humano corazon habia concebido de antemano el remedio, fue uno de los primeros á salir de la casa para ver por sus ojos el daño que el uracan habia causado en los campos. ¿Mas cómo describir el triste espectáculo que se le presentó á la vista? Los campos enteramente despojados de su verdor, y cu-

biertos todavia del duro y grueso granizo. Las cosechas desaparecidas de la haz del suelo ; troncos enormes arrancados de quajo , y transportados del uracan. Algunos bueyes muertos por los campos , no habiendo podido refugiarse en los establos. Carros de labranza acombados en los fosos , y llevados á otras partes. La hermosa pompa del verano convertida de repente en el triste horror del invierno.

Eusebio desistiendo de ir á visitar los campos , pues todos le ofrecian el mismo aspecto , volvió á consolar á los labradores , á quienes prometió de suplir á los daños padecidos. No contento con esto , despacha á dos de ellos para que fuesen á llevar en su nombre la misma promesa y consuelo á las demas familias. Envió otro á la granja para que participase á Henrique Myden el estado en que se hallaban , y lo sosegase , al tiempo que el mismo Myden enviaba á Taydor y á Altano para que los buscasen. No sosegando con esto el viejo , quiso tambien salir de la granja para ver si los descubria , al tiempo que Eusebio y Leocadia , avisados por los criados de las congojas de su padre , se encaminaban con ellos á la granja.

Llegaronse á encontrar con esto en el ca-

mino, donde se dieron mutuamente todas las prendas y demostraciones del tierno cariño que se profesaban, y del gozo y consuelo que sentian al verse escapados de la pasada tempestad, que parecia habia de aniquilar la tierra. Esforzabase Eusebio en consolar á Henrique Myden, que se le mostraba muy afligido por la pérdida de las cosechas, y por el estrago de sus haciendas. Recavó sosegarlo, no tanto con sus consejos, quanto con las tiernas demostraciones con que los acompañaba, abrazandolo, y diciendole: ¿qué para que queria los caudales que tenia reservados, sino habia de sacar de ellos la satisfaccion y consuelo, que lo era grande en tales casos, de no necesitar de acudir á ninguno para remediar la desgracia? Que esta debia ser solo sensible á los pobres labradores, que no tenian otros bienes para subsistir que aquellos que les habia arrebatado la tempestad, quedando expuestos á perecer de hambre sino se les acudia con lo necesario para que pudiesen mantener su vida.

Tomó ocasion de esto para comunicarle la promesa que habia hecho á los mismos de remediar á su desgracia, pintando tan vivamente sus trabajos y sudores para ganarse con ellos un miserable sustento, que Henri-

que Myden conmovido de la descripcion de Eusebio, no solo aprobó su promesa, sino que tambien lo exhortó á partir quanto antes á Filadelfia para poderles enviar el trigo y maiz necesario para la siembra, y para la manutencion de las familias que habian quedado sin cosecha. A esto añadió Eusebio el sugerimiento que le habia dado aquella desgracia, y que antes habia oido en Londres á un caballero, sin advertir entonces á su proposicion, de tener de repuesto la cantidad de la renta, que pudieran dar en dos años las haciendas, para precaver semejantes desgracias; y que éste creía ser el solo dinero que se podia tener muerto sin codicia.

Que los que no tenian esta prudente precaucion, y que al contrario vivian anticipadamente del fruto de sus haciendas, se hallaban expuestos en una de estas desgracias á vivir atrasados y de prestado, contrayendo deudas, que agravandolas la necesidad, solo podian satisfacerlas con la pérdida de las haciendas mismas, cediendolas á sus acreedores; de que habia visto algunos exemplos en España, por causa de no poder remediar al daño del granizo ó de la langosta, que les habia devorado sus cosechas; contrayendo gravosas deudas para suplir á los gastos que

les pedian las labores, el cultivo de los talados campos, y el sustento de sus familias. Que otros que no usaban tampoco de esta precaucion de ir reponiendo parte de sus rentas para precaver las desgracias de los tiempos, y de otros accidentes, y que no encontraban prestamos, se resentian de ellas por muchos años, viviendo de lo poco que podian sacar de sus haciendas, por no poder darles el necesario cultivo.

Persuadióse tambien de esto Henrique Myden, y determinó reponer la cantidad que Eusebio le aconsejaba luego que hubiese llegado á Filadelfia; para donde se encaminaron inmediatamente dexando el campo, cuya estada habia hecho inamena la tempestad, que despojó todos los campos de sus verdores y hermosura. Debieron detenerse algunos dias en Salem, á instancias de los padres de Leocadia. Poco tiempo despues que llegaron á Filadelfia, sintió Leocadia los anuncios del parto antes de lo que ella esperaba, y que tuvieron un éxîto mas felíz que el que la misma temia, dando á luz un niño, cuyo dichoso nacimiento disipó las angustias que habia concebido el tierno padre por su amada esposa en aquel trance que el amor representa tan peligroso, é inundó de

júbilo su corazon y el de Henrique Myden, que quiso solemnizar el nacimiento del hijo, y el dulce título de padre con que acababa de condecorar á Eusebio la naturaleza.

El reconocimiento de la ternura de éste para con su buen padre Henrique Myden, exîgia de él que diese este mismo nombre de Henrique á su hijo en el bautismo, que se celebró en la capilla donde se habia celebrado el casamiento. Se le destinó una cuna de juncos, que quiso Susana se conservase en casa con otras cosillas que trabajó Eusebio en la tienda de Hardyl, y le llegó el plazo de ser empleada con gozo de Eusebio que la trabajó; bien ageno entonces de pensar, que le pudiese caber aquel destino con que renovaba los sentimientos de moderacion en que lo habia educado Hardyl, y en que queria educar él mismo á su propio hijo desde la cuna. El hijo no puede tener mejor maestro que el padre, ni debieran tener otros los hijos. ¿Mas quántos hay, que conozcan y exerciten esta obligacion, que la naturaleza les impone? Las mismas madres hacen traicion á la mas pura ternura de su afecto para eludir la incomodidad de criar á sus pechos los hijos.

Mas Leocadia llegada á ser felizmente

madre de un hijo, objeto de los esmeros y cuidados de su corazon sensible, ¿cómo querrá dispensarse del dulce trabajo de alimentarlo á su seno? No le ocurrirá tampoco, que la riqueza pudiera exîmirla de la funcion mas propia y obligatoria de la maternidad. Ni que ella le impedirá el hacer y recibir visitas, ni asistir á los divertimientos, ni al juego, ni á los paseos, ni á los teatros; ni todos los demas motivos del trato, que corrompen insensiblemente en las grandes ciudades los mas puros sentimientos de la naturaleza y del amor que estragan las costumbres. Nada de todo esto habia en la morigerada Filadelfia que pudiese retraer de su tierna inclinacion á la virtuosa Leocadia. Obraria del mismo modo si viviera en medio de las ciudades mas corrompidas. Ni ella, ni Eusebio su marido, pondrian su vanidad en vivir á la moda, confiando la subsistencia, la salud y vida de su hijo á un ama mercenaria, pudiendolo la madre alimentar por sí propia.

Luego que se elude y altera el orden de la naturaleza, se altera y corrompe el moral. De aqui proceden los daños de los hijos y de los mismos padres, que deslumbrados de los exemplos y tren del mundo, no ven los males que les acarrean por seguirlos hasta que

los prueban ; y aun despues de probados soportan sus pesares y disgustos , por faltarles ánimo y voluntad para desviarse de la mala costumbre que los arrastra , á costa de que el hijo perezca. Ni es este tal vez el mayor mal que se teme aunque suceda. Ni es el solo que no se prevee , ni el que se conozca , aun despues de acontecido ; pues aun muchas de las madres que están en estado de padecer todos estos males y daños , y que los padecen , serán tal vez las primeras en preguntar , ¿ qué daños son esos ? oidlos.

Los que siguen á la indiferencia , ó al afecto del solo interés del ama de leche , ó á el fraude de su salud tal vez infecta , ó de su oculto preñado ; los que acompañan á su mal genio , á sus descuidos , á sus groseros modos ó malas costumbres , y á sus pretensiones , que os acarrean mayores disgustos, mayores desazones y pesares , que todos aquellos de que os pretendeis exîmir , desperdiciando vuestra leche antes que el hijo propio la chupe. Quanto mas apartan á las madres del primitivo fin de la naturaleza las prevenciones y errores del luxo , de la ambicion , y de la vanidad , tanto mas agravan los trabajos y engorros de la crianza de los hijos. Por el contrario , quanto mas nos acerquemos con

los ojos al mismo primitivo fin, verémos, que los mayores cuidados y desvelos, en vez de ser sensibles á las madres, se sienten al contrario impelidas á ellos con la dulce fuerza del afecto, que lucha en qualquiera pena y trabajo que lo contrasta.

¡Con qué apasionado afecto miran los animales á sus cachorros! Con qué incansable paciencia los velan! Qué penas, qué trabajos distraen á las madres selvages de alimentar á sus hijos llevandolos en sus brazos enteros dias de camino! Qué trabajos, qué labores del campo, despues que lo regaron con sus sudores, distraen á las labradoras de la crianza de los suyos, ni les disminuye el amor y afan que por ellos sienten! Mas al paso que nos acérquemos con la imaginacion á las ciudades y á los estrados, sentirémos el ayre de la corrupcion, que inficiona por grados los mas puros afectos, y los mas fuertes que infundió la naturaleza en el corazon humano, pervertido de la opinion, y de los perjuicios de la disolucion, del dañado entendimiento, del libertinage, que no sufre, que antes bien se indigna, y por lo mismo hace befa de los estorvos, que opone á su inclinacion ó á su pasion, una tierna madre, que ó por virtud, ó por dulce genio, se atreve

todavia representar en rico estrado la imagen de la muger fuerte.

Mas á pesar de las befas del disoluto, y de las murmuraciones de las de su sexô, el concepto y respeto que su exemplo exîge, las humilla y confunde. Su casa, á la verdad, no se verá tan freqüentada de visitas, pero tampoco sufrirá sus molestias. Ella misma no se verá cortejada á pesar de los atractivos de su hermosura; pero suplirán á las veleidades del cortejo, el puro, tierno, y sincéro amor de sus hijos, y las adoraciones del marido, que penetrado de la tierna y virtuosa paciencia de su esposa, sentirá crecer su inestinguible afecto para con ella, y hacerse mas dichosa su union, antes con los alicientes de su virtud, que con los de su belleza. Esta resplandecerá mucho mas en medio de sus hijos, que las joyas de que otras se adornan para lucir en los saraos; y desde el retiro de sus estancias, exîgirá su concepto mayor veneracion del público, que la que se pudiera prometer del imperio de la moda, y del universal cortejo.

Leocadia no obra por este fin. Sin tener exemplos contrarios, sigue la inclinacion de su genio, y el impulso de su amor y ternura para con el hijo, á quien cria á sus pechos.

Ni le ocurre, ni sabe, que su crianza puede estorvarle las visitas, ni impedirle el galanteo: hace lo que le enseña la naturaleza, lo que le dicta la misma. Hubiera bien sí querido tener á su hijo en una rica cuna, en finos lienzos y encaxes, y se resiente un poco, que su marido que quiere comenzar á educarlo desde la niñez, le haya destinado una de juncos, y pañales solo decentes; pero condesciende finalmente con su voluntad, porque Eusebio no la exîgia con imperio, ni con voluntad resoluta, sino con modesta y cariñosa persuasion, haciendole ver, que si la cuna dorada y los encaxes no podian fomentar la vanidad del hijo recien nacido, tardarian poco á fomentarsela, ó quando no, servirian solo para fomentar la de los padres, que complaciendose en ver al niño en ricos pañales, no podrian reducirse á verlo ya crecido en vestido solo decente.

No fue esta la sola oposicion que encontró Leocadia en Eusebio sobre la primera educacion y crianza de su hijo; la madre seguia buenamente la costumbre, y era esta la que Eusebio queria evitar, en lo que le parecia oponerse á la razon y á las leyes, y orden de la naturaleza, y por lo mismo al bien del niño. Leocadia, segun costumbre,

quiso faxarle todo el cuerpo hasta los pies, y cubrirle bien la cabeza con doble capillo. Esto, para que no se resfriase; aquello, para que no se maltratase. Eusebio al contrario, pretendia que el niño tuviese las manos y pies libres, para que las estendiese, encogiese, y menease á su agrado, y la cabeza desnúda por la razon opuesta para que no se resfriase, acostumbrandola desde la infancia á la impresion del ayre. Por parte de Leocadia estaba la preocupacion, por la de Eusebio la razon fisica.

¿Pero cómo dar á entender esta, y destruir aquella en la opinion de una tierna madre? Con el amor, guiado de la persuasion, sin resabio de autoridad y de imperiosos modos, que en vez de obtener lo que pretenden, excitan la altercacion en los padres sin conseguirlo; ó si lo consiguen, es con disgusto de entrambos, y con ayrada sumision del que cede. Leocadia, persuadida de las razones de Eusebio, y convencida por el mismo, que los antiguos usos de los pueblos no debian ser apreciados por su antigüedad, sino por la razon, quitó las faxas y tocas del cuerpo de Henriquito. Los pañales cubrian su desnudez, y abrigabanle sin ningun apremio. Asi la libre circulacion de la sangre, y la trans-

piracion, que son los dos fomentos principales de la salud del hombre, no sufrian violencia, causa de los ages y enfermedades que contraen insensiblemente los niños agarrotados en las faxas, y de su delicadeza sobrada, ó de su debilidad de miembros, no estando acostumbrados desde el nacimiento á las diversas impresiones del ayre.

Este es reputado generalmente el capital enemigo de la salud del hombre, siendo asi que es su principio vital, y su mayor amigo, al que con él se familiariza desde la infancia. Los padres engañados de los daños y males que experimentan ya grandes en sí mismos, sino les cierran la entrada por todas partes, cubriendose bien la cabeza y el pecho infieren que enfermarán del mismo modo los niños sino usan con ellos la misma precaucion. En fuerza de esta dañosa prevencion, en vez de fortalecerlos, los enflaquecen; y por falso temor de que no padezcan, siendo niños, los acostumbran á ser victimas de mil ages, quando crecidos, y quando adultos. Las fibras de los niños son tiernas y delicadas. ¿Quién lo duda? por lo mismo conviene comenzar desde luego á endurecerlas, y á hacerlas un escudo de la salud. Tan tiernos nacen los selvages, quanto los europeos. Aque-

llos por crecer desnudos al sol, al viento, á la lluvia, á las inclemencias de los tiempos, ¿crecen por eso enfermizos, ó padecen menoscabo en su salud? ¿Quién mas robusto que un selvage?

Henriquito podia mover en la cuna pies y manos á su antojo: no estaba en ella, ni atado como esclavo, ni amortajado como momia. Pero el tierno corazon de la madre no podia dispensarse de acariciarlo, de contemplarlo, y atenderlo mas tal vez de lo que conviniera. La madre, que amamanta á su propio hijo, carga por efecto de este mismo amoroso cuidado, con el otro de tenerlo consigo en su mismo quarto, para poder acallar por la noche sus lloros, y atender á sus necesidades y desvelos. Estos suelen ser freqüentes y molestos, especialmente en niños achacosos, y mal humorados. Henriquito no manifestó ser ni uno ni otro en los dos primeros meses de su vida; pero poco á poco iba perdiendo su natural bondad, de modo, que parecia haber mudado de genio, no dexando ni dormir, ni sosegar á sus cariñosos padres.

Una noche entre otras, prorrumpió en llanto tan pertinaz, que no bastando á la afanada madre todos los medios y expedientes para acallarlo, viose precisado Eusebio á le-

vantarse para tentar de por sí lo que no habia podido conseguir Leocadia, despues de haberlo desnudado, para registrarlo y mudadolo de pañales. Pareciendo á Eusebio, que el niño tuviese alterado el pulso, ruega á Leocadia que se acueste; pues el mal no tenia otro remedio por aquella noche que la paciencia; y tomando á Henriquito en sus brazos, comenzó el sufrido padre á pasearlo en ellos por el quarto, acomodando su paciente ánimo á aquel accidente. Leocadia instaba con afan para que se llamase el Médico en aquella hora. Eusebio repugnaba á ello, diciendole: que el pulso no indicaba tal necesidad, y que el ultimo partido que tomaria, seria el que le aconsejaba.

Como no se le oponia en cosa alguna, sin darle razon de su contrario parecer, le dixo: que la naturaleza era el mejor Médico de los niños; que ella sola suplia á la ciencia y medicinas, á quien hacia inutiles aquella edad, en que los niños faltos de expresion para indicar ó declarar sus males, dexaban á escuras las luces de los Médicos, los quales por la mayor parte procedian á tientas, y á la ventura en tales curas; que si en ellas podian acertar, era mas probable que pudiesen errar y apresurar la muerte del niño, que

dose que el niño se sosegaria. Desvaneciose luego esta lisonja, pues pareció que Henriquito esperase el momento que sus padres estuviesen en cama para prorrumpir en mas recio llanto que el de la noche antecedente. Leocadia exclamó entonces.

LEOC. ¿Qué será esto, Eusebio? De qué podrá proceder ese llanto? El Médico no supo acertarle el mal.

EUS. Temo, Leocadia, que lo erramos en contemplar demasiado al niño. Entro en sospechas, que esos lloros, sean antes efecto de pertinacia, que de mal, ni de enfermedad.

LEOC. ¡Pertinacia en un niño de tres meses!

EUS. No lo debeis extrañar. La malicia es el primer vicio que se despierta en el hombre. El es efecto de las primeras ideas del alma, sugeridas del amor propio, que es el primer sentimiento y pasion que aviva la naturaleza.

LEOC. ¿Cómo es posible?

EUS. Es mas dificil de explicar que de concebir. Lo apuntaré con todo. El niño vé á la luz, y la ama, porque lo regocija, entreteniendole la embayda vista con los claros objetos que le presenta. El mismo aborrece

las tinieblas, porque á mas de robarle todos aquellos objetos, infunden en su alma las semillas del temor, asombrandola con la oscuridad. A mas de esto, de dia vé á sus padres que continuamente lo acarician, y las caricias lo alegran, porque lo alhagan, y se huelga en sentirse sompesado en agenos brazos. De noche nada vé, y se halla tendido en una cuna insensible que nada le dice, y en postura á que tal vez no quiere sujetarse. Ved aqui muchas causas de ese llanto importuno.

LEOC. ¿Pero no está tendido de dia en la cuna, y duerme y calla en ella?

EUS. Ese será cabalmente el motivo tambien, porque ni calla, ni duerme de noche, ni nos dexa dormir. Yo seria de parecer, que tentasemos no dexarlo dormir tanto de dia; y á mas de esto, que nos hiciesemos una ley de no manifestarle tanto nuestro amor con cariñosas demostraciones. Estas obran mas de lo que os podeis imaginar en el alma, y sentimientos de los niños. A fin pues de prevenir con tiempo todos siniestros efectos, deseára proponeros otro expediente, aunque temo que os haya de ser sensible, y por lo mismo qué no lo abraceis.

LEOC. ¿Qué expediente?

EUS. El de tenerlo en quarto á parte de dia y de noche, para acostumbrarlo á las tinieblas, y á la soledad.

LEOC. ¿Os sufriera el corazon tal estravagancia? estraño, Eusebio, que os haya ocurrido.

EUS. ¿Mas de qué se trata, Leocadia? No es del bien del niño? Nuestros cuidados y desvelos no llevan por mira este fin? Pongamos pues los medios para conseguirlo.

LEOC. ¿Y qué bien se le podrá seguir por dexarlo solo, y desamparado en un quarto?

EUS. Muchos, á mi parecer; oid algunos. Acostumbrarlo con tiempo á no temer, antes que el temor preocupe sus conocimientos. El quitarle todas ocasiones que pudiesen hacerlo tenaz, obstinado y regañon. El alejar de sus ojos y oidos todos los objetos que suelen fomentar en los niños sus primeros caprichos y fantasias, las quales es indecible quan presto se despiertan en el alma de los mismos, y avivan en ellos á las demas pasiones. El niño, acostumbrado á tener, á ver, y á recibir continuas prendas, y objetos de aprecio y de estimacion, luego que le faltan las desea; deseandolas las pide; ni sabe pedirlas sino con imperio, con grito, y con

llanto, faltándole otra expresion á su porfia. Sino lo contentais, le encendeis el enojo, luego la venganza, en cuyas demostraciones lo vereis prorrumpir. Si condéscendeis con él, y satisfaceis sus deseos para acallarlo, se los avivais mucho mas, y poneis cebo á su obstinacion. Ved algunos de los muchos males que pudieramos evitar, criandolo en quarto á parte, como dixe.

LEOC. No podré jamas resolverme á eso, Eusebio.

EUS. Debe costar, no hay duda, al amor materno; mas sin esfuerzo y vencimiento no hay virtud. Otras madres no necesitarian de ella para abrazar de contado el partido.

LEOC. ¿Llamais virtud el sufocar los sentimientos del amor de madre?

EUS. No digo sufocar: bien lejos estoy de eso; pero bien sí reprimirlos de modo, que no redunden en daño del niño, por querer mirar sobrado por su bien. No es todo amor puro el que sentimos por los hijos, Leocadia. Lleva mucha liga de amor propio y de vanidad. A las veces nos amamos mas á nosotros que á los mismos hijos. Tiene tambien sus vicios el amor paterno; y el principal entre ellos, es el que nos incita á condescender con lo que muestran querer los niños,

temiendo darles que sentir si se lo negamos. Asi los hacemos viciosos, y mal criados. La naturaleza engendra al hombre sin antojos, sin ansias, sin deseos, fuera de los que contribuyen á la conservacion de su ser. Todos los demas se los infunde nuestro exemplo, se los fomenta nuestro vicioso amor. Nosotros somos los que los cargamos de nuestras pasiones.

LEOC. ¿Qué sabe de todo eso el niño?

EUS. Ese es el engaño universal de casi todos los padres, persuadidos de que los niños no conocen las cosas. Pero quando menos se catan, ven, que el niño que llevó el dige de oro, ó de plata, echa de reves el de madera, el de hueso, ó el de cobre, si se lo presentan. Asi sucede en todo lo demas. Insensiblemente echamos en sus ánimos las semillas de los vicios, que tarde ó nunca llega á sufocar la educacion. Lo que le hemos pues de negar con el tiempo, neguemosselo ahora, y acostumbremoslo á lo que tal vez despues no lo podremos acostumbrar.

LEOC. Podeis tener razon en lo que decis; pero tambien puede ser causa del extraordinario llanto del niño, algun mal interno, que ni vos, ni el Médico conoceis. Probaré á darle esos polvos que el Médico le recetó.

EUS. No quise oponerme á ello; os dexé hacer, aun despues de haber visto la receta, y de traida á casa la medicina. Tratandose ahora de darsela al niño, debo preveniros que esa medicina puede darle la muerte. Es Opio lo que el Médico recetó, en fuerza de la relacion que le hicistes de los desvelos que el niño padece.

LEOC. ¿El Opio puede matarlo?

EUS. No fuera el primero á quien esa medicina hizo cerrar los ojos para siempre. ¿Quién nos asegura, que aunque la dosis sea competente para el niño, no se le haya ido en ella la mano al boticario? Ved aqui una prueba de lo que os decia acerca del llamar al Médico, á que os oponiais. Vale mas que sufrámos tambien esta noche su llanto, y que mañana hagamos firme resolucion de destinarle quarto á parte, donde podrá gritar y llorar á su grado, sin que nos obligue á fomentar el antojo, si ya lo tiene, de querer que estemos despiertos, y de ver la luz.

LEOC. Podrá estar con él una de las criadas.

EUS. No, Leocadia, hagamonos tambien esta fuerza de tenerlo solo; porque sino, no conseguimos el fin. Oirá menearse, bullir, roncar, resollar; conocerá que está con gen-

te ; hará lo mismo que hace con nosotros. La criada lo contemplará, ó lo maltratará tal vez, si llega á perder la paciencia, y á enfadarse.

LEOC. ¿ Y si le sobreviene algun mal, ó quiere el pecho ?

EUS. ¿ Si le sobreviniera estando con nosotros, lo remediarian por ventura nuestras caricias ? Dexa de llorar por estar nosotros ? Finalmente, si quiere el pecho, tendrá paciencia hasta que llegue el dia: no morirá por ello. Vuelvo á decirlo, Leocadia ; generalmente los lloros de los niños son las quexas y lamentos de ciertos adultos, que quieren ser atendidos, compadecidos, y contemplados.

Tanto instó Eusebio sobre esto, que Leocadia condescendió en hacer este sacrificio de su cariño. Se trasladó la cuna al quarto destinado, donde Henriquito pasó todo aquel dia, asistido por lo comun de Leocadia que no sabia desprenderse de él. Llegada la noche, y la hora de irse á la cama, despues de haberle dado Leocadia el pecho, lo tendió en la cuna. Pareció que conociese Henriquito la intencion que llevaban sus padres de dexarlo solo ; pues habiendo callado hasta entonces, prorrumpió en llanto tan recio al ver

que le volvian la espalda, que titubeó la constante ternura de Leocadia.

Eusebio, que quiso estar presente á la separacion, viendo que iba á ceder el materno cariño, cruza el brazo por la cintura de Leocadia, y mas con tiernas persuasiones, que con la fuerza, logra arrancarla del quarto, cierra la puerta, y se encamina al suyo, donde el afan que aquexaba al corazon materno por el llanto del hijo, y por su desamparo, tardó poco á ceder á la fuerza del sueño de que estaba falta, no habiendo dormido algunas noches antecedentes.

Amanecido apenas el siguiente dia, levantóse Leocadia para ir á ver al abandonado Henriquito á quien encontró dormido. Volvió á dar á Eusebio esta alegre noticia, y motivo con ella de complacerse en la tomada resolucion. Luego que se despertó el niño, acudió la alborozada madre para darle el pecho, haciendose suma violencia para no besarlo ni acariciarlo como antes solia. Acababa de prometer á Eusebio de no hacerlo, y dexarlo solo luego que le hubiese dado el pecho, y asi lo cumplió á pesar del llanto del niño. De esta manera se fueron agotando poco á poco sus lloros, por lo mismo que conocia que no era oido ni atendido.

¿Qué hacen los niños en los brazos de sus madres, ó de sus amas? Tenerlas ociosas todo el dia, y contraer sus defectuosos exemplos. ¿Pero los niños han de estar siempre tendidos en la cuna? Eusebio, para precaver uno y otro, mandó hacer un asiento cómodo en que podia mover libremente pies y brazos, y desocuparse sin suciedad, donde pasaba las horas del dia, fuera de los pocos ratos que lo tenia en sus brazos la cariñosa madre; ni veía á otras personas que sus padres. El mismo quarto que le destinaron no tenia ningun mueble; las paredes quedaban enteramente desnudas, donde Henriquito podia tender los ojos á su satisfaccion.

A poco tiempo de esta práctica, tan cómoda para los padres, aunque pueda parecer extravagante y austéra, experimentó Leocadia el efecto de las persuasiones de Eusebio. Quantas menos especies y objetos se imprimian en la fantasia de Henriquito, tantos menos afectos y deseos debian engendrar en su corazon. Su alma, acostumbrandose insensiblemente á aquella especie de desamparo, se amoldaba á la necesidad, al silencio, y á la quietud á que la sujetában. Pero de este modo el niño tardará á hablar, y se hará estúpido y alelado. Queda á cargo de sus

padres el que asi no sea, mientras trabajan en sufocar en su ánimo los sentimientos de imperio, de colera, y de obstinacion. Estos se manifiestan en los niños antes que puedan declararlos con los palabras; ni hablan sino al paso que se perfecciona la organizacion, y que se aclara su memoria y entendimiento, para recibir en ellos las especies, signos, y voces por medio de los sentidos.

Tenia motivo de complacerse Eusebio en el buen efecto de la condescendencia de Leocadia á las máxîmas de la crianza y educacion de su hijo. Como no ponian su felicidad en disipar sus corazones en los divertimientos, ni en sufrir las molestias é importunidades del trato, á falta de no saber que hacerse, habianse prevenido de antemano contra el ocio, dedicandose al trabajo, y al estudio de la sabiduria, que les fomentaban la dulce paz y tranquilidad en su nuevo estado, y ahora el pequeño Henrique les daba otra nueva ocupacion, interesante, y gustosa para el amor paterno que la mira como la mas propia y esencial como la miraba Eusebio, que estudiaba en amoldar su hijo á la virtud desde la cuna, impidiendo que se arraigasen en su ánimo los siniestros de las pasiones.

Una de las pruebas que quiso hacer Eu-

sebio, para ver qué efecto producia en su hijo el sistéma de crianza que habia comenzado á prácticar con él, fue el privarlo de repente de la luz del sol, y dexarlo á escuras, para ver si daba alguna muestra de resentimiento. Henriquito se hallaba ya colocado por su madre en el asiento junto á la cuna. Eusebio cierra las ventanas de un golpe, y sale con Leocadia del quarto, cuya puerta cerró tambien, y quedan junto á ella para ver si lloraba el niño. No oyendolo chistar, ponense á hablar recio, de modo que pudiésen ser oidos; pero Henriquito no bullia. Queria contentarse la madre con esta prueba. Eusebio insistió en diferirla por media hora, y se alejan del quarto.

Al tiempo prefixado, vuelven; se ponen á escuchar á la puerta, y no oyendolo resollar, entran otra vez en el quarto. Eusebio abre la ventana, y poniendo entrambos los ojos en su hijo, lo ven sonreirse con tan amable bondad y mansedumbre, que le hubieran dado mil besos sino se contuvieran, en fuerza de la ley que se impusieron de no acariciarlo por ninguna via. Holgóse Eusebio de esta experiencia, que le daba pruebas de la conformidad é indiferencia que manifestaba aquella tierna alma, asi al horror de las tinieblas,

como á la claridad de la luz ; sin que echase menos en la escuridad la presencia de objetos sensibles , ni aun la de sus mismos padres á quienes solo conocia.

Si con todo , oianlo llorar algunas veces; Leocadia acudia á desnudarlo , para ver si descubria la causa en sus carnes y pañales , ó á darle el pecho si lo queria. Si hecho esto , continuaba en llorar , sin verse señal de mal , ni causa de ello , en vez de detenerse para acallarlo con cariñosas demostraciones , lo dexaba llorar á solas á pesar de su tierno amor ; hasta que cansado el mismo , no teniendo ningun objeto que le fomentase el llanto , callaba. Del mismo modo se comportaban con él , quando comenzaron á despuntarle los dientes , cuya violenta erupcion , causando dolor á los niños , los tiene comunmente mal humorados y llorones. Henriquito hasta entonces no habia llevado ningun dige. Un sequillito de masa , sin azucar , que le ponia la madre en la mano , era entonces su solo entretenimiento , y alivio del denticio ; cuyo prurito templaba la dureza de la masa cocida , ablandada de la saliva , sin daño de las encias ; facilitando al mismo tiempo el despunte.

La naturaleza da al hombre los dientes

para mascar ; con ellos parece que indica el tiempo de destetar á los niños. Para entonces reservaba Eusebio otro sistéma de crianza á su hijo , que era apartarlo de sus padres , y enviarlo á criar al campo , cuyos ayres mas puros fortaleciesen su salud , y en donde sus sentidos , lejos de los exemplos , é imagenes de la riqueza y de las comodidades , se acostumbrasen á la sencilléz y libertad campesina, y á su frugalidad. Habia significado Eusebio sus intenciones á Leocadia , la qual no pareció desaprobarlas. Pero quando llegó el tiempo de ponerlas en execucion , no sabia, ni podia resolverse á ello. ¿ Privarse de su hijo para enviarlo al campo , encomendado á una labradora, cuyo cuidado se ceñiria al que pudiera tener la misma de sus hijos , á quienes dexan crecer al sol , y arrastrar por el suelo ?

¿ Qué costumbres y modales aprenderia el niño con el exemplo de los otros hijos de los labradores ? Como ellos se haria rústico y atezado , y desconoceria á sus padres , despues de tantos esmeros y cuidados empleados en su crianza. Estas, y otras semejantes , eran las quexas de Leocadia con que ella se oponia á la resolucion de Eusebio , de enviar á criar al campo á su hijo. Pero como Eusebio

no queria conseguir cosa ninguna de ella con el imperio, y con la autoridad, sino con la persuasion, le habló de esta manera.

Siempre temí, Leocadia, que la determinacion de enviar al campo al niño os habia de parecer estravagante, y que repugnariais á ella, como repugnabais al método de tener alejado al mismo de nuestro quarto y presencia. Mas no podeis negar el manifiesto fruto que sacamos; yo de mi persuasion, vos del vencimiento de vuestro amor, condescendiendo á un método y sistéma de crianza, que os parecia entonces mas estravagante tal vez, que el que ahora os propongo de enviarlo al campo. Asi en aquel, como en éste, si hubiera de haber consultado á mi amor y cariño, sus votos hubieran sido contrarios. Privarse de lo que ama, cuesta al corazon, mucho mas al paterno, cuyos deseos y afectos parece que autoriza por todas vias la naturaleza.

Por esto no me maravillo que haya tantos padres, que engañados de las razones de su afecto, sean tan condescendientes y faciles para con sus hijos, hasta fomentar sus mas ridículos caprichos y pasiones. Podeis imaginaros si amo á par de vos al niño. Mas este mismo amor fuera vicioso, si en vez de mirar

por su bien, atendiera solo á complacerme á mí, y á satisfacer á mi contento en daño del mismo.

LEOC. ¿Pero con todas vuestras luces, qué daños podeis descubrir en continuar á criarlo en casa? Ni qué bienes se le pueden seguir haciendolo criar en el campo?

EUS. Sabeis, Leocadia, que no me regulo por antojo. Qualesquiera que sean mis luces, en tanto me dexo regir de ellas, en quanto me muestran la virtud, por regla y toque de mi obrar: fundando en ella mis máximas, me prometo de caminar seguro. Como coloco mi mayor bien y dicha en la virtud, como la colocan todos los sabios, asi creo, que no puedo dexar mayor bien al niño que la misma; mas no se la podré dexar si por todas vias no impido que nazcan en su corazon los estorvos de las pasiones que hacen dificil su adquisicion. Este fue el motivo, porque os aconsejé á dexarlo en el aparente abandono en que hasta ahora los hemos tenido. Mas ahora, no haciendose ya necesaria vuestra asistencia, habiendolo destetado, ni sufriendo tampoco su creciente edad esa prision á que obligamos su muda infancia, debemos temer que se pierda el fruto que conseguimos de su estrecha reclusion.

Salido de ella, debe ver los criados, debe ser manejado de los mismos. A poco tiempo conocerá, que le son criados, que se emplean en servirlo; ni se holgará de ser solo servido, sino que tambien querrá que lo sirvan, y los mandará con imperio, quando no con las palabras, con las señas y con los gritos. Ved aqui el primer origen de la vanidad y de la soberbia. Dado con todo caso, que su alma, amoldada á la paciencia y mansedumbre á que lo acostumbrámos, no manifieste, ó tarde á manifestar tales sentimientos, verá necesariamente mil objetos que le excitarán otros tantos deseos y antojos, que querrá le sean satisfechos; conocerá por ellos, á lo menos, que nació en el seno de la riqueza y abundancia, las quales le engendrarán aborrecimiento, y desprecio de la pobreza, ó le fomentarán una oculta satisfaccion, origen de la altivez que le hará ver, que puede pasar sin trabajo de sus manos, y sin sudores en una vida holgada.

Por mas que demos instrucciones á los criados sobre el modo de comportarse con él, no será posible evitar mil condescendencias y facilidades por parte de los mismos, á fin de contentarlo, ó de complacerlo en cosas, que siendo opuestas á nuestra voluntad y desig-

nios, le grangearán la perniciosa confianza de aquellos, y el odioso recelo de sus padres, á quienes perderá la ternura del afecto; y en vez de ella los mirará con temor. Este no tardará á despertar la malicia, que le enseñará la fraude y la trampa, engendradoras de mil siniestros afectos, y de la ruindad del corazon; y si llega á este estado, perdimos el fruto de tantos esmeros, y el niño el de su educacion. Vanos serán entonces los mas santos consejos; la despierta malicia no cierra ya mas los ojos en el corazon del hombre.

Ved porque son tan raros los padres que tengan la fortuna de complacerse en la bondad, y en las buenas inclinaciones de sus hijos. Abandonan su infancia al choque contínuo de los exemplos y objetos, que tuercen su genio y sentimientos, esperando que sean ya crecidos para enderezarlos. Entonces se quexan y maldicen, no de su descuido y de sus condescendencias, sino de la dureza que no pueden ablandar con riegos tardios; ni enderezar con la fuerza de las máximas mas sagradas. Tanto importa, Leocadia, la educion de la infancia. Los niños tiernos no son susceptibles de doctrina, ni de consejos. Tampoco debe ser esta su educacion: no se trata entonces de encaminarlos al bien que no co-

nocen, ni pueden conocer; mas bien sí de alejar de ellos el mal que pueden contraer, y que indefectiblemente contraen sin las precauciones que nosotros tomamos, y sin la nueva que deseára tomar de enviarlo al campo.

Para persuadiros de la utilidad de este método de educacion, no basta que os haya dado una corta idea de los daños que se le pueden seguir de tenerlo en casa, si no os hago tambien ver el provecho que le puede redundar de alejarlo de ella, y de tenerlo en el campo. Este, Leocadia, es el primer asiento del hombre. La naturaleza no edificó ciudades, donde los hombres, reducidos en sociedad, se apartaron de sus primitivas leyes, y estragaron su ser. A fuerza de pulirse se corrompieron. Sus mejores instituciones, no hicieron sino avivar mas sus pasiones que engendraron todos los vicios. Lejos de encontrar la dicha en el concurso y afluencia de sus semejantes, agravaron sus males y desazones. Las riquezas mismas acrecentaron su pobreza, y sirvieron de preciosas cadenas á su esclavitud, así publica como privada.

A la primitiva simplicidad y llaneza, que se ceñia á los bienes que el campo producia, substituyeron la codicia, y la ambi-

cion, que les acarrearon toda especie de calamidades. Los pueblos quisieron dilatar su imperio y señorío con las armas; los particulares levantarse sobre los demas con la fuerza, y quando no, con la pretension. Huyó la paz, y la tranquilidad de la tierra, y de los corazones de los mortales, hechos juguetes de los caprichos de sus Príncipes, y mucho mas de los estragados sentimientos de sus turbulentas pasiones, que los hacen tanto mas infelices, quanto mas aspiran á su imaginaria felicidad.

En medio de sus vanas ansias, aunque reputan ilusion la edad dorada, sonrien sus almas, aquexadas de sus engañosos deseos, á la deliciosa imagen de aquella dichosa vida, que les traza la que llevan los habitadores de los campos: mas si estos, corrompidos tambien de los exemplos de las ciudades, no la verifican, ¿quién duda que pueda el sabio hacer real y verdadera esta dichosa vida? ¿Qué se hallará tanto mas gustoso y contento en ella, aquel á quien acostumbren á llevarla desde la infancia?

A pesar de los alicientes, é incentivos del luxo y de la vanidad, ¿quién hay, que desde el seno de sus riquezas y comodidades, y desde las macizas torres de sus palacios, no

vuelva con suave complacencia los ojos á la frondosidad de los campos? que no sienta alborozarse su alma á vista de su amenidad y verdura? que no envidie aquellos que disfrutan sin zozobras y cuidados la paz que reyna entre sus deliciosas sombras? Parece que la tierra lo convida con su quieto y placido silencio para que vaya á gozar los bienes que ella dió á probar al hombre inocente, y que le promete reservarle á él, en caso que la fortuna lo derribe del dorado asiento, en que el luxo, la ambicion, y las riquezas le hacen preferir una vida turbulenta, á la dulce y tranquila que ella le daria, si supiese apreciarla.

Estos, direis que son bienes sobrado generales para que puedan convenir al niño: pero establecida esta utilidad general, vengamos á las particulares, y que tocan á la crianza de Henriquito. No quiero poner, en primer lugar, las molestias, afanes, y cuidados de que nos libramos teniendolo en el campo. Nuestro amor y ternura, no reputando tales nuestras principales obligaciones, desdeñaria evitarlas con tan desnaturado expediente. Mas este muda de especie, dandole, no solamente un util fin, sino tambien costando el sacrificio de nuestro amor, que

en vez de querer exîmirse de los desvelos y afanes de la crianza del niño, abrazaria con gusto otros mayores, como lo manifiesta la repugnancia que teneis en condescender con lo que os propongo.

LEOC. Es así, Eusebio; y dificilmente lo recavaréis de mi voluntad: no puedo inducirme á ello.

EUS. Pues yo no veo otro arbitrio para prevenir las siniestras inclinaciones y sentimientos del niño, y para disponer su ánimo á la virtud. Mas puesto que haya de costar tanto vuestra condescendencia desistiré de mi empeño. Nada quiero recavar de mi esposa con imperio, ni usar de los derechos de mi autoridad, á costa de vuestro manifiesto disgusto. Sufrid solo, amada Leocádia, que insinue algunos de los bienes que le pueden redundar al niño, por acostumbrar sus primeros años á la vida campesina. Si vista la patente utilidad, persistis en vuestra declarada oposicion, rendiré á ella mi juicio: reputaré mi método ridículo, y como tal lo abandonaré; ni se hablará mas de la materia: tendreis á Henriquito en casa.

LEOC. Siempre me toca ceder á vuestra generosa bondad, Eusebio: con ella prevenis de tal modo mi repugnancia, que le qui-

tais la mayor parte del sentimiento: ni dudo que rendireis enteramente mi amor si lo convenceis con el provecho del niño, que comienza á preponderar en mi pecho, en cotejo de la complacencia que tendria de criarlo por mí misma en casa.

EUS. Volveré pues á tomar el hilo del discurso que comencé, quando no quise poner en el primer lugar de los bienes que se le seguirian al niño por criarlo en el campo, el de los cuidados y afanes de que nos exêntariamos, teniendolo lejos de nuestros ojos. Oisteis, que este motivo perdia de su odiosidad, dirigiendolo al provecho del niño, y sacrificandole la complacencia que tendriamos de criarlo á nuestra vista. Añadid á esto la mayor robustez y vigor que adquirirá su complexîon y su salud creciendo al ayre libre y sano del campo; la mayor soltura y denuedo de sus miembros, moviendose á su grado, y tomando todas las posturas que se le antojen; sea en el duro suelo, ó sobre la mullida hierba, sin que se lo estorven los delicados temores de sus padres, ni el rico ó aseado vestido; acostumbrandose al pobre sayo del labrador, y á sus sencillos manjares.

De aqui se le seguirá, que su alma no concebirá ninguna idea de luxo, de ostenta-

cion, y de grandeza, ni los deseos de hacer alarde de ella si le falta; ni la vanidad y altivez que le engendrará, si conoce que se halla en ella. Tales sentimientos, una vez nacidos en el corazon, crecen, y sojuzgan al alma toda la vida, y son el contínuo tormento interior del hombre, hora se dexe llevar de ellos, hora quiera tenerlos en freno, y combatirlos. Verdad es, que aunque el niño pase su edad pueril en el campo, sentirá tal vez aquellos mismos afectos, luego que se presenten á sus ojos los exemplos de la sociedad que los producen; pero podrá tal vez no sentirlos, imprimiendo antes en su mente las máxîmas de la moderacion, de la modestia, y de la templanza, luego que su alma esté en estado de recibirlas. Si con todo eso la ambicion y vanidad acometiesen su ánimo, harán en él mucha menor impresion, y prevenido de los consejos de la sabiduria, podrá sobreponerse á ellas, y mirarlas con desprecio.

La primera leccion que reciben los niños, y la mas endeleble, no es la que oyen de la boca de sus padres y maestros, sino de las cosas materiales y visibles que se imprimen por sus ojos en el ánimo. Ni esta leccion la reciben en lo bueno, sino en lo ma-

lo. Los exemplos de la virtud son sobrado humildes y modestos para que atraigan á sus ojos. Los de la ambicion y vanidad, son de sobrado esplendor, para que dexen de hacer viva impresion en los mismos. Conviene pues quitarselos de delante; mas como esto es imposible, é impracticable en las ciudades, y en las mismas casas paternas, se consigue facilmente enviandolos á criar al campo, donde á mas de no tener exemplos que los irriten, contraen tambien insensiblemente la modestia y la moderacion, que manifiestan en su exterior inocente y encogido, que un ciudadano altivo y desvanecido podrá llamar estúpido, pero que no lo será, luego que una instruccion sabia llegue á tiempo de corregir tales defectos.

Esto me trae á la memoria las otras objeciones que me hicisteis contra la crianza de que trato; es á saber, que el niño contraeria las rústicas costumbres de los labradores, que se volveria atezado, y que desconoceria á sus padres. Mas yo no pretendo que el niño sea toda su vida labrador, sino que lo sea hasta su mocedad, y hasta que haya aprendido la labranza. Esta debiera ser el empleo de todos los hombres; ella será el primero de nuestro hijo, como el campo será su primera es-

cuela. Salga ninguno, y muestre si hay colegio ó seminario en la tierra mas util y provechoso para el hombre: en él no aprenderá á la verdad las fútiles artes y ciencias que en aquellos se enseñan, pero tampoco se le pegarán los mas funestos vicios de la juventud. Ni se le instruirá en atiesar las piernas, para que sepa formar con ellas bayles caballerescos. ¿Al sabio, qué le importan todas esas ridículas instituciones? se avergonzára exercitarlas.

Pero sabrá el arte mas esencial, de cuyo respetable exercicio se gloriaban los mas ilustres Consules romanos, y desde el comenzado sulco, desdeñara aceptar el oro de Pirro, y las insignias del consulado. Con él aprenderá á mirar con igual indiferencia los favores y reveses de la fortuna, á quien podrá decir desde el árbol que poda, ó desde el frutal que ingiere: „ nada tienes ya que ver conmi-
„ go, ó fortuna; me sobrepuse á tus capri-
„ chos é inconstancia; tengo asegurada mi sub-
„ sistencia. A qualquiera parte de la tierra
„ que se te antoje arrojarme; donde quiera ha-
„ llarán mis robustos brazos seguro y honesto empleo, sin que necesite de abatirme á
„ viles ruegos ante tus estatuas, mendigando
„ tus favores, y mucho menos los de aque-

„ llos á quienes levantas. Hizome la virtud „ superior á todos ellos, y la labranza á todos „ sus honores y pasadas glorias.“

¿ Qué importa entonces, Leocadia, que salga nuestro Henrique atezado del campo en que se crió? Las mugeres pueden poner aprecio á la blancura del rostro; ¿ pero quién estima al hombre por el color? Generalmente los Españoles son atezados; tales á lo menos los creen los otros Europeos; ¿ son por eso menos apreciados que los blancos Alemanes? ¿ Quántos hijos de grandes nacen y crecen atezados, sin haber visto el campo, aunque los defiendan del ayre y de los soles en dorados escaparates? Veréis á muchos labradores mas blancos que muchos otros ciudadanos que no manejaron jamas arado. Podrá tal vez Henrique verificar, sin tan gran daño vuestros temores; pero puede tambien desmentirlos, como hará tambien vano el otro temor que fomentais de que desconozca á sus padres.

Ningun niño ama á sus padres, porque le son padres. Para ello debiera tener conocimiento que le son tales. Pero los niños, ni lo tienen, ni pueden tenerlo. Aman á la madre porque les dá el pecho, como aman á las amas que se lo dán. Solo forman aprecio á la

asistencia que les prestan, y á las caricias que les hacen, aunque las reciban de estraños; ninguna idea tienen de la paternidad. No por eso amarán y respetarán menos á los que le dieron el ser, por mas que no los vean ni reconozcan, sino adultos y crecidos. Tal vez entonces los aman y respetan con mas intenso respeto y amor, porque la naturaleza imprime de un golpe en su ánimo y conocimiento toda la fuerza de su obligacion; como tambien, porque no habiendose familiarizado con sus padres desde niños, ni salido con sus antojos, por efecto de la paterna condescendencia, no tienen motivo de altivez y de arrogancia para despreciarlos y desatenderlos, como los desatienden y desprecian los hijos mal criados y protervos.

¿Debió respetar y amar menos el hijo de Metope á su real madre, quando solo supo que lo era debaxo de la segur, con que la misma sin conocerlo iba á sacrificarlo? Quántos casos semejantes nos ofrecen las historias? Ninguno de ellos habremos de renovar en Henriquito; podreis ir á verlo quando querais, y complaceros con su vista; pues hago cuenta de darlo á criar á Isabel Humbels en la nueva granja vecina á Filadelfia.

LEOC. Si es así, no me queda ya motivo

para oponerme á vuestra determinacion, podeis enviarlo quando querais; me prometo que Isabel Humbels tendrá de él todo el cuidado, y lo tratará con amor.

EUS. Lo enviára mañana mismo, sino deseára prevenir el temible efecto de las viruelas, ahora que se halla sano y con salud robusta, antes que le vengan malignas y complicadas con otros males, haciendoselas tomar de otro niño que las tenga benignas.

LEOC. No, Eusebio, dexemos obrar á la naturaleza; no tengo valor para ello.

EUS. ¿De dónde sacais que las viruelas es mal de la naturaleza? Los Americanos jamas las conocieron, antes que llegasen los Europeos. Tal contagio es tambien nuevo en la misma Europa, aunque se ignore su origen. La naturaleza no fue tan cruel con los hombres. Estos se acrecentaron sus males y calamidades. Puesto pues que las viruelas son ya indispensables, vale mas prevenirlas que esperarlas. Previniendolas, podemos asegurarnos de su calidad; no asi, si las esperamos; porque las puede contraer malignas y mortales, en año en que suelen ser tales por contagio; ó pueden procederle de otro mal, que tenga debilitada su salud y complexîon, y hacer en ella mayor estrago.

LEOC. ¿ Mas cómo lo quereis hacer ?

EUS. Haciendolo estar y dormir con otro niño que las tenga benignas. No será dificil encontrarlo en Filadelfia.

Leocadia , persuàdida tambien de esto , vino bien en ello. Se encontró el niño , hijo de un artesano pobre , á quien Eusebio agradeció generosamente el favor de enviarle su hijo á casa para que Henriquito contraxese sus viruelas : lo que sucedió felizmente con satisfaccion de los padres , y en especial de Leocadia , que complacida del suceso , probó menor sentimiento en desprenderse de su amado Henriquito , ya casi enteramente sano para satisfacer á la declarada voluntad que le habia manifestado su marido de enviarlo al campo para que en él se criase , como se efectuó , aunque no sin lágrimas de la tierna madre en su separacion , despues que lo llevó ella misma , y se lo dexó encomendado á la buena Isabel Humbels , á quien Eusebio dió sus instrucciones , conformes á sus virtuosas miras y sentimientos.

LIBRO QUARTO.

DE esta manera formaba Eusebio nuevos lazos al amor de su dulce esposa, sirviendose de sus mismas oposiciones, que son las que rompen mas presto la confianza y cariño en los casados. Los ardientes transportes de la pasion se habian apagado y consumido; pero la virtud habiala transformado en entrañable y placida ternura, que regalaba sus corazones, y uniformaba sus voluntades y sentimientos, y Henriquito hacia mas íntima y estrecha su mutua confianza y los esmeros de su cariño, dandoles á probar mayor gozo, y contento en su dichoso casamiento. Pero la suerte que les envidiaba tan pura felicidad, quiso privarlos de ella, y exponerlos á funestos desastres y trabajos, valiendose para ello del pleito que todavia no se habia decidido.

Llegaron finalmente cartas de España á Eusebio, en que le hacia su agente vivas instancias para que volviese á S... y se maneja-

se en ella, ó con sus poderosos amigos en la capital, sino queria perder el pleito, antes por desidia y negligencia, que por falta de razon y derecho. Ser este el consejo que le daban sus Abogados, y el expediente mas poderoso para ganarlo. A estas añadia otras razones, en fuerza de las quales Eusebio determinó emprender de nuevo aquel largo viage, haciendo este sacrificio á los derechos que debia conservar á su hijo á la herencia de sus mayores. Leocadia quiso acompañarlo desde luego, aunque fuese á las estremidades de la tierra. La resolucion de criar á Henriquito en el campo, y de tenerlo ya en él, no ponia estorvo á su partida; y Eusebio sentia menor repugnancia en emprender aquella nueva navegacion en compañia de su adorable esposa.

Todo el mayor sentimiento quedaba para Henrique Myden, que temia perder para siempre á sus dulces hijos, y no volvér á verlos en su edad avanzada. Hubiera tambien él deseado ceder los derechos de la herencia, á quien se los contrastaba, sino se lo prohibieran las justas miras que debia á Henriquito. Resuelto ya el viage, esperaban se proporcionase ocasion de embarco para pasár á España. Taydor, y una doncella llamada Clari-

se, eran los solos criados que debian llevar consigo. Gil Altano se hallaba en cama, en que lo tenia postrado una apostema en la pierna, llorando, no del dolor del mal, sino de sentimiento por no poder acompañar á su señor Don Eusebio.

Luego que supieron que habia en Boston una fragata que pasaba á Lisboa, resolvieron ir á aquel puerto para embarcarse en ella. Executaronlo despues de la tierna despedida de sus padres en Salem, y de su hijo en la granja, á donde lo habian enviado á criar; y despues de haber hecho lo mismo con su amado padre Henrique Myden, que no sabia desprenderse de sus brazos. Salidos del Delavare, mostroseles propicio el tiempo. Aunque siguieron algunas calmas, llegaron á tiempo de poderse embarcar en la fragata que los esperaba.

Este viage fue infelicisimo, casi siempre contrariado de los vientos, que parecian quererles impedir la llegada á España. Conjuraronse, especialmente con tal furor, ya casi á vista de las costas de Portugal, que Eusebio llegó á temer el naufragio. Leocadia medio muerta en sus brazos, lo creía inevitable, pasandole el corazon cada golpe que descargaba en la embarcacion la saña de las

olas, invocando de contínuo al cielo para que le conservase á su amado marido, de quien estaba fuertemente asida, y para que le dexase rever á su inocente hijo, á quien habia dexado en la América.

A pesar del horror de la temida muerte en el evidente peligro de que Eusebio creía no poder escapar, templaba sus congojas la ternura y confianza que le infundia el ardor del afecto de su amada Leocadia, y las vivas expresiones que le arrancaba el amor de su palpitante pecho, entre los silbidos de los vientos, y contínua batida de las olas. Aunque por una parte se le hacia dolorosisima la pérdida de tan amable esposa, por otra acomodando su ánimo á la necesidad y á las disposiciones del cielo, le parecia hallar alguna especie de dulce satisfaccion en perecer abrazado con ella, por mas que le agravasen el horror, el llanto, y la desesperacion de los marineros, especialmente en las tinieblas de la sobrevenida noche.

En ella, habiendo perdido el trinquete la embarcacion, obligó al Capitan á dar la popa á la tempestad, y á dexarse llevar á grado de los vientos, que los pusieron á la altura de Cadiz. Eusebio, informado de esto, rogó al Capitan que lo desembarcase en aquel

puerto, ofreciendose á pagar todos los gastos del ancorage. El Capitan aceptó inmediatamente la oferta, y surgió en aquella baía, tres meses despues que salieron de Boston. El consuelo que probaron Eusebio y Leocadia viendose llegados salvos, fue igual á los temores y angustias que habian sufrido en el peligro; bien agenos de poderse imaginar, que la suerte contraria los esperase puesta en asechanza, sirviendose tal vez de los vientos y de la tempestad para atraerlos á aquel lugar, en que su rencor les tenia prevenida la ocasion para trabajarlos con la mayor desgracia.

¿Quién hay, que en la estraña combinacion de accidentes, que á las veces concurren para levantar, ó para oprimir á los hombres, no admire la mano de la Providencia, ó sus inescrutables permisiones? Sirvese ella por ventura de tales accidentes para dar manifiesta prueba de su vigilancia, y eternas miras á la incredulidad de los mortales?

Aquexados de tan larga y contraria navegacion, desembarcaron inmediatamente Eusebio y Leocadia, dirigiendose á uno de los mesones de aquella ciudad, donde querian descansar antes de emprender el viage á S... Al otro dia que se hallaban en aquella posa-

da, al tiempo que iban á salir de ella para ver la ciudad, encontraronse con un mozo muy apuesto que entraba en ella, y que era huesped en la misma de algunos dias atrás. Su presencia y apostura llamó la atencion de Eusebio, que aunque de paso, le pareció notar en él alguna semejanza con Leocadia. Esta al verlo tambien, sintió excitarse en su interior un afecto inocente y tierno, mezclado de un impulso, que parecia decirle, que aquel mozo podia tal vez ser su perdido hermano.

Esta ocurrencia se le avivó tanto, que no pudo dexar de comunicarsela á Eusebio, preguntandole, si se acordaba de lo que le habia dicho su padre el dia antes de su casamiento, de un hijo què tuvo, y que le habian robado unos gitanos, segun se decia, sin haberlo podido recobrar, á pesar de sus muchas diligencias. Respondiole Eusebio, que si se acordaba; y que la vista del mozo le habia suscitado la misma especie, notando en él alguna semejanza de facciones con las suyas. Que aunque su porte no mostraba que fuese hijo perdido, y sin padre, pero que sin embargo las combinaciones eran á las veces tan estrañas, que pudiera ser muy bien su hermano como sospechaban; mucho mas

haciendole traycion su fisonomía.

Fomentada su curiosidad con este discurso, resolvieron volver al meson quanto antes para certificarse de ello, en caso que aquel mozo se hallase en él pasagero, segun parecia. Llegados á la posada, llaman á la mesonera para preguntarselo. Eusebio le dá las señas del mozo, en fuerza de las quales respondió ser hijo de un caballero de S... llamado Don Felipe R... Secretario de la Inquisicion, que hacia algunos dias que se hallaba en Cadiz, y en aquel meson. Eusebio y Leocadia, oido el apellido del mozo, y que era caballero de S... sienten desvanecerseles todas las concebidas esperanzas, atribuyendo á mero accidente la semejanza que habia reconocido Eusebio, y el movimiento de propension que Leocadia habia sentido para con él.

No hubieran insistido mas en esta especie, si el mismo mozo no les avivára las sospechas nacidas luego que lo volvieron á ver, parandolos él cortesmente en el zaguan para darles la bien venida, y para ofrecerles sus servicios. Con el motivo de detenerse para recibir y agradecer el cumplido que les hacia, pudo Eusebio cotejar mejor sus facciones con las de Leocadia: y aunque miradas

de cerca, no le parecian llevar tan grande semejanza como juzgó el dia antecedente, pero el ayre de su afable sonrisa, y el temple del semblante, y en especial los ojos, lo hubierán confirmado en las sospechas de ser el hermano de Leocadia, sino las destruyera su apellido y condicion, segun les habia asegurado la mesonera.

Mas la naturaleza que se expresaba en el corazon de Leocadia, y en el del mismo mozo, aunque con muy diversos afectos, hacia la obrar en ella de modo, como si de hecho fuera aquel joven caballero su perdido hermano; y á éste, como si Leocadia fuese la muger que sobre todas lo hubiese prendado. Correspondia ella con una inocente propension de alma y de genio, y con agradecimiento tan afectuoso á las expresiones que el mozo les hacia, que á pesar del recato y modestia con que ella se las agradecia, acabó de encender en el corazon del mismo la llama que concibió á vista de las gracias y hermosura de Leocadia la primera vez que se encontró con ella.

Ni fue sola casualidad el verse la segunda vez en el zaguan del meson. Don Felipe sumamente prendado del gracioso talle de Leocadia, procuró luego informarse de Tay-

dor, quienes eran sus amos, de dónde venian, y adónde iban. Sabiendo que eran Españoles, y no Ingleses, como le habian parecido al trage, y que iban á S. . , buscó la ocasion para introducirse con ellos, con fin de poder hablar y tratar á Leocadia, como ardientemente deseaba. Para disimular mas sus intenciones, esperó á la puerta del meson que baxasen, para hacerse encontradizo y abordarles, como si fuese accidental el lance que llevaba estudiado; y que solo lo notó Taydor habiendolo visto esperar tanto.

De aqui tomó origen el funesto accidente que á todos esperaba; por quanto aquel joven caballero, cegado del amor que concibió por Leocadia, llegó á persuadirse, que aquella propension y demostraciones de afecto que ella le daba, eran manifiestas señales de apasionada correspondencia, y de voluntad rendida. Lo que bastó para inflamar su loca pasion, persuadido que Leocadia se habia enamorado de su hermosa presencia y garbo; dando en el freqüente engaño de muchos presumidos, que se imaginan ser los cupidillos de aquellas, que siendo naturalmente afables y corteses, se las representan amarteladas de prendas en que tal vez no advierten. ¡Quán diferentes y opuestos eran los

sentimientos de la honesta Leocadia, á las necias lisonjas del mozo enamorado.

Aunque Eusebio y Leocadia no se detuvieron con él sino el tiempo que requeria la conveniencia para agradecer la cortesia, á quien con tan generosos modos se la vendia, bastó para que Leocadia concibiese de nuevo mayor ternura para con él, acordandosele á su vista y habla que podia ser su perdido hermano, como se lo dixo otra vez á Eusebio luego que salieron del meson, sin ocultarle la propension que por él sentia. Eusebio le respondió:

EUS. Casi igual sentimiento ha excitado en mi corazon. Sin duda debe ser efecto de las previas ideas que nos dió la confesion de vuestro padre sobre su robado hijo. Os aseguro, Leocadia, que el gozo que tuviera en su descubrimiento y hallazgo, no padeceria menoscabo, á pesar de la herencia de vuestro padre, que vos y yo perdieramos, si de hecho fuera hermano vuestro.

LEOC. No necesito, Eusebio, de protestas para creerlo. ¡Sois tan bueno!

EUS. ¿Pero creeis que este desinterés procede solo de bondad de corazon?

LEOC. Bien veo, que procede tambien

de un gran despego de las riquezas; no es sino nuevo motivo, que me haceis advertir, para estimaros mucho mas.

EUS. ¿No pudiera proceder tambien de que os amo mucho mas que todas las riquezas de la tierra? La herencia de vuestro padre, no me dará ciertamente mas puro gozo, que el que me acaba de renovar la declaracion de vuestra estima. Esto tengo que agradecer al encuentro de ese caballero, cuyo nombre y apellido no pueden destruir en mi imaginacion las concebidas sospechas de la hermandad; me ocurre que pueden ser fingidos.

LEOC. No lo hubiera asegurado la mesonera, ni nombrado su empleo de Secretario de la Inquisicion.

EUS. Estamos en lo mismo; todo eso puede ser muy bien fingido, y dado á entender á la mesonera, cuyo dicho no debe bastar para confirmarnos en la verdad. Podremos enterarnos del mismo; pues tal vez una circunstancia de su niñez, de su educacion, del modo como se explique, podrá darnos luz para descubrirlo, ó disipará enteramente las sospechas que nos infundió su presencia y semejanza.

La entrada en una de las Iglesias que

iban á ver, interrumpió este discurso sobre el supuesto hermano: el qual fomentaba entretanto su encendida pasion, ensayando medios y ocasiones en su fantasia ardiente, para poderse internar en la amistad de aquellos forasteros, y ganarse enteramente el amor de Leocadia; cuyas tiernas gracias y perfecciones habia ya devorado de cerca con los ojos en el corto momento en que los paró para darles la bien venida. Culpaba ahora su cortedad por no haberles desde luego ofrecido su mesa: luego echaba de ver, que no competia tal oferta á la calidad que manifestaban aquellos huespedes: de alli á un instante las lisonjas de su amor le allanaban todos los obstáculos, y le hacian sacudir todos los reparos.

Inducido de ellas, se encaminaba á dar orden al mesonero para que dispusiese á su cuenta la comida; volvia luego atrás, contenido de la reflexîon de no haber pasado antes palabra con aquellos huespedes. Asi iba mudando medios y pensamientos, segun fluctuaba su corazon, combatido de sus amorosos sentimientos y de sus engañadas lisonjas; tan ageno de imaginarse, que Leocadia pudiese ser hermana suya, quanto ella de temer que el mozo acechase á su honestidad.

Siendo ya tarde y hora de la comida, resolvió ponerse á pasear delante del quarto que Eusebio y Leocadia ocupaban, para travar conversacion luego que llegasen, contando los instantes de su tardanza. Llegan finalmente. Los oye subir la escalera, apresura el paso para ponerseles á tiro: dá con ellos, y haciendose esfuerzo para desanudar su voz, los saluda y les dice:

DON FELIPE. Bien venidos sean Vmds.

EUS. Muy bien hallado, señor Don Felipe.

LEOC. Para servir á Vmd.

D. FELIP. Sin duda deben venir Vmds. muy cansados.

EUS. El cansancio moderado es despertador del apetito.

D. FELIP. Tengo pues motivo de alegrarme de la cortedad en que quedé esta mañana, de no haber ofrecido á Vmds. mi pobre mesa.

EUS. Agradecemos á Vmd. una atencion que nos dá atrevimiento para hacer á Vmd. la misma oferta: sentimos bien sí el no haber previsto este apreciable lance.

D. FELIP. Apreciable lo es solo para mí, señor Don Eusebio.

LEOC. Toca pues á Vmd. señor Don Fe-

lipe comprobarlo con el hecho, dignandose aceptar una oferta, tanto mas sincéra y amigable, quanto mas agena de preparativo.

D. FELIP. A pesar de la honra, y de la suma complacencia que tuviera en aceptarla, debo ceñirme á agradecer á Vmd. mi señora Doña Leocadia, su atencion generosa.

LEOC. No hay aqui que agradecer: y si esos son solos cumplimientos, no dicen bien con la sincéra voluntad que los desecha.

D. FELIP. Puesto que Vmd. se empeña en honrarme, mi señora Doña Leocadia, condescenderé, con el pacto, que me permitan ir á dar orden al mesonero para que una mi comida á la que dispuso para Vmds.

EUS. Vmd. es dueño de hacer sobre ello lo que mas le agradare, pues el gusto no sufre ley.

D. FELIP. Perdonen Vmds. una familiaridad de que no me dispensa la delicadeza de mis sentimientos, y que autorizan las circunstancias de este precioso encuentro.

LEOC. Como Vmd. gustare, señor Don Felipe.

Este, á quien no le parecia verdad haberle salido tan bien su atrevimiento, y que de las corteses é ingenuas instancias que le hizo Leocadia, se confirmaba en las ideas de

su amor, fue volando en alas de su ufana pasion á prevenir al mesonero. Eusebio y Leocadia quedaron tambien no menos alborozados de que se les hubiese proporcionado tan presto la ocasion que deseaban, para verificar las sospechas que les acababa de avivar la oficiosidad de Don Felipe. Tardó poco á comparecer éste en el quarto, jubilando su alma por verse en la posesion de lo que deseaba, y al lado de Leocadia; irritando mucho mas á sus vanas lisonjas la propension que ella le manifestaba; pues fixaba en él mas ahincadamente sus hermosos ojos, esperando reconocer la hermandad en su fisonomía.

Los trabajos é incomodidades de su larga y penosa navegacion ocuparon sus discursos antes y despues de sentados á la mesa. Con este motivo, como Eusebio insinuase el motivo de su viage, que era el pleito que llevaba con su tio Don Gerónimo, hizo venir á Don Felipe en conocimiento de su persona, exclamando él al reconocerlo:

D. FELIP. ¿Cómo? Vmd. es Don Eusebio M...?

EUS. Para servir á Vmd.

D. FELIP. ¡Cómo sabré explicar la complacencia que pruébo en este felíz encuen-

tro! Cómo pudiera yo esperar esta fortuna! Lo es ciertamente para mí el reconocer accidentalmente á un caballero de las prendas de Vmd. En S... no se habla de otro; y veo ahora, que todos hacen justicia al merito de Vmd. acreedor á toda mi estimacion y aprecio.

EUS. Quando es la bondad la que juzga, siempre se sale con buen despacho.

D. FELIP. Quando mi ingenuidad llevase visos de adulacion, la voz general la desmintiera: nada quiero que deba Vmd. á mis sincéras expresiones. Antes bien para no ofender á su modestia, torceré la conversacion á una noticia que Vmd. seguramente ignora, si es así, que acaba de llegar de la América.

EUS. ¿Qué noticia es esa?

D. FELIP. Encontrará Vmd. Intendente en S... á su tio Don Gerónimo; hace un mes que se le confirió este empleo.

EUS. A la verdad es noticia que debiera interesarme.

LEOC. ¿Vmd. es de S... señor Don Felipe?

D. FELIP. Para lo que Vmd. quisiese mandarme, mi Señora Doña Leocadia.

LEOC. ¿Tiene Vmd. la fortuna de que le vivan sus padres?

D. FELIP. Mi madre hace dos años que

murió : mi padre vive todavia aunque muy accidentado.

LEOC. Parecerán tal vez á Vmd. algo impertinentes estas preguntas : perdone Vmd. la curiosidad ; pues la desgracia que padecen mis padres de haber perdido un hijo que tenian , me hace parecer indiscreta , representandoseme ese perdido hermano en todas las personas , en quienes veo , que concurren algunas circunstancias que pudieran convenir al perdido.

D. FELIP. ¿ Tengo la fortuna , que alguna de ellas concurra en mi exterior ?

LEOC. La edad , á lo menos , que Vmd. manifiesta pudiera ser la suya.

D. FELIP. ¿ Cómo lo perdieron los padres de Vmd. ?

LEOC. Se lo robaron al ama que lo criaba en su casa.

D. FELIP. Un hurto muy estraño es ese: no oí jamas igual.

EUS. No lo estrañe Vmd. Hallandome yo en Londres , sucedió otro semejante. Y en Francia oí otro sucedido en la ciudad de Dijon á un caballero principal , que algunos años despues de casado, habiendo logrado tener un hijo que mucho deseaba , quiso desahogar su excesivo gozo , enviando á bautizar

al tierno infante, adornado de muchas y preciosas joyas. De vuelta á casa, al tiempo que entraba en ella la comadre con el niño, acompañada de otras dos mugeres, se le presenta un caballero, tal á lo menos lo parecia á su rico trage, el qual le saca al niño de los brazos para besarlo, y teniendolo ya en los suyos, haciale mil caricias, y le decia mil tiernas expresiones, como si fuera cercano pariente, ó intimo amigo de la casa. Acabó de confirmar en esta opinion á la comadre el mismo caballero, que apretó escalera arriba con el niño en los brazos.

Con esta lisonja, la comadre que era muger algo gorda, no se dió gran priesa ni pena en llegar arriba, donde el padre esperaba con mil ansias á su hijo bautizado. Mas viendo á la comadre que llegaba sin él, le pregunta maravillado por el niño. Ella mucho mas maravillada, le dice: que un caballero se lo habia sacado de los brazos, y se habia subido con él. Buscan al caballero, preguntan por el caballero, el caballero no comparece, ninguno habia visto tal caballero. La casa tenia dos puertas: no tardaron á conocer con llanto y desesperacion, que el caballero que tomó al niño en la puerta principal, se habia salido con el hurto por el postigo.

D. FELIP. ¡Chistoso caso, sino lo acompañase el delito! ¿Pero los padres de Vmd. mi señora Doña Leocadia, no tuvieron á lo menos algun indicio del hurto de su hijo?

LEOC. Solas sospechas, que se lo robaron á la muger que lo criaba unos gitanos.

D. FELIP. ¿Hace mucho tiempo?

LEOC. Habrá como unos veinte y dos años.

D. FELIP. ¡Hé! La edad, ni mas ni menos me conviniera: pero como dixe á Vmd. tengo vivo á mi padre, aunque viejo y enfermo de dos meses á esta parte, y temo mucho de su vida. Alcanzo á lo menos la fortuna de parecer hermano de Vmd. aunque no sea sino en la edad.

LEOC. Fortuna hubiera sido la mia de poder reconocer á mi perdido hermano en un caballero de las prendas de Vmd.

D. FELIP. Lo poco que soy y valgo, queda enteramente consagrado al servicio de Vmd. mi señora Doña Leocadia: mi mayor fortuna fuera que Vmd. se dignase mandarme, y emplearme como á hermano, que entrañablemente la amára si lo fuera.

Esta expresion, acompañada de una mirada ardiente que le dió á hurto de Eusebio, en vez de dar que sospechar á Leocadia la

pasion que queria manifestarle Don Felipe, le avivó la idea de la hermandad, pareciendole, que aquella mirada era expresion de la naturaleza que hablaba con él, sin que lo conociese, como hablaba en ella la tierna propension, que no podian destruir en su opinion las noticias que Don Felipe le acababa de dar sobre sus padres. Pero el quedar convencido Eusebio de lo contrario, le hizo mudar conversacion, haciendo á Don Felipe algunas preguntas sobre sus antiguos amigos y conocidos, y especialmente, sobre su íntimo amigo Don Eugenio Arq. . .

Satisfizo Don Felipe á las preguntas de Eusebio; hasta que sorprendiendolos sobre mesa en tales discursos la hora del paseo, se ofreció Don Felipe á acompañarlos, para hacerles ver algunas cosas notables de la ciudad. Eusebio aceptó con agradecimiento la oferta de Don Felipe, que reía interiormente de la especie de la hermandad; la qual le habia servido de medio para llegar á cortejar á Leocadia, como lo hizo toda aquella tarde, en que buscaba de contínuo todas las ocasiones, en que podia merecerle con pasion los ojos, y manifestarle el amor ardiente que lo devoraba.

Llegó á conocer entonces Leocadia, que

aquellos ademanes no procedian de puro amor fraterno; mas la tenaz lisonja que se habia apoderado de su corazon, y la pureza de su ternura para con él, amortecian á los recelos y temores que le daban los ademanes, y miradas de Don Felipe; hasta que llegados de vuelta al meson, al tiempo que los dos subian la escalera, por haber quedado Eusebio en el zaguan, dando algunos órdenes á Taydor, no temiendo Don Felipe ser sorprendido, se atrevió á declarar abiertamente su pasion á Leocadia, apretandole la mano, y diciendole: ¡muero por vos, Doña Leocadia! qué divinas gracias! qué hermosura tan sublime! quán dichoso Don Eusebio en poseeros! quanto mas felíz fuera yo de ser vuestro a... que vuestro hermano!

Leocadia, que no habia conocido hasta entonces el trato, y que criada en la severidad de la modestia, no habia oido jamas tales soliloquios, aunque se turbó no poco de aquella declaracion, tuvo bastante presencia de ánimo y esfuerzo para retirar la mano que Don Felipe queria besarle, y la retira con ayrado rubor, diciendole: no creo haber dado motivo á Vmd. para tal libertad; si Vmd. no se reporta, me lo dará para negarme enteramente á su compañia. Una puñalada hu-

biera sido menos sensible en aquel lance á Don Felipe, que la severa expresion de Leocadia, y el tono resoluto con que la dixo, pasandole de parte á parte el corazon, que dexó cubierto de confusion y vergüenza.

Aunque quedó extático, turbado, y oprimido de aquel fiero reproche, sugiriole sin embargo en el mismo punto su ardiente amor desagraviar la ofendida deidad con el arrepentimiento, con que se prometia la victoria de aquella arrogante hermosura. Sobre la marcha, postrale una rodilla, y en afectuoso ademan le dice: perdone Vmd. el indiscreto transporte de una pasion... Leocadia, temiendo dar que sentir á su amado Eusebio, si sorprendia á Don Felipe en aquella postura, lo dexa con la expresion en los labios, y sube apresuradamente la escalera, despues que le dixo con despego; no me toca á mí sola perdonar una indiscrecion que no redunda solo en ofensa mia.

El amor no se desengaña facilmente. D. Felipe en vez de desistir de su intento, apresura al contrario el paso, diciendole: ¡ah, Doña Leocadia! Si supiera Vmd. la vehemencia de la pasion que me abrasa, compadeceria á lo menos una declaracion, que aunque atrevida é indiscreta, no llega á igualar

el incendio de donde nace. ¡ Cielos! ¿Es por ventura la naturaleza la que quiere darme á entender con una inclinacion tan violenta y tan fuerte que soy su hermano ? La naturaleza , responde de soslayo Leocadia , tuviera otro lenguage mas honesto y reportado, si quisiera manifestar lo que desmiente el proceder de Vmd. , y lo que tal vez hubiera yo creído , sino me acabára de desengañar enteramente de lo contrario.

Las pisadas de Eusebio, que subia la escalera , cortaron el discurso , y pusieron en embarazo á Leocadia , y á Don Felipe , que no sabian qué ayre tomar para disimularlo. Don Felipe cayó entonces en la puerilidad , de suplicar con ahinco sumiso á Leocadia, que nada dixese á su marido de lo pasado. Leocadia , á quien la presencia de ánimo , que adquiere su sexô en tales lances , dexaba mas despejada á su inocencia , sin mostrar dar oido á los ruegos de Don Felipe , lo dexó mas humillado y confuso , poniendose á hablar con Eusebio desde el alto descanso de la escalera , mientras él todavia la subia.

Debió tomar entonces el avergonzado D. Felipe el partido de despedirse de entrambos para retirarse , como lo hizo , con bastante desenvoltura , para que Eusebio no pudiese

sospechar cosa alguna del lance, aunque con harto encogimiento á los ojos de Leocadia, á quien no pudo decir lo que quisiera su alma resentida y amargada, yendose á desahogar en secreto el rabioso tumulto de encontrados sentimientos, que excitó en su ánimo el decoro y noble despego con que lo saludó, y con que lo dexó ir Leocodia.

Eusebio retiróse con ella á su quarto para despachar el correo, queriendo avisar de su llegada al agente que tenia en S. . . y al Lord Harrington, que se hallaba todavia Embaxador en Madrid, con quien se carteaba, y cuya mediacion deseaba oponer á la nueva dignidad, y poder de su tio Don Gerónimo que se hallaba Intendente, segun se lo habia participado Don Felipe. Leocadia, para no estar ociosa mientras Eusebio escribia, tomó uno de los tomitos de Plutarco traducido en Inglés que traía consigo. Mas su alma se hallaba sobrado alterada y distraida de la declaracion de Don Felipe, para que pudiese fixar su atencion en la letura. Representabasele con importunidad la imagen de Don Felipe, la postura sumisa en que le pidió perdon, y el encargo de que no descubriese su atrevimiento.

Esto empeñó mas que ninguna otra cosa

sus pensamientos y reflexîones, consultando con el amor que tenia á Eusebio, y con la virtud, si debia descubrirlo, ó callarlo. La costumbre que tenia de declarar á Eusebio sus mas íntimos sentimientos, le aconsejaba á que lo descubriese, lisonjeandose, que nada tendria que sentir Don Felipe por parte de Eusebio, atendida su singular prudencia y moderacion, aunque le hiciese esta confianza. Que otrosi le serviria esta confesion de mayor defensa de su recato. Mas la discrecion le sugeria por otra parte, que solo iba á dar sin necesidad un disgusto á Eusedio, ó quando no, le suscitaria los recelos que no conocia; sin necesitar á mas de esto de defensa su honestidad, no sintiendo ningun asomo de pasion por Don Felipe; y mirando con horror la que le habia declarado el mismo, como delito incestuoso á las sospechas de su hermandad.

Volvió á fixar en ésta sus pensamientos y reflexîones, ocurriendole, que si Don Felipe fuese de hecho hermano suyo, debia ser el primero á ignorarlo, como robado niño, segun hubiesen sido los fines y el motivo que induxeron á robarlo á quien lo robó. Esta viva ocurrencia encendió de nuevo la ternura y compasion de Leocadia para con el su-

miso y arrepentido Don Felipe, persuadida, que lo habia humillado bastante para que no se atreviese á molestarla mas. Resolvió pues guardar el secreto, dexando de hacer á Eusebio una confesion solo imprudente en sí, y nada provechosa para el mismo.

Sosegaron estas razones á los escrupulos de la tierna y dulce confianza, que hasta entonces habia siempre hecho Leocadia á su marido, y que éste le hacia, descubriendose mutuamente sus mas íntimos afectos y sentimientos, en fuerza del pacto que asentaron al principio de su casamiento, de descubrirse sus defectos para corregirlos, pues asi evitarian todo motivo de disgusto. Pero cabalmente el haber dexado de hacer Leocadia aquella confianza á Eusebio, fue la causa de todos los trabajos y desgracias que probaron, y de la perdicion del mismo Don Felipe; pues si Eusebio hubiese sabido su declarada pasion, tenia virtud y consejo bastante para evitar el mal, cortandolo en sus principios. ¿Mas quién no hubiera aprobado la discreta determinacion de Leocadia? El humano consejo puede precaver por ventura todas las estravagantes conseqüencias, que pueden engañar á su eleccion? La suerte, á mas de esto, no llega á cegar tal vez á la

vista mas penetrante de la prudencia ?

Mientras Leocadia luchaba con sus dudosos sentimientos para decidirse en favor de Don Felipe, éste por el contrario, provocado de la indignacion que probaba su amor desatendido, ensayaba en su fantasia mil medios para vengarse, no de otra manera, que disfrutando aquella misma hermosura, si de grado no, con la violencia. Esta fue la ultima resolucion de su despechado amor, reservandose por ultimo expediente la fuerza, en caso que Leocadia no quisiese rendirse á sus amorosas solicitaciones. Mas antes de llegar á ponerlas en execucion, veía que era necesario tener aplacada su modestia, en la qual le hacia entrever su loca pasion algunos asomos de rendimiento, pues no podia dudar de la propension que ella le habia siempre manifestado, aunque sí era inocente. ¿ Mas cómo dar á entender esta inocencia á un mozo enamorado y presumido ?

El extravio de su encendida imaginacion fue tal, que llegó á sospechar, si Leocadia se valia de la pérdida de su hermano de solo pretexto, para darle á entender su aficion, sin que pudiese penetrar su marido sus intenciones que llevaba. Pensó á mas de esto, que la indignada modestia con que Leocadia de-

sechó su declaracion en la escalera, no era mas, que quererle dar á entender que negaba á su imprudencia atrevida en aquel lugar y circunstancias, lo que en otro lugar y ocasion mas oportuna hubiera concedido á su discrecion y porfia.

Fundaba Don Felipe estas lisonjas en la opinion que se forman del sexô en general los mozos disolutos, recibiendola en parte de sus libres conversaciones, con que entre sí fomentan su deshonestidad, y sus necias presumpciones. Entró por lo mismo mas engañado en la fatal liza, pasando toda la noche en hallar medios para llegar á conseguir su intento. Para ello, resolvió emplear los dias que se detendrian en Cadiz, en ganarse el ánimo de Leocadia con demostraciones de arrepentimiento, y el de Eusebio con mayores atenciones y servicios para internarse mas en su confianza. Reservó para S... todas las tentativas, como lugar mas seguro, en donde tendria mas facilmente dias y horas á su satisfaccion para salir con ello. Bien es verdad, que la tierna y afectuosa intimidad con que veía que se trataban Eusebio y Leocadia, echaban á tierra todos los castillos de sus locas esperanzas; pero eran mas poderosos los incentivos de su pasion, que los volvian

á poner en pie, y que le sugirieron el medio de ir con ellos á S... pues si llegaba á conseguir esto, se persuadia que tendria lo demas en la mano.

El asunto, para el qual habia sido enviado á Cadiz por razon de su empleo, no lo detenia mas en aquella ciudad: con esto resolvió informarse del mismo Eusebio del dia de su partida, para ofrecerle el coche de quatro asientos con que habia venido de S... y en que podian ir comodamente todos, amos, y criados; y que siendo de alquiler, pagaria cada qual á proporcion la parte que le tocaba. Aceptó Eusebio de buena gana la proposicion de Don Felipe, mucho mas viendo la desenvoltura y franqueza con que le quitaba Don Felipe el tropiezo y embarazo que pudiera hallar la especie del coste del carruage, yendo en compañia.

Era falso que Don Felipe hubiese venido en el coche que decia. Lo fingió, á fin de quitar á Eusebio todo motivo de escusa, y de ir en su compañia, como ardientemente lo deseaba; pues aun despues que aceptó Eusebio su oferta, hubo de correr y sudar Don Felipe para encontrar coche de quatro asientos, consiguiendolo solamente á costa de mil afanes y empeños. Una pequeña calentu-

ra sobrevenida á Leocadia, hizo diferir de dos dias el viage, y dió motivo á la violenta pasion de Don Felipe, para que rompiendo todo freno, tentase aprovecharse de la ocasion que le presentaba la indisposicion de Leocadia, para poner en execucion sus deshonestos intentos, pues esperaba de sorprenderla sola en su quarto.

Esto supuesto, le representaba hecho todo lo demas la máxîma que llevaba, de que ninguna muger resistia á la violencia; pues aun la misma Lucrecia quiso comprar con la muerte el título de casta, despues que se dexó violar de Tarquinio. Deciase á sí mismo, que no habia que temer igual catastrofe en Leocadia, mucho menos despues que le habia manifestado la misma tan grande propension y afecto, y confirmandoselo con la expresion que le dixo, de que seria dichosa si llegase á reconocer á su hermano en un caballero de sus prendas.

Lleno de estos desvanecidos pensamientos, iba y venia por el meson, indagando y espiando la hora y ocasion de sorprender sola á Leocadia, requemandose que ésta tuviese siempre en su compañia á su camarera Clarise. Mas viendola casualmente salir del quarto, en tiempo en que ignoraba, si Eu-

sebio estaba en el meson, corre á informarse sobre ello de Taydor. Asegurado por éste, que Eusebio no volveria hasta el anochecer, apresura con tanta mayor animosidad la execucion de su arrojo. Dos veces lo contuvo el temor y respeto; otras tantas atropelló con todo reparo su palpitante concupiscencia, y llega á la puerta que halló cerrada.

No oyendo chistar, levanta con la mano resoluta el picaporte, y entra aguijoneado de su pasion atrevida. Mas la inesperada vista de Clarise, hiela su atrevimiento, y lo enagena, quedando allí, sin saber que hacerse ni que decirse. Saltóle luego á los ojos la impertinente descortesia de entrar en el aposento de una muger indispuesta, sin avisar antes, ni pasar recado. Esta ocurrencia le sugirió el expediente de llamar con señas de la mano y cabeza á Clarise, para informarse de la salud de su ama. Oida la respuesta de Clarise, de quien se hubiera deshecho su burlada pasion á puñaladas, se sale mordiendose los puños, y jurando no desistir de su intento hasta conseguirlo, aunque debiese costarle la vida.

La honesta Leocadia, prevenida de la pasion de Don Felipe, y de las circunstan-

cias del meson, habia dado orden á Clarise de estar siempre en su quarto, y de no dexarla sola. La vió bien sí salir Don Felipe del quarto; pero fue solo para ir al quarto inmediato donde ella dormia, y donde tenian sus trastos, volviendo inmediatamente al quarto de su ama, mientras fue Don Felipe á informarse de Taydor de la salida de Eusebio. Asi quedó burlada su pasion, pero mas irritada por lo mismo; cobrando, como suele el ciego amor, mayores fuerzas de los obstáculos que se cruzan á sus ardientes designios.

Se lisonjeó, sin embargo, que ni el ama, ni la criada hubiesen penetrado sus intenciones, atendido el expediente de llamar á Clarise para informarse de la salud de Leocadia. Volvió con esto á seguir el sistéma de esperar ocasion segura en S... y á fomentar con mayores veras la especie de la hermandad, aunque reía de ella, haciendola solo servir de medio para ganarse mas la confianza de los que la habian suscitado. A este fin se le antojó escribir una carta á su padre, con la sola mira de hacersela leer á Eusebio y á Leocadia. Decia en ella el encuentro que se le proporcionó en Cadiz de unos señores Españoles que venian de la Améri-

ca, y que lo habian tomado por un hijo que robaron á Don Alonso V. . . atendida la semejanza, que notaban en él con la señora que lo creía su perdido hermano.

Añadia en la carta las circunstancias del robo, pues nada perdia en escribirlas, haciendolo por mero trampantojo de su pasion, y esperando divertir á su padre con la especie estravagante, con que esperaba por otra parte ganarse mas los animos de Eusebio y de Leocadia. Loco de gozo con esta ocurrencia, puesta ya en execucion, vá á verse con ellos, y les dice: que no habia podido dormir en toda aquella noche con el fantasma de la hermandad que se le habia presentado en sueños, pareciendo que le dixese, que no tenia que dudar que Leocadia fuese hermana suya; que si queria certificarse de ello, que escribiese á su padre y lo sabria.

Que en fuerza de esto, no pudiendo tomar sueño, ni descansar, se habia levantado para escribir la carta que venia á leerles. No necesitó de mas Leocadia, que se hallaba algo recobrada de su indisposicion, para abrir de nuevo todo su corazon á las sospechas de la hermandad de Don Felipe; y hubo de contener la ternura de su propension para no manifestarsela, como hasta entonces

se la habia manifestado, á fin de no darle ocasion de nuevo arrojo, puesto que le habia descubierto su apasionado amor. No dexó de hacer tambien alguna impresion en el ánimo de Eusebio el fingido sueño de Don Felipe, creyendolo verdadero; pues Don Felipe para hacerlo parecer tal, cerró la carta en presencia de Eusebio y de Leocadia, y la entregó á Taydor, que se hallaba alli, para que se la diese á su criado, y la llevase al correo.

Mientras esta funesta carta se encaminaba á su destino para apresurar la muerte al padre á quien iba dirigida, y un fin desastrado y aciago á quien la escribió, disponiase éste á seguirla en compañia de Eusebio y de Leocadia, cuya salud restablecida le permitia ponerse en viage. Emprendieronlo finalmente en el coche encontrado por Don Felipe: jubilando éste por el éxîto feliz de su artificio, al verse sentado en la testera que quiso tomar con porfia, para no dexar nada que pudiese molestar la confianza de Eusebio, á quien comenzaba á llamar cuñado, en conseqüencia del sueño, como llamaba hermana á Leocadia, sirviendose de estos terminos para ablandar mas su ánimo, y rendirla mas facilmente.

Entretanto el veneno del amor iba cun-

diendo en su corazon con la continua vista y trato de Leocadia en el viage, y acabó de poner en incendio su pasion la mañana antes de llegar á S... con el motivo de entrar en el quarto de Leocadia, mientras ésta se vestia, sorprendiendola sin el velo que tenia Clarise en las manos, de modo, que pudo devorar con los ojos los incentivos de su terso y honesto pecho, que hasta entonces habia quedado oculto á las ansias de su curiosa vista.

Sintió sobremanera Leocadia aquella sorpresa del atrevido Don Felipe; el qual no pudiendo disimular á tal vista la violencia de la llama que enfrenó la presencia de Clarise, se salió como toro agarrochado, dandose una palmada en la frente, y diciendo: ¡ó divina Leocadia! Desde entonces no amaneció mas dia alegre para él. Perdió enteramente su acostumbrada jovialidad, el sombrio ceño de la tristeza cargó su semblante, ni alzaba los ojos, sino para vibrar el fuego de la desesperacion, que le avivaban las mismas atenciones que Eusebio le usaba para consolarlo, atendida aquella repentina y notable mudanza.

Llegó á sospechar Eusebio, que la llegada á S... le diese motivo para ello: mas sin atreverse á indagar, ni á preguntarle la

causa, le manifestó solo su generosa compasion, ofreciendole su persona y bienes, y lo hizo dueño de su casa, añadiendole, que le daria motivo de complacerse si queria servirse de sus ofertas. Estas, que un dia antes hubieran sacado de quicio su corazon por verse allanar el camino á sus traydores intentos, ahora solo agravaban su tristeza, mucho mas viendo la modesta seriedad y silencio de Leocadia, efectos del sentimiento que le habia causado su osadia; pues echaba de ver, que le seria necesario recorrer á la violencia para conseguir lo que deseaba; triste y ruin expediente de la pasion furiosa que por ella sentia.

Los nuevos agasajos y ofertas que le hizo Eusebio luego que llegaron á S. . . no pudieron entibiar su jurada resolucion, sirviendole de medio para cumplirla los ruegos que le hizo Eusebio en la despedida, para que lo avisase quanto antes de la respuesta de su padre á la carta que le escribió sobre la hermandad. Prometioselo el tetro Don Felipe, bien ageno de creer, y aun de pensar el funesto efecto que habia producido en su padre aquella carta, pues le agravó el mal de modo, que lo halló moribundo. Conservaba sin embargo bastante conocimiento, para hacer á su hijo algunas preguntas consternadas. (lue-

go que se le presentó en la cama) sobre los forasteros que habian llegado de la América.

Conoció por ellas Don Felipe, que su padre se hallaba en gran agitacion sobre aquel accidente; y aunque no le dió la mas mínima luz sobre su nacimiento, infundiole hartos recelos y sospechas que conmovieron su fantasia, de modo, que procuraba alejar de sí las ideas de la hermandad con Leocadia, á fin de que no pudiesen poner nuevo estorvo en su conciencia, á la resolucion de violentarla, si de otro modo no podia dexar satisfecha su ciega pasion. Asi la idea del incesto, que debia servir de motivo para llenarlo de horror, sirvió solo para irritar mucho mas su amor ardiente, y para apresurar su delito.

Entretanto, Eusebio y Leocadia llegados á su casa, se complacieron sumamente de verla llena de sus antiguos amigos y conocidos que lo esperaban, en fuerza de la voz de su llegada que esparció su agente. Admiraban todos las afables gracias y hermosura de Leocadia, no menos que la discrecion y modesta viveza que la condecoraba. Complaciose sobre todos Don Eugenio de Arq... su mas íntimo amigo, que como tal le dió las mas tiernas demostraciones de su alborozo. Esparciose luego por toda la ciudad la lle-

gada de Eusebio, atrayendo la memoria de su generosa beneficencia los ánimos reconocidos que la experimentaron; los unos para agradecerle y contarle la fortuna que habian hecho con los medios y socorros que les dió; los otros para implorar su humanidad, sabiendo que no serian desechados.

Entre estos fue uno el Cura de la Parroquia en que Eusebio vivia, representandole la falta que habia hecho su presencia á muchos infelices que se hallaban en suma miseria, por no tener quien los socorriese. Aunque Eusebio no se negó á su representacion, dandole un generoso socorro, le dixo sin embargo, que ya no podia ser tan liberal como lo habia sido antes quando no tenia familia que mantener, ni tantos temores de perder su herencia como ahora tenia, debiendo ir con tiento en prodigar la hacienda que todavia no podia llamar suya, pues dependia de la voluntad, aunque generosa de aquel que lo habia prohijado.

Reía por otra parte en secreto la malignidad de sus enemigos, resarciendo con ufano júbilo por su llegada, el sentimiento que probaron por su partida repentina, la qual rompió por entonces la trama que urdian para acusarlo por el impío sacrificio que cele-

braba á las Musas en su casa. Reian por lo mismo ahora con mayor satisfaccion, viendolo caido como pez incauto en la red que le tenian tendida. Su tio D. Gerónimo desde su luminoso asiento de Intendente atizaba mucho mas el fuego en los ánimos de aquellos que se ofrecieron á delatarlo, teniendo por seguro que de este modo se decidiria el pleyto sin apelacion.

Eusebio comenzó á dar sobre este sus primeros pasos, sin afanarse, ni inquietarse por ganarlo, ni por perderlo, persuadido que dexaria hartos bienes á su hijo, si le dexaba la virtud por herencia, y un honesto oficio, en caso que la suerte le arrebatáse la paterna herencia, como lo iba disponiendo en secreto, sin que él lo sospecháse, con la desgracia que habia de descargar sobre su cabeza, y sobre la inocente Leocadia, sirviéndose de la violenta pasion de D. Felipe para apresurarla, aunque por este mismo medio lo libró del golpe mas funesto y terrible que le estaban amagando los que querian acusarlo al tribunal, contentandose su tio D. Gerónimo de tener prenda segura para alzarse con la herencia, á que solo aspiraba, como la tuvo por medio del desventurado D. Felipe.

Estimulado éste de las sospechas que le habian infundido las preguntas y la consternacion de su padre, se esforzaba en sufocarlas, y en creer imposible su hermandad con Leocadia, á quien fue inmediatamente á visitar, con intencion de tomar el tiento á la casa, y á los caminos y medios de que debia valerse para asegurar la violencia que estaba resuelto usar con ella; pues tenia ya sobradas pruebas de la virtud de Leocadia para esperar que se rindiese á sus solicitaciones.

Quedaba todavia impreso en el ánimo de Leocadia el resentimiento contra Don Felipe por haberla sorprendido en el quarto del meson la mañana antes que llegasen á S. . . . Lo disimuló sin embargo, atendidas las instancias que le hizo Eusebio para que lo avisase de la respuesta que le daria su padre sobre la hermandad. Sobre la misma recayó la pregunta que le hizo Leocadia luego que le vió comparecer en su casa. Mas como era ya inutil á las miras de su pasion resoluta fomentarle la credulidad de tal especie, la desmintió del todo Don Felipe para que Leocadia perdiese el horror que pudiera darle la idea del incesto, y se rindiese mas facilmente á sus primeras instancias y amenazas.

Respondióle pues Don Felipe, que su padre habia recibido la carta con risa de desprecio, y que lo habia enviado á pasear por respuesta. Que asi podia desengañarse enteramente; pues en vez de serle hermano, pudiera ser su marido, si Don Eusebio no estuviera disfrutando esta felicidad en la posesion de una hermosura la mas envidiable. Dicho esto, arroja un suspiro y dá una fiera mirada á Leocadia, sin tener valor para pasar adelante, contenido de la presencia de Clarise, que iba sacando la ropa blanca de un baul.

Leocadia, que habia dexado de ayudar á Clarise para recibir á Don Felipe, despues de haber oido la respuesta que le dió de su padre, y perdido con ella y con el tono con que la profirió Don Felipe las esperanzas que le quedaban sobre la pretendida hermandad, juzgó que debia usar con él mas séria modestia, atendida su manifiesta pasion, y la mirada y suspiro con que acompañó aquel impertinente requiebro: ni halló mejor medio para cortar tal discurso que torcer la conversacion á la hermosura de la ciudad y del sitio de la casa. Mas Don Felipe, que no veia otra hermosura que la de Leocadia, le dixo que toda S... con sus

riquezas no valia una sola mirada de las suyas, y que por ella daria todos los reynos de la tierra.

Esta nueva jaculatoria comenzó á consternar un poco la severa honestidad de Leocadia, é hizole buscar expediente para dar á entender á Don Felipe que no le competia tal discurso. Proporcionóselo Clarise que iba á salir del quarto, diciendole que esperase alli. Clarise obedece á despecho de Don Felipe, á quien encendió la rabia el corazon viendo que Leocadia manifestaba recatarse de él con aquella precaucion que llevaba visos de sonrojo. Disimuló no obstante su rencor esperando que se le proporcionáse la ocasion que no desesperaba de encontrar con el tiempo.

Mas no pudiendo quedar alli por entonces á saborear la amargura de aquella ofensa, se levantó para despedirse haciendose sumo esfuerzo para disimular su enojo, el qual cobró mayores fuerzas de la fria modestia con que Leocadia recibió su pronta despedida, sin hacerle ninguna instancia para que se quedáse, y sin mencionarle el corto tiempo que habia durado su visita. Lo excusó él mismo con el achaque de los muchos negocios que tenia, y con el es-

tado de la salud de su padre ; pero de hecho apresuraba su salida para poder poner mas presto en execucion los furiosos intentos de su pasion exâsperada.

A este fin habiendose encontrado con Taydor al salir de la estancia de Leocadia, le rogó le mostrase la casa. Taydor que habia visto la intimidad con que su amo lo habia tratado en Cadiz y en el viage, condescendió con sus ruégos, y satisfizo á las preguntas que le hizo, sirviéndose Don Felipe de las respuestas de Taydor y de la vista de la casa para tomar mejor sus medidas, empleandose despues en atar cabos y modo para executar la maldad que no perdia de vista.

Con la ocasion de hacerle ver Taydor la casa, llevólo inadvertidamente á la cocina, sobre cuya mesa tenia dos rollos de tabaco de la Virginia que rallaba. Bien lo notó Don Felipe ; mas su alma llena entonces de los pensamientos de su pasion y arrojo, no hizo hincapie en ello, ni le ocurrió entonces que aquel tabaco podia servirle de medio para vengarse de Eusebio y de Leocadia, y para perderlos, como despues lo hizo. Solo llevaba presente por entonces llegar á sorprender á Leocadia y hacerla fuerza, co-

mo habia determinado á qualquier coste. Luego pues que tuvo tramado el modo, esperó ocasion en que Eusebio no pudiese estar en casa; lo que se le proporcionó presto, habiendolo apalabrado sus abogados, y para entonces resolvió la execucion de sus designios.

Previnose á este fin de un rejon, mas para amedrentar á Leocadia y para hacerla rendir mas presto á sus deseos, que por intencion que lleváse de teñirlo barbaramente en su sangre. Solo tenia que vencer el obstáculo de Clarise y de los criados. Eusebio, á mas de Taydor, habia tomado otro luego que llegó á S... llamado Damian. De este le ocurrió que podria desembarazarse facilmente, untandole la mano para que fuese á su casa á traherle la caxa del tabaco, que fingiria habersele olvidado. A Taydor, á quien sabia que no podia corromper con dones, se le ofreció darle órden en nombre de su amo para que fuese á esperarlo á casa del abogado.

Ningun medio oportuno le ocurria para librarse del argos de Clarise, mucho menos no sabiendo él hablar en inglés; ni ella en español. Resolvió sin embargo cerrar tras sí la puerta del quarto de Leocadia si la encon-

traba sola; ó en caso de hallarla con Clarise, hacia cuenta de llamarla al quarto que daba sobre el rio para hacerla ver una cosa que no habia, y con esto executar en aquel mismo quarto sus malvados intentos. La fantasia todo lo facilita. Parecióle haber allanado con esto todas las dificultades; de modo que llegada la hora en que sabia que Eusebio habia de ir á verse con el abogado, ya se hallaba él en la casa de enfrente esperando que saliese Eusebio de la suya para meterse en ella, como lo executó luego que Eusebio traspuso la calle.

Parecia que su fatal destino le allanáse todos los caminos; pues aunque encontró cerrada la puerta de la escalera, á que no habia pensado, sirvióle este mismo accidente para salir mejor con sus intentos: porque tocando á ella ligeramente, fue oido de Damian que acudió á abrirle. Don Felipe dicele inmediatamente con gran desenvoltura: me encuentro sin la caxa, y no puedo pasar sin ella: id en dos saltos á mi casa y trahedla, que aqui teneis para remendar los zapatos, y le pone en la mano un escudo. Damian, hombre simple y nuevo, deslumbrado de la plata, va sin detenerse adonde era enviado, y sin sospechar traicion en Don Felipe, á

quien habia visto otra vez en la casa. Asi pudo penetrar Don Felipe sin estorvo hasta la estancia de Leocadia sin cuidarse de Taydor ni de Clarise.

Leocadia enteramente confiada en la cerrada puerta que estaba encomendada á Damian, sorprendióse sobre manera al ver entrar en su quarto á Don Felipe. Taydor hacia de cocinero, Clarise estaba planchando en otro quarto. Don Felipe, loco y furioso de amor, viendose en el ansiado lance sin haber encontrado estorvos, no teniendo por que guardar respeto ni conveniencia alguna en sus intentos, entrado apenas en el quarto cierra la puerta tras sí. Leocadia que conoció á su aspecto, y por el atrevimiento descortés de cerrar la puerta, la mala intencion con que llegaba, se levanta y le dice con encendida modestia: ¿qué hace vmd. Don Felipe? la puerta ha de estar abierta. Mas Don Felipe sin darle atencion arrojóse á ella para abrazarla, y lo consigue.

Leocadia cuya delicadeza era bien inferior en fuerzas á un loco furioso, y furioso de amor, aunque tentó hacer todos los esfuerzos posibles para desasirse de él, echó de ver que no era Orme que queria obligarla al casamiento, sino un furioso resoluto

que queria ultrajarla á qualquier coste: ni halló otro medio para defenderse de él que gritar con todas sus fuerzas llamando á Clarise, á Taydor y á Damian.

Mas todavia le resistia oyendo recios golpes y empujones á la puerta, y la voz del mismo Eusebio que se nombraba y que llamaba á Taydor á gritos. Leocadia al conocer la voz de Eusebio con tanto mayor ánimo y consuelo gritaba, implorando contra la violencia de Don Felipe. Vióse éste entonces perdido: ni sabia qué partido tomar en aquellas terribles circunstancias, semejante á un tigre, que asentadas apenas sus garras sobre la presa palpitante, se ve acometido de repente del animoso montero, y queda en la furiosa incertidumbre de acometer al uno ú despedazar al otro.

Ahora lo incitaba la rabia y el enojo á vengarse de Leocadia por haberle resistido y descubierto con sus gritos. Ahora queria implorarla movido del temor, mostrandosele arrepentido. Mientras lucha con estos sentimientos: continuando á gemir y á gritar Leocadia, crecen los golpes á la puerta como si quisiesen derribarla. El temor de perder la vida sugirió entonces á Don Felipe armarse del rejon que habia arrojado, y dexa

libre á Leocadia para ir á tomarlo: mientras Taydor dexandose de golpes, impele de corrida la puerta con todas sus fuerzas, y la abre.

Don Felipe quiere entonces abrirse el paso con el rejon en la mano; mas viendo á Taydor con la cuchilla de la cocina, que fue la primer arma que le pusieron en las manos las voces é instancias de su amo, se acobarda y se acoge á Leocadia, poniendose de rodillas tras de ella á fin de evitar el golpe que Taydor le amenazaba. Eusebio viendo que Don Felipe habia arrojado el cuchillo, detiene el brazo á Taydor diciendole: no ofendas á un desarmado que implora piedad; tente, Taydor. Don Felipe penetrado de las palabras de Eusebio, le dirigió la palabra diciendo: perdone vmd. Señor Don Eusebio, un loco y temerario arrojo á que solo pudo inducirme satanas.

Eusebio, despues de haberlo mirado un instante en silencio pensando lo que le diria, haciendose un heróyco esfuerzo de moderacion, le dixo: vaya vmd. con Dios, Don Felipe; queda todo perdonado: fuera de aqui no se sabrá un hecho que desde ahora quedará sepultado en un eterno silencio y olvido. Don Felipe asegurado de la noble en-

tereza con que Eusebio le prometia seguridad, se levanta exclamando: ¿cómo pude cometer tal maldad? cegóme una furiosa pasion, que detesto, y de que abomino con amargura de mi alma: perdone vmd. Señor Don Eusebio. Vaya vmd. con Dios, volvió á decirle Eusebio; nadie le ofenderá. Don Felipe oprimido de vergüenza y de confusion no pudo sufrir mas la presencia de Eusebio, ni el victorioso ademan de tierna confianza con que Leocadia se habia asido de su brazo enxugandose las lágrimas.

Haciendoles entonces un mudo saludo, inclinando la cabeza se salió del quarto. Taydor que iba detras para asegurarse de verlo salir de casa, reparó que iba dandose palmadas en la frente, y haciendo ademanes que manifestaban antes su rabia y despecho, que arrepentimiento y confusion. Quedando ya solos Eusebio y Leocadia, se abrazan mutuamente diciendo Leocadia: No creia abrazaros mas, amado Eusebio: el cielo me ha protegido.

EUS. Prenda eterna de mi dicha, adorable Leocadia, vuelvo á poseeros. Sentaos, que temblais toda.

LEOC. ¿Quién hubiera pensado ni temido cosa semejante?

EUS. Vivimos entre hombres, Leocadia. No hay cosa que debamos estrañar de ellos: esto es lo que dan de sí. Agradezcamos á este desventurado que no os haya quitado la vida. Hay maldades que merecen ser agradecidas por no ser llevadas á su colmo. Mas ¿cómo os sorprehendió?

LEOC. No sé decirlo. Le vi comparecer de repente en mi quarto sin haber oido tocar á la puerta, y sin haber hecho pasar recado. No sé lo que se hizo Damian. Si éste me hubiera avisado que era Don Felipe, no sé si lo hubiera recibido: tenia motivo para ello.

EUS. ¿Motivo teniais?

LEOC. No hay para que os le oculte despues de tal escarmiento. Temo haber dado motivo á Don Felipe para ese arrojo, aunque inocentemente. Ahora veo que no basta recato ni modestia para con los hombres. Una muger que ama su decoro conviene que los trate con áspera rusticidad.

EUS. Os compadezco, Leocadia: el lance ha sido terrible; pero rara vez suceden tales lances. La aspereza y la rusticidad desdicen de la modestia: por rústica que querais manifestaros, no por eso se encubren las gracias del sexô, que de qualquier modo darán presa á un loco á quien se le antoje un des-

atino. ¿Mas no podré saber ese inocente motivo que habeis insinuado?

LEOC. Aunque tarde, servirá mi confesion para recobrar la entera confianza que dexé de haceros: á esto debo referir la causa del arrojo de Don Felipe por no haberos comunicado inmediatamente la declaracion que me hizo de su apasionado amor en el meson de Cadiz.

EUS. ¿Ya entonces os hizo esa declaracion? A la verdad el medio de descubrirmela hubiera sido muy oportuno para impedir el mal; pues sin abusar de vuestra cariñosa confianza, y sin dar á entender á Don Felipe que me la hubieseis hecho, me hubiera solo servido para arreglarme con prudencia, excusandome de hacer el viage en su compañia. Mas ¿cómo se pueden prevenir los infinitos lances desgraciados que pueden acontecer en la tierra? La virtud solamente puede hacerlos llevaderos.....

Clarise que entraba á avisar á sus amos de la llegada de Damian, de quien no sabian el paradero, interrumpió su discurso. El llamado Damian entra con la caxa de Don Felipe en la mano, y les cuenta el encargo que le hizo de ir por ella á su casa. Eusebio sin descomponerse y sin dar á en-

tender á Damian nada de lo que habia pasado con Don Felipe, le dió órden para que fuese á restituirle la caxa. Encontró Damian á Don Felipe al tiempo que salia de su casa, y se la entregó. Mas él habiendo ya sacado mayor rabia y enojo de la misma magnánima moderacion de Eusebio, y mayor odio y venganza de la entereza de Leocadia, habia resuelto perderlos, é iba entonces á executarlo.

El pavor que le causó la vista de Taydor con la cuchilla levantada en ademan de matarlo sin compasion, habialo hecho humillar en apariencia para salvar la vida con la sumision; pero la soberbia de su corazon echaba chispas interiormente viendose forzado á tal abatimiento, y obligado á tragar todas las heces de la ignominia y vergüenza delante de la magestuosa presencia de Eusebio que lo habia sorprendido en el cuerpo del delito quando lo creia muy de asiento en casa del abogado.

Iba de hecho Eusebio á verse con él; mas habiendo traspuesto la calle, se halló menos sin el dinero que habia empaquetado para entregarselo al abogado, y volvió por él, pudiendo impedir con este accidente la tragedia, que hubiera tal vez llevado al cabo

la furiosa y ciega pasion de Don Felipe, atendida la firme resolucion de Leocadia de morir antes que dexarse deshonrar de aquel loco, el qual convirtió por lo mismo toda su amorosa aficion en mas rabioso despecho y ódio implacable. A que añadiendose el recelo que le nació de que Eusebio diese parte á la justicia de su maldad, resolvió adelantarsele por seguro atajo, y acusarlo á la misma justicia, trayendole á la memoria la venganza los rollos del tabaco que habia visto sobre la mesa de la cocina la mañana que el inadvertido Taydor, condescendiendo con sus ruegos, le mostró la casa.

Sabiendo pues que aquel contrabando bastaba para perderlos á todos, mucho mas hallandose Intendente su tio Don Gerónimo, sin descansar en su casa, despues que dexó la de Eusebio, y sin respeto por la extrema uncion que habia recibido su padre moribundo, aguijoneado del deseo de la venganza, se apresuró á poner el colmo á su maldad y á su ignominia, yendo á delatar el contravando. Mas no jubiló su corazon como esperaba y como se lo prometia la venganza, á la qual acompaña el arrepentimiento.

Creció éste con la inmediata muerte de su padre, á quien vió espirar poco despues

de su delacion, devorado de terribles angustias y afanes, esforzandose á decirle, segun parecia querer, entre las bascas de la muerte lo que ya no podia, y lo que habia ya declarado en presencia de testigos, obligandole á ello el Confesor. Aunque quedaba legalizada la declaracion del padre, y encargado el mismo Confesor de participarsela á Don Felipe, que nada sabia, y que estaba tan ageno de saberla, quiso sin embargo dexar pasar algun dia para no agravar tanto el dolor del que se suponia hijo del mismo, y que como tal se habia vestido del luto que no le competia; pero que era triste agüero del funesto fin que le esperaba.

Hizoselo apresurar la fatal y deplorable prision de Eusebio y de Leocadia, los quales hallandose en dulce y suave compañia aquella misma noche leyendo los hechos y dichos notables de los Lacedemonios en Plutarco, se ven comparecer á Clarise toda despavorida, diciendo en voz baxa y tremante, que entraba la justicia en casa, que los alguaciles habian prendido á Damian.

Leocadia se asusta, Eusebio se sorprende, ni le dió tiempo para reflexîonar lo que pudiera ser: uno de los ministros principales, que acompañado de algunos algua-

ciles entró en el quarto, y dirigiendole la palabra le dixo: ¿es vmd. Don Eusebio M. . .? A que respondió Eusebio que sí lo era: hizo la respectiva pregunta á Leocadia, y confirmando que lo era, dixo el ministro, que si venia á cumplir con los órdenes que tenia de parte del Rey, que podrian escusarse del registro que les era mandado, entregandoles toda la cantidad de tabaco de rapé que tenian.

Maravillado Eusebio de tal razonamiento, le respondió, que él no tomaba tabaco de ninguna calidad, ni sabia que lo hubiese en su casa: que si no se fiaban de su dicho, podian hacer el registro que les era mandado. Nada de hecho sabia Eusebio de aquel tabaco: Taydor que lo tomaba, y que no sabia pasar sin él, era el que lo habia trahido de la America. Al mismo se lo encontraron los alguaciles; mas como el órden que trahian del Intendente era que si encontraban el tabaco prendiesen á Eusebio y á su muger, lo executaron inmediatamente que se apoderaron de los rollos que Taydor no supo ni tuvo tiempo para ocultarlos. Con esto arrancaron aquellos inocentes y respetables esposos del seno de sus comodidades y dichosa libertad, de todos sus bienes y de

sus criados, para llevarlos á una horrible ó ignominiosa carcel.

Esforzabase Eusebio en llamar todos sus sentimientos y las máximas de la virtud en alivio de su inocencia para llevar con la posible fortaleza aquella inesperada desgracia, angustiandolo sobre todo la memoria de su amada Leocadia. Iba ésta deslumbrada del terror que le habia infundido la aparicion de los alguaciles en su casa, y fuera de sí, oprimida de la ignominia y dolor de verse sacar de ella por aquellos armados corchetes, y llevar entre las tinieblas de la noche como á una muger infame á la carcel, cuya vista acrecentó el horror y espanto que se apoderaron de su ánimo, en que agravaron la desolacion de su mortal tristeza. Creció esta mucho mas quando la dexaron encerrada los alguaciles en el calabozo sin su amado Eusebio, desamparada de todos los humanos, y asombrada de aquella funesta soledad y espantosa prision.

No pudo contener entonces el llanto que brotó de sus ojos, llegando casi á sufocarla los sollozos, cuyo eco acrecentaba el horror de su situacion. Sintiendo que iba á caer desfallecida, vióse precisada á sacar fuerzas de su abatimiento para ir á

sentarse en un poyo medio desmoronado que descubrió á la luz tetra y escasa del sucio candil que la dexó el carcelero. No permitiendole llegar á él la opresion de la tristeza y su desfallecimiento, hubo de dexarse caer sentada en el suelo para no dar consigo en él. Levantando entonces sus hermosos ojos hácia el cielo, cruzadas las manos sobre el delantal, lo imploraba en favor de su inocencia, regandole el rostro las lágrimas que hilo á hilo le caian, diciendo:

¡O santa é inescrutable providencia! ¿en qué pude ofender la justicia de los hombres para verme conducida y encerrada en este abismo de desolacion y de oprobrio? ¿Qué será de mí, Dios justo? ¿Qué será de mi amado Eusebio? ¿Es acaso la muerte la que nos está destinada, ó bien nuestra perpetua separacion en este lugar infame y horrible? Mas ¿qué delito, Dios mio, qué violacion de ley pudo hacernos merecer á entrambos este terrible castigo? ¿Ha de poder tanto la calumnia contra los derechos de la honestidad, si es ella por ventura la que nos derribó en esta tenebrosa sima de horrores y de penas?

En tàn fiera incertidumbre de mi estado, de mi inocencia y de mi vida, dadme,

justo Dios, aliento para que pueda resistir al dolor y mortales angustias que oprimen mi corazon desfallecido; dadmelo si acaso he de volver á ver y á poseer á mi amado Eusebio: mas si vuestros inescrutables decretos me condenan á quedar privada para siempre de este mi mayor bien, que solo sustenta á mi esperanza entre los funestos horrores que me cercan, abreviandome ¡ó Dios omnipotente! una vida infeliz, y mas acerba y horrible que la muerte que imploro.

Interrumpe á esta plegaria, y hace aterecer de horror á la sollozante Leocadia un ruido ligero de paja, que no descubrió á primera vista; pero que llamando á sus ojos consternados, hizola advertir en el ruin xergon que estaba tendido en el suelo, en que vió correr un grueso raton que salió de la paja. El temor que la buena Leocadia habia cobrado desde niña á los ratones era entre otras una de las flaquezas que Eusebio quiso que perdiese con el estudio de la Filosofía moral. En fuerza de este estudio habia ella lidiado con aquel temor, haciendola hacer Eusebio algunas reflexiones para vencer á su imaginacion. Habialo recabado en parte; mas no por eso dexó de sobresaltarse vivamente en fuerza de aquel ruido que la

advertia de lo que podia ser, y de lo que vió confirmado en el mismo insecto.

Mas ¿ á dónde huir? ¿ qué criados llamar? ¿ cómo ahuyentarlo? La necesidad lo recaba todo. Por fuerza ú de grado ella hace plegar la frente á todos sus accidentes. Leocadia que sin el previo estudio de perfeccionar su interior hubiera quedado alli yerta de terror al verse encerrada con aquel animal inmundo, hizose luego con la reflexîon un grande esfuerzo para sobreponerse al miedo, fortaleciendo su ánimo con los consejos y máxîmas de la sabiduria que habia oido de Eusebio, cuya memoria y la de las penas y miseria igual que padeceria, fue llamando poco á poco, y llegó á sacar su ánimo de aquel yerto enagenamiento que le habia causado la vista de aquel asqueroso animalejo.

Volvió á prevalecer entonces el dolor, el llanto y los afectos con que desahogaba las angustias que oprimian á su corazon sensible, sin ser ya capaces las corridas y chillidos de otros allegados ratones que entraban y salian impunemente por el roto y comido xergon. La memoria de Eusebio era la que tenia ocupada enteramente su alma y sentimientos, pareciendole que la repetia

las máxîmas y consejos que otras veces la habia dado, y que le acordaba el consuelo que habia sacado él mismo de la virtud en otros semejantes lances de oprobrio, de miseria y de prision en que se habia visto.

Asi pasaba aquella eterna noche sentada en el suelo, llorando amargamente, sin tener ni fuerzas ni aliento para ir á descansar en aquel nidal de sucios animales, hasta que la luz del dia comenzó á penetrar por una pequeña reja de aquella mazmorra, disipando escasamente sus tinieblas; mas no el horror ni la afliccion mortal en que la virtuosa é inocente Leocadia se hallaba sumergida.

No era mejor la situacion de Eusebio, ni el calabozo en que lo habian encerrado; mas su ánimo estaba ya amoldado á semejantes desgracias, y mas fortalecido de la virtud. Bien es verdad, que luego que se vió solo y encerrado no pudo contener el llanto que le arrancó la memoria de las angustias y terribles penas que pádeceria su amada Leocadia; pero en vez de zozobrar su sufrimiento, se fortalecia al contrario con las reflexîones de la mudanza de las cosas humanas, de la malicia de los hombres y de los males que no podian penetrar en el co-

razon donde la virtud los rebate, dando á probar al alma un sublime consuelo que no creen posible los que no prueban la alta causa de donde nace.

Quiso sin embargo pensar el motivo que podia tener su prision. ¿Pero cómo atinar en la causa verdadera, aunque le ocurriese luego el tabaco, si no sabia nada, ni habia tenido la menor parte en aquel fraude? Mas no dudando ya que su tio Don Gerónimo, como Intendente que era, se valiese de aquel contrabando para perderlo, usando con él de todo el rigor de la ley, recurrió al cielo solo, asido de la virtud, remitiendo á la providencia su causa y la de su amada Leocadia. Echó de sí todos los tristes pensamientos que le venian de tropel sobre sus perdidos bienes y comodidades, sobre Taydor y Clarise, sobre la ignominia que le habia de redundar si no salia inocente de aquella calumnia. Cansado de caminar dió consigo sobre el xergon que alli habia tambien, en que se tendió con tanto mayor esfuerzo de ánimo, quanto era mas la repugnancia que vencia en servirse de aquel asqueroso lecho.

Almohada no habia: incorpóse en aquel embudo de restrojos para quitarse la

casaca, y hacerla servir de almohada: mas ocurriendole que aquello era buscar expediente á la incomodidad en que queria abatirlo la suerte, vuelve á meter en la manga el brazo que habia sacado, y se tiende supino. Estando asi le ocurre de nuevo su Leocadia, si tendria cama igual, las lágrimas que derramaria al verse en tan horrible y funesto estado, y tan indigno de sus inocentes costumbres y delicadeza. Ocurrióle tambien Henrique Myden, su pequeño Henrique, que enternecieron de nuevo su corazon sensible, haciendose violencia suma para apartar de sí tales ideas, y en vez de ellas substituir las reflexîones y consejos de la virtud para disponer su ánimo y fortalecerlo contra todos los funestos efectos que pudiera tener aquella prision.

El tratado de la tranquilidad del sabio, el de la constancia del mismo, y el de la felicidad de la vida de Seneca, que casi sabia de memoria, le sirvieron de grande confortativo y consuelo en aquella terrible situacion. Añadióse á esto el descubrir á la escasa luz del dia una imagen del Salvàdor formada con lapiz en la pared por alguno de los infelices que habian habitado antes àquel calabozo. Contribuyó su vista para que

Eusebio comenzase á cotejar su triste estado y el que le podia esperar con la pobreza, con el oprobrio y tormentos padecidos de aquel divino Sol de justicia y de virtud, ante el qual todos los sabios de la tierra se obscurecian como pequeños astros, que solo resplandecieron en las tinieblas de la ignorancia y del error, que disipó con la luz de sus divinas máxîmas y consejos aquel hombre Dios que se dexó ver á la tierra para ilustrarla, y para ser su Redentor y dechado de las virtudes mas sublimes.

Estas memorias y las de los consejos y exemplos del Evangelio que Eusebio llamaba á su memoria, fortalecian y consolaban su ánimo. Mas como el lecho en que se hallaba era tambien nidal de ratones, no lo dexaron estos descansar largo rato en la postura que se hallaba tendido, llegando ellos á pasar y repasar por su cuerpo, de modo que lo obligaron á levantarse para poder tomar el hilo de sus santas reflexîones, caminando por aquella mazmorra. Asi se le pasó la noche sin poder cerrar los ojos al sueño. Al otro dia acordandole la misma soledad que le habia quedado el relox en la faltriquera, sin poder consultarlo sobre los tristes momentos que duraba su prision,

por no haberle dado cuerda, resolvió deshacerse tambien de aquella alhaja inutil, la sola que le quedaba, para no depender de cosa alguna de la tierra.

Quiso executar esta resolucion quando entró el carcelero para darle un mendrugo de pan prieto y un jarro de agua. Eusebio recibe este opíparo desayuno diciendo al que se lo entregaba: veo amigo para que se me da todo esto, y es justo agradeceroslo: tomad este relox y ajustadlo con el tiempo. El carcelero le vuelve la espalda sin responderle cosa alguna, dexandolo en la postura de ofrecerle el relox. ¡Bueno! dixo Eusebio, el desinteres es grande, pero acompañado de tal dureza ¿ qué significa? ello dirá. Comamos ahora, pues podemos sacar tambien algun consuelo de un mendrugo. ¡Ah, si pudiese yo comunicar mis sentimientos á Leocadia! Mas ella queda instruida en la virtud y en sus santas máxîmas; y aunque joven y delicada es inocente, y tiene corazon capaz y susceptible de la fortaleza, y luces de la sabiduria para contrastar con la afliccion y angustias que la acometan.

La misma comida y con el mismo modo le presentaron á Leocadia. Mas ella rendida á las terribles memorias que le renovaba

su miserable y espantosa situacion, sin gana, sin aliento para llegar á la boca aquel infeliz y perruno alimento, persistia sentada en el suelo, deshaciendose en llanto, invocando al cielo, á su providencia y justicia en favor de su inocencia para que la libráse de aquellas mortales penas que padecia, y para que juntamente sacáse de aquel abismo de ignominia y de horror á su amado Eusebio, y les restituyese á su hijo Henrique, á sus bienes perdidos y á su preciosa libertad. Invocaba por último las divinas disposiciones para que fortaleciesen su ánimo y le hiciesen mas llevaderas con el santo sufrimiento y paciencia todas aquellas extremas necesidades y trabajos á que por sus altos fines la condenaban.

Entre tanto que Eusebio y Leocadia pasaban asi su lamentable encarcelamiento, y que se les formaba un injusto proceso, Don Felipe tuvo tiempo para sentir los voraces remordimientos de su conciencia, al paso que la venganza de su pasion desatendida y humillada iba perdiendo su primera violencia. Su soberbia, mortificada con la idea de las miserias y del oprobrio á que habia expuesto aquellas victimas inocentes, dexaba lugar á la reflexîon para considerar su barbara acu-

sacion y su cruel ingratitud á tantas atenciones y favores que habia recibido de los mismos, y á la inclinacion afectuosa que Leocadia le habia manifestado teniendolo por hermano: de cuyas tiernas lisonjas habia abusado su ciega y fiera pasion para violentarla, aun despues que su padre moribundo le habia dado motivo para no reputarlas extravagantes.

La consternacion que se apoderó de su ánimo con estas reflexîones, llegó al colmo quando el Confesor de su padre ya difunto, pasados dos dias le descubrió todo el fatal secreto, y con él le dexó ver todo el horror de las maldades que habia cometido. Eran sobrado funestas y terribles las conseqüencias de la declaracion del Confesor para que á pesar del trastorno horrible que le causó, quisiese ó pudiese creer Don Felipe que no era hijo del difunto Don Fernando á quien habia tenido siempre por padre, sino de Don Alonso V... que se hallaba en la America, y hermano por consiguiente de Doña Leocadia. Esta conseqüencia la sacaba el mismo Don Felipe, pues el Confesor nada sabia de dicha Doña Leocadia; aunque Don Felipe oida apenas su fatal declaracion, levantandose furioso del asiento, y caminando sin tino

por el quarto iba diciendo fuera de sí : ¿yo hermano de Leocadia ? ¿ yo su hermano? y este terrible secreto solo se me habia de descubrir despues que con tanta crueldad. . . .

No se atrevió á pasar adelante para no descubrir delante del Confesor lo que iba á decir sobre la violencia usada con su misma hermana, y sobre la acusacion. Mas lo que no declaró con la lengua lo significó con el rabioso llanto y los furiosos extremos de desesperacion en que prorrumpió, mesandose los cabellos y llamandose el hombre mas barbaro y mas indigno de la vida. El Confesor que ignoraba á qué aludiesen aquellas expresiones, y que no esperaba que Don Felipe recibiese aquella declaracion con dolor tan furioso, comenzó á quererlo consolar, diciendole que se habia informado que su padre verdadero era rico y acomodado, y que el consuelo que tendria en reconocerlo resarciria el dolor del putativo que acababa de perder.

Mas nada de todo esto era lo que abrasaba y despedazaba las entrañas de Don Felipe, sino su descubierta hermandad y la rabiosa desesperacion que su conocimiento le causaba, y que impidiendole dar atencion á lo que el Confesor le decia, haciale

prorumpir en terribles imprecaciones contra el difunto Don Fernando y contra sí mismo, maldiciendo de su exîstencia, del dia que lo vió nacer, de su detestable pasion; de modo que llegó á poner miedo al Confesor, creyendo éste que Don Felipe se hubiese vuelto loco, y loco furioso: hasta que cansado y medio reventado de sus rabiosas demostraciones y lamentos se puso á llorar amargamente en silencio.

Despues de haber estado asi largo rato, pareciendo que se hubiese sosegado, dixo al Confesor, que no dudaba de la infausta declaracion que le habia hecho; pero que desearia certificarse de ella y de sus circunstancias. Entrególe entonces el Confesor copia de la declaracion hecha por su padre putativo, autenticada en presencia de testigos, y hecha para descargo de su conciencia, y para resarcir de algun modo los daños que hubiera podido causar á su padre verdadero, como tambien á los herederos de la renta que habia disfrutado hasta entonces sin derecho; y que fue la que solo le induxo al robo de Don Felipe siendo niño.

Era este Don Fernando un Caballero de S.... y el segundo de tres hermanos que fueron. En cabeza del hijo varon que

asi él, como su tercer hermano tuviesen, fundó dos mayorazgos una tia suya, con la condicion, que si qualquiera de ellos quedase sin hijos, ó no los tuviese, pasáse de contado la herencia al que los tuviese, queriendo con esto obligar á entrambos á que se casásen. Habianse de hecho casado los dos, y ambos tenian hijos. Pero Don Fernando tenia uno solo, y éste enfermizo, que no daba esperanzas de larga vida, y con ella quitaba á su padre las del mayorazgo que debia recaer en los hijos de su hermano, si aquel se le moria. Para remediar á este inconveniente valióse del pretexto de enviar su hijo á una de sus haciendas para que recobráse alli su salud; pero con el fin de poder substituir otro niño en caso que aquel llegáse á faltarle, sin que ninguno penetrase el cambio.

Esperaba valerse para ello de un niño exposito: mas no siendo facil este expediente, iba pensando en encontrar otro, á tiempo que se le presentó una gitana que solia vender buxerías por S.... La opinion en que estaba que los gitanos mataban y comian los niños, le sugirió que aquella podria encontrarle un niño; y quiso de hecho proponerle la especie ofreciendola veínte do-

blones si le trahia un niño de las circunstancias que deseaba. La gitana tentada de la oferta, le traxo de hecho á Don Felipe en faxas, habiendolo robado al ama que lo criaba en su casa. La gitana desapareció de S.... y el hurto se publicó luego en la ciudad por el recurso que hizo á la justicia el padre del robado Don Felipe, y por la prision que debió padecer el ama que lo criaba por las sospechas de que lo hubiese muerto.

A pesar de todos estos daños y desconcierto persistió Don Fernando en hacer criar al robado Don Felipe en otra hacienda distante de aquella en donde habia fallecido su hijo verdadero. Ya crecido le dió estudios y crianza como si fuese hijo suyo; y ultimamente le consiguió el empleo en que se hallaba, y en que todos lo creian hijo de Don Fernando, viviendo el mismo Don Felipe en esta persuasion hasta la hora fatal en que se le descubrió el secreto, cuyas circunstancias estaban menudamente descritas en la declaracion de Don Fernando que le entregó el Confesor.

Disipadas enteramente con ella todas las dudas que ofuscaban la grandeza de sus delitos, dexaronle ver en claro todo el hor-

ror, toda la fealdad de su incestuosa pasion y de la violencia detestable que habia querido hacer á su propia hermana, y la barbaridad cometida contra ella y contra su virtuoso marido, acusando el contrabando para perderles. Acuden entonces de tropel á su exâltada imaginacion todos los trabajos, las penas, las angustias y la ignominia de los mismos en la prision, exîstiendo en su ánimo la compasiva ternura para con su hermana en aquel abismo de males en que la habia sepultado. Derretiase en llanto, pediale perdon poniendose de rodillas ante su imagen desfigurada y transida de dolor, segun se la representaba en su fantasia: besabala sus aherrojados pies, y adoraba su recato y su honestidad á prueba del cuchillo que encaró barbaramente á su pecho.

Tolerando su ánimo estas ideas, lo despedazaban, obligandolo luego á revolcarse por el suelo, en que se arañaba el rostro considerando el mal irremediable y la condenacion infame y funesta que se seguiria á las penas y miserias de la prision, asi de su hermana, como de su respetable marido, cuya virtud y beneficencia se habia grangeado el aplauso y estimacion de toda la ciudad, que poco antes lo bendecia, y que ahora lo ve-

ria condenado y reducido á la mas oprobriosa miseria. Encendido y arrebatado de estas reflexîones y del violento dolor y arrepentimiento de su maldad, iba fuera de sí por la casa sintiendo vivos impulsos de quitarse la vida, prorrumpiendo en vivas blasfemias y maldiciones contra quien lo robó, contra sí mismo, contra su abominable pasion, causa principal de todos aquellos males.

Sorprendido á mas de esto del temor de que pudiese descubrirse y publicarse su delito: y asombrado del horror y confusion que le cubririan todos los dias de su vida, resuelve huir de aquella casa que no le pertenecia, y salir de la ciudad para evitar el caer en manos de la justicia, que le parecia que lo persiguiese, corriendo como loco furioso por las calles, y vagueando sin saber por donde; hasta que conducido de su mala ventura al rio, resolvió apagar en él el incendio y dolor de sus fieros remordimientos y penas que lo devoraban interiormente. Asi agitado de las furias se precipitó en la corriente á vista de algunos que acudieron en vano á socorrerle, sin haberse visto mas su cadáver.

Raro antecedentem scelestum
Deseruit pœna, pede claudo.

LIBRO QUINTO.

Grande habia sido la sorpresa y el temor que se apoderó de toda la ciudad de S. . . . quando se divulgó en ella la prision de Eusebio y de Leocadia. El concepto que Eusebio se habia grangeado por su humanidad y beneficencia acrecentó la compasion y dolor por su desgracia luego que se divulgó tambien el motivo de los rollos de tabaco encontrados en su casa: ni jamás la gente hizo mas vivo cotejo de la desproporcion de la funesta pena al delito; aunque suponian que Eusebio habia introducido el tabaco, pues quedó en secreto entre los ministros de la justicia que era Taydor su criado el que lo habia introducido. Tomó esta precaucion su tio Don Gerónimo como Intendente para perder á Eusebio y condenarlo segun la ley á la confiscacion de todos los bienes, creyendo salir asi del pleyto de un golpe, y ganarlo sin apelacion.

Estaba tan asegurado de esto, que hizo suspender la delacion para el tribunal contra el sacrificio que solia hacer Eusebio á

las musas con sus amigos, contentandose con llevar adelante el proceso comenzado contra el contrabando del tabaco. Esparcióse entre tanto, con no menor sorpresa de todos, la catástrofe de Don Felipe que se habia echado en el rio, y con este motivo el secreto de no ser hijo de Don Fernando R.... sino de Don Alonso V.... á quien se lo robaron en mantillas, habiendolo declarado en su muerte el mismo Don Fernando que lo hizo robar. Creció la admiracion de todos publicandose tambien que el dicho Don Felipe era hermano de la muger de Eusebio, que se hallaba presa con él en la carcel.

Esta crueldad exercitada en Leocadia dió motivo á las públicas quexas y murmuraciones del pueblo contra el Intendente que la habia mandado prender; mas todas ellas no ponian término á sus penas, ni á la funesta desolacion en que se hallaba; que antes bien le acrecentó el severo interrogatorio que le hicieron para cerrar el proceso. Todo anunciaba á Leocadia alguna cosa mayor sin atinar lo que era, quedandole poco aliento y esfuerzo para reflexîonar en las preguntas que se le hacian. Extenuada del continuo llanto, de la abstinencia y de los

desvelos, apenas podia sostenerse en pie.

Su hermoso rostro habia perdido la viveza de su colorido: apagóse en sus dulces ojos el fuego que los animaba, y á quien daba realce su modestia. Sus facciones enflaquecidas y menguada su morbidez, llegaban casi á desfigurarla, aunque sin destruir la nobleza que respiraba su dolor mismo, y la hermosa afliccion á quien condecoraba su espesa y rubia cabellera, que la caia en rico desorden por las mexillas sobre los hombros, llegando á conmover los ánimos de los que solo hacian la formalidad del interrogatorio. ¿Qué fuera si hubiesen podido ver su interior y la hermosura de su virtud, acrisolada con tantas penas y con tanto sufrimiento?

Hasta entonces no habia probado Leocadia ningunos trabajos ni reveses de la fortuna. ¿Cómo era posible, á pesar del estudio de la sabiduria, y de los consejos y reflexîones que la habia hecho hacer Eusebio, dexar de ceder á la violencia de la mas terrible desgracia que pudiera acometerla, siendo la primera que le sucedia? Ni era la sola prision, funesta y espantosa, ni el indigno tratamiento, ni la privacion de todas sus comodidades y riquezas, ni el oprobrio de su encarcelamiento los que oprimian á su co-

razon tierno y sensible. ¿Qué era todo esto en cotejo de la privacion y separacion de su amado y adorable Eusebio?

Forzada de la necesidad habianse acomodado sus miembros delicados á la dureza del suelo que le servia de continuo asiento: sus ojos y ánimo á la vista y astío de los inmundos insectos, que eran sus solos compañeros en aquella sucia y hedionda mazmorra. Su apetito extragado habíase familiarizado sin gana al duro pan mugriento: su amor, no destituido de la esperanza de volver á ver á su Eusebio, forzaba su inapetencia á morder aquel alimento para sostener su vida, aunque miserable y dolorosa, para llegar á disfrutar otra vez con ella la sola felicidad que le podia quedar en la posesion de su marido. Estas esperanzas embotaban en cierto modo sus miembros contra el sentimiento y horror que probaba en la espantosa soledad de aquel pozo de miserias.

Olvidada casi de sí y de sus mismos males, ocupaba de continuo su memoria en los de Eusebio. Por él se deshacia en llanto, por él importunaba con continuas plegarias al cielo, y por él ofrecia su vida á penas y miserias mayores, si con ellas pudiera aliviar las de su Eusebio, haciendo resonar con sus

súplicas hechas á la providencia aquel calabozo, para que se lo devolviese y le concediese este favor que le pedia con todo el fervor y pureza de su inocencia.

Concedióle finalmente el volverlo á ver el cielo; mas ¿cómo lo vió? ¿y en qué fatal instante? quando ya los ojos de la misma agravados del peso de la confusion y del temor al verse en la presencia del juez y cercada de alguaciles, no los podia levantar del suelo en que los tenia clavados; de modo que no vió ni reparó quando introduxeron á Eusebio en aquel mismo lugar, hasta que el eco de su voz penetró sus oidos y corazon con el motivo de responder Eusebio á la pregunta que el juez le hizo. El alma de Leocadia agitada entonces de aquel dulce eco, rompió las ataduras de su enagenamiento, y dando un irresistible impulso á su cabeza y ojos, los volvió para ponerlos en su marido que se hallaba alli preso.

Su aspecto, viva imagen del santo sufrimiento, hizo en su corazon tan profunda herida, que no pudiendo resistir á su dolor, cayó desfallecida, arrojando un fuerte y agudo gemido que puso en consternacion al juez y á los alguaciles.

¿Quién retratará la fortaleza del ánimo

y de los sentimientos de la virtud de Eusebio en aquel fatal instante en que reconociendose victima de la injusticia codiciosa, vió caer á sus pies casi muerta á su adorable esposa? Habianla descubierto sus ojos al entrar en aquel lugar, fixandolos con intenso dolor en su rostro extenuado y descolorido, medio cubierto de su caida cabellera. Aunque al reconocerla probó un rápido consuelo como relampago; mas viendola luego tan desfigurada, recayó en las tinieblas del dolor y de la compasion mas tierna que sacó de sus ojos pocas; ¿pero qué lágrimas? Recobró sin embargo la fortaleza de los sentimientos que sacaba del calabozo y que ennoblecia á su presencia, revestida de una modestia tan imperturbable, que humilló al mal ánimo del juez vendido á la voluntad de su tio Don Gerónimo, el qual le habia encargado aquella formalidad aparente teniendo determinada su condenacion.

Probó sin embargo Eusebio no pequeño consuelo quando llegó á ver que Leocadia desahogó en llanto su desfallecimiento; pero se volvió á trocar luego en mayor dolor quando el juez dió órden para que los llevásen á sus respectivos calabozos. Alli se re-

novaron con mayor fuerza sus dolores y angustias con la nueva separacion que la codicia de su tio hizo mas breve de lo que temian los presos inocentes, los quales fueron citados de alli á dos dias para intimarles la sentencia fatal, que atendida la violacion de las órdenes soberanas en el descubierto fraude del tabaco, los condenaba á la confiscacion de todos sus bienes.

Antes de intimarles esta funesta sentencia, mientras se les leian algunos capítulos del proceso, conociendo por ellos Eusebio la manifiesta injusticia, preguntó al juez si le seria permitido decir dos palabras en defensa de su causa; pero siendole negado calló, y sometió su ánimo á las divinas permisiones para recibir con magnanimidad la sentencia, como la recibió, sin dar ninguna señal en su rostro de alteracion. No la dió tampoco Leocadia; antes bien las ansias que sentia para llegar otra vez á la posesion de su amado Eusebio, y de salir de tantas angustias y miserias, pareció que no le dexásen sentir la pérdida de todos sus bienes, y comodidades, mirando con harta indiferencia la pobreza y miseria á que la condenaban en cotejo del cobro de su libertad y de la compañia de su respetable marido.

Era ya de noche, quando acabadas todas las funestas formalidades, los llevaron á la puerta de la carcel los alguaciles para darles la libertad. A pesar de la terrible y lamentable desgracia de que salian cargados, debieron refrenar los ímpetus de su mutua ternura, especialmente Eusebio, para no echar los brazos al cuello de su adorable Leocadia, mientras se hallaban á la sombra de aquel oprobrioso edificio que los acababa de arrojar de sí. Asiendola sin embargo de la mano, la encaminaba consigo sin saber donde, diciendola: el cielo que no desampara á los viles gusarapos, ¿nos dexará por ventura perecer en la miseria á que nos condena? No Leocadia, venid: ¿qué zahurda nos podrá parecer despreciable despues que soportamos en los horrores de la carcel nuestra separacion?

Dicho esto, llegó á una boca calle, donde pudiendo dar soltura á su ternura, se abrazó estrechamente con ella prorrumpiendo en llanto. Leocadia, en cuyo corazon combatian los sentimientos de gozo, de amor y de ternura con los de la afliccion y dolor al verse reducida á la pobreza, sin casa, sin bienes, sin parientes que la acogiesen, y expuesta á la mendicidad, prorrumpió tambien

en sollozos que procuraba sufocar temiendo ser oida y notada. Deciala Eusebio:

Os vuelvo á poseer, excelso amor mio, os vuelvo á poseer: no es esto sueño, pues siento la dulzura celestial con que inunda á mi alma el cielo en la correspondencia de vuestro santo amor. ¿Qué son todas las penas, los trabajos, las angustias padecidas, y la pobreza misma en que nos vemos, en cotejo del inexplicable gozo que pruebo en vuestra posesion?

LEOC. Nada, mi buen Eusebio, nada. Renueva mi ánimo, aunque oprimido de la desgracia, el gozo mayor y mas puro que habia probado. El cielo recompensa ciertamente con él todos los horrores y angustias que padecimos.

EUS. ¡Justo Dios! ¿es este el premio que reservas á la trabajada inocencia y virtud? Lo es, lo es, no hay duda, ¡ó dulce prenda de mi dicha! ¿Qué otra mano que la omnipotente pudiera derramar tan suave alborozo en nuestros corazones en medio de la horrible miseria y de la privacion de todas las comodidades á que la suerte nos expone?

LEOC. Por grande que sea nuestra desgracia, vuestra compañia, amado Eusebio,

la hará perder todo el horror : con vos me será dulce el soportarla.

EUS. ¡O sublime confortativo de mis penas, Leocadia adorable! dexad que desahogue el exceso del agradecimiento y ternura que me causais : recibid por prenda de ellos esta demostracion ardiente del alma, que acude para ello á mis labios.

LEOC. La accepto, Eusebio, con toda la efusion de mi tierno reconocimiento : no os aflixa nuestro estado, aunque miserable : la virtud no nos dexará perecer en él.

EUS. No son indicio de la afliccion estas lágrimas, aunque las derramo. Por ellas y por el sentimiento que me las saca yo trocára todos los tesoros de la tierra. Vamos, dulce amor mio, á buscar algun recobro donde podamos descansar y pasar la noche, ya que no con comodidad, á lo menos en libertad que hará llevadera nuestra pobreza.

Dicho esto, se encaminaron por aquel callejon, mirando Eusebio á una y otra parte para ver si descubria alguna puerta abierta con intencion de pedir posada para aquella noche. Leocadia iba enxugandose las preciosas lágrimas que le habia sacado la demostracion de Eusebio. No viendo ninguna puerta abierta en aquella calle, ni en otras que

fueron recorriendo, la encontraron en la extremidad de aquel barrio. Era de una pobre casilla, en cuya entrada habia una vieja sentada que hilaba á la luz escasa de un candil, lo qual renovó á Eusebio la memoria de la pobre Betty Bridway que los acogió en Londres á él y á Hardyl en caso semejante.

Eusebio entró dentro; y dadas las buenas noches á la vieja, la preguntó si tendria algun rincon que alquilarles para pasar la noche, pues eran pobres que habian caminado mucho, y qualquier cama les seria apreciable. No tengo cama que alquilar, responde la vieja; la que tengo de vacio sirve á mi hijo que es calesero, el qual puede volver de un dia para otro de Madrid adonde fue. En caso que vuelva le cederémos la cama, replicó Eusebio; pero entre tanto, si no os es molesto, y nos quereis hacer esta caridad, os la satisfaré. ¿Molesto? no por cierto: basta que os contenteis de un xergon; si quereis venid á verlo. Toma luego el candil que tenia metido en la pared por la punta del mango, y los precede hácia un antiestablo, donde les mostró el xergon sobre quatro tablas en que su hijo dormia.

Su vista y la del infeliz quarto á teja va-

na, entoldado de telarañas, representó tan vivamente á Leocadia la pérdida de todos sus bienes, la de su casa, de sus comodidades y regalos, la de sus ricos muebles y camas, y el desamparo en que se veia, que sin poder contenerse ni recatarse de la vieja, prorrumpió en repentino llanto y sollozos. Eusebio conmovido de ellos, teniendola arrimada á su seno, la decia:

¿Qué acometimiento de tristeza es este, mi dulce Leocadia? ¡Ah! os compadezco. La humanidad debe resentirse saboreando la amagura de la desgracia; ¿mas por ventura no nos servirán en nuestro presente estado los consejos de la sabiduria, como nos sirvieron en la sufrida prision?

LEOC. ¡O Eusebio! no esperaba de mí esta flaqueza. La triste imagen de nuestros bienes y de las perdidas comodidades, hizome olvidar que me quedaba el bien mayor, y el que solo puede suplir á todos los demas. Con vos me será esta estancia apreciable; ni se abatirá mas mi corazon á desear lo que desecharia si con vos no lo disfrutára.

EUS. Prenda de mi felicidad mas pura, que me haceis la pobreza amable y respetable la miseria: acordaos que no hay ruin

habitacion en el suelo que no sea mil veces preferible á la carcel de que acabamos de salir. En ella no padecí mal mayor que el de vuestra privacion. Mas ahora que os vuelvo á poseer, ¿qué bienes ni riquezas puede echar menos mi corazon? Esta estancia me será delicioso palacio. En vuestra virtud, Leocadia, en vuestro amor tienen mis sentimientos el mayor suplemento á todos nuestros haberes perdidos, á quienes mirabamos como prestados de la suerte. Ved aqui el lance en que ella se los quiso apropiar, sin que tengamos justo motivo de quexarnos porque se llevó lo que no era nuestro.

LEOC. No, Eusebio, no me quexaré: mi corazon no desmentirá en adelante el consuelo que prueba mi alma en la posesion de aquel á quien amo mucho mas que á todos los tesoros de la tierra.

La vieja, presente á aquel tierno coloquio, oyendo que nombraban las riquezas y bienes perdidos, maravillada de aquellos sus huespedes, especialmente viendolos en aquel trage forastero, les dixo: ¿os ha sucedido alguna desgracia? ¿no parece que sois de esta tierra?

EUS. De esta tierra somos, pues veis que hablamos la lengua.

LA VIEJ. El trage á lo menos no lo es.

EUS. Lo es del pais de donde venimos.

LA VIEJ. Debeis de estar muy cansados: siento no tener mejor cama que daros.

EUS. Qual es la aceptamos de buena gana, y os agradecemos vuestra buena voluntad: nos fuera igualmente apreciable si tuvierais algo que darnos de comer por nuestro dinero, pues nos hallamos faltos de sustento.

LA VIEJ. No tengo mas que tres gallinas; pero ellas ponen, y no quiero matarlas: si quereis iré á comprar lo que mandaseis.

Eusebio dixo entonces á Leocadia, ¿qué era lo que apetecia? pues le quedaban algunos reales en la faltriquera, y el relox que no quiso recibir el carcelero, y que venderia al otro dia en caso que su antigüo agente no quisiese adelantarle dinero. Aunque Leocadia persistia en no querer comer, Eusebio, atendida su flaqueza y extenuacion, la instó tanto, que condescendió en tomar un huevo pasado por agua. Eusebio dió entonces á la vieja dos reales para que comprase huevos y pan; lo que hizo ella de buena gana, mostrandose compasiva con Leocadia, á quien exhortó á que estuviese alegre.

Quedando los dos solos, Leocadia fue

la primera en manifestar á Eusebio que las atenciones de la vieja le servian de consuelo: mas luego volvió á llorar viniendole á la memoria Henrique Myden y su hijo Henrique; insinuando á Eusebio, que puesto que se hallaban en libertad podian volver quanto antes á la America. Procuró consolarla Eusebio diciendola, que tales eran sus intenciones en caso que su agente quisiese adelantarle el dinero para el viage; lo que tentaria al dia siguiente. Ocurrieronle tambien á Leocadia los criados, especialmente Clarise y la inadvertencia de Taydor que los habia reducido á aquel estado de miseria, pues el tabaco que introduxo fue la causa de su prision y de la confiscacion y pérdida de todos sus bienes. Dióles esto harta materia de discurrir y de exercitar los sentimientos virtuosos para con Taydor, á quien á pesar de su grave descuido, temia Eusebio no ver mas, persuadiendose que lo hubiesen encerrado para siempre en un calabozo.

La llegada de la vieja con los huevos y con el pan interrumpió su discurso, diciendo: vengo con el recado, y por reciente se me vendió.

EUS. Dia mas ó menos no vuelve los huevos gueros. Dios os lo pague y vengan acá,

que quiero hacer de cocinero. ¿Teneis algo en que ponerlos á hervir? ¿Vuestra gracia, qual es?

LA VIEJ. Engracia para servir á Dios y á vmd. Aqui tengo una ollita, que aunque cascada, no sentirá que se le vaya el caldo: tomela vmd. y voy á traher el agua y algunas virutas para encender lumbre.

Eusebio, luego que traxo Engracia las virutas, se arrodilla en el hogar que estaba rasero al suelo, para encenderlas con el candil. La vieja puso agua en la olla, no dexando á Leocadia el hacerlo como pretendia, y alargósela á Eusebio que la aplicó á la humosa llama de las virutas, soplando de nuevo para que hirviese luego. Entre tanto contaba Engracia, que era viuda, que habia tenido tres hijos; pero que solo le quedaba vivo el que les dixo que era calesero, que la mantenia con sus escasas ganancias, que en lo demas suplia el Cura de la parroquia, que les era pariente, con algunas limosnas.

EUS. Pariente vuestro es el Cura, ¿y os dexa en esa pobreza?

ENGRAC. ¿Sabe vmd. lo que me respondió una vez á una objecion semejante que le hice? Que el Evangelio decia da á los

pobres, y no á los parientes.

EUS. Mas si los parientes son pobres, ¿los hace por ventura ricos el parentesco?

ENGRAC. Aunque si he de decir entera verdad, nos acude con lo necesario si alguna vez enfermamos; como lo experimenté en la enfermedad de cuidado que tuvo mi hijo Pedro, dandome un doblon de á ocho, diciendome que lo acababa de recibir de la caridad de un caballero que venia de la America.

EUS. ¿De la America venia ese caballero? ¿sabeis cómo se llamaba?

ENGRAC. No lo sé; pero por lo que dice la gente, infiero que es el mismo á quien pusieron en la carcel con su muger por un contrabando que les encontraron, sin saberse en qué pararán.

Aqui Eusebio y Leocadia se dieron una mirada llena de enternecimiento, continuando á decir Engracia: ha sido un caso que ha trastornado y aturdido á toda la ciudad; pues dicen todos que el dicho caballero era tan bueno y tan misericordioso, que mantenia algunas familias pobres de esta parroquia: y yo conozco á una á quien ahora le luce el pelo por haberles puesto tienda de planta quando se casaron, la otra vez que estuvo en S.

Leocadia al oir esto, aunque se cubrió los ojos con la mano, y procuró sufocar los sollozos que le causaba la narracion de la vieja, no lo pudo conseguir. Eusebio hizose tambien suma fuerza para no acompañar á Leocadia, distrayendo su enternecimiento con achaque de los huevos que hervian, sacandolos del fuego y poniendo la olla sobre una mesilla que se resintió con el peso de su coxera. Estas circunstancias sirvieron de distraccion al llanto. La vieja Engracia acudió por un plato en que Eusebio puso los huevos, sin hacerse mencion de manteles ni de cubiertos, que no habia.

EUS. Vamos, Leocadia, la cena está dispuesta, acercaos: venid tambien, Engracia, hacednos compañia.

ENGRAC. ¡Oh! no Señor, que la cena es para vmds.

EUS. Y para vos tambien: aqui hay seis huevos, dos para cada uno.

ENGRAC. No Señor, que merqué tres para cada uno de vmds.

EUS. En fin, nosotros no comenzamos si no nos dispertais el apetito.

LEOC. Venid acá, Engracia, pues yo no sé si podré salir con uno solo.

ENGRAC. Por obedecer á mi Señora

Leocadia aqui estoy.

EUS. Pues este huevo está en su punto.

ENGRAC. ¡O pecadora de mí! me olvidé de la sal.

LEOC. No paseis pena por ello: no es gran daño.

ENGRAC. Pues otra que tal, no me ocurrió preguntarles si querian vino.

EUS. Leocadia no lo bebe; yo lo bebo quando lo hay, quando no, no lo bebo: el agua suple.

ENGRAC. Aqui está pues el cantarillo.

Esforzabase Eusebio en dar tono de alegre indiferencia á aquella cena, supliendo á su pobreza con los sentimientos de moderacion y constancia que á las veces se echan de ver mas en las cosas pequeñas que en las grandes, acomodandose á ellas el corazon.

Acabada la cena, comenzó á despertar en sus pechos el santo amor los áfectos con que prometia recompensar tanto tiempo de funesta privacion, y de penas y congojas con que los maltrató la suerte. Apresuró la buena Engracia el momento, exhortandolos á que fuesen á descansar, como lo executaron dandola las buenas noches, y agradeciendole sus servicios. La ruin estancia perdió entonces el aspecto infeliz que antes tenia, con-

vertida del himeneo en templo de la mas pura ternura de la virtud, que colmó sus corazones de los destellos del mas sublime consuelo, adormeciendolos en el seno de la dulcísima confianza y satisfaccion de sus acendrados afectos y sentimientos.

El primer movimiento de sus almas quando los dispertó la luz del dia amanecido, fue agradecer á la providencia el alborozo que probaban al reconocerse, en aquel pobre lecho sí; pero en su entera libertad, fuera de los horribles calabozos en que los habia sepultado la desgracia. Despues que desahogaron su júbilo con nuevas demostraciones de ternura, con que aliviaban la falta de todo lo necesario en su presente estado, salieron á saludar á la vieja Engracia á quien encontraron hilando. Supieron por ella que era mas tarde de lo que pensaban. Eusebio resolvió ante todas cosas ir á verse con su antiguo agente para pedirle dinero á fin de remediar su miseria.

Eran como las nueve del dia quando Eusebio salia de aquella casa que le sirvió de asilo, encaminandose hácia la de su agente. Las primeras calles que andaba ofrecianle pocos mirones: mas luego que comenzó á internarse en las concurridas todos

lo señalaban con compasion: unos se paraban, otros salian á las puertas de las tiendas por donde pasaba, llamandose unos á otros para que reparáen en él. Eusebio sin perder nada de su modesta soberanía, iba siguiendo su camino, arrostrando con serenidad todas las miradas y juicios de aquellos que se paraban para verle, hasta que llegó á casa de su agente, que la halló cerrada.

Tocó á ella con mano animada de la fortaleza de la moderacion y sufrimiento. El hacerlo esperar un buen rato antes de abrirle, hizole sospechar alguna mudanza en el ánimo del dueño; pero iba sobrado prevenido para resistirse por contraria que fuese la respuesta que le diesen. El criado se asomó finalmente para ver quien era, y le abre; pero acudió á la escalera para preguntarle lo que queria. Eusebio sin estrañar la seca indiferencia con que era recibido le dixo, que tenia que hablar con su amo. Replicandole el criado que su amo estaba ocupado, que le dixese lo que deseaba Eusebio le dixo, que venia á pedir á su amo el dinero que necesitaba. El criado lleva el recado dexando á Eusebio como estraño y desconocido al pie de la escalera, de donde no

se movió tampoco, sonriendose de aquella mutacion de escena en que quiso representar el papel de desconocido, hasta que se le antojó al criado volver para decirle de parte de su amo, que perdonase si no podia darle el dinero que deseaba, no teniendo órden para ello.

Esta respuesta hizo acordar á Eusebio que no presentó al mercader las cedulas de cambio que trahia, por no necesitar de dinero quando llegó. Pero como la justicia se habia apoderado de todas las cosas y papeles, juzgó superfluo dar esta escusa al criado, á quien dixo solamente que tenia su amo mucha razon; y se salió de la casa para volver á la de Engracia. A pocos pasos se encontró con un embozado que pareció hacer ademan de pararlo; pero conteniendose de repente lo dexó pasar, torciendo inmediatamente el camino para seguirlo, tomando las mismas calles que él tomaba.

Llegado á casa de Engracia, como encontrase á Leocadia que hilaba en la rueca de la vieja, se compungió tanto, que no pudo contenerse de no besarla la mano, acompañando esta demostracion con llanto y con expresion de ternura. Leocadia le dixo que habia tomado la rueca para evitar el ocio;

y que si hubiese tenido su bastidor, hubiera comenzado á trabajar para remediar su desgracia. Arrojó entonces Eusebio un suspiro, que nacia antes de admiracion enternecida de los sentimientos de Leocadia, que de afliccion de verla y de verse él en aquel estado miserable. Mas ella lo tomó por señal del mal despacho que trahia del mercader, como se lo insinuó á Eusebio. Contóle éste lo que le habia pasado, añadiendo que le quedaba para comer aquel dia: que venderia el relox para poder poner tienda de cestero con lo que sacáse de la venta, como la puso en Londres con Hardyl: que entre tanto escribiria al Lord Harrington á Madrid para que le prestáse alguna suma, y para que le obtuviese salvo conducto para la America.

Leocadia aprobó su determinacion, y le rogó, que si alcanzaba el dinero que sacase del relox para comprarle un bastidor de bordar, podria tambien ella ganarse el sustento con aquel trabajo. Apenas habia proferido esto Leocadia, quando entra en la casa el embozado que habia seguido á Eusebio, diciendole con llanto: ¡O dulce amigo! vengo á desahogar en vuestros brazos el dolor é indignacion con que exâsperó mi pecho

vuestra desgracia. Reconoció entonces Eusebio con suma ternura y gozo á su grande é íntimo amigo Don Eugenio de Arq. . . y estrechandolo á su seno le decia:

EUS. Animo, Don Eugenio, que Jonás salió ya de la ballena; y aunque desnudo, asi debia ser y suceder á quien escapa del naufragio. ¿Os indignariais acaso contra las olas y la tempestad, si despues de haberme anegado me arrojasen á la playa, como lo hicieron con Ulises? Este no sintió seguramente tan puro consuelo al verse amparado de Nausica, quanto yo de vuestra generosa demostracion.

D. EUG. ¡Ah! vuestra alma grande no podia desmentir sus virtuosos sentimientos en la mas terrible prueba. Esta mi demostracion no es solo efecto del tierno amor que os debo, Don Eusebio, sino tambien de la veneracion y del aprecio sumo que vuestra virtud merece: mas no vine para alabaros, sino para daros prueba de mi inviolable amistad y memoria.

EUS. Es sumo el aprecio con que la recibo, Don Eugenio: prueba mayor no la pudiera esperar en mi desgracia.

D. EUG. No creo que necesiteis en ella de consejos ni de exhortaciones agenas á pesar

de la pérdida de todos vuestros bienes. No vine tampoco para esto, sino para aliviar vuestra necesidad con estos cincuenta doblones. Se, á lo menos, no me lisonjeo, que no os humillará este dòn viniendo de la mano de la amistad mas pura y mas sincéra.

EUS. ¿Humillarme? no por cierto, Don Eugenio: solo puede avergonzarse de recibir el que se avergüenza de ser pobre: permitidme sin embargo que os diga que faltan títulos para que yo acepte toda esa generosa oferta.

D. EUG. ¿Cómo? ¿Qué quereis significar? ¿Qué títulos son esos?

EUS. Sois todavia hijo de familia, y por lo mismo no podeis socorrer á vuestro amigo sin hacer un sacrificio á vuestras comodidades y conveniencias. Ved aqui el título que me humillaria si yo aceptáse tan excesivo don.

D. EUG. Y todas las comodidades de que yo pudiera privarme ¿equivaldrian al gozo y consuelo que tuviera de socorrer á mi mayor amigo?

EUS. Ese consuelo lo podeis tener del mismo modo, sin exceder los límites de vuestra posibilidad. No me prevaldré de otro modo de la demostracion de vuestra beneficencia.

D. EUG. Ea pues, estaré á los límites que me pongais ; no puedo usar con vos de mayor confianza y sinceridad á pesar del desconsuelo y mortificacion que me dais con vuestra estraña delicadeza. ¿Qué límites son esos ?

EUS. Os diré mi sentir. En el naufragio de todos mis bienes salvóse conmigo mi relox : es de repeticion , y pieza no mala. Habia determinado venderlo hoy mismo, pues es alhaja que ya no me compete. Hagamos un trueque amigable : yo os daré mi relox, vos me dareis tres doblones ; pues no es bien mentar compra y venta á la amistad.

D. EUG. ¡Cielo ! ¿ qué proferis ? ¡ Ah! Don Eusebio , no despedaceis mi corazon. Por lo que mas amais en este suelo , por esta vuestra respetable compañera en la desgracia , os ruego no querais desechar esta demostracion de mi afecto , y conservad vuestro relox para otra ocasion en que yo no tenga parte.

EUS. No es posible , Don Eugenio : me disteis palabra de estar á los límites que os pusiese; estos son: no hay que pasar de ahí. Para no llevar sin embargo la nota de humillada pertinacia , añadiré otra condicion , que

espero será bien admitida.

D. EUG. Decidla pues.

EUS. Que en caso que no me basten esos tres doblones que os pido por el trueque para suplir á mis necesidades, acudiré á vos el primero para que me socorrais.

D. EUG. En hora buena pues: admito la condicion, con tal que me deis palabra de cumplirla.

EUS. Os la doy.

D. EUG. Aqui teneis los tres doblones: venga ese relox inestimable.

EUS. Vedlo aqui.

D. EUG. Lo recibo, solo para tener la mayor y mas pura complacencia de trasladarlo á vuestras manos, Doña Leocadia: no puedo darle mejor destino, ni yo probar mayor consuelo que el que recibiré si os dignais de aceptar alhaja, que habiendo sido de vuestro marido, os deberá ser apreciable.

LEOC. Lo serán sin comparacion mucho mas vuestras generosas atenciones, Don Eugenio; perdonad si no lo recibo: en ningunas manos estuviera mas desairado que en estas, destinadas de la suerte á ganarse el pan con el trabajo. Todo ha de ser correspondiente á los tiempos y circunstancias. En otro tiem-

po pudieran tal vez competirme tales alhajas, no en el presente; mucho menos aquellas de que se desapropia mi marido como superfluas á su pobre estado.

D. EUG. Almas dignas de mi veneracion, puesto que todas las demostraciones de mi amistad no hallan cabida en vuestros excelsos corazones, dignaos á lo menos de valeros de una voluntad que os queda consagrada: dadme á lo menos el consuelo y la gloria de que os pueda servir en lo que sufra vuestra excelsa virtud y delicadeza de sentimientos.

LEOC. El consuelo lo recibiré yo, Don Eugenio, si quereis hacerme el singular favor de informaros del paradero de Clarise y de los criados, especialmente de Taydor.

D. EUG. De Clarise solo puedo deciros que fue á parar á casa del Consul de Inglaterra: los otros criados los pusieron en libertad; más no sé en donde paran.

EUS. ¿En libertad pusieron á Taydor?

D. EUG. ¿Os maravillais, ó dulce amigo? No tenia haciendas que perder, ni caudal con que cebar la codicia de los Administradores.

EUS. No lo pregunto por eso: olvidé ya todo lo pasado. *Omnia mea mecum porto.*

Mi pregunta fue efecto del gozo que me causó el saber que el buen Taydor quedaba en libertad: lo tuviera mucho mayor si pudiese saber en donde para.

D. EUG. Voy pues á informarme inmediatamente. La complacencia que pruebo en disfrutar de vuestra apreciable compañia, cederá al sumo gozo que tendré de serviros, y de satisfacer en algo á vuestros deseos. A Dios, mi respetable Don Eusebio, recibid este nuevo abrazo en confirmacion del júbilo por vuestra recobrada libertad, y por la de Doña Leocadia.

Luego que partió Don Eugenio llegó Engracia con la carne que Eusebio la habia encomendado para hacer puchero, atendida la falta en que se hallaba Leocadia de nutrimento, con la larga abstinencia de la carcel. La misma Leocadia habia puesto la olla al fuego mientras que Eusebio fue á verse con el mercader; y luego que entró Engracia con la carne, acudió á tomarsela para ponerla en la olla, queriendolo hacer con firme voluntad de acomodarse á las circunstancias del estado en que se hallaba. Engracia no queria consentir en ello, diciendola, que desdecia de sus blancas y delicadas manos aquel oficio.

Compungido el ánimo de Eusebio de aquella demostracion de Leocadia, decidió la competencia, tomando él la carne y poniendola en la olla. Hecho esto, dixo á Leocadia, que iba á comprar recado para escribir al Lord Harrington á Madrid, y que de paso veria si encontraba materiales para poder poner la tienda de cestero. Para ello debió internarse en la ciudad. Al pasar por una calle llamó á su atencion el eco de una trompeta de pregonero; y ocurrióle vivamente si se haria almoneda de sus muebles confiscados. Satisfizo á su curiosidad siguiendo el sonido que lo atraxo á una plazuela, donde vió confirmada su sospecha, no sin alguna conmocion de su ánimo, la qual se mudó inmediatamente en gozo al descubrir entre aquellos muebles el bastidor de que se servia Leocadia para bordar.

La mucha gente que alli se hallaba puso luego sus ojos en él, admirando la firme y modesta serenidad con que se habia presentado: ni dudaban que hubiese ido á comprar algun mueble que lo interesase mucho, lo que hizo empeñar mas su curiosa compasion. Hubo de esperar Eusebio que el pregonero pusiese posturas á algunos muebles antes que al bastidor; el qual quedó

por suyo á la primera, con gran conmocion de todos los circunstantes, que no solo consideraban la grandeza de su desgracia, sino que admiraban la magnanimidad y moderacion con que la soportaba. Creció el enternecimiento de todos ellos quando entregado el dinero, vieron que cargaba él mismo sobre sus hombros el armatoste, yendose algunos por no verlo, y diciendo mientras se iban: no hay valor para ver esto; enterneciera á las mismas piedras.

Eusebio, superior á todos los dichos y juicios de los hombres, jubilando en su interior por aquel hallazgo y compra, como si fuera un tesoro, iba abrazado con aquella carga apretandola á su seno, sin acordarse mas de los materiales para la tienda, ni del recado para escribir. Leocadia al verlo entrar con aquel armatoste sobre los hombros, no sabia atinar qué fuese á primera vista: mas luego que lo reconoció, manifestó su gozo y deseo de saber el modo cómo lo habia podido conseguir. Contóselo Eusebio, haciendola tambien enternecer en la narracion, y volvió á salir de casa para comprar el recado que se le habia olvidado, y el que necesitaba Leocadia para hacer el diseño y bordarlo. Entre tanto Engracia acabó de dis-

poner la comida ayudada de Leocadia, la qual á exemplo de Eusebio se esforzaba en sacar consuelo de todo aquello, poniendo en práctica los consejos y máxîmas que la habia hecho aprender su virtuoso marido en tiempo de la prosperidad para el de la desgracia que pudiera venir; y que venida ya, le hacia ver y probar que el estudio de la virtud y su exercicio era el mayor remedio contra ella.

Quando volvió Eusebio lo esperaba ya la dispuesta comida. La buena vieja, que por la presencia, expresiones y afectos que notaba en sus huespedes, echaba de ver que eran de calidad superior á la que mostraba su necesidad, habia pedido prestado á una vecina suya el axuar de la mesa, que aunque limpio, se resentia tambien de la pobreza de su dueño. El mantel era decente, y las cucharas de palo. La coxera de la mesa habiase remediado con un tiesto de olla. Todo lo demas lo tenia en casa Engracia, la qual luego que entró Eusebio, dixo:

ENGRAC. En mejor punto no podia llegar vmd. Señor Don Eusebio: acabo de sacar el arroz.

EUS. Aqui estoy pues, y con ganas de probar el arroz hecho por vuestras oficiosas manos.

ENGRAC. Igual parte ó mayor tuvieron en él las de mi Señora Doña Leocadia; yo atendí solo á que estuviese en su punto.

EUS. Me será pues mas estimable hecho por vos y por Leocadia: sentemonos en hora buena.

ENGRAC. Y Dios nos bendiga.

EUS. Así sea.

ENGRAC. No sé si agradará á mi Señora Doña Leocadia.

LEOC. En muy buen punto está.

EUS. No probé mejor arroz en mi vida, ni que mas regalase mi alma.

ENGRAC. ¿Tanto le place á vmd.?

EUS. Tanto que renovára con él de buena gana la venta de Esaú.

ENGRAC. ¿Qué caso es ese?

EUS. Que dió toda su herencia por una escudilla de lentejas.

ENGRAC. ¿Deberia ser loco ese Señor Esaú? ¿Dar toda su herencia por lo que yo no daria dos maravedis? no me cabe en el entendimiento.

EUS. ¿Tambien pues me tuvierais á mi por loco si diera mi hacienda por este arroz?

ENGRAC. Entendí la fuerza de la expresion de vmd. que aludió al haberlo hecho

mi Señora Doña Leocadia, á quien vmd. ama mucho.

EUS. ¿Y os persuadis de la alusion?

ENGRAC. Son ciertos modos de decir, que aunque jamas pueden llegar á la execucion, prueban sin embargo la fuerza del afecto de quien los profiere. ¿Mas quién sabe que no haya dexado vmd. otra herencia igual á la de Esaú por mi Señora Leocadia. Y esto lo creyera mas facilmente que por el arroz y las lentejas.

EUS. ¿De dónde sacais estas sospechas?

ENGRAC. De otros casos de amores, que aunque oidos en consejas, no se hacen increibles. Príncipes y Princesas, que andando á sus aventuras pararon en chozas de pastores y en casas pobres semejantes á esta, en que pudieron muy bien refugiarse vmds. perseguidos de su mala ventura. Acrecienta á estas mis sospechas el trage en que los veo, y que se me antoja el mismo en que vinieron á España los doce Pares.

EUS. Segun eso ¿os parecerá Leocadia una Princesa?

ENGRAC. ¡Y cómo que me lo parece! para mi santiguada, que ni Doña Merindana, ni Doña Flor, ni la de Don Gayferos, ni de Roldan se atrevieran po-

nerse á tiro de su cotejo.

LEOC. Ahora es tiempo de comer, Engracia, y no de comparaciones.

ENGRAC. ¿Y no se pueden hacer comiendo? Será pues vmd. la sola á quien no agraden tales comparaciones. Aunque si lo dice para evitar el parecer princesa y el que yo adivine que lo es, me acrecienta por lo mismo mis sospechas.

Asi proseguia Engracia dando motivo á sus huespedes para que la satisfaciesen la curiosidad que tenia de saber quienes eran: y aunque no pudo sacar nada de ellos, amenizó la comida. Acabada ésta, Leocadia, animada de sus virtuosos deseos y sentimientos, se puso inmediatamente á formar el diseño para unas vueltas, que fue lo primero que le ocurrió bordar. Eusebio escribió la carta al Lord Harrington. En ella le participaba la desgracia que le habia acontecido, la qual hacia superflua la recomendacion sobre su pleyto, á quien habia puesto fin la confiscacion de todos sus bienes. En fuerza de esto le rogaba quisiese con su autoridad y fianza proporcionarle embarco para la America en algun bastimento inglés, á quien satisfaria luego que llegase á ella.

Escrita la carta se la leyó á Leocadia, y

fue á llevarla él mismo al correo. Al tiempo que volvia á casa, pasando por una tienda en que vió hacer espaldares de juncos, entró en ella para informarse del maestro del lugar en donde se proveia de aquellos materiales. Dixole el artesano, que si queria le venderia quantos quisiese. Concertanse sobre un grande haz de ellos que el maestro le mostró; y habiendole entregado Eusebio el dinero, cargó con el, renovando todos los fuertes sentimientos que la virtud le habia infundido en la escuela de Hardyl, y la memoria de la carga que llevó en compañia del mismo quando se vieron precisados á poner tienda en Londres.

No habia aún andado la mitad del camino, quando oyó que le daban voces, diciendole en inglés, que esperase, llamandole por su nombre. Eusebio, que llevaba la carga en uno de los hombros, pudo volver la cabeza con la carga para ver si era Taydor el que lo llamaba, pareciendole que lo fuese su voz. Reconociendolo dexa caer la carga en el suelo, penetrado del fuerte alborozo que le causó su vista, y estendió los brazos para recibirle en ellos. Taydor, corriendo como venia, se precipita á sus pies con el sombrero en la mano, sollozando

tan recio que no podia proferir palabra. Hubo de inclinarse Eusebio para abrazarlo, y para quitarle con aquella demostracion los temores que pudiera tener de que estuviese vivamente resentido contra él por causa del contrabando que le habia causado la prision y la pérdida de todos sus bienes, reduciendolo á la miseria y necesidad de haber de ganar su sustento con el trabajo de sus manos.

Eusebio despues de haberlo consolado con expresiones amorosas, haciale instancias para que se levantase: mas él puesto de rodillas le tenia abrazada la una pierna, y arrimada su cara al muslo, haciendo resonar entre sollozos el perdon que le pedia por su inconsiderado proceder y descuido, poniendo al cielo por testigo de la inocencia de sus intenciones en aquel funesto caso que quisiera remediar con toda su sangre, y con mil vidas si las tuviera. No pudiendo recabar Eusebio que se levantáse del suelo, y viendo que su postura y voces llamaban mucha gente, le ocurrió decirle para obligarlo, que Leocadia estaba con cuidado por él, y que deseaba verlo. Consiguió con esto hacerlo levantar, y luego que lo vió en pie, echó Eusebio mano de la carga para

volversela á poner sobre el hombro.

Taydor llevado entonces del ímpetu de su compuncion y enternecimiento, arrebató con ella, sin cesar de proferir mil quexas y lamentos contra sí mismo y contra la funesta desventura, que renovó con sollozos y mayor llanto á los pies de Leocadia luego que llegó á verla en aquella infeliz casa. Costó no poco á Eusebio y á la misma Leocadia el acallarlo y sosegarlo, concediendole repetidas veces el perdon que deseaba oir de sus bocas. Al cabo de largo rato que consiguieron consolarlo, deseó Eusebio que le contase lo que le pasó á él, á Clarise y á Damian la noche que los prendieron.

Satisfizo á esto el doliente Taydor diciendo, que á él y á Damian los llevaron á la carcel, en donde estuvo dos dias; en los quales le tomaron declaracion; pero que á pesar de haberse confesado solo reo, lo pusieron en libertad, y le restituyeron toda su ropa y dinero, intimandole graves penas si publicaba cosa alguna de la declaracion. Que ya libre, apremiado del dolor por la desgracia que habia causado á su amo adorable, estuvo tentado por quitarse la vida; pero que la esperanza que alimentaba de que no redundase en daño de su amo su des-

acierto, le hizo diferir su resolucion hasta ver el éxîto de su prision, que segun veia era muy diverso de lo que se habia lisonjeado; que por lo mismo no podia resistir al fiero sentimiento que la funesta desgracia de entrambos le causaba, y que solo podia resarcir con su muerte.

Eusebio que conocia á Taydor, y que echaba de ver por sus expresiones y por el tétrico aspecto con que las decia, que seria capaz de cumplir con la funesta resolucion que significaba, usó con él las mayores demostraciones de amor á fin de dexarlo consolado, y de desviar los fatales pensamientos que fomentaba. Mas viendo que todas ellas no despejaban el triste ceño de su rostro, quiso empeñar el honor del mismo, á que se mostró siempre muy sensible, diciendole, que aunque lo veia á él y á Leocadia en aquella miseria, se lisonjeaba de su acendrada honradez y fidelidad que no los desampararia, y que volveria con ellos á la America, á donde hacia cuenta de partir quanto antes.

Este prudentísimo expediente de Eusebio tocó tan vivamente al ánimo de Taydor, que lo hizo prorrumpir en llanto, y postrandose luego á los pies de Eusebio y de

Leocadia les decia, que antes perderia mil vidas que desampararlos; que los serviria del mismo modo y con el mismo amor en la pobreza en que se hallaban por su causa, como los habia servido en la riqueza: que dividiria con ellos el pan que pudiese ganarse con el sudor de su rostro, y que si se lo permitian vendria á estar con ellos y á servirlos en aquella casa: que tenia consigo cien escudos que habia trahido de la America; y que su mayor consuelo seria si los quisiesen aceptar en la necesidad presente.

Eusebio para consolarlo, y para consolidar mas el buen efecto de su ocurrencia, no solo vino bien en aceptar su oferta y en tenerlo consigo en aquella casa, mostrandose deseoso de ello, sino que tambien le encargó, para tener ocupados sus pensamientos, que viese si podia encontrarle un alojamiento decente para pasar el tiempo que se detendrian en aquella ciudad mientras que se les proporcionaba embarco para la America. Serenado con esto Taydor, partió inmediatamente para cumplir con los encargos que su buen amo le hacia, dexandolo enteramente asegurado sobre los temores que habia concebido, como los habia tambien imaginado Leocadia: los quales viendose solos,

resolvieron dar feliz principio á su trabajo.

Leocadia se puso á formar su diseño, y Eusebio, deshecho el haz de juncos, llevó un brazado de ellos junto á la mesa en que Leocadia hacia el diseño, y sentandose en un asiento baxo que alli habia, comenzó el entretexo de un cesto. Engracia no estaba en casa. Con esto, comenzado ya su trabajo en santa y muy envidiable compañia, tuvieron los dos conversacion, siendo Eusebio el primero en decir á Leocadia:

Ved aqui, Leocadia, como llegamos á ver verificado lo que mirabamos tan remoto quando os decia en la America, que nos podiamos ver reducidos á ganarnos el pan con el sudor de nuestros rostros, sin que nos hayan valido los bienes considerables que aqui teniamos, ni los que tenemos en la Pensilvania. ¿Quán grande fuera nuestro dolor y la desesperacion tal vez, si lisonjeados como otros muchos de su riqueza, y desvanecidos con ella y con sus comodidades, hubiésemos desdeñado aprender un oficio y la virtud con él, para saber llevar con fortaleza y serenidad nuestra desgracia?

LEOC. No es facil, Eusebio, que ningun rico llegue á persuadirse que pueda caer y verse en desgracia semejante á la nues-

tra. Apenas suceden de estos casos en el mundo.

EUS. No son tan raros quanto os lo parece. Si hubierais corrido un poco de mundo, veriais que los vicios, el juego, la vanidad, los pleytos, un incendio, una calumnia, la guerra, y otros muchos accidentes y combinaciones de la suerte, derriban á muchos del asiento de sus comodidades y riquezas en pobreza y estado igual al que un rollo de hojas secas nos expuso. Fueran bien sí muy raros los que en igual desgracia tuvieran la dulce satisfaccion interior que alivia y consuela nuestras almas á cada impulso que da la mano en el trabajo emprendido para ganarnos con él el necesario sustento. Yo á lo menos pruebo esta dulce satisfaccion; no sé si vos la probais tambien.

LEOC. Al principio sé me hacia algo sensible; pero confortada de vuestro exemplo y de tantas reflexîones que me hicisteis hacer con el estudio de la virtud, para que pudiese sobreponer mis sentimientos á la vanidad, á la ambicion y á los juicios de los hombres, hallo finalmente consuelo y dulce alivio interior en el pobre estado en que nos vemos, y el tener el medio en mis manos para soportar tan impensada desgracia y po-

breza, sin haber de ir á importunar á ninguno.

EUS. Ved, Leocadia, por qué dixeron los antigüos, que no habia espectáculo mas sublime á los ojos de la divinidad que el sábio que lucha con su mala ventura. De hecho, ¿qué pintura mas viva se pudiera hacer de la virtud, que la del hombre que exercita en la mayor desgracia su paciencia y sufrimiento, sin quexarse y sin murmurar en medio de los trabajos y necesidades que le cercan? De aqui la enternecida admiracion de los hombres que le compadecen, porque se revisten del sentimiento de las penas, del oprobrio y de la humillacion á que lo ven expuesto, en que parece manifestarse insensible, fortalecido de los sentimientos de la fuerte moderacion, y del desprecio de las grandezas y bienes de que se ve privado, y que lo representan superior á todas ellas. Lo que se hace tanto mas digno de admiracion, quanto mas arduo parece y mas dificil de conseguir á los que no conocen los sentimientos y fortaleza de la virtud. ¿Pero os parece, Leocadia, que cueste tanto de alcanzar al amor santo y virtuoso? ¿Os parece que necesita entonces de tan grande esfuerzo la virtud?

LEOC. Quien sabe que no sea el amor antes que la virtud el que nos consuela en la pobreza en que nos vemos.

EUS. Pero sin virtud ¿se ama de la manera que nos amamos?

Interrumpió á este discurso la vieja Engracia que entró diciendo: ¿qué acabo de saber, Dios mio? ¿qué acabo de saber? ¿Venirse á acoger en mi pobre casa unos caballeros como vmds.?

EUS. ¿Quién os ha dicho que somos caballeros?

ENGRAC. La gente, que dice que vmd. y mi Señora Doña Leocadia son los que vinieron de la America, y á los que pusieron en la carcel con tan grande crueldad é injusticia.

EUS. ¿Os pesa haber dado asilo y amparado á un desgraciado caballero?

ENGRAC. Dios me libre de ello como de mal, y á vmds. de ulteriores desgracias. No Señor, que antes bien lo tengo á mucha honra y ventura. Si andaba yo muy errada en lo de los doce Pares. ¡Quién me lo habia de decir, que habia de honrar á mi pobre casa el generoso caballero que entregó al Señor Cura el doblon para socorrer á mi hijo! ¡Virgen santa! ¡Verse ahora vmd. en tanta

pobreza, reducido á ganarse el pan como un pobre artesano, despues que se vió en tanta riqueza y señoria....!

EUS. ¿Qué hay ahi por que llorar?

ENGRAC. ¡Ah! Señor, que estas son cosas que harian enternecer á los guijarros. ¡Pobre de mi Señora Leocadia! ¡Una Señora tan delicada, de tales gracias y hermosura, verse en esta miseria y obscuridad.... el corazon se me despedaza!

LEOC. ¿No se vieron en el mismo estado las Princesas que nombrasteis esta mañana?

ENGRAC. ¡Ah, Señora, que la cosa es muy diversa! Esas se iban retozando por esos campos en busca de sus venturas, y amarteladas por sus errantes caballeros: y si se veian en chozas, ó en desgracias, su mal con su pan: mas vmd. tan modesta y tan buena, perder sus joyas, sus riquezas, su casa y comodidades sin haber dado motivo para ello, es cosa que quebranta el corazon.

LEOC. Estos son casos contra los quales no hay otro remedio que la paciencia y sufrimiento, de que nos dió exemplo nuestro divino Redentor.

ENGRAC. Bien haya el alma de vmd. que se sabe aprovechar de ellos.

Asi proseguia Engracia su razonamiento

con Leocadia, hasta que anocheciendo ya, la pidió Eusebio el candil. La buena vieja quiso encenderlo soplando en un tizon que sacó del rescoldo; mas no pudiendo salir con ello, hubo de hacerlo Eusebio. Encendido ya, lo colgó de un clavo que habia en la pared sobre la mesa en que Leocadia dibuxaba. Hecho esto volvieron á continuar entrambos su trabajo, en que los sorprendió Don Eugenio; el qual quedó sumamente conmovido y suspenso de admiracion al ver aquel espectáculo. Habia motivo para ello; pues la pobreza y miseria de la estancia y de sus ruines trastos, realzadas de la postura de Eusebio, que casi sentado en el suelo y rodeado de sus juncos, trabajaba al lado de la mesa en que se ocupaba Leocadia á la escasa luz del candil, fueron objetos que penetraron el corazon sensible del tal amigo.

Eusebio, al verlo parado y suspenso, dióle las buenas noches con sonrisa amigable, como que notaba su suspension. Leocadia se hubo de volver para darselas: mas Don Eugenio sin darles respuesta, despues de haber estado un rato en silencio, como meditando lo que debia hacer, echóse sobre el trabajo de Eusebio, esforzandose en querer sacarle de las manos el comenzado cesto, di-

ciendo que no permitiria aquella traicion hecha á su amistad. Se defendia al contrario Eusebio de los esfuerzos de Don Eugenio, diciendole, que alli no habia ninguna traicion; sino que hacia el oficio que le competia. Don Eugenio sin responderle, atendia solo á sacarle el cesto de las manos, lo que consiguió, entregandoselo Eusebio; pero luego que lo tuvo Don Eugenio, lo arrojó al hogar, insistiendo en quexarse del agravio que hacia a sus amigables ofertas.

En vano Eusebio le rogaba se sosegase y lo escuchase. Don Eugenio mostrandose sériamente resentido, juraba que no lo dexaria trabajar aunque hubiese de permanecer alli dia y noche, hasta obligarlo á que se valiese del dinero que le habia ofrecido. Llegó entonces Taydor con el dinero que trahia, y con la respuesta del quarto que habia encontrado, burlando las intenciones de Eusebio; pues solo le habia hecho aquel encargo á Taydor para desviar sus pensamientos de la funesta resolucion que habia manifestado, lisonjeandose que como forastero no encontraria facilmente el alojamiento que le encargaba. Don Eugenio, informado por Taydor del sitio, quiso que Eusebio y Leocadia pasasen sobre la marcha á habitarlo,

asiendo á Eusebio por el brazo para obligarlo á salir de aquella casa.

No hubiera desistido de su empeño Don Eugenio, si Eusebio no le hubiera dado palabra de hacerlo, y si Taydor no hubiera añadido que el dicho quarto se hallaba sin muebles y sin cama, de que seria necesario proveerse. Sosegado con esto Don Eugenio, se fue inmediatamente á dar orden para que lo alojasen, despues que obtuvo promesa de Eusebio de que pasaria á habitarlo al dia siguiente; y despues de haber satisfecho al encargo de Leocadia sobre Clarise, diciendole, que se hallaba en casa de Roberto Wilkins, á quien habia ido á visitar para rogarle enviase á Clarise á su ama la que habia salido de la carcel, dexandole por escrito el nombre de la calle y casa en donde la encontraria.

A poco rato que se habia ido Don Eugenio, oyeron ruido de coches que se pararon á la puerta de la casa. Compareció inmediatamente un criado que preguntaba ¿si Don Eusebio y Doña Leocadia M.... se hallaban en aquella casa? Salido con la respuesta, ven entrar á Clarise con los brazos abiertos, que se precipitó sollozando en los de Leocadia. Seguiala Roberto Wilkins, su muger y una hija suya, á cuya vista inesperada

se levantó Eusebio del humilde asiento en que trabajaba para recibirlos y para ofrecerles las sillas y un banquillo que alli habia, mientras que Clarise desahogaba con Leocadia su enternecido alborozo. Vióse precisada Leocadia á desistir de sus cariñosas demostraciones con Clarise, en atencion á aquellos Señores que venian á visitarla.

Roberto Wilkins tomó entonces la palabra haciendo á Eusebio y á Leocadia un enternecido cumplimiento sobre su desgracia. Luego les dixo, que en fuerza de la recomendacion que le hizo el Lord Harrington poco despues que llegaron á S. . . . le habia enviado un proprio para participarle su prision el mismo dia que aconteció: que el Lord le encargaba en respuesta, que hiciese lo posible para favorecerles en aquellas funestas circunstancias; pero que habiendo sabido al mismo tiempo su obtenida libertad, habia hecho en vano mil diligencias para saber donde habian parado, hasta que aquella misma tarde compareció en su casa un Caballero que le dexó por escrito el sitio y casa en que se hallaban, y que con sumo alborozo suyo y de su familia venia, no solamente á traherles á Clarise, sino tambien á participarles las intenciones del Lord Harrington, en fuerza

de las quales les tenia preparado alojamiento en su casa, esperando que se dignarian aceptar la oferta.

Eusebio agradecido á la atencion de Wilkins; y á las intenciones del Lord, no supo ni pudo negarse á tan generoso ofrecimiento, respondiendo á Wilkins, que allí lo tenia, que dispusiese de su persona. La misma oferta en otros términos hizo tambien Wilkins á Leocadia; la qual respondió, que no la quedaba motivo para rehusarla despues que la habia aceptado su marido; que aunque pobre y sucia, como la veian, no podia pedir tiempo para mudarse, no quedandole otro axuar que aquel que llevaba encima. Entonces Brígida Wilkins, asiendola de la mano, la besó diciendola: no os aflixa, Doña Leocadia, un estado en que nos sois mas respetable: toda S... se interesa en vuestra desgracia y en la de vuestro marido. No tendrá por que complacerse en su venganza el que la tomó tan barbaramente de vuestra inocencia, instigado de su codicia. No hay para que nos detengamos, dixo entonces Wilkins, los coches nos esperan, y ofrecióse á Leocadia para acompañarla al coche.

Pidióle Leocadia un instante para despedirse de su buena huespeda Engracia, que los

habia recibido y servido en su pobre casa, y volviendose á ella la decia, quan agradecida quedaba á su favor, y quan reconocida á sus atenciones y servicios, de los quales conservaria memoria toda su vida. Dixola Eusebio las mismas expresiones, acompañandolas con uno de los doblones que le habia entregado Don Eugenio, y que ella recibió con admiracion y con extraordinario agradecimiento que manifestaba con llanto y con mil bendiciones y alabanzas, de las quales no desistió aun despues que los vió en el coche y que se ausentaron de sus ojos.

Llegados á casa de Wilkins, experimentaron toda especie de demostraciones cariñosas de la generosidad y esmero de sus nuevos huespedes, llegando á tanto la afectuosa atencion de Brígida Wilkins, que ella misma, ayudada de su hija, quiso con sus propias manos desenredar y peynar el hermoso cabello de Leocadia, que no habia sufrido peyne desde que la llevaron á la carcel.

Abrióseles de par en par el Cielo á Eusebio y á Leocadia luego que se vieron fuera de la sima de la desgracia y de las miserias en que los habia derribado la suerte, agradeciendo á la providencia este favor y la fortaleza de sentimientos que les habia

conservado para que pudiesen sacar dulce satisfaccion y consuelo de los trabajos padecidos, valiendose de la generosa mano de Wilkins para sacarlos de ellos y para ponerlos en comodidad juntamente con sus fieles criados Clarise y Taydor, pues nada habian podido saber de Damian, de quien tampoco necesitaban en casa de su generoso huesped.

Al otro dia que se hallaban en ella fue Don Eugenio á casa de Engracia para llevarlos al alojamiento que le habia indicado Taydor, y que Don Eugenio habia hecho disponer y alhajar la misma noche. La afligido Engracia le contó entonces, que habian venido unos Caballeros en coches, en que se los llevaron, sin saberle dar otras señas sino la de la lengua estraña que hablaban y que ella no entendia. Conoció Don Eugenio que no podia ser otro que Wilkins el Caballero que la vieja le decia, y fue á la casa del mismo para certificarse; donde viendose con Eusebio, le dió con los parabienes nuevas pruebas de su sincera amistad y afecto.

Con esta ocasion, sospechando que Eusebio ignorase todavia la catastrofe de Don Felipe y su descubierta hermandad con Leo-

cadia, se la contó con gran sorpresa de Eusebio, que tuvo harto motivo para admirar la estrañeza de las combinaciones y de dolerse del funesto fin de su infeliz cuñado. Sirvióle esta noticia para prevenir inmediatamente á Wilkins y á todos los de su familia, que procurasen ocultar á Leocadia el descubrimiento de su hermano Don Felipe y su aciaga muerte, que atendidas todas las circunstancias, pudiera causar á su corazon indecible sentimiento.

Supo á mas de esto Eusebio por medio de su amigo, que su tio Don Gerónimo iba á perder el fruto de sus codiciosas miras y cruel proceder; por quanto la Corte, atendida la calidad del pleyto, parecia querer entrar en los derechos del reo que miraba como suyos, despues que quedaban adjudicadas al fisco las haciendas y demas bienes confiscados por el Rey. Hizole al mismo tiempo instancias para que se presentáse á la Corte á fin de justificarse, y hacer ver la barbara injusticia y tropelia de su tio Don Gerónimo, pues se le presentaba la mejor ocasion del mundo con la caida del Ministro de Hacienda (que acababa de saber), que era el que protegia á su tio, y el que le habia dado el empleo de Intendente. Que á

mas de esto se decia, que el Lord Harrington era el que mas que ningun otro habia contribuido á su caida á instancias de la Corte de Londres.

Mas Eusebio, que habia entregado al olvido la ofensa de su tio y su cruel proceder contra él, le dixo: que no le quedaba ya cosa alguna que pretender en España, que solo pensaba en restituirse á la America, para donde habia determinado partir luego que le llegase la respuesta del Lord Harrington. Que la suerte le habia dexado sobrados bienes para vivir con decencia y pasar holgadamente los dias que le quedaban: que no aspiraba á mas que á llevar con ellos una vida quieta y sosegada en el seno de su familia. No pudo Don Eugenio apearle de su determinacion con las nuevas instancias que le hizo, ni hacerle diferir su partida luego que le llegó la respuesta del Lord.

En ella le decia éste, que hallaria en Cadiz una fragata del Rey que lo conduciria á Boston, á cuyo capitan habia enviado órdenes para ello; y que por lo que les pudiese ocurrir, recibiria de Roberto Wilkins trescientas libras esterlinas. Entregóselas dicho Wilkins, y viendolo resuelto á aprovecharse de la ocasion que el Lord Har-

rington le sugeria, quiso tambien en atencion á éste acompañarlo hasta Cadiz. Sintió sumamente Don Eugenio su resolucion, á que hubo de ceder con tiernas lágrimas, haciendole aceptar una primorosa escribania de plata en cambio del relox, que decia querer conservar como preciosa reliquia de tal amigo. En los abrazos que se dieron suplieron las lágrimas y las tiernas demostraciones á la escasez de las palabras, en que no abundan los sinceros corazones, mucho menos quando el sentimiento anuda las lenguas.

Dexaron finalmente Eusebio y Leocadia aquella ciudad que habia sido como escollo funesto en que pareció naufragar su felicidad, sin que pudiese ver la contraria fortuna su virtud anegada en las olas del oprobrio y de las penas y trabajos padecidos; pues antes bien les sirvió la misma de tabla para salir salvos á la orilla, semejantes á aquellos que tragados del mar con sus riquezas, los arroja el mismo á una playa donde encuentran un tesoro mayor que el que perdieron, y suelo fértil y delicioso donde con su frondosidad y abundancia los alivia y recrea.

Llegados á Cadiz tardaron poco á embarcarse en la fragata que el Lord Harring-

ton habia insinuado á Eusebio, zarpando con viento prospero, que en breve los alexó de aquel suelo en que la suerte les hizo apurar las heces de la desgracia. Temia Eusebio que la fama hubiese publicado su prision en Filadelfia antes de su llegada; pues no dudaba que ella sola bastaria para abreviar la vida avanzada de su buen padre Henrique, y para congoxar gravemente á los padres de Leocadia, especialmente si hubiese llegado á su noticia el descubrimiento de su hijo y su pérdida desastrada. Mas la precaucion que tomó Eusebio para que Leocadia lo ignorá-se, asi como obtuvo el deseado fin para con ella, asi tambien sirvió para que no llegásen á saberlo jamas sus padres, quedando sepultado el secreto en la prudencia de Eusebio, y para que el gozo y júbilo de todos fuese cumplido en su llegada quando menos lo esperaban.

El buen viejo Henrique Myden enagenado de la dulce sorpresa de verlos comparecer sanos y salvos, no sabia de qué expresiones valerse para declararles su alborozo, excediendo á las fuerzas de su edad los transportes y repetidos abrazos que les daba, estrechando á su seno á sus devueltos hijos, sin que pudiese disminuir el júbilo que le acar-

reaba su vuelta la noticia de la pérdida del pleyto que le contó Eusebio, como si solo lo hubiera perdido por tela de juicio, callandole la entera desgracia y trabajos que la acompañaron. Diólo todo á la suerte como de barato el buen viejo, por la suma complacencia y seguridad de verlos alli salvos.

No fue menor el alborozo de Eusebio y de Leocadia quando llegaron á ver en la granja á su dulce Henriquito robusto y sano. Mas Leocadia estuvo á punto de desfallecer quando lo cerró entre sus brazos, sufocandola los sollozos en que la hicieron prorrumpir las ideas de sus padecidos trabajos y desgracias, y los temores y congojas que tuvo de perderlo para siempre.

Aunque el sumo gozo de volver á ver á su hijo arrancó á Eusebio algunas lágrimas, no enagenó tanto á su ternura, que no la contuviese con los sentimientos de la moderacion, por lo mismo que le acordaban los pasados trabajos, que podia perderlo de mil modos; lo que le movió á hacer de su amado hijo el mismo ofrecimiento y sacrificio de resignacion á la voluntad del cielo, que el que hizo antes de dexarlo, poniendolo en las manos de la providencia, y consagrandolo á sus inescrutables disposiciones.

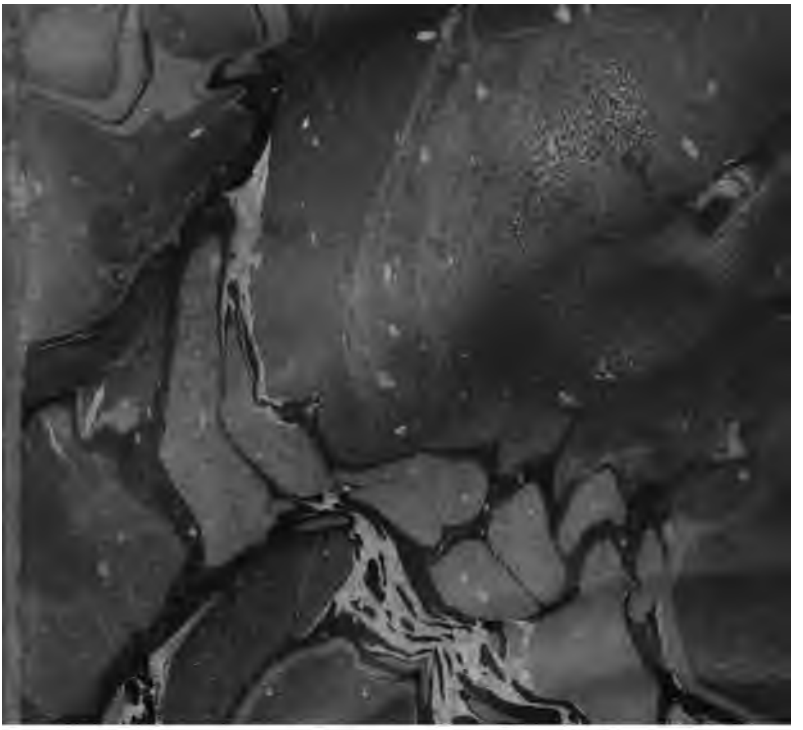
Quiso solemnizar Henrique Myden la llegada de sus hijos, y convidó para ello á los padres de Leocadia, que no tardaron en comparecer para dar á su querida hija y á Eusebio las mas tiernas demostraciones de gozo, sin que tampoco hiciese ninguna mella en sus generosos ánimos la pérdida del pleyto del modo como lo habia contado Eusebio, ocultandoles su prision y el descubrimiento y muerte de su hijo, quedandoles hartos bienes de fortuna en que dexar heredada á Leocadia.

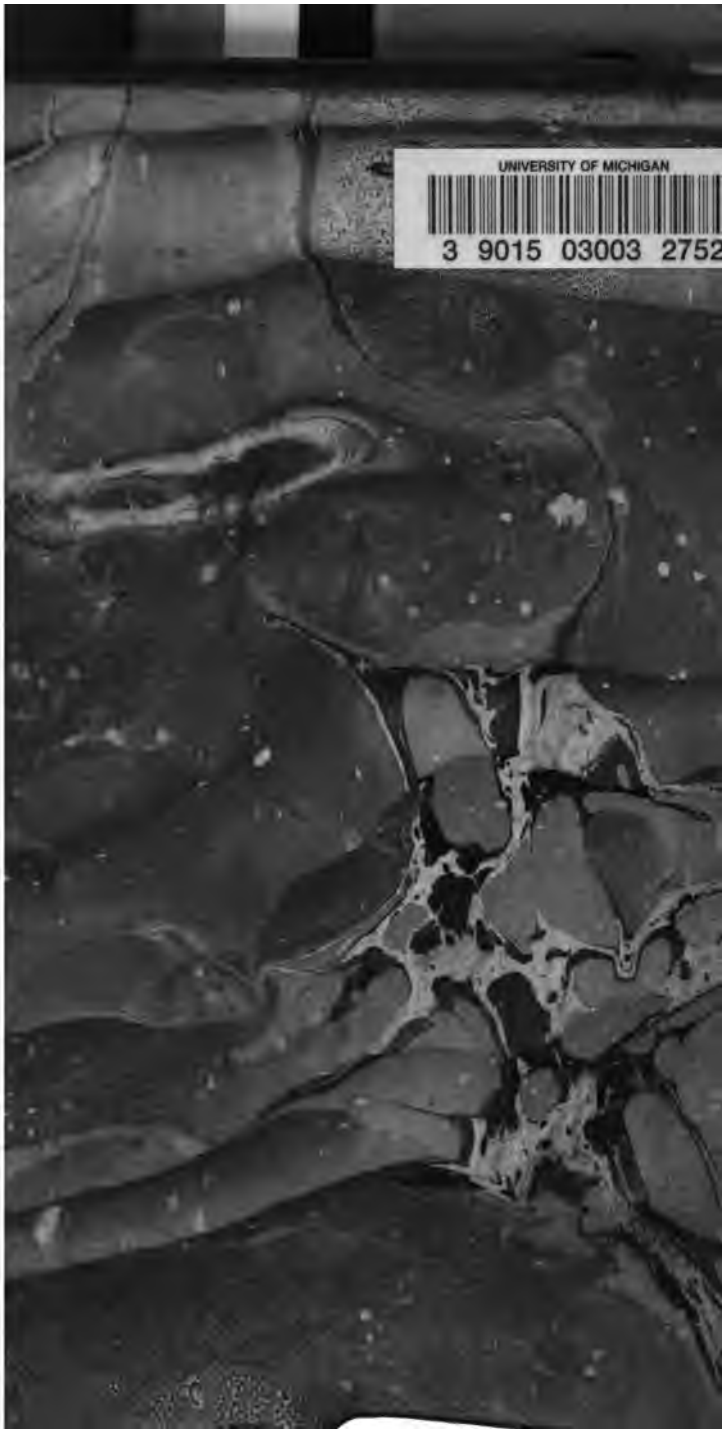
¿Quién explicará la deliciosa satisfaccion y sublime consuelo que probaron al mismo tiempo aquellos virtuosos casados quando se vieron salvos en aquel asilo de felicidad, libres ya de todos los pasados afanes y miserias, que quisieron hacer presa de sus amantes corazones? Postrados de rodillas ante el mismo tálamo nupcial que fue testigo de su comenzada dicha, agradecieron con tiernas lágrimas al cielo el fin de todos sus peligros y trabajos, devueltos á sus padres, á su hijo, á la quietud y comodidades que les conservó su beneficencia.

Para que ninguna cosa faltáse al colmo de su consuelo, hallaron restablecido á Gil Altano, cuyas demostraciones de ternura y

de amor fueron extremadas por poder ver otra vez á sus adorables amos; los quales luego que restablecieron sus cuerpos y ánimos de los padecidos reveses y desastres, y de la larga navegacion, volvieron á emprender con santa é imperturbable tranquilidad el dicho sistema de vida que se propusieron con el exercicio de la virtud, que llegó á colmarlos de su mas pura satisfaccion y dulzura en el seno de la abundancia, despues que les dió á probar su mas precioso consuelo entre las penas y angustias del oprobrio y de los agravios de la contraria suerte, para confirmar en ellos, que no hay bienes ni tesoros en la tierra que por sí solos puedan hacer felices á los hombres sin la virtud; y que por el contrario, no hay mal, ni ignominia, ni tormento que ella no endulce, y no haga llevadero con la fortaleza de sus máxîmas y consejos, que forman solo la verdadera sabiduría en la tierra.

F I N.




UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 03003 2752